¡¡AL ASALTO!!



SARGENTO
ARTURO GUY EMPEY


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

















El Autor en el Momento de Regresar a su País.

¡AL ASALTO!

POR

ARTURO GUY EMPEY
ARTILLERO QUE PRESTÓ SUS SERVICIOS EN FRANCIA

ACOMPAÑADO DEL
VOCABULARIO DE TOMMY EN LAS TRINCHERAS

VERSIÓN CASTELLANA POR
JOSÉ F. GODOY
AUTOR DE VARIAS OBRAS Y DE LA VERSIÓN CASTELLANA
DE "MIS CUATRO AÑOS EN ALEMANIA," DEL
EX-EMBAJADOR JAMES W. GERARD.

16 GRABADOS Y DIAGRAMAS



D. APPLETON Y CIA
NUEVA YORK Y LONDRES
1918

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

NO dudo que el relato que el intrépido militar Arthur Guy Empey consignó en las páginas del libro tan popular *Over the Top*, y cuya versión castellana comprende este volumen, ofrecerá interés al público lector en España e Hispano-América.

Su estilo claro y franco, sus descripciones verídicas y adecuadas, y sus observaciones tan aptas y bien expresadas constituyen un gran atractivo de esta obra. Su autor nos da a conocer con interesantes y exactos detalles como viven los soldados en las trincheras, lo que piensan, lo que hacen y lo que sufren. Testigo ocular y buen observador, su naración lleva el sello de la verdad, y por lo tanto ella pone en nuestro conocimiento con exactitud lo que está pasando en los lugares en que millones de hombres están combatiendo con denuedo, constancia y tezón.

La popularidad de *Over the Top* ha sido tan grande en los Estados Unidos que en unas semanas se vendieron trecientos mil ejemplares de la obra, y su venta continúa, sin parecer que esa popularidad pueda disminuir por mucho tiempo.

Su autor, herido en la guerra, y por to tanto inhábil para continuar combatiendo, se ha dedicado con gran éxito a escribir para la prensa, y a

dar conferencias que atraen a un público entusiasta y numeroso.

Deseosos de que su obra sea conocida por los pueblos de habla español, él y sus editores los señores G. P. Putnam's Sons me han honorado confiriéndome la agradable tarea de presentar esta versión castellana, que espero será leida por aquellos que desean tener informes exactos acerca de lo que está pasando en uno de los frentes de la lucha titánica, que Dios quiera pueda llegar a terminar dentro de breve tiempo.

José F. Godoy.

PREFACIO DEL AUTOR

DURANTE unos diez y seis años que he llevado de vida azarosa en distintas partes del mundo, he tropezado con gente de altas y bajas esferas, y he tenido ámplia oportunidad para estudiar muy de cerca a distintos pueblos y comprender sus ideales políticos y de otra índole, asi como sus esperanzas y principios. Por medio de estos viajes, y no por lo que he leido, me he convencido de la nobleza, verdad y justicia de la causa de los Aliados, y sé que pelean por lo que nosotros combatimos, y que ellos están del lado de los principios de la democracia, de la justicia y de la libertad, asi como lo están los Estados Unidos de América.

Para los americanos que no han vivido ni peleado al lado de los ingleses, éstos parecen ser algo uraños, reservados, de comprensión tardía y carentes de viveza natural, pero yo que he estado junto con los que proceden de las Islas Británicas considero que tales apreciaciones no tienen razón de ser. Tommy Atkins, o sea el inglés nato, ha sido para mi el mejor compañero, y casi hermano, lleno de buen humor y que al combatir por una buena causa sacrificaría todo menos que su honor para que ella triunfara.

Abrigo las mayores esperanzas de que los hijos del Tío Samuel y John Bull, estrechándose los brazos como buenos y verdaderos compañeros y comprendiendo y apreciando sus grandes cualidades mútuas, seguirán hermanados por muchos años felices y contentos de estar uno al lado del otro. Si con este pobre ensayo mío lograra yo de alguna manera hacer que se conociera mejor al soldado inglés en los Estados Unidos quedaría sumamente satisfecho.

Puede ser que algunos de mis lectores crean que he escrito a veces acerca de una causa grande y justa con cierta falta de respeto y seriedad, pero puedo asegurarles que esa no ha sido mi intención. Sólo he tratado de describir lo que me sucedió haciendo uso de las frases que emplearía un soldado inglés sentado en el borde superior de una trinchera del Frente Occidental—y de la manera que se expresaría al hablar con un compañero que estaba a su lado y le pedía informes sobre lo que ocurría en otra parte de ese mismo Frente.

A. G. E.

CONTENIDO

CAPÍTULO		PÁGINA
I.	—De Paisano a Soldado	1
II.	—En Distintos Cuarteles	12
III.	—Voy a la Iglesia	24
IV.	—Dentro de las Trincheras	27
V.	—Lodo, Ratas y Bombas	33
VI.	—Detrás de la Línea	39
VII.	—El Rancho	45
VIII.	—La Pequeña Cruz de Madera	53
XI.	—La Sala del Suicidio	58
X.	—Trabajos Diarios	61
XI.	—Al Asalto	67
XII.	—Arrojando Bombas	76
XIII.	—Mi Primer Baño Oficial	85
XIV.	—Picos y Palas	90
XV.	—En una Avanzada	100
XVI.	—La Batería "D 238"	105
XVII.	—El la Línea del Frente	127

CAPÍTULO PÁGINA

XVIII.—Función Bajo el Fuego . . 131

XIX.—En su Propia Trinchera . . 140

XX.—Conversaciones con Fritz . . 152

XXI.—Algunas Complicaciones . . 160

XXII.—Castigos y Descargas de Cañones de Tiro Rápido . . . 170

XXIII.—Ataques con Gas y Espías . 180

XXIV.—Incidente Interesante . . 197

XXV.—Preparativos para el Magno Ataque 225

XXVI.—Hay Calma(?) en el Frente Occidental 233

XXVII.—Blighty 253

Vocabulario de Tommy en las Trincheras 273

GRABADOS

PÁGINA

El Autor en el Momento de Regresar a su País . . . . . *Frontispicio*

Disco de Identificación 24

Diagrama que Demuestra una Línea del Frente y las Trincheras de Comunicación 30

Reproducción del Sobre Verde . . 44

Diagrama que Demuestra una Trinchera en Primera Línea, la Seguna Línea y las Trincheras de Comunicación, el Primer Hospital de Sangre, etc. . 94

Programa de una Función Dada en el Frente Occidental 138

No Parecemos muy Tristes ¿No es Verdad? 150

El Autor con un Casco Alemán que le Fué quitado al Enemigo 160

Tarjeta Postal que se Expide una Vez por Semana a los Tommies . . . 168

Máscara contra el Gas 190

PÁGINA

Mapa de las Trincheras Alemanas. Hebuterne, Francia, 1916 238

Tarjeta que Emplean las Enfermeras de la Cruz Roja para Notificar a las Familias de los Heridos . . . 266

Después de un Encuentro en las Trincheras 268

Un Grupo de Heridos en la Sala Munsey, del Hospital de Sangre de las Mujeres Americanas, los Cuales no Parecen Estar Descontentos . . . 272

¡AL ASALTO!



¡Al Asalto!

CAPÍTULO I

DE PAISANO A SOLDADO

ESTABA yo en una oficina en Jersey City, sentado cerca de mi escritorio y hablando con un teniente de la Guardia Nacional del Estado de New Jersey. Suspendido de la pared veíamos un gran mapa de la guerra, en que estaban colocadas distintas banderitas de diversos colores, que demostraban los lugares ocupados por los ejércitos beligerantes en el Frente Occidental en Francia, y a mi vista sobre el escritorio se hallaba un diario de Nueva York, con un título llamativo en grandes letras de molde, que decía:

HUNDIMIENTO DEL *LUSITANIA*
PÉRDIDA DE VIDAS AMERICANAS

Las ventanas estaban abiertas y el ambiente era de temprana primavera. Por esas mismas

ventanas que estaban abiertas penetraban los acordes de un organillo que tocaba en la calle la canción popular: "*Yo no crié mi hijo para ser soldado.*"

"Hundimiento del *Lusitania*, Pérdida de Vidas Americanas!"—*Yo no Crié mi Hijo para ser Soldado.*" No nos parecían concordar esas tres frases.

El teniente abrió silencioso uno de los cajones bajos de su escritorio, sacó una bandera americana y la colocó solemnemente sobre el mapa de la guerra, que se hallaba en la pared. Después, dirigiéndome la palabra con cara tristona me dijo:

"¿Que le parece a usted, sargento? Debe sacar usted la lista de los que componen los Exploradores de a Caballo, porque creo ellos serán necesarios dentro de breves dias."

Nos ocupamos hasta cerca de la noche, dirigiendo telegramas urgentes a los apuntados en la lista, para que pudieran aprestarse para el caso de que viniera un llamamiento de Wáshington. Y después nos fuimos a nuestras respectivas casas.

Crucé el río y fuí a Nueva York, y al pasar por la calle de Fulton para tomar el tranvía subterráneo que va a Brooklyn, parecía que las luces de los altos edificios de Nueva York estaban más brillantes que de costumbre, como si también hubiesen leido: "Hundimiento del *Lusitania!* Pérdida de Vidas Americanas." Parecía igualmente que estaban brillando de enojo y con verdadera indignación, y que sus rayos entrelazándose decían: "RETRIBUCIÓN."

Pasaron varios meses, y los telegramas quedaron a la mano, pero ya cubiertos de polvo. Entonces en una mañana memorable el teniente, con un suspiro que expresaba su contrariedad, quitó la bandera del frente del mapa, y la guardó en su escritorio. Yo imité de cierta manera su proceder, echando los telegramas en el cesto. Nos miramos silenciosos y él se movía inquieto en su silla, meintras que yo me sentía triste y cabizbajo.

De repente sonó el teléfono. Lo contesté: era alguien que me proponía una comisión fuera de la cuidad. Como los negocios no marchaban muy bien, esta proposición era halagadora. Después de enterarme de lo que se me proponía, y como impulsado por fuerza inusitada, contesté: "Lo siento; no puedo aceptar su ofrecimiento, pues me voy para Inglaterra la semana entrante," y luego colgué la bocina. El teniente se volteó en su silla y me miró muy asombrado. Sentí un no sé qué, pero sin temor y contestando la pregunta que su mirada implicaba, le dije: "Si, estoy resuelto, me voy," y me fuí.

Durante el viaje no hubo ningún incidente que deba mencionar. Desembarqué en Inglaterra, y me fuí para Londres en el tren, llegando a las diez de la mañana. Me alojé en un hotel cerca de la estación de St. Pancras, en donde pagaba "cinco y seis, y un extra por la calefacción." No había nada de calor en el cuarto, pero el "extra" que pagaba era suficiente para tenerme caliente. Hubo esa noche un ataque por un Zeppelin, pero

yo no presencié mucho de lo que ocurrió, porque la apertura en las cortinas era muy pequeña y yo no quería agrandarla. A la mañana siguiente oí la campanilla del teléfono, y alguien me preguntó "¿Está usted allí?" Por supuesto le dije que sí. Después supe que los Zeppelines habían regresado a su madre patria, y salí a la calle, creyendo presenciar escenas de terribles destrozos y gente aterrorizada, pero todo seguía en su estado normal. Los paseantes parecían muy tranquilos yendo a su trabajo. Al cruzar una calle, le pregunté a un individuo:

"¿Me puede usted decir por donde están los daños y perjuicios?"

"¿Qué daños y perjuicios?" me preguntó.

Sorprendido le contesté: "Pues los que hayan causado los Zeppelines."

Guiñó el ojo y me replicó:

"No hubo ningunos daños; otra vez no les pegamos."

Después de interrogar inútilmente a otros individuos, resolví ir yo mismo en busca de las casas destruidas y de las ruinas que se podrían ver. Tomé un omnibus que me llevó hasta Tottenham Court Road. Por doquiera veía anuncios para el reclutamiento de tropas. El que me llamó más la atención fué uno con un retrato de tamaño natural de Lord Kitchener, el cual apuntándome con el dedo decía: "Tu Rey y tu país te necesitan." Por cualquier lado que me volteaba, el dedo acusador me perseguía. Yo soy americano,

estaba vestido de paisano, y llevaba una banderita americana en la solapa de mi saco. No tenía Rey y mi país parecía no necesitar mis servicios, y a pesar de todo eso el dedo que me apuntaba me tenía inquieto y me molestaba. Me bajé del omnibus para tratar de hacer desaparecer mi inquietud, metiéndome entre el gentio de las aceras de la calle.

De repente llegué a un despacho para reclutar soldados. Sentado a un escritorio estaba un militar solitario. Resolví consultarle sobre mis deseos de ingresar en el ejército inglés. Abrí la puerta y desde luego me dijo: "Entre y dígame si quiere probar fortuna."

Lo miré y le contesté: "No sé lo que quiere decir, pero acepto la invitación."

No fué necesario tener intérprete para comprender que deseaba saber si ingresaría yo en el ejército inglés. Me preguntó: "Acaso ha oido usted hablar de los Cazadores Reales?" Como ustedes ya bien saben que en Londres se supone que los yankees tienen conocimiento de todo, no quise demostrar mi ignorancia, y contesté: "Por supuesto."

Después de escuchar lo que por una media hora ese Tommy me dijo sobre sus proezas en la línea del fuego, resolví ingresar en el ejército. Tommy me llevó a la oficina principal para inscribirme, y allí me encontré con un típico capitán inglés. Me preguntó mi nacionalidad. Desde luego saqué mi pasaporte americano y se lo enseñé. Estaba

firmado por Lansing—pues hacia poco que Bryan ya no era Secretario de Estado. Después de examinar el pasaporte, me informó que mucho lo sentía, pero que el aceptarme sería una violación de la neutralidad. Insistí en que yo no era neutral, porque me parecía que un verdadero americano no podía ser neutral en vista de los grandes acontecimientos que acaecían, pero el capitán no quiso inscribir mi nombre.

Muy desazonado, me fuí a la calle. Había caminado como una cuadra, cuando un sargento de reclutamiento que me había seguido del despacho, me tocó la espalda con su bastón, y me dijo: "Oiga usted, ¿ que quiere entrar en el ejército? Tenemos un teniente en el otro despacho que hace todo lo que se le antoja. Acaba de salir del O. T. C. (Cuerpo de Oficiales Aspirantes), y él no sabe lo que es la neutralidad." Resolví ver lo que me deparaba la suerte y acepté su invitación para ser presentado al teniente. Entré en el despacho de éste, y desde luego le enseñé mi pasaporte y le dije:

"Antes de entrar en discusiones tengo que decirle que yo soy un americano que no tiene tanto orgullo para no pelear, y que quiero ingresar en su ejército."

Me miró muy tranquilamente y contestó: "Está bien. Aqui tomamos a cualquiera que se presente."

Lo miré con mucha atención y le dije: "Ya lo veo," pero él no comprendió la indirecta.

Sacó una solicitud de reclutamiento, y enseñándome con el dedo una línea en blanco, me dijo: "Firme usted aquí."

Le contesté: "No lo haré, ni por su linda cara."

"¿Que es lo que dice usted?" Me replicó.

Le expliqué que no podía firmar el documento sino después de leerlo. Lo leí y entonces lo firmé, comprometiéndome por todo el periodo de la guerra. Algunos de los reclutas tuvieron mejor suerte, pues firmaron *comprometiéndose por siete años únicamente.*

Después me preguntó cual era el lugar de mi nacimiento, y le contesté: "Ogden, Utah."

Dijo él: "Ah, si un poquito fuera de Nueva York."

Sonriéndome le repliqué: "Es verdad; algo más arriba en ese Estado."

Después me llevaron a que me examinara un médico, quien me consideró apto en cuanto a la salud, y entonces se me dió un uniforme. Cuando volví a presentarme al teniente, me indicó que puesto que era yo americano podía tratar de conseguir a otros reclutas y de hacer avergonzarse a los que no querian entrar en el ejército.

"Todo lo que tiene usted que hacer," me dijo, "es irse por esas calles de Dios, y si encuentra a algún joven de paisano, que parece ser fuerte, lo para usted y le espeta esta clase de observaciones: '¿Que no tiene usted vergüenza, siendo inglés y fuerte, de estar de paisano cuando su Rey y su país lo necesitan? ¿Que no sabe usted que su

país está en guerra y que es el deber de todo joven súbdito británico de estar en la línea de fuego? Míreme, yo soy americano, y sin embargo llevo uniforme y he venido viajando cuatro mil millas para pelear por su Rey y país, y usted todavía no ingresa en el ejército. ¿Por qué no lo hace? Ahora mismo debe hacerlo.'

"Este argumento debía servirle para conseguir muchos reclutas, querido Empey, asi es que salga y vea lo que puede hacer."

Entonces me dió una pequeña roseta roja, blanca y azul con tres cintas cortas colgando de ella. Esta era la insignia de los reclutas y debía llevarse en el lado izquierdo del gorro.

Llevando un bastón y con mi roseta patriótica me fuí por Tottenham Court Road, en busca de carne de cañón.

Pasaron cerca de mi dos o tres paisanos mal vestidos, y aunque parecían sanos y fuertes, yo reflexioné: "Estos no deben querer ingresar en el ejército, porque probablemente tienen alguien que depende de ellos para mantenerlos," asi es que no les hablé.

Poco después ví venir hacia mi por la calle a un joven petimetre, de sombrero alto y muy bien vestido, llevando a su lado a una señorita ataviada a la moda. Entonces dije para mi mismo: "Este es el que busco." Y luego que llegó a mi lado, me paré enfrentándome con él, y apuntándole con mi bastón, le dije:

"Usted se vería muy bien de uniforme, asi es

porque no cambia ese sombrero alto por un casco de acero? ¿Que no tiene usted vengüenza siendo joven y fuerte de estar de paisano, cuando se necesitan tantos que peleen en las trincheras? Aquí me tiene usted, que soy americano y he venido viajando cuatro mil millas desde Ogden, Utah, en las afueras de Nueva York, para pelear, por *su* Rey y país. No sea cobardón, hágase el ánimo y póngase el uniforme; véngase conmigo a la oficina de reclutamiento y luego haré que lo apunten en la lista."

El bostezó y me contestó: "A mi no me importa si usted ha estado viajando cuarenta mil millas, pues nadie le dijo que lo hiciera," y entonces se fué, y la muchacha que iba con él se sonrió, quedándome yo estupefacto.

Continué durante tres semanas tratando de conseguir reclutas, y casi conseguí uno.

Esto por supuesto no era para cacarearlo, pero estaba de acuerdo con lo que me había dicho el oficial de que "aqui tomamos a cualquiera que se presente." Yo había estado ocupado por bastante tiempo en mis trabajos de reclutamiento en la cantina del hotelillo "La espiga de trigo" (en que hay una sirvienta rubia bastante atrayente, que me ayudada a pasar el tiempo,pues entonces yo no era persona tan seria como lo fuí después cuando llegué. al frente)—pues bien, ya estaba en mi sexto dia y mi lista de reclutas estaba enteramente en blanco, ya no tenía mucho dinero en el bolsillo—y ya se sabe que las sirvientas en las

cantinas no le hacen mucho caso a los que no pueden pagar por sus bebidas—asi es que tuve que seguir buscando reclutas. También se sabe que todo el que consigue un recluta recibe un "bob" o chelín cuando éste ingresa en el ejército, aunque se supone que el recluta es el que recibe la moneda, pero pocos son los reclutas que saben eso.

Muy en el interior de la cantina estaba un joven vestido de paisano que parecía muy patríota, pues había tomado como cuatro sendos vasos de fuerte bebida. Me invitó a beber con él, haciéndome señas con la mano izquierda, de la que le faltaban dos dedos, pero yo pensé que eso no importaba, puesto que me acordaba de que "aquí tomamos a cualquiera que se presente." Además cuando se lleva el rifle sobre el hombre izquierdo, se hace uso de la mano de ese lado, pues en Inglaterra todo es "a la izquierda" y aun en el tráfico ordinario la gente siempre toma el lado izquierdo.

Me llevé al solicitante a la oficina principal, y allí lo examinaron muy de prisa. Por entonces, los cirujanos que examinaban a los reclutas estaban sumamente ocupados y por lo tanto hacían sus averiguaciones muy a la ligera. El médico declaró que mi recluta estaba en buenas condiciones, y se lo entregó al sargento para que viera si tenía algunas heridas. De repente el sargento exclamó: "Demonio, pues si le faltan dos dedos," y volteándose hacia mi me dijo: "Me parece que es usted

muy vivo, puesto que nos trae a un individuo como éste."

El médico se nos acercó y enojado dijo: "¿Cómo se atreve usted a traernos a un individuo en tal estado?"

Al mirar hacia un lado vi que el oficial ante quien yo me había presentado formaba parte de nuestro grupo, asi es que no pude menos que contestar: "Pues que no me dijo usted que aquí tomamos a cualquiera que se presente."

Creo que todos ellos dijeron algo sobre la "impertinencia del yankee," pero de todos modos asi terminaron mis trabajos de reclutamiento.

CAPÍTULO II

EN DISTINTOS CUARTELES

A LA mañana siguiente el capitán me llamó y me dijo: "Empey, ha fracasado usted por completo como agente para reclutas", y me envió a un lugar en donde estaban dando instrucción a las tropas.

Luego que llegué a ese lugar me llevaron a los almacenes y allí tuve una sorpresa muy desagradable. El sargento que tenía a su cargo el almacén puso una tela impermeable sobre el piso, y empezó a echar sobre ella distintas clases de hebillas, correas y otros artículos en grandes cantidades. Yo creía que nunca pararía, pero cuando el montón llegó a más arríba de mis rodillas, pareció acabar su tarea, y dijo: "El que sigue No. 5217, 'Arris, Compañia 'B.' " Me quedé atónito al ver todo el gran montón que estaba en frente de mi, y busqué con la vista al carretón que debía de llevar eso al cuartel. Muy pronto desperté de mi sueño, cuando el sargento gritó: "Oigame, apúrese, qué cree que algún cargador lo va a llevar? "

Llevando el gran peso de todo, y descansando de

vez en cuando, llegué a nuestro cuartel (que era un depósito grande para carros) y el jefe de mi compañia vino a ayudarme. Mucho me soprendió ver como arregló todo mi equipo. Después de que terminó de hacer ese trabajo, me enseñó como debía llevarlo sobre mi. Muy pronto quedé transformado en un verdadero Tommy Atkins, listo para una marcha larga y sintiéndome como un camello muy recargado de peso.

Llevaba botas con suelas dobles, muy claveteadas y que tenían delante y atras unas medias lunas de acero. Cubrían mis piernas unas polainas de lana, de color aceitunado y que cubrían parte de mis pantalones. Llevaba una blusa khaki de lana, debajo de la cual iba una camisa gris azulada también de lana, sin cuello, y debajo de esta camisa un cinturón de lona como de seis pulgadas de ancho, que quedaba sujeto en su lugar por medio de cintas blancas. Sobre la cabeza tenía un gorro fuerte de lana para las trincheras, que llevaba orejeras ajustadas a los lados. En seguida venía un cinturón de lona, con bolsas para las municiones y dos correas anchas de lona, que eran como tirantes, y se llamaban correas "D," que estaban ajustadas al cinturón, y que cada una de ellas pasaba por los hombros, se cruzaba en medio de mi espalda y estaba ajustada con hebillas a la parte de atrás del cinturón. Al lado derecho del cinturón había una botella para agua cubierta de fieltro; al lado izquierdo estaba mi bayoneta con su cubierta, y

el mango para los instrumentos que se usan en las trincheras, cuyo mango estaba fijo a la cubierta de la bayoneta. Atrás iba mi instrumento para las trincheras metido en una cubierta de lona. Este instrumento consistia en una combinación de pico y pala. A la izquierda del cinturón había una bolsa de lona, mientras que en mis hombros llevaba el bolsón también de lona, que se ajustaba por medio de dos tirantes de lona que pasaban por mis hombros, y suspendida al extremo del bolsón, estaba mi cantina de hojadelata muy bien cubierta en una bolsa de lona. Mi impermeable, muy bien enrollado iba también sujeto arriba del bolsón y llevaba un palo para limpiar el rifle. Sujeto a una correa alrededor de mi cintura había una gran navaja y un abridor de latas. En el bolsón estaban puestos mi sobretodo, un par de calcetines, cambio de ropa interior y un conjunto de cuchillo, tenedor, cuchara, peine, cepillo de dientes, brocha y jabón para afeitar, y una navaja de afeitar de hojadelata, que llevaba las palabras "Hecha en Inglaterra" estampadas en la hoja, y la cual al afeitarse le hacia a uno pensar que mejor seria que la guerra fuera con Patagonia, pues asi tendría uno una navaja de afeitar mejor, con las palabras "Hecha en Alemania." En seguida venían los útiles caseros, como eran los artículos para limpiar botones, que consistían de una varilla, dos brochas y una cajita de pasta llamada "amiga del soldado"; también un cepillo para zapatos y una caja de

betún, un bloc de papel para escribir, un lapiz, sobres y libro de pagos, y algunos otros pequeños artículos como un espejito, una buena navaja de afeitar, muchas cartas por contestar y cigarros. En la mochila lleva uno su ración común y corriente, esto es una lata de carne, cuatro bizcochos y otra lata que tenía té y azucar; unas dos pipas, un paquete de felpa, y una lata de aceite para el rifle. El soldado inglés casi siempre lleva el aceite junto con sus raciones, y de esa manera el queso parece tener el gusto de sardinas.

Además de todo eso se lleva un bolsón grande y un largo rifle de muy mala catadura, que parece ser de la época de Daniel Boone, y hay tiene usted una muestra de lo que es el soldado inglés listo en su país.

Antes de irse para Francia, le quitan este rifle y le dan un pequeño rifle Lee-Enfield para las trincheras y un bolsón para sus alimentos.

En Francia recibe también dos máscaras para el gas, una capa de pergamino, un mackintosh de goma, un casco de acero, dos cobertores, unos espejuelos, un casco balaclava, guantes y una lata de grasa para curar cuando se hielan las manos, pero que sirve muy bien para limpiar las botas. Si se agrega a todos esto, el peso de sus raciones, no creo que puede uno culpar a Tommy Atkins si se queja alguna vez en una marcha de a veinte kilómetros.

Como había yo servido en la caballería de los Estados Unidos de sargento, quise tratar de dar

mis consejos en los campamentos ingleses, pero esto no me dió buenos resultados, pues me pusieron en comisión en las cocinas y para vengarme a veces derramaba un plato de guisado sobre ellos muy accidentalmente.

Como yo prefiero pelear a servir de criado, luego que se expidió la orden del cuartel general pidiendo un refuerzo de doscientos cincuenta hombres para ir a Francia, yo ofrecí mis servicios.

Inmediatamente nos llevaron ante el M. O. (Oficial Médico) para ser examinados nuevamente. Este examen fué bien corto, pues después de preguntarnos nuestros nombres y números dijo "Sirven," y asi ya estuvimos listos para la contienda.

Nos metieron en trenes de ferrocarril y nos llevaron a Southampton, allí nos bajamos y nos dieron nuestros rifles de trinchera. Después en columnas de a dos en fondo, subimos a un vaporcito que estaba atracado al muelle.

Al extremo superior del pasamanos estaba un viejo sargento que nos indicaba que debiamos colocarnos a lo largo de ambos lados del buque. Después nos dió instrucciones para que sacaramos los salvavidas de donde estaban colocados y nos los pusieramos. He cruzado el Océano varias veces y yo sé que no me había mareado, y sin embargo cuando me puse el salvavidas me pareció como si principiaba el mareo.

Después que avanzamos un poco, me entró la idea de que había como un millón de submarinos

alemanes llevando torpedos y que cada uno tenía inscrito mi nombre y mi dirección.

Pasadas unas cinco horas llegamos a un muelle y desembarcamos. Al fin logré uno de mis más vivísimos deseos: ya estaba "en algún lugar de Francia." Dormimos esa noche bajo el cielo estrellado cerca de un camino, y a eso de las seis de la siguiente mañana nos dieron la orden de subir a los trenes. Traté de ver en donde se hallaban los carros de pasajeros, pero lo único que pude ver en el empalme eran unos carros para ganado. Subimos en ellos, y en el lado de cada carro, veiamos un rótulo que decia "Hommes 40, Chevaux 8." Cuando nos metimos en los carros, nos pareció que el pintor había invertido las cantidades. Después de viajar como unas cuarenta y ocho horas en esos carros llegamos a Ruán, y allí permanecimos diez dias ejercitándonos constantemente.

El ejercicio que haciamos comprendía los rudimentos de la guerra en las trincheras. Se habían excavado trincheras, con obstáculos de alambres de púas, locales para tirar bombas, excavaciones, puntos de observación y sitios para los cañones de tiro rápido. Nos dieron ligera instrucción de cocinar, sobre sanidad, de tirar bombas, hacer reconocimientos, situar postes, erigir y componer cercas de alambre de púas, de sistema de atacar y defenderse, de la manera de atacar en masa y el procedimiento de atacar con gas venenoso.

Al décimo día volvimos a ver a nuestros amigos

2

"Hommes 40, Chevaux 8," y al fin de treinta y seis horas más de sufrimientos, llegamos a la población de F——.

Después de desembarcar nuestros víveres y equipos, nos formamos en el camino en columnas de a cuatro en fondo, esperando la orden de marcha.

Se oía un ruido sordo de retumbidos. Como el sol estaba brillante, me volteé, y hablándole al soldado que estaba a mi izquierda, le pregunté: "¿Que es ese ruido?" No parecía saber, pero su cara se puso lívida. El que estaba a mi derecha tampoco sabía lo que sucedía, y sugirió que le preguntara al sargento. Al acercarse el viejo sargento que me pareció ser un verdadero veterano, le pregunté: "¿Cree usted que va a llover, sargento?"

Me vió con desprecio, y refunfuñó "Por supuesto que va a llover con este magnífico sol?" Me puse muy avergonzado.

"Estos son los cañonazos que se oyen, hijito, y tu oirás bastantes de ellos antes de que vuelvas a tu casita." Temblandome las piernas, apenas pude exclamar "Oh."

Después emprendimos la marcha hasta la línea del frente, caminando diez kilómetros sin parar. Al finalizar el primer día llegamos a nuestros cuarteles de descanso. Se llaman cuarteles de descanso en Francia, porque mientras permanece en ellos, Tommy trabaja siete días de la semana, y al octavo le dan veinte y cuatro horas para que haga lo que se le antoje.

Era nuestro cuartel muy grande, en realidad un gran pajar que estaba a un lado del camino, y que tenía cien entradas, noventa y nueve para las balas, ratas, viento y lluvia y la centésima para Tommy. Estaba muy cansado y haciendo uso de mi casco a prueba de bomba (es a prueba de bomba hasta que le cae una bomba), o mi sombrero de hojadelata como almohada, me eché sobre la paja y pronto me quedé dormido. Debo haber permanecido durmiendo como dos horas, cuando me desperté sintiendo piquetes por todo el cuerpo. Crei que la paja se me había metido por el uniforme. Desperté al compañero que estaba a mi izquierda, que ya antes había estado en campaña, y le pregunté:

"¿ Camarada, que le molesta la paja? Parece que se me ha metido por el uniforme y yo no puede dormir."

Medio soñoliento me contestó: "Hombre, no es la paja; son los 'cooties.' "

Desde esa fecha mis amigos los "cooties" siempre han sido mis compañeros constantes.

Los "cooties" o piojos blancos, son los que atormentan la vida de Tommy.

La aristocracia de las trincheras rara vez los llama "cooties," pues los denomina pulgas.

Para un americano, la pulga es un pequeño insecto que lleva una bayoneta, que se la mete a uno y después saltando de aquí allá llega al próximo lugar que va a atacar. Hay una ventaja en que tenga uno pulgas en lugar de "cooties," porque

en uno de los grandes saltos que ella hace puede ser que se vaya a atacar a otro compañero; además tiene la energia típica y el empuje del americano, mientras que el "cootie," tiene la tenacidad del bull dog inglés; se agarra, se consolida y escarba hasta que queda satisfecho.

Es imposible salvarse de uno de ellos, pues a pesar de que se bañe uno con frecuencia, y en realidad eso no puede acaecer con tal frecuencia, y aunque se cambie la ropa interior muchas veces, los amiguitos, los "cooties," por nada se separan de uno. Abundan grandemente en todos los cuarteles, y sobre todo cuando hay paja por el suelo.

Yo me he bañado y después me he puesto nueva ropa interior, en realidad un cambio completo de uniforme, y en seguida me he ido a acostar, y a la mañana siguiente mi camisa estaba llena de esos animalejos. Es cosa común y corriente ver a ocho o dies soldados sentados bajo de un árbol, con sus camisas en las rodillas y efectuando lo que llaman una "caza de camisa."

De noche como media hora después de que se apagan las luces, se pueden ver a los soldados agrupados alrededor de una vela tratando bajo de su luz amortiguada, de limpiar su ropa interior de esos bichos. Hay un método popular y rápido para hacer ésto, y es el colocar la camisa y los calzoncillos con sus costuras de fuera, aproximarlos a la llama de la vela y tratar de quemarlos; pero corre uno el peligro de hacer agujeros en la ropa, si no se tiene mucho cuidado.

Los reclutas como regla general pedían a su país una clase de polvo para matar insectos, que según los anuncios era "bueno para los piojos blancos." Tenia razón el anuncio; pues el polvo era muy bueno para los piojos y parecía que les prolongaba la vida.

Los veteranos de nuestro batallón comprendían eso mejor, y hacían rascadores de madera, que los ponían muy lisos con una piedra o arena para impedir que tuvieran astillas. Hacían esos rascadores de unas diez y ocho pulgadas de largo, y Tommy aseguraba que tales instrumentos de ese tamaño podian llegar a rascar cualquier parte del cuerpo. Alguno de los compañeros por pereza los hacían de doce pulgadas de largo, pero cuando esto sucedia a veces de noche al estar de guardia en el primer escalón de la trinchera del frente, bien hubiera deseado dar mil libras por las otras seis pulgadas.

Mientras que estabamos en nuestros cuarteles de descanso se acampó un regimiento de húsares irlandeses casi en frente de nuestro cuartel. Después de que establecieron sus centinelas y dieron de comer a sus caballos, principió la gran caza de camisas. Tan engolfados estaban en esta tarea, que ni hicieron caso cuando los llamaron para tomar su rancho y siguieron cazando. Adoptaron un nuevo sístema, que consistía en colgar sus camisas sobre una cerca y golpearlas violentamente con los mangos de sus instrumentos de trinchera.

Le pregunté a uno de ellos que porque no los cogian con la mano y me contestó: "No nos hemos bañado en nueve semanas ni hemos cambiado nuestra ropa interior, asi es que si tratara de ir recogiendo los "cooties" de mi camisa, sólo terminaria ese trabajo al finalizar la guerra." Después de examinar su camisa, estuve de acuerdo con lo que decía, porque estaba plagada de bichos vivientes.

Una de las cosas que más sorprende a un recluta al ingresar a su batallón en Francia es ver a sus compañeros engolfados en esa caza de "cooties." Al principio uno trata de no ir con los soldados viejos que están haciendo eso, pero a poco tiempo, empieza a sentir los piquetes y tiene que dedicarse también a la caza de camisa, o a tener que pasar muchas noches muy molesto y sin dormir. Durante estas cacerías se oyen distintas observaciones chistosas entre los que las verifican, como: "¿Díme, qué no quieres cambiarme dos chiquitas por una grande?" o "'He cogido a una negra que se parece al Kaiser."

Durante uno de esos días en que brillaba el sol, estaba yo en la línea del frente de las trincheras y vi a tres oficiales sentados fuera de la suya (pues los "cooties" no hacen reparo del rango de la persona, y aun he notado ciertos movimientos sospechosos en un general bien conocido). Uno de ellos era un mayor y los otros dos estaban examinando sus camisas sin hacer ningún reparo de las bombas, que de vez en cuando pasaban

encima de sus cabezas. El mayor estaba escribiendo una carta, y de repente dejaba a un lado su bloc de papel de escribir, examinaba su camisa por unos minutos, parecía inspirarse en nuevas ideas y seguia escribiendo. Al fin terminó su carta y se la entregó al mensajero. Yo tuve curiosidad de saber si había estado escribiendo a alguna compañía que hacía negocios en insectos, asi es que cuando el mensajero pasó a mi lado me puse a conversar con él y pude leer la dirección en el sobre de la carta. Estaba dirigida a Miss Alicia fulana, en Londres. El mensajero me dijo que la señorita fulana era la novia del mayor y que él diariamente le escribía. ¿ Quién pudiera creer que se escribiera una carta amorosa, mientras que estaba uno cazando los "cooties"? Pero eso es una de las cosas que se ven en las trincheras.

CAPÍTULO III

VOY A LA IGLESIA

LUEGO que ingresamos al ejército nos dieron discos de identificación. Eran pequeños discos de fibra roja que se llevaban colgados al cuello por medio de un cordón. La mayor parte de los Tommies también llevaban un pequeño disco de metal, que tenian colocado sobre el puño izquierdo por medio de una cadenita. Sin duda habían pensado que caso de que les volaran la cabeza, el disco en el puño izquierdo serviría para identificarlos. Si perdieran el brazo izquierdo, entonces el disco que tenían sobre el cuello les serviría para el mismo objeto, pero si les volaban la cabeza y el brazo izquierdo, a nadie le importaria saber quienes serían, asi es que no era necesario identificarlos. De un lado del disco estaba inscrito el rango, nombre, número y batallón de uno, y en el otro estaba inscrita su religión.

C. of E. quiere decir de la Iglesia de Inglaterra, R. C., Católico Romano; W., Wesleiano; P., Presbiteriano; pero si era uno ateo, lo dejaban en blanco y nada más le daban al soldado un pico y una pala. En mi disco habia las letras C. of

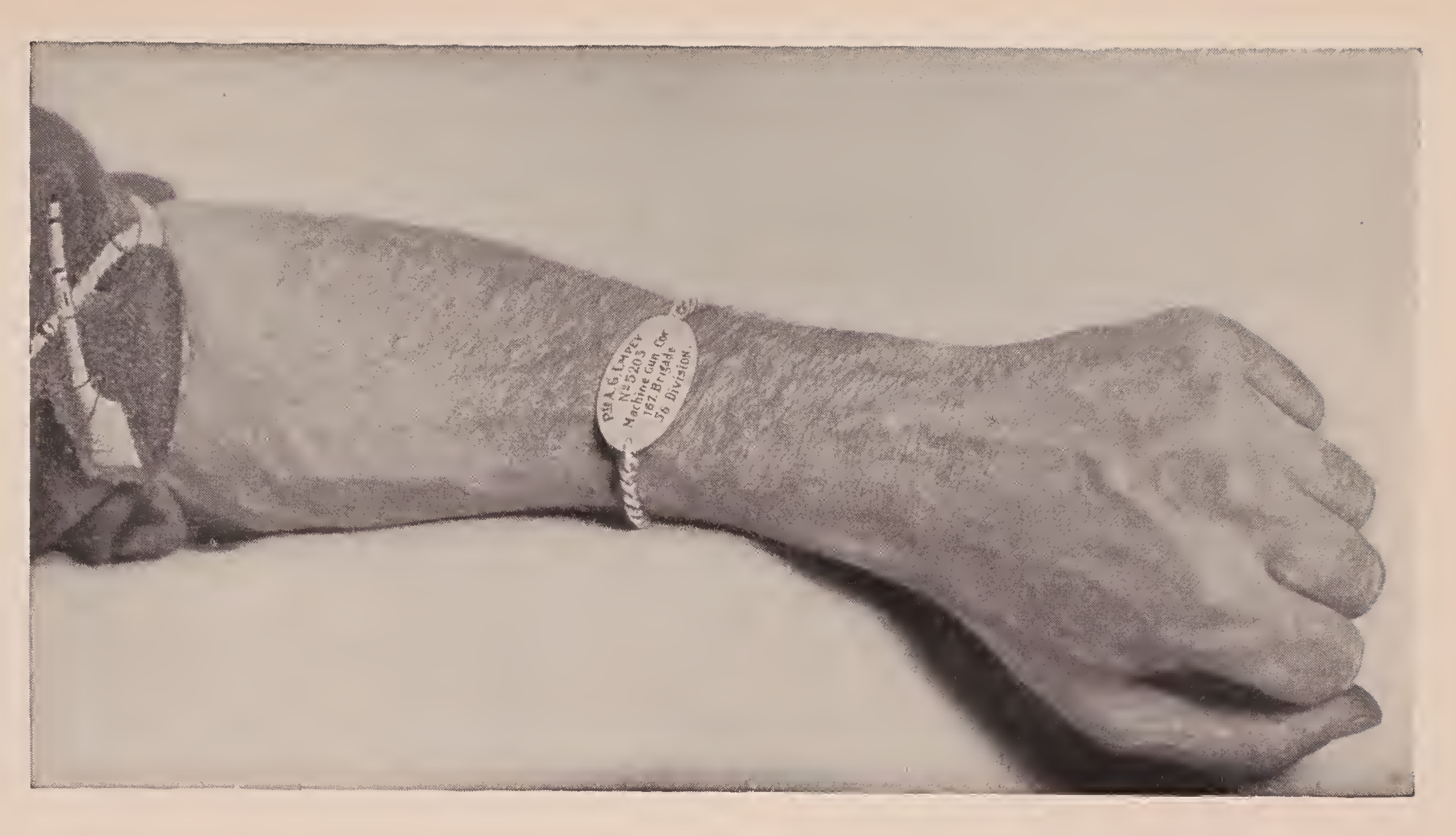


Photo by Brown Bros.

Disco de Identificación.



E., y ésto sucedió de esta manera. El teniente que me inscribió en la lista de reclutas me preguntó cual era mi religión. Yo no estaba seguro de cual sería la religión del ejército británico, y asi le contesté: "Oh, cualquier cosa," y él luego me puso C. of E.

Ahora bien esto me dió muchas molestias, puesto que de las cinco religiones que pude haber escogido, escogí la única cuyos feligreses tenían que ir a los servicios religiosos como ineludible obligación.

A la siguiente mañana que era domingo, estaba yo sentado escribiendo a mi hermana y dándole a conocer las grandes proezas que ya había hecho —pues asi lo hacen todos los reclutas al principio. El sargento primero sacando la cabeza por la puerta me gritó "C. of E. alístese para los ejercicios religiosos."

Seguí escribiendo y entonces volteándose y muy enojado me dijo: "¿ Empey, que no es usted del C. of E.?" Yo le contesté que sí, y entonces más enojado me gritó: "No me diga asi sí, seco; dígame si, sargento primero."

Asi lo hice y entonces ya medio contento exclamó: "Váyase a los ejercicios religiosos."

Lo miré y exclamé: "Yo no voy a ir a la iglesia esta mañana."

Entonces él dijo: "Si, usted irá."

Y le repliqué: "No, no iré,"—pero siempre tuve que ir.

Nos formamos fuera con rifles y bayonetas,

unos ciento veinte cartuchos, y nuestro sombrero de hojadelata, y marchamos hacia la iglesia. Después de ir unos cinco kilómetros, nos desviamos del camino y entramos en un campo abierto. En el extremo de ese campo estaba el capellán, parado en un armón. Hicimos un semicírculo a su alrededor. Muy alto sobre nosotros se véia un punto negro dando vueltas en el cielo. Era un Fokker alemán. El capellán tenía su libro en la mano izquierda, y con el ojo izquierdo véia el libro y con el ojo derecho el aeroplano. Nosotros Tommies teniamos mejor suerte, porque como no llevabamos libros, podiamos fijar los dos ojos en el aeroplano.

Después de la parada regresamos a nuestro cuartel y jugamos pelota toda la tarde.

CAPÍTULO IV

DENTRO DE LAS TRINCHERAS

A LA mañana siguiente pasamos revista ante nuestro general, y nos enviaron a distintas compañias. Los soldados de la brigada habían dado a este general el apodo de Viejo Pimienta, y él bien merecia el tal apodo. Me enviaron a la compañía B con otro americano llamado Stewart.

Durante los diez días siguientes "descansamos" haciendo composturas a los caminos de los franceses, ejercitándonos y excavando trincheras.

Una mañana nos anunciaron que iriamos a la línea de fuego y empezamos nuestra marcha. Esta duró unos tres días hasta llegar a nuestros nuevos cuarteles, y cada día de nuestra marcha se oían con más claridad y más cerca los retumbos de los cañones. De noche y a gran distancia aun podiamos ver los fogonazos, y su luz illuminaba el cielo con un color rojizo.

Allá a lo lejos en el horizonte veiamos algunos globos que estaban haciendo observaciones, y que tenían el apodo de "Salchichones."

Por la tarde del tercer día de nuestra marcha,

presencié por primera vez el bombardeo de un aeroplano. Gran sensación ésto me causó y estuve mirando lo que pasaba con gran asombro. El aeroplano estaba haciendo grandes círculos en el aire, mientras que fogonazos de humo blanco se veían circundándolo por todas partes. Parecían pequeñas bolas de algodón, y cada vez que una de ellas estallaba se oía un ruido sordo y agudo. El sargento de mi compañía me dijo que era un aeroplano alemán, y yo verdaderamente no podía comprender como él sabía eso estando el aeroplano a tal altura, que parecía sólo como un punto negro en el cielo. Le expresé mis dudas sobre si sería inglés, francés o alemán. Con una mirada despreciativa me explicó además que las bombas que arrojaban los Aliados contra los aeroplanos alemanes emitían humo blanco, mientras que las alemanas arrojaban humo negro, y en seguida me dijo: "Debe ser un alemán porque nuestros cañones están tirando sobre él, y yo sé muy bien que nuestras baterías no se equivocan, e indudablemente no están tirando contra nuestros aeroplanos—y aqui te daré un buen consejo y es que no emitas tu opinión tan pronto, sino después de haber estado algún tiempo en la línea de fuego y aprendido algo."

Inmediatamente tomé la lección a pecho, y desde luego me produjo un buen efecto.

Poco antes de llegar a nuestro cuartel íbamos marchando, riéndonos y cantando una de las canciones de los Tommies en las trincheras—

"Quiero volver a mi casita, quiero volver a mi casita,
Yo ya no quiero quedarme para nada en las trincheras,
En donde abundan las salchichas y los ruidos de las balas,
Llévenme del otro lado de los mares, en donde no me podrán pescar los alemanes,
Por Dios yo no quiero morir,
Yo quiero regresar a mi casita——"

En estos momentos hubo un fuerte zumbido por el aire y luego otros tres más. En seguida, a eso de veinte yardas hacia nuestra izquierda y en el campo abierto, se elevaron en el aire cuatro columnas de tierra y humo negro, y el subsuelo tembló debido al estallido, pues eran las bombas alemanas que habían causado la explosión. Muy pronto se oyó un nuevo zumbido muy fuerte, y a continuación otros dos más que provenían del frente de nuestra columna. Esto queria decir que se hiciera "formación de artillería." Nos dividimos en pequeños grupos y nos internamos en los campos a la derecha e izquierda del camino y nos tiramos sobre el suelo. Ya después de eso no hubo más bombas a continuación del primer saludo. Este fué nuestro primer bautismo de un bombardeo formal. Muy entusiasmado estaba yo de mi cintura para arriba, pero no lo estaba tanto de mi cintura para abajo. Yo creí que me iba a morir de miedo. Pasado algún tiempo nos formamos nuevamente en columnas de a cuatro en fondo, y seguimos marchando, y a eso

de las cinco de esa tarde, llegamos al pueblito arruinado de H——, y entonces por primera vez presencié la destrucción terrible que había causado la Cultura Alemana.

Después de marchar por la calle principal llegamos al centro de la población y allí nos acuartelamos en sótanos a prueba de bomba (que son a prueba de bomba, mientras que no les pega una bomba). Por doquiera en la población se oían los zumbidos de las bombas que caían atrás de nosotros y queriendo pegarle a nuestra artillería.

Estos sótanos eran fríos, húmedos y olorosos y además estaban llenos de inmensas ratas,—muy negras por cierto. Casi todos los compañeros dormían cubriendose las caras con sus sobretodos, pero yo no lo hice asi. A media noche me desperté aterrorizado, pues sentí los piés fríos y ásperos de una rata que se paseaba sobre mi cara. Inmediatamente me cubri con el sobretodo, pero no pude dormir durante el resto de la noche.

A la tarde siguiente tomamos posesión de nuestro sector en la línea de fuego. Pasamos de uno en fondo por una trinchera de comunicación en forma serpentina, y que tenía como seis pulgadas de lodo. Trinchera era esta que se denominaba "Calle de whiskey." Según íbamos avanzando hacia la línea del frente las bombas que estallaban iluminaban el cielo, y podíamos oir cuando sus pedazos caían a la derecha e izquierda de nosotros. Por entonces un Fritz o soldado alemán, hacia uso de su "maquinita de escribir" o sea rifle, y cruzaban

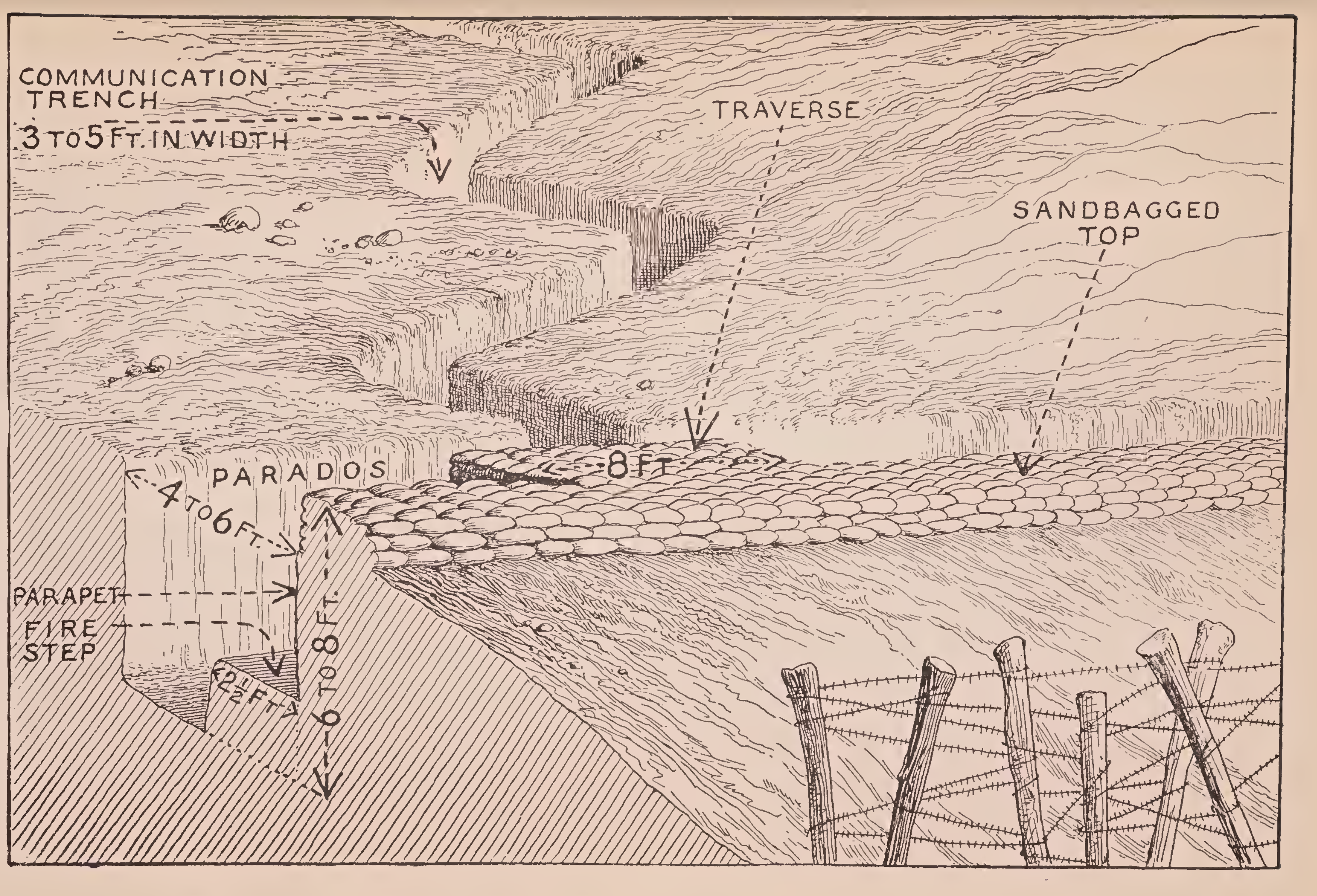


Diagrama que Demuestra una Línea del Frente y las Trincheras de Comunicación.



las balas que era un gusto, haciendo un ruido bien desagradable.

Un compañero mío llamado Prentice, que estaba en frente de mi, cayó sin decir una palabra, pues un pedazo de bomba le había atravesado su casco que decia era a prueba de bala. Esto me hizo ponerme muy débil y nervioso.

Como treinta minutos después llegamos a la línea del frente; estaba obscuro como boca de lobo, pero de vez en cuando las estrellitas que despedía alguna bomba alemana iluminaban la obscuridad con luz argentina. Estaba temblando de piés a cabeza, y me sentía con miedo y muy nervioso. Se daban órdenes en voz muy baja. La compañía a que nosotros sustituimos se despidió de nosotros, y desapareció en la obscuridad de la noche por la trinchera de comunicación a retaguardia. Al pasar cerca de nosotros murmuraron: "¡ Que tengan la mejor suerte, camaradas!"

Estaba sentado en el primer escalón de la trinchera con todos los demás compañeros, y en cada línea trasversal había dos de los más antiguos que estaban de guardia sacando la cabeza por arriba de la trinchera, y tratando de ver en la obscuridad lo que pasaba en "La Tierra Inhabitable." En esta trinchera había sólo dos covachas, y en estas estaban Lewis y Vicker, que manejaban los cañones de tiro rápido, asi es que nosostros tuvimos que estarnos en el primer escalón. Muy pronto empezó a llover y nos pusimos nuestros "makintoshes," pero no nos protegian mucho,

asi es que las gotas nos escurrían por las espaldas y muy en breve nos sentímos húmedos y fríos. Nunca he sabido como pasé esa noche, pero afortunadamente llegó la madriugada sin que sucediera nada de particular.

Recibimos la órden de "abajo," que corrió por toda la línea y los sentinelas bajaron del escalón de fuego, y casi en seguida se nos dió un poco de aguardiente, lo que bien necesitabamos, pues nos calentó y dió nuevas fuerzas. Pronto llegaron por las trincheras de comunicación grandes ollas de hierro, llenas de té hirviendo, que llevaban dos hombres por medio de dos mangos de madera. Llené mi cantina y me bebí el té caliente sin quitarmelo de la boca. Poco después caí dormido en el lodo sobre el escalón de fuego.

Ya había conseguido lo que tanto ansiaba. Estaba en la trinchera de la línea de fuego en el Frente Occidental, y oh! como deseaba yo estar de regreso en Jersey City.

CAPÍTULO V

LODO, RATAS Y BOMBAS

DEBO haber dormido unas dos o tres horas, pero no con el sueño que tiene uno en medio de sábanas limpias y suaves almohadas, pero con el sueño que le viene a uno cuando está agotado por el frío, la humedad y el cansancio.

De repente me pareció que se había iniciado un terremoto y sentí un terrible estrépito en los oidos. Abrí los ojos y ví que estaba lleno de lodo pegajoso y que mis compañeros se estaban levantando del fondo de la trinchera. Parece que el parapeto de la izquierda había caído dentro de la trinchera, llenándola enteramente con la tierra que se había desalojado. El soldado que estaba a mi izquierda parecía inerte. Me quité el lodo de la cara, y contemplé una cosa verdaderamente terrible—su cabeza estaba hecha pedazos y su casco estaba lleno de sangre y sesos. Había hecho explosión una "Minnie," o sea bomba de mortero alemán en la trinchera trasversal. Ví que muchos soldados estaban excavando en la tierra húmeda con grandísima precipitación, y muy de prisa venían otros con camillas hacia ese lugar. Después de ex-

cavar por unos minutos se llevaron en camillas por la trinchera de comunicación hacia retaguardia tres cuerpos enlodados e inertes. Pronto quedarían sepultados "en algún lugar de Francia," con sólo una cruz pequeña de madera que marcará sus sepulturas. Habían prestado sus servicios a su Rey y país, habían muerto sin poder tirar sobre el enemigo, pero de todos modos bien merecían los encomios de todos. Poco después supe quienes eran y que pertenecían a los que ingresaron al mismo tiempo que yo lo hice.

Me quedé atónito y sin movimiento. De repente alguien me dió una palá y con voz fuerte, pero bondadosa, me dijo: "Oiga, compañero, ayúdenos a limpiar esta trinchera, pero no levante mucho la cabeza y vigile a los tiradores del enemigo, pues hay uno de ellos que tiene muy buena puntería y pondrá punto final a su vida si se descuida un poco."

Echándome sobre el estómago en el fondo de la trinchera llenaba costales con el lodo pegajoso y otros compañeros se los llevaban, y de esa manera se continuó el trabajo de reconstruir el parapeto. Mientras más fuerte trabajaba mejor me sentía, y aunque hacía bastante frío, el sudor me corría a chorros.

De vez en cuando se oía el zumbido de una bala, y de vez en cuando también algún cañón de tiro rápido producía su efecto en el parapeto en que trabajabamos. A cada estallido bajaba la cabeza y la cubría con el brazo. Uno de los compañeros

más antiguos notó lo que hacia, y me dijo muy bajito: "No necesita bajarse cuando oíga el estallido de una bala, yankee; pues entonces el peligro ya ha pasado—uno nunca oye la bala que le debe pegar. Debe acordarse siempre que si alguna bala le va a pegar tiene que pegarle, y asi no se preocupe."

Esta observación me llamó mucho la atención entonces, y desde esa época he adoptado el lema de "Si alguna le va a pegar, tiene que pegarle."

Esto me sirvió de mucho, y como lo repetía con frecuencia, algunos de mis compañeros me dieron al apodo de, "Si le va a pegar tiene que pegarle."

Después de trabajar duramente por una hora, mi nerviosidad desapareció y estaba chanceando y riendo con los demás.

A la una nos dieron de comer un guisado caliente.

Busqué mi cantina, pero había caído en el escalón de fuego y estaba media enterrada en el lodo. El compañero a mi izquierda notó ésto y le dijo al sargento que estaba dando el rancho, que pusiera mi parte en su cantina, y después me dijo en voz baja: "Compañero siempre debe cuidar mucho su cantina."

Asi aprendí otra de las máximas de las trincheras.

El guisado me pareció muy bueno, pues estaba tan hambriento como un lobo. Tuvimos que servirnos mutuamente, porque tres de nuestros compañeros "se habían ido al oeste" matados por la explosión de un mortero de trinchera ale-

mana, así es que nos comimos la parte que les correspondía, pero a pesar de eso tenía hambre, y me comí mi carne prensada y galletas. En seguida me bebí toda el agua que tenía en mi botella. Poco después aprendí otra máxima de la línea del frente —"Economiza tu agua." La carne que comí me dió sed y al llegar la hora del té estaba deseosísimo de beber agua, pero mi vanidad me impedía pedirsela a mis compañeros. Asi poco a poco fuí aprendiendo la ética de las trincheras.

Esa misma noche me pusieron de guardia con un compañero de más edad: Estabamos en el escalón de fuego, sacando la cabeza por arriba para ver lo que pasaba en "la Tierra Inhabitable." Yo me puse bastante nervioso, pero mi compañero parecía muy tranquilo como si tuviera una simple tarea rutinaria.

De repente algo pasó cerca de mi cara. Mi corazón cesó de palpitar y bajé la cabeza del parapeto. Me parecía que mi compañero se estaba medio riendo, y eso hizo reponerme y le pregunté bajito: "Por Dios que es eso?"

El me contestó: "Sólo una rata que se está paseando por la trinchera." Contestación que me dejó muy corrido.

Como cada veinte minutos el centinela en la siguiente trinchera trasversal tiraba un pistoletazo. La explosión casi siempre me causaba miedo, y en realidad nunca me acostumbré a este ruido durante mi servicio en las trincheras.

Me ponía a observar el arco que describía la

bombita y después miraba hacia "la Tierra Inhabitable" para observar la explosión. Con su luz brillante se medio dibujaban los postes y las cercas de alambres con púas como si fueran ventanas enrejadas. En seguida todo quedaba en la obscuridad.

Repentinamente oí un ruido en frente de nuestra cerca de alambre, y ví unos bultos obscuros que se movían. Me apresuré a tomar mi rifle que estaba en el parapeto y ya iba a tirar, cuando mi compañero me agarró el brazo y murmuró: "No tires." Entonces él marcó el alto en voz baja. Muy pronto contestaron los bultos: "Cállese la boca gran tonto; que quiere que sepan los boches en donde estamos?"

Poco después supe que se había dado la órden de "No se marque el alto ni se tire, pues hay una partida que está colocando cercas de alambre en frente," a un centinela que estaba a nuestra derecha, pero él se había olvidado de transmitirla a los demás en la trinchera. Un oficial oyó que habiamos marcado el alto y lo que nos habían contestado, y luego ordenó que fuera arrestado el que había dejado de cumplir la órden. El centinela tuvo que sufrir un castigo durante veinte y un dias, esto es recibió durante veinte y un días el castigo número uno, o "crucifixión," según lo denominan los soldados ingleses.

Consiste esto en ponerlo atravesado sobre la rueda de un armón dos horas diarias durante veinte y un días, sin tomar en cuenta la temperatura de

la atmósfera, y durante ese periodo solamente le dan carne prensada, galletas y agua.

Algunos meses después hablé con este centinela y me dijo que desde que había sido "crucificado" no había dejado de comunicar las órdenes en las trincheras cuando las recibía. Si se toma en consideración el delito, parece que es leve el castigo ya indicado, puesto que el dejar de comunicar las órdenes a lo largo de la trinchera, puede resultar la pérdida de muchas vidas y el que se eche a perder alguna operación importante en la "Tierra Inhabitable."

CAPÍTULO VI

ATRÁS DE LA LÍNEA

NUESTRO servicio en la trinchera de la línea del frente duró unos cuatro dìas, y entonces fuimos relevados por la brigada——. Estabamos muy alegres cuando regresamos por la trinchera de comunicación, a pesar de que sentiamos frío y humedad y todos los huesos nos dolían sobremanera. Es verdad que hay una gran diferencia en eso de "entrar" y de "regresar."

Al salir de la trinchera de comunicación encontramos a unos armones que estaban esperándonos en el camino. Yo creí que nos iban a llevar a nuestros cuarteles de descanso, pero pronto supe que las únicas veces que un soldado de infanteria puede ir montado, es cuando está herido o cuando va a la base de operaciones o regresa a su país. Estos armones llevaron nuestras municiones y nuestro rancho de reserva. Mucho me gustó la caminata que hicimos hasta nuestros cuarteles de descanso; parecía que nos habían dado licencia y que estabamos dejando detrás de nosotros todo lo que era desagradable y horrible. Es eso lo

que siente todo recluta cuando lo relevan de las trincheras.

Marchamos unos ocho kilómetros e hicimos alto delante de un *estanimet* o cantina francesa. El capitán dió la órden de que nos fueramos de cada lado del camino y allí permanecieramos hasta que él regresara. Muy pronto volvió y le dijo a la compañía B que ocupara los cuarteles 117, 118 y 119. El supuesto cuartel 117 era una antigua caballeriza, en que anteriormente se habían alojado algunas vacas. Casi hacia unos cuatro piés en frente de la entrada había un gran montón de estiércol, y el olor que despedía no era del todo agradable. Por medio de mi lamparilla eléctrica pude encontrar la puerta, pero antes de entrar observé un rótulo blanco que decía: "Sentados cincuenta, acostados veinte," pero cuando lo leí en realidad no comprendí su significado; así es que a la mañana siguiente le pregunté al sargento primero que significaba el rótulo. Sin preocuparse mucho me dijo:

"Esto es cosa hecha por el R. A. M. C. (Cuerpo Médico del Ejército Real). Lo que simplemente significa es que en caso de un ataque, este lugar puede acomodar a cincuenta heridos que puedan pararse o a veinte camillas para enfermos."

No pasó mucho tiempo antes de que yo fuera uno de los "veinte acostados."

Muy pronto me eché sobre el heno y me dormí profundamente, pues ni siquiera mis amigos los "cooties" pudieron despertarme.

A eso de las seis de la mañana siguiente me levantó el cabo primero de nuestra sección, y me dijo que yo había sido designado como ayudante de mesa y que me pusiera a las órdenes del cocinero para ayudarle. Asi lo hice encendiendo el fuego, llevando agua de un pozo antiguo y friendo tocino, y esto lo hacia sobre las tapaderas de las ollas. Después de que estuvo listo el almuerzo, llevé una olla de té caliente y la tapadera llena de tocino a nuestra sección, y le dije al cabo que su almuerzo ya estaba listo. Me miró con desdén y gritó: "Si el almuerzo está listo ya lo conseguiré." Muy pronto comprendí esta nueva terminología de las trincheras y nunca dije que "el almuerzo estaba listo."

Los soldados muy pronto aceptan un ofrecimiento de esta clase. Medio vestidos se pusieron en fila con sus cantinas y yo les serví el té. Cada Tommy llevaba en la mano un trozo grueso de pan, que se le había dado con su rancho la noche anterior. Entonces tuve el gusto de verlos servirse el tocino con sus dedos sucios. Sólo se les da una tajada a cada Tommy, y los últimos reciben las tajadas más chicas. Luego que cada uno de ellos consigue su tajada desaparece y se va al cuartel. A poco rato como quince de ellos se precipitaron hacia la cocina llevando cada uno un gran pedazo de pan, que metieron en la grasa del tocino que se estaba cocinando sobre el fuego. Por supuesto que no quedaba nada para el último, y yo fuí ese último.

Después del almuerzo todos los de nuestra sección llevamos nuestros equipos a un campo cerca del cuartel, y nos ocupamos diligentemente en quitarle el lodo que se les había pegado en la trinchera, pues a las ocho cuarenta y cinco A.M. iba a haber revista, y Dios le libre a uno de los soldados si lo vieran sin afeitarse o con lodo en su uniforme. La limpieza es lo que sigue a la lealtad en el ejército británico, y el Viejo Pimienta debe haber sido buen amigo de San Pedro.

Nos estuvimos en el ejercicio hasta el medio día, y durante todo ese tiempo sólo nos dieron dos descansos de a diez minutos cada uno, y tan luego como se oian las palabras "descanso de diez minutos," cada Tommy sacaba su cigarro y lo encendía.

Todos los domingos por la mañana se repartían los cigarros, y cada uno de nosotros recibía de veinte a cuarenta. Generalmente la marca que se daba era la "Woodbine." Algunas veces por fortuna nos daban "Goldflakes," "Players," o "Red Hussars," y con poca frecuencia nos daban los "Life Rays." Cuando esto sucedía los soldados viejos desde luego hacían sus arreglos con los reclutas, y les cambiaban esta clase de cigarros por los "Woodbines" o "Goldflakes." Esto sólo le sucede una vez a un recluta, pues ya después cesa de ser recluta. En realidad los Tommies fuman sobremanera; fuman bajo todas las circunstancias, excepto cuando están sin sentido o cuando están haciendo un reconocimiento de

noche en "la Tierra Inhabitable," pues en ese caso por razones que caen de su peso, no quieren tener un cigarro encendido en la boca.

Los camilleros les llevan cigarros a los Tommies heridos; y cuando un camillero llega cerca de un Tommy que ha sido herido, generalmente se oye la siguiente conversación—Camillero: "¿Quieres un cigarro? Donde te hirieron?" y entonces Tommy lo mira y contesta, "Si. En la pierna."

Terminada la revista, regresamos a nuestro cuartel, y entonces tuve que ocuparme desde luego de los preparativos para la comida. Esta consiste de un guisado hecho de carne fresca, un par de papas, carne prensada, ración "Maconochie," y agua—mucha agua. Generalmente hay gran rivalidad entre los soldados para ver cual de ellos pesca con sus tenedores las dos papas solitarias.

Después de la comida traté de lavar la olla con agua fría y un trapo, y entonces aprendí otra máxima de las trincheras—"No se puede hacer." Estuve observando disimuladamente a uno de los viejos compañeros de otra sección, y quedé azorado al verlo echar cuatro o cinco puñados de lodo sobre su olla. Entonces le echó un poco de agua y con sus propias manos limpió el "dixie," u olla por dentro y por fuera. Me pareció que era arriesgado su proceder, sobre todo caso de que lo viera el cocinero. Después de trabajar infructuosamente media hora, llevé mi olla a la cocina, teniendo cuidado de ponerle la tapadera encima, y regresé al cuartel. Muy en breve el

cocinero sacó la cabeza por la puerta y gritó: "Oiga yank, venga a limpiar su olla!" Protesté y le dije que ya había estado trabajando en eso una media hora y aun había echado a perder en ese trabajo la única camisa que me quedaba. Con gran desdén exclamó: "Para qué demonio usa su camisa. ¿Porque no la limpia con lodo?"

Sin contestarle volví a mi tarea, haciendo uso del lodo y muy pronto mi olla se veía limpia y brillante.

Los compañeros pasaron casi toda la tarde escribiendo cartas a sus familias. Yo empléе mi tiempo disponible cortando madera para el cocinero y yendo a traer carbón. Regresé a tiempo para los preparativos de nuestra tercer comida, que sólo consistia de té caliente. Limpié mi olla, la devolví a la cocina y me fuí al cuartel con la satisfacción de creer que ya había terminado la tarea de ese día. Estaba durmiendo sobre la paja, cuando nuevamente apareció el cocinero en la puerta del cuartel y me dijo: "Caramba, que perezosos son ustedes los yankees. ¿ Quien demonio va a sacar el agua para el té de la mañana; que crees que yo lo voy a hacer? Por supuesto que no," y se fué. Entonces tuve que llenar la olla con agua de un antiguo pozo y nuevamente me fuí a acostar.

A.F.W. 3078. [Crown Copyright Reserved.]

ON ACTIVE SERVICE.

COIN OR ARTICLES OF VALUE SHOULD NOT BE SENT IN THIS ENVELOPE.
THIS ENVELOPE WILL NOT BE ACCEPTED FOR REGISTRATION.

NOTE.—
Correspondence in this envelope need not be censored Regimentally. The Contents are liable to examination at the Base.
The following Certificate must be signed by the writer:

I certify on my honour that the contents of this envelope refer to nothing but private and family matters.

Signature
(Name only)

Address—

Mr. Robert G. Anderson,
86 Jewett Avenue,
Jersey City, N. J.
U. S. A.

FIELD POST OFFICE

4 CENTS

Reproducción del Sobre Verde.



CAPÍTULO VII

EL RANCHO

ESTABA dormitando cuando el cabo primero me vino a molestar.

En la estimación de Tommy, un cabo primero es un grado más bajo que un soldado raso; pero en la estimación del cabo él es un grado más alto que un general.

Me dió sus órdenes y me dijo que lo ayudara a sacar el rancho para el día siguiente, y también me dijo que llevara mi impermeable.

Todas las tardes un cabo primero y un soldado raso van a los almacenes de la compañía a recibir el rancho del día siguiente para cada sección o compañía de cañon de tiro rápido.

El sargento primero recibe diariamente una boleta que le dan en la oficina del capitán, y que demuestra el número de hombres que deben recibir rancho, así es que no puede sufrirse ninguna equivocación. Siempre se suscitan disputas entre el sargento y alguno de la compañia, pero aquel siempre sale victorioso.

Después de colocar sobre el suelo la tela impermeable, el ayudante del cabo echó el rancho sobre

ella. Mientras tanto el cabo se puso a fumar y durante todo el tiempo que yo llevaba el rancho al cuartel seguía fumando muy tranquilamente; ¡Como lo envidiaba! Pero cuando empezó la distribución terminó mi envidia, y comprendí bien como era necesaria la diplomacia para llevar a cabo esa tarea. Había diez y nueve soldados en nuestra sección, que formaron en semicírculo alrededor del cabo, luego que dijo: "Está listo el rancho."

El sargento primero había dado una boleta al cabo, en que estaba apuntada la lista del rancho. Sentado en el suelo, y sirviéndose de una caja de madera como mesa, dió principio a la distribución del rancho, que estaba colocado a la izquierda del sargento. Consistía el tal rancho de lo siguiente:

Seis panes de pan fresco, siendo de distintos tamaños, uno de los cuales estaba muy aplastado, debido a que habían colocado sobre él al traerlo, una lata pesada de carne prensada.

Tres latas de jalea, siendo una de manzana y dos de ciruelas.

Diez y siete cebollas de Bermuda, todas de diferentes tamaños.

Un pedazo de queso en forma de cuña.

Dos latas con una libra de mantequilla cada una!

Un racimo de pasas.

Una lata de galletas, o como Tommy las denomina "quebradoras de mandibulas."

Una botella de encurtidos en mostaza.

La carne, las papas, la leche condensada, la

carne fresca, el tocino y la ración de "Maconochie" (que es una lata llena de carne, legumbres y agua grasosa), ya habían sido entregados al cocinero de la compañia para que hiciera un guisado que se serviria en la comida del día siguiente. También recibió el té, el azucar, la sal y la harina.

Después de rascarse la cabeza, el cabo examinó detenidamente la boleta que le habían dado, y en seguida muy despacio y con voz misteriosa leyó: "No. 1 Sección, 19 hombres. Panes, seis." Muy sorprendido habló consigo mismo, de la siguiente manera:

"Seis panes, diez y nueve hombres. Vamos a ver eso: quiere decir que se dividirán cinco panes para quince hombres, y para que todo salga bien, cuatro de ustedes tendrán que repartirse un pan."

Los cuatro de la mala suerte dieron un grito, pero eso no les valió para nada y se hizo la distribución del pan. Muy en breve tres Tommies bien enojados se acercarón al cabo y le dijeron:

"Que esto es lo que llama usted un pan? Más bien parece cubierta de palo."

El cabo contestó:

"Pues yo no tengo la culpa,yo no lo cocí. De todos modos alguno tiene que comerlo, asi es que cállese y espere que le dé el resto del rancho."

Entonces empezó el cabo a hacer la distribución de la jalea.

"Jalea, tres latas—una de manzana y dos de ciruelas. Diez y nueve hombres, tres latas. Seis

para cada lata, lo que hace doce hombres para dos latas y los siete restantes tendrán una sola."

Empezó a dar la jalea y aquí hubo un verdadero jaleo. A algunos no les gustaba la manzana, mientras que otros que recibían ciruelas querian manzana. Después de un rato se arreglaron las disputas, y prosiguió la distribución.

"Cebollas de Bermuda, diez y siete."

El cabo pudo lograr que no hubiera pleito, diciendo que él no quería su cabolla, y yo dije que como daba mal olor a la boca, creía que yo no necesitaría una de ellas. El cabo expresó su agradecimiento silenciosamente.

"Queso, dos libras."

El cabo pidió prestada una navaja (los cabos siempre están pidiendo algo prestado), y cortó el queso, dando lugar a distintas observaciones chuscas por parte de los que lo presenciaban, con respecto a su tino.

"Pasas, ocho onzas."

Ya por entonces el cabo se había puesto muy nervioso, y enojado dijo que se entregaría las pasas al cocinero para que hiciera *plum pudding*. Esta resolución dió lugar a una nueva acalorada discusión, pero al fin se restableció el órden.

"Galletas, latas, una."

Con su navaja que le habían prestado, el cabo abrió la lata de galletas, y les dijo a todos que metieran la mano y sacaran algunas, pero ninguno aceptó esa invitación, pues ya los Tommies están muy cansados de comer galletas.

"Mantequilla, latas dos."

"Nueve para una, y diez para otra."

Otra discusión acalorada.

"Encurtidos en mostaza, botellas, una."

Entonces se colocaron los diez y nueve nombres en un casco de acero, y el último que quedó se sacó los encurtidos. Para el siguiente sorteo sólo hubo diez y ocho nombres, pues se eliminó al que había ganado, hasta que algún soldado en la sección se ganó la botella.

Vigilan bien todos los sorteos, puesto que Tommy siempre es muy suspicaz cuando se trata de echar la suerte respecto de su rancho.

Cuando todo terminó, el cabo se sentó y escribió una carta a su país, pidiendo que traten de mandar a algún M.P. (Miembro del Parlamento) para que lo sustituyera e hiciera la distribución del rancho.

Tommy compra huevos frescos, leche, pan y pasteles en las diferentes *estaminets* franceses de la población y en los expendios de licores. A veces cuando tiene dinero, compra una lata de peras o albericoques. Recibe de sueldo un chelín diario, o sea vienticuatro centavos, saliéndole a centavo la hora. Ahora, imagínense como recibiendo un centavo por hora de estar bajo el fuego, puede alguno llegar a hacerse rico.

Cuando por primera vez Tommy va a la trinchera de fuego en la línea del frente, su rancho se merma mucho. Lleva en su mochila lo que el Gobierno llama rancho de emergencia, el que se

supone Tommy no debe usar sino cuando esté muriéndose de hambre. Consiste ese rancho de una lata de carne prensada, cuatro galletas, una latita que contiene té, azucar y cubos de Oxo (que son tablillas de carne concentrada). Solamente deben usarse cuando el enemigo continúa con un fuego nutrido sobre las trincheras de comunicación, impidiendo de esa manera que se lleve el rancho, o cuando durante un ataque, algún cuerpo de tropa se ve separado de su base de víveres.

El rancho siempre es transportado de noche y por una sección de la compañía que está a cargo del cabo primero, y que comprende soldados, mulas y armones con dos ruedas, que son los que suplen todas las necesidades de Tommy mientras que está en la línea del frente, teniendo ellos que estar constantemente amenazados por las balas. Se descarga el rancho a la entrada de las trincheras de comunicación y después lo llevan adentro unos soldados que tienen que cumplir con ese deber. El sargento primero nunca va a la trinchera de la línea del frente, pues no tiene obligación de hacer eso, y yo nunca he visto a alguno de ellos que lo hiciera voluntariamente.

El sargento mayor hace la separación del rancho y lo manda para su distribución.

El rancho de Tommy en las trincheras comprende toda la carne prensada que puede comer, galletas, queso, mantequilla en lata (a veces hay diez y siete soldados para una lata), jalea o marmelada, y de vez en cuando pan fresco (diez sol-

dados por cada pan). Cuando se puede consigue té y guisado.

Cuando hay quietud en las trincheras, y Fritz se conduce como un caballero, lo cual rara vez sucede, Tommy tiene la oportunidad de hacer dulce, el cual se llama "budín de trinchera." Se hace con pedazos de galletas, leche condensada, jalea, mezclada con agua, y ésta con algo de lodo, todo revuelto y calentado en una cantina que se coloca sobre una estufita de alcohol que se llama "estufa de Tommy."

(Una compañía nacional ha anunciado extensamente estas estufas, manifestando que son necesarias para los soldados en las trincheras. Alguna gente tonta las compra y se las envía a los Tommies y estos luego que las reciben las echan sobre el parapeto. A veces un Tommy se entera del anuncio y emplea la estufa en una covacha, causando suma molestia a los demás que están allí con él.)

Esta combinación se revuelve en una lata y se deja cocer en las llamas de la estufa hasta que Tommy considera que ya está bien cocido (como una especie de cola). Agarra su bayoneta y usando el mango lo lleva al frente de la trinchera para enfriarlo. Después que está ya enfriado trata de comerlo. Como regla general hay uno o dos Tommies en cada sección que tienen estómagos bien fuertes y éstos pronto acaban con el contenido de la lata. Yo por mi parte probé ese budín una vez, y sólo una vez.

Además de su rancho común y corriente, Tommy tiene otros medios para aumentar su menú.

Se publica en los periódicos ingleses una columna dedicada al "Soldado solitario." Esto se refiere a los soldados que están en el frente y que se supone no tienen ni amigos ni parientes, y los cuales escriben a los periódicos en donde se publican sus nombres. Las muchachas y las mujeres en Inglaterra les contestan y les mandan paquetes con víveres, cigarros, dulces, etc. Yo he conocido a un soldado "solitario" que recibía hasta cinco paquetes y once cartas por semana.

CAPÍTULO VIII

LA PEQUEÑA CRUZ DE MADERA

DESPUÉS de permanecer en nuestro cuartel de descanso unos ocho días, recibimos la desagradable noticia de que a la mañana siguiente tendríamos que volver a la trinchera, y a las sies de esa misma mañana empezamos a marchar, y después de una marcha bien larga por un camino polvoso, llegamos otra vez a los lugares en que antes habíamos estado.

Yo era el número uno de entre los cuatro primeros. El soldado que estaba a mi izquierda se llamaba "Pete Walling," y era persona bien jovial. Se reía y decía chistes, mientras que íbamos marchando y así me inspiraba más valor. No me podía yo imaginar que atractivo se podría encontrar en esa segunda visita de la línea del frente, pero a Pete no parecía importarle eso y aun me dijo que todo le gustaba.

Mi talón izquierdo se había lastimado, debido al rozamiento de la bota fuerte que llevaba. Pete notó que iba cojeando y me ofreció llevar mi rifle, pero como ya por entonces conocía bien la ética

referente a las marchas en el ejército británico, con cortesía decliné su ofrecimiento.

Ya habíamos pasado hasta la mitad de la trinchera de comunicación y Pete iba detrás de mí. Había puesto la mano sobre mi hombro, como todos los soldados hacen en las trincheras de comunicación para poder estar muy cerca uno de otro. Acababamos de subir sobre una parte de la trinchera que había sido barrida por las balas, cuando un soldado que estaba detrás de nosotros tropezó contra un alambre y lanzó un juramento. Como de costumbre Pete se precipitó para ayudarlo; pero para llegar hasta donde estaba el hombre que se había caído, tuvo que pasar por esa parte que estaba al descubierto. De repente oí el silbido de una bala y me agaché. Al instante oí un quejido detrás de mí. Mi corazón dejó de latir y regresé encontrando a Pete tirado en el suelo, y con la ayuda de mi lámpara eléctrica noté que con la mano se sujetaba el pecho derecho. Noté también que tenía los dedos llenos de sangre, y al examinar su cara con mi lamparita pude ver que empezaba a ponerse de color ciniciento. Pete me miró y dijo: "Ya vez yank, que me acabaron. Siento que me estoy yendo hacía el occidente." Su voz iba apagándose gradualmente y tuve que arrodillarme para oir lo que decía. Entonces me dió un recado que debía yo mandar a su madre y a su novia, y yo como un buen tonto empecé a llorar como un chiquillo. Había perdido mi primer amigo de las trincheras.

Tan luego como se pudo se pidió una camilla que vino de retaguardia, pero él murió antes de que llegara. Dos de entre nosotros lo pusimos sobre la camilla y lo llevamos al lugar más cercano en donde se atendía a los heridos, y allí el médico apuntó en su registro oficial el nombre de Pete, su número, su rango y regimiento, tomando esos datos de su disco de identificación, todo lo cual se incluiría en la lista de heridos y se comunicaría a su familia.

Allí dejamos a Pete aunque muy contra nuestra voluntad. El médico nos informó que lo podriamos enterrar a la mañana siguiente. Esa misma tarde, cinco de nuestra sección, incluyéndome a mí, fuimos a la pequeña población arruinada a retaguardia, y recogimos flores y hojas de los jardines abandonados de los castillos franceses, y con éstas hicimos una corona.

Mientras que mis compañeros estaban haciendo esa corona, me senté bajo la sombra de un manzano acribillado de balas, y grabé unos versos en un pequeño escudo que clavamos en la cruz de Pete; y en que hacía merecidos elogios de su valor y manifestaba que nunca olvidariamos al patriota y buen soldado que había sido nuestro compañero muy querido.

A la mañana siguiente toda la sección fué a despedirse de Pete y lo enterramos.

Después de que cada uno hubo contemplado la cara del cadáver por última vez, un cabo de la R. A. M. C. envolvió y cosió el cuerpo en una

sábana, y acto continuo colocamos dos cuerdas fuertes a través de la camilla (para poder bajar el cuerpo a la fosa), pusimos a Pete sobre la camilla, y reverentemente colocamos sobre él una gran bandera inglesa, por la cual él había dado su vida.

El capellán presidia la procesión; en seguida iban los oficiales de la sección y después dos de los compañeros que llevaban una corona. Muy cerca seguía el pobre Pete sobre su camilla cubierta con la bandera, que era llevada por cuatro soldados. Yo era uno de ellos. Detrás de la camilla, de cuatro en fondo, iban los demás de la sección.

Para llegar al cementerio, tuvimos que pasar por la población pequeña que había sido destruida por las bombas, y allí encontramos mucha tropa en movimiento. Según pasaba la procesión funeraria se marcaba el alto, y todos presentaban armas en honor del difunto.

El pobre Pete estaba recibiendo la única despedida a que tiene derecho un soldado raso "en algún lugar en Francia."

De vez en cuando se oía el zumbido de una bomba procedente de las líneas alemanas, que iba a hacer explosión entre las líneas de artillería de nuestra retaguardia.

Cuando llegamos al cementerio, hicimos alto ante una fosa abierta, y colocamos la camilla cerca de ella. Se formó la tropa en cuadro alrededor de la fosa, y el capillán leyó el ritual de difuntos.

Mientras tanto las balas de los cañones de tiro rápido de los alemanes se oían cuasando gran estrépido, pero eso a Pete no le molestaba, ni a nosotros tampoco.

Cuando se bajó el cadáver a la fosa y se hubo quitado la bandera, nosotros hicimos el saludo de ordenanza.

Me fuí antes de que llenaran la fosa de tierra. No pude resolverme a presenciar el que cubriera la tierra las facciones inermes del camarada envuelto en una sábana. Como en el Frente Occidental no hay atahudes, bien puede uno considerarse afortunado si consigue que una sábana le proteja de la humedad y de los gusanos. Varios de los compañeros se quedaron para adornar la tumba con piedras blancas.

Esa noche a la luz de una miserable vela en la covacha de los artilleros de cañon de tiro rápido en la trinchera del frente de la línea, escribí dos cartas; una era para la madre de Pete y la otra para su novia. Mientras que yo hacía eso maldecía de todo corazón al Dios de la guerra prusiano, y creo que San Pedro debe haber tomado nota de esa maldición.

Los artilleros que se hallaban en la covacha estaban riéndose y diciendo chistes, pues para ellos Pete era un desconocido. Muy pronto y al calor de su alegría, desapareció mi tristeza. ¡ Cúan pronto se olvida uno de todo en el Frente Occidental!

CAPÍTULO IX

LA SALA DEL SUICIDIO

ESTABA por primera vez en una covacha y empecé a examinarla con curiosidad. Sobre la puerta había un rótulo pequeño que decía "Sala del Suicidio." Uno de mis compañeros me dijo que esta trinchera del frente se denominaba "Trinchera del Suicidio." Después supe que los artilleros de cañones de tiro rápido y los que tiran bombas son llamados el "Club del Suicidio."

Esa covacha era muy lodosa. Los soldados dormían en el lodo, se lavaban en el lodo, comían lodo, y tenían sueños de lodo. Nunca me había parecido posible que pudiera haber tanto pesar y molestia, como lo que contienen las cuatro letras L O D O. El subsuelo de la covacha tenía una pulgada de agua. Fuera de ella estaba lloviendo a cántaros y corrían verdaderos arroyuelos por los escalones, mientras que estaba goteando y goteando por el respiradero. La sala del suicidio era una cavidad que tenía ocho píes de ancho, diez píes de largo y seis píes de alto. Estaba como a veinte píes bajo de la trinchera del fuego; por lo menos había veinte escalones para llegar a ella. Estos

escalones se habían hecho en la tierra, pero en aquella época estaban lodosos y resbaladizos. Debía uno tener sumo cuidado o se iba de cabeza. El ambiente era sumamente desagradable, y el humo que despedían los cigarros de los compañeros era casi impenetrable. Hacía frio. Las paredes y el techo estaban sostenidas por fuertes maderos cuadrados, mientras que las entradas estaban reforzadas por costales de tierra. Se habían fijado clavos en estos maderos, y de cada clavo colgaba una gran variedad de artículos. El alumbrado era sorprendente—una vela con un reflector hecho de una lata de municiones. Estaba yo tiritando de frío y además tenía que soportar el goteo que caía del repiradero. Mientras que estaba sentado compadeciéndome de mi mismo, y deseando estar ya de vuelta en mi hogar, vi al compañero que estaba cerca de mi y que escribía una carta. Me miró y sin malicia me dijo: "¿Dime yank, como deletreas 'conflagración'?"

Lo miré con desprecio y le dije que no sabía deletrear esa palabra. Allá en la obscuridad de uno de los extremos de aquel lugar procedía una vocecita que entonaba una de las canciones populares de las trincheras, que se titulaba:

"Mete todas tus penas en tu mochila y sonríe,
sonríe, sonríe."

Y de vez en cuando el cantante paraba y tocía, tocía, y tocía, lo que demuestra como pueden

estar alegres los Tommies, aun en una adversa situación.

Un oficial de artillería entró en la covacha y me miró muy enojado. Me salí reculando y resbalándome llegué a mi sección en la trinchera del frente de la línea, y allí me espetó el sargento la pregunta de "¿En donde demonios has estado?"

No le contesté, y seguí sentado en el escalón enlolado, tiritando de frio y lloviéndome en la cara. Como una media hora después fuí con otro compañero a hacer la guardia, teniendo la cabeza fuera del borde de la trinchera. A las diez me relevaron y volví a sentarme en el escalón del fuego. Al fin cesó la lluvia y pude respirar más libremente, deseando que apareciera la madrugada y el reparto del aguardiente.

CAPÍTULO X

TRABAJOS DIARIOS

MUY pronto aprendí que había una rutina especial con respecto al trabajo en las trincheras, aunque a veces los alemanes lo echaban todo a perder.

El verdadero trabajo en la trinchera del fuego empieza al anochecer. Tommy es como un ladrón de los que trábajan de noche.

Luego que empieza a anochecer se da la órden de "listos," y va pasando de una trinchera trasversal a otra, y entonces empieza el trabajo para los soldados. El primer relevo que consiste de dos soldados para cada trinchera trasversal, toma su posición en el escalón del fuego, uno de ellos mirando hacia fuera y por arriba, mientras que el otro se sienta a sus pies para estar listo, y dar al oficial de guardia cualquier informe que dé el centinela con respecto a sus observaciones en la "Tierra Inhabitable." No se le permite al centinela ni un momento de descanso. Si alguien le hace alguna pregunta desde la trinchera, o le pide la seña, siempre contesta sin voltearse o quitar la vista de la superficie lodosa que tiene en frente

de él. Los demás que están en la trinchera trasversal se sientan en el escalón de fuego, teniendo sus bayonetas listas para cualquier emergencia, o si tienen suerte y sucede que hay una covacha cerca de la trinchera trasversal y la noche es una de quietud, se les permite ir y dormir unos ratitos. A pesar de eso, se duerme poco, y los soldados se quedan sentados fumando o tratando de ver cual puede contar la mentira más grande. Algunos de ellos con los píes tocando el agua, puede ser que escribian a sus parientes en su país expresándoles cuanto sentían que se hubieran resfriado al ir a trabajar en el arsenal de Woolwich. Si por casualidad alguno empezaba a dormitar, es muy probable que se despertara repentinamente al sentir sobre la cara la pata suicia y fría de una rata, o al ser molestado por la guardia de relevo de la trinchera que le daba un pisotón en el estómago.

Quisiera ver a uno tratar de dormir con un cinturón lleno de municiones, con el gatillo del rifle picándole las costillas, teniendo los instrumentos para escavar trincheras, picándole en la espalda, con un sombrero de hojadelata de almohada, sintiéndose muy húmedo y frío, con "cooties" tratando de sacarle aceite de sus sobacos, con una atmósfera llena de los malos olores que despiden individuos llenos de ollin y el humo de una pipa que le penetra por las narices, y si puede uno imaginarse todo esto, entonces comprenderá como Tommy desea a veces un poco de descanso en las trincheras.

Mientras que está en la trinchera de la línea del frente no debe Tommy quitarse las botas, polainas, ropa o equipo. Los "cooties" se valen de esta órden y movilizan sus fuerzas, mientras que Tommy jura vengarse de ellos y dice entre dientes: "Espérense que esté en el cuartel de descanso y pueda contar con todas mis fuerzas."

Poco antes de amanecer, los soldados tienen que salir de las covachas, y vigilar el escalón del fuego, hasta que aparezca la luz de la mañana, o hasta que reciban la grata orden de "Abajo." A veces antes de que se dé la orden de "Abajo," viene la otra de "Cinco tiros rápidos," que circula por toda la trinchera. Esto quiere decir que cada soldado debe colocar su rifle sobre el borde y tirar con la mayor rapidez cinco veces, dirigiendo sus tiros hacia las trincheras de los alemanes, y entonces escabullirse (con énfasis en lo de "escabullirse"). Hay gran competencia entre las fuerzas opuestas para tirar primeramente con la mayor rapidez, porque en este caso como en otros, el que madruga le gana a su contrario; en realidad a veces lo toma desprevenido.

Había un sargento en nuestro batallón que se llamaba Warren. Estaba de guardia con su compañía en la trinchera de fuego una tarde, cuando se recibieron órdenes de retaguardia diciendo, que le habían concedido siete días de licencia para ir a su país, y que lo relevarían a las cinco de la tarde para que pudiera irse a Inglaterra.

Quedó sumamente complacido con esta agra-

dable noticia, y convidó a sus compañeros que más o menos envidiaban su suerte y que estaban con él en el escalón de fuego, a que comieran algo de lo bueno que tenía él guardado. Calculaba que le tomaría dos días para llegar a la estación de Waterloo, Londres, y que después tendría unos siete días muy felices.

A eso de las cinco menos cinco de la tarde empezó a manejar su rifle, y repentinamente saltando sobre el escalón de fuego, exclamó entre dientes: "Le voy a mandar un par de recuerditos a Fritz, para que no se olvide de mi cuando me vaya," puso su rifle sobre la parte superior de la trinchera, y tiró dos veces. De pronto se oyó el estallido de una bala, y él cayó del escalón en el lodo en la parte baja de la trinchera y allí se quedó inerte con un balazo en la frente.

A la misma hora en que él esperaba llegar a la estación de Waterloo, fué enterrado en un pequeño cementerio a retaguardia de la línea de fuego. Al fin está en su morada.

Nadie puede decir lo que va a suceder en las trincheras; así es que es mejor no formar planes de antemano.

Después de recibir la órden de "Abajo," los soldados se sientan sobre el escalón de fuego o componen sus respectivas covachas, y se quedan esperando que les den su aguardiente acostumbrado. Después del aguardiente, viene el almuerzo que les traen de retaguardia; y a continuación se duerme uno si no tiene algún trabajo especial que hacer.

A eso de las doce y media se sirve la comida, y cuando ésta termina, los soldados se entretienen como pueden, y a eso de las cuatro se sirve el té, y entonces viene la órden de "Para arriba," y sigue la rutina de siempre.

Cuando está en el cuartel de descanso, Tommy se levanta a eso de las seis de la mañana, se lava y pasa lista, lo examina el oficial de su compañía y toma su almuerzo. A las ocho y cuarenta y cinco hace ejercicio con su propia compañía o se dedica a algún otro trabajo, según las órdenes que hubiese anunciado el sargento la noche anterior.

Entre las once y treinta y el medio día lo dejan descansar, toma su comida y ya queda a su disposición el resto del día, a menos que le hayan ordenado que vaya a hacer trabajos de excavación o de otro género, y asi sigue la rutina de día en día, siempre esperando que venga la paz y pueda regresar a su hogar.

A veces cuando está uno engolfado en una caza de "cooties," se pone uno a pensar. Parece extraño, pero es un hecho que mientras que Tommy está examinando su camisa, se pone a pensar muy seriamente. Muchas veces cuando me dedicaba a esta operación, principiaba a reflexionar sobre cuando terminaría la guerra y sobre cual sería mi suerte.

Generalmente lo que pensaba yo era algo como lo siguiente:

"¿Qué saldré ileso en el próximo ataque? ¿Y si eso sucede, me salvaré del siguiente y de los

5

demás sucesivamente?" Mientras que está uno engolfado en estos pensamientos es muy probable que un Tommy se los corte de completo con la pregunta: "¿Que cosa es buena para las reumas?"

Entonces si que tiene uno algo en que pensar. ¡Que después de la guerra quedará uno baldado y amolado con las reumas, debido a la humedad y al lodo de las trincheras y de las covachas! Como generalmente no puede uno resolver este enigma, se va uno poco a poco hacia el *estaminet* vecino y allí ahoga sus malos pensamientos con un vaso de mala cerveza francesa, o trata de ver si la suerte le favorce tornando parte en un juego de loteria. Uno puede de vez en cuando oir la voz poco melodiosa de un Tommy cantando los números al sacar los cuadraditos del saco que tiene entre sus piés.

CAPÍTULO XI

AL ASALTO

CUANDO fuí por la segunda vez a las trincheras, nuestro jefe estaba recorriendo la línea, y entonces recibimos la grata noticia de que a las cuatro de la mañana tendríamos que ir por arriba de la trinchera, y tomar la alemana que estaba en frente de nuestra línea. Me pareció que mi corazón era de plomo. En seguida el jefe nos dió sus instrucciones. Según recuerdo lo que nos dijo fué lo siguiente: "A las once una compañía irá al frente para cortar los alambres de los cercos y hacer un camino que quede libre para el paso de las tropas en la mañana. A las dos de la tarde nuestra artillería principiará un fuerte bombardeo que durará hasta las cuatro. Cuando este termine, el primero de los tres asaltos deberá verificarse." Entonces se fué. Algunos de los Tommies pidieron permiso al sargento y fueron a la covacha de los artilleros de tiro rápido, y escribieron cartas a sus familias, diciéndoles que por la mañana irian por arriba de la trinchera y también que si las cartas llegaban a su destino queria decir que el que las había escrito había muerto.

Estas cartas fueron entregadas al capitán con instrucciones de mandarlas por el correo, para el caso de que él que las escribiá resultare muerto. Algunos de los compañeros hicieron su testamento en sus libros de recibo, bajo el título de "último testamento."

Entonces principiaron los momentos nerviosos de espera. De vez en cuando miraba la cara de mi reloj que tenía en la muñeca de la mano, y me sorprendía notar cuan rápidos volaban los minutos. A eso de las dos menos cinco me puse muy nervioso, esperando oir los tiros de nuestros cañones. No podía quitar la vista de mi reloj. Me eché sobre el parapeto y con una agitación nerviosa y febril agarraba mi rifle. Cuando las manecillas de mi reloj apuntaron las dos, quedó el cielo iluminado por completo hacia retaguardia con una luz rojiza y entonces un terrible estrépito, mezclado con fuertes silbidos, se oía como pasando por el aire sobre nuestras cabezas. Las balas de nuestros cañones ya iban rápidamente a caer sobre las líneas alemanas. Todos los soldados de común acuerdo saltaron sobre el escalón de fuego y dirigieron por arriba las miradas hacia las trincheras alemanas. La Tierra Inhabitable estaba iluminada por bombas que hacían explosión. El ruido causado era terrible y el suelo temblada. Entonces muy arriba de nuestras cabezas se oía un murmullo lejano. Nuestros grandes cañones detrás de la línea habían empezado a arrojar sus bombas de a 9.2 y 15 pulgadas, que caían sobre las líneas

alemanas. Las llamaradas de los cañones que estaban detrás de las líneas, los silbidos de las bombas al pasar por el aire y el relámpageo de ellas, al hacer explosión, constituían un espectáculo que era mucho más imponente que el de los grandes fuegos artificiales de Pain. El constante golpeo de los cañones de tiro rápido de los alemanes y el ruido que causaban a veces los rifles, me daban la impresión de que un inmenso público estaba aplaudiendo el trabajo de las baterias.

Nuestros cañones de a diez y ocho estaban destruyendo las cercas de alambre de los alemanes mientras que los de mayor calibre estaban haciendo añicos sus trincheras y pulverizando sus covachas.

Entonces le tocó su turno a Fritz.

Sus bombas principiaron a causar gran estrépito sobre nosotros, siendo dirigidos sus tiros hacia las llamaradas de nuestras baterias. Los morteros de las trincheras empezaron a tirar "minnies," sobre nuestra línea del frente. Notamos varias pérdidas. Entonces de repente cesaron ellos de tirar. Nuestra artillería había acabado con ellos, o los había hecho callar.

Durante el bombardeo casi podía uno leer un periódico en nuestra trinchera. A veces en la llamarada causada por la explosión de una bomba se veía el cuerpo de algún soldado oprimido contra las paredes de la trinchera y teniendo la apariencia de un monstruo deforme. Casi ni podía uno pensar. Cuando se comunicaba alguna órden a lo largo de la trinchera, tenía uno que pegar de

gritos, poniendo las manos como una bocina cerca de los oídos del compañero, que estaba sentado cerca de uno en el escalón del fuego. Después de beber el aguardiente que me dió el gusto de varniz y que casi me hizo temblar, me ponía a pensar sobre porque nos hacian esperar para saltar por encima de la trinchera hasta que terminara el fuego. A las cuatro menos diez se comunicó la seña de "En diez minutos el ataque." Nos quedaban pues diez minutos más de vida. Parecía que todos estabamos temblando. Mis piernas estaban casi dormidas. Entonces se dió la órden: "Principie el primer ataque y arriba por las escaleras."

Se refería a unas pequeñas escaleras de madera que habíamos colocado contra el parapeto, para que pudieramos subir y salir por encima de la trinchera cuando terminara el bombardeo. Las llamabamos "escalera de la muerte," y bien merecían ese nombre.

Antes de que se haga un asalto Tommy es el más cortés de los hombres. Nada de empellones o empujones para ser el primero en subir las escaleras. Todos nos agachamos cerca del primer escalón de las escaleras, esperando la voz de mando. Yo me sentía enfermo y desfallecido y estaba chupando febrilmente un cigarro apagado. Entonces oimos la órden. "Dentro de tres minutos listos," y luego que termine el bombardeo y cuando se oiga el silbido reglamentario: "Al asalto que tengan la mejor suerte y echenlos al infierno."

Esta es la frase famosa que se usa en el Frente Occidental. Es la frase misteriosa. Para Tommy significa que si tiene la fortuna de regresar, volverá sin un brazo o una pierna. A Tommy no le gusta que le deseen la mejor suerte; asi es que cuando se declare la paz, si es que algún día llega a declararse, y uno se encuentre a un Tommy en la calle, si se le deseare la mejor suerte debe uno tratar de evitar el ladrillazo que él le envie.

Miré nuevamente el reloj que tenía en la muñeca. Todos nosotros los usabamos, y no creo que por eso se nos debe considerar afeminados. Sólo faltaba un minuto para las cuatro. Yo podía ver la manecilla moviéndose hasta el número doce y entonces sobrevino un silencio mortal, que causaba pavor. Todos levantamos las miradas para ver lo que había sucedido, pero eso no duró mucho tiempo. Repentinamente se oyeron fuertes silbidos a lo largo de la trinchera, y prorrumpiendo en vivas los soldados subieron por las escaleras. Por encima se oía el estrépito de las balas, y de vez en cuando un cañon de tiro rápido rompía o hacia trisas los costales de arena que estaban sobre el parapeto. Yo casi no puedo comprender somo subí la escalera. Los diez primeros pasos que dí fueron una verdadera agonía. En seguida fuimos por los pasillos o callejones de nuestras cercas de alambre. Yo sabía que iba corriendo y sin embargo no notaba el movimiento de mis piernas. Parecía que iba deslizándose parte del suelo y que quedaba a

retaguardia, como si yo estuviera en un molino dando vueltas y el paisaje desapareciendo al mismo tiempo. Los alemanes habían seguido con nutridas descargas de balas a traves de la Tierra Inhabitable, y uno podía oirlas pegar contra el suelo. Después de que crucé nuestra cerca de alambres llegué a la Tierra Inhabitable, un Tommy que estaba a unos quince piés hacia mi derecha se volteó, me miró, puso su mano en la boca y gritó algo que no pude comprender, debido al ruido de las bombas que estallaban. Entonces toció, dió un traspiés, se fué hacia adelante, cayó y quedó inerte. Parecía como que su cuerpo iba flotando detrás de mi. Yo seguía oyendo los chiflidos de las balas de rifle que pasaban cerca de mi, y con frecuencia se levantaban pequeñas columnas de polvo, hacia mi derecha e izquierda, y eso era causado por algunas balas que rebotaban. Si un Tommy veía una de esas columnas en frente de él, ya bien comprendía que tendría que terminar el cuento diciéndoselo a una enfermera. Hasta ahora no sé a punto fijo como yo crucé la Tierra Inhabitable.

Yo veía caer soldados a mi derecha y a mi izquierda; algunos trataban de levantarse, mientras que otros permanecían sin movimiento y hechos bolas. Al fin llegamos cerca de los alambres rotos y parecía que una ola me empujaba hacia atras. Repentinamente ví ante de mi una trinchera de cuatro piés de ancho que estaba casi destruida. Se veían unos bultos deformes que

como tortugas iban subiendo por las paredes. Unos de esos bultos se resbaló y cayó al fondo de la trinchera, Yo salté por el espacio y por encima de él mientras que el soldado que estaba a mi lado pareció quedarse quieto y sin movimiento, y después cayó de cabeza dentro de la trinchera alemana. Aunque medio loco empecé a reirme, sin saber por qué. Al pegar el salto y llegar al otro lado de la trinchera me paré repentinamente, pues en frente de mi se apareció una forma gigantesca que llevaba un rifle que parecía tener diez piés de largo y a cuya extremidad se veían como siete bayonetas, que relámpageaban todas delante de mi. Entonces cruzó por mi mente el consejo que me había dado el que me enseñó el ejercicio con bayoneta en mi país. El me había dicho: "Al hacer una carga de bayoneta si le mete una a un alemán hasta el puño, Fritz tiene que caer. Puede ser que te quiera quitar el rifle, pero no pierdas tiempo y aunque eches a perder la bayoneta ponle el pié en el estómago y trata de sacarla. Debes únicamente jalar el gatillo y la bala te dará la solución deseada." Según lo que me estaba pasando creí poder hacer la aplicación de ese consejo, pero en realidad no podía acordarme como me dijo que debía meterle la bayoneta al alemán, y ésto era lo que debía resolver primeramente. Cerré los ojos y empujé con fuerza, pero mi rifle me fué arrancado de las manos, aunque creo que había matado al alemán, pues él había desaparecido. A unos veinte piés hacia mi izquierda ví

a un prusiano gigantesco de cerca de seis piés y cuatro pulgadas de alto y que en verdad era un magnífico y fornido hombre. Parece que su rifle no tenía bayoneta, pero él tenía el cañon de su arma en ambas manos y le daba vueltas alrededor de su cabeza. Casi me parecía oir el ruido que eso causaba al pasar por el aire. Estaba combatiendo contra tres pequeños Tommies, que parecían pigmeos a su lado. El Tommy que estaba a su izquierda se acercaba a su enemigo. Era chistoso ver como cada uno trataba de evitar los golpes y de devolverlos con fuerza. Al fin el Tommy que estaba más cerca de mi recibió un fuertísimo golpe, que le dió la culata del rifle del alemán. Hizo pedazos su cabeza, como si fuera la cáscara de un huevo. Se inclinó hacia adelante y se notó un movimiento convulsivo por todo el cuerpo. Mientras tanto el otro Tommy se había acercado al prusiano por detrás, y de repente contemplé como cuatro pulgadas de una bayoneta salía de la garganta del soldado prusiano, el cual tambaleó y cayó redondamente. Nunca me olvidaré de cuan atónito parecía él después de recibir su herida.

En esos momentos algo me pegó en el hombro izquierdo y sentí que se había adormecido el lado izquierdo de mi cuerpo. Parecía como que alguien me había metido un tizón candente. No sentía ningún dolor; sólo me parecía que estaba muy nervioso. Lo que sucedió fué que me habían metido una bayoneta por detrás. Caí al suelo,

pero sin perder conocimiento, porque yo veía algunos objetos medio borrados que se movían a mi alrededor. En seguida contemplé una luz brillante en frente de los ojos y perdí los sentidos. Parece que algo me había pegado en la cabeza, pero nunca supe lo que fué.

En mis sueños me veía en un bote vagando sobre las olas, y cuando abrí los ojos ví que la luna brillaba, y que me llevaban en una camilla hacia nuestras trincheras de comunicación. En el primer hospital provisional me vendaron las heridas, y entonces me metieron en una ambulancia y me llevaron a uno de los hospitales principales. No eran de gravedad las heridas en el hombro y la cabeza, y por lo tanto a las seis semanas pude ingresar nuevamente con mí compañía para servir en la línea del frente.

CAPÍTULO XII

ARROJANDO BOMBAS

LOS compañeros de mi sección me dieron la bienvenida, pero había muchas caras extrañas. Varios de nuestros soldados habían desaparecido yendo hacia el Occidente en la carga que hicimos, y estaban enterrados "en algún lugar de Francia," con una pequeña cruz de madera sobre sus cabezas. Estabamos en cuarteles de descanso. Al día siguiente nuestro capitán preguntó quienes se prestarían a ir a la escuela de tiradores de bombas. Dí mi nombre y fuí aceptado. Había ingresado en el Club del Suicidio, y por lo tanto tenían que principiar muchas peripecies. Treinta y dos soldados del batallón, siendo yo uno de ellos, fuimos enviados a L——, en donde estudiamos el arte de arrojar bombas. Allí nos enseñaron los métodos de arrojarlas y la fabricación de las distintas clases de granadas de mano, desde las antiguas de hojadelata que ya no se usan, hasta la bomba de Mills de hoy en día, que es la que se emplea usualmente en el ejército británico.

Mucho depende del lugar en que uno se encuentra, para comprender porque lo designan de alguna

manera. En Francia lo llaman a uno "tirador de bombas" y le dan medallas, mientras que en los países neutrales lo llaman anarquista y lo encierran por toda la vida.

Desde el principio los alemanes tenían a su disposición bombas adecuadas y hombres que sabían arrojarlas, pero el ejército inglés no estaba preparado en este importante departamento de la guerra como en muchos otros. En la escuela en que se enseñaba el arte de arrojar bombas un viejo sargento de los Granaderos de la Guardia, a quien tuve el gusto de conocer, me contó las dificultades que había experimentado en este ramo del servicio antes de poder ajustar cuentas con los alemanes. (*Los pacifistas y los que están en el ejército de los Estados Unidos deben tomar nota especial de esto.*) La primera Fuerza Expedicionaria de los ingleses no había llevado bombas, pero tuvo que sufrir muchas pérdidas debido a las que les arrojaron los boches. Al fin una mañana se le ocurrió una idea a cierto personaje, y se expidió una orden para que dos hombres de cada compañía fueran a una escuela en donde aprendieran como se fabricaban y arrojaban las bombas. Se escogieron para este servicio a algunos oficiales de baja graduación. Después de cosa de dos semanas de estar en la escuela regresaban a sus compañías en los cuarteles de descanso o en la trinchera de fuego, según fuera el caso, y se dedicaban a enseñar a los soldados a hacer esa clase de proyectiles.

Con anterioridad se había expedido una órden

para no malgastar las latas vacías de hojadelata para dedicarlas a la fabricación de bombas. Uno podía contemplar a un profesor del arte que estaba sentado en el escalón de fuego de la trinchera del frente, mientras que los demás compañeros de la sección se acercaban a presenciar sus trabajos.

Hacia su izquierda se veía una pila de latas de jalea vacias y mohosas, y cerca de él en el escalón de fuego había un surtido miscelaneo de materiales que empleaba para la fabricación de esa clase de "latas de jalea."

Tommy se bajaba, conseguía una "lata de jalea" vacía, sacaba un puñado de lodo terroso del parapeto, y untaba el interior de la lata con esa substancia. Después se agachaba y levantaba su detonador y explosivo y los insertaba en la lata, dejando por fuera la mecha. Sobre el escalón de fuego se veía una colección de fragmentos de bombas, balas, pedazos de hierro, clavos, etc.,—todo lo que pudiera ser bastante duro para enviarlo a Fritz; recogía una mano llena de esta colección y la ponía en el interior de la bomba. Acaso alguno de la compañía le preguntaba que para que hacía esto; y él le explicaba que al hacer explosión la bomba estas cosas se esparcian y mataban o herian a cualquier alemán a quien le pegaban; entonces el que preguntaba quitaba un botón de su saco y entregándolo al que hacia las bombas, le decía: "Me alegro saberlo, y por lo tanto mándele esto como un recuerdo," y otro Tommy

regalaba alguna navaja vieja y rota. Todo era aceptable y se metía dentro de la bomba.

Entonces el profesor recogía otra mano llena de lodo y llenaba la lata, después de hecho esto agujeraba la cubierta de dicha lata y la colocaba sobre la parte superior de la bomba, dejando la mecha de fuera. Puede ser que entonces envolvía un alambre alrededor de la lata y ya asi la bomba estaba lista para ser enviada a Fritz con los mejores recuerdos de Tommy.

Se nos había dado un pedazo de madera como de cuatro pulgadas de largo y dos de ancho, que fijabamos sobre el antebrazo por medio de dos correas de cuero y que parecía como la tapadera de una cajetilla de fósforos y se llamaba el "golpeador." La mecha de la bomba tenía algo en el extremo que parecía a la cabeza de un fósforo. Para encender la mecha tenía uno que refregarla sobre el "golpeador," lo mismo que se hace para encender un fósforo. La mecha debía durar encendida como cinco segundos o más tiempo, aunque algunas de las mechas que se hacían entonces se acababan en uno o dos segundos, mientras que otras permanecían ardiendo toda una semana antes de producir la explosión. Los trabajadores en las fábricas de municiones en Blighty no sabían lo que tenían entre manos, como ahora lo saben. Si la mecha resolvía quemarse con suma rapidez, generalmente tenían que enterrar al fabricante de ella al día siguiente. Asi es que la fabricación de bombas no se puede

considerar como una ocupación muy segura o agradable.

Después de hacer varias bombas, el profesor enseñaba á los soldados de la compañía como debían arrojarlas. Tomaba una "lata de jalea" de entre las que estaban en el escalón de fuego y lo hacía temblando un poco, porque era trabajo que lo ponía a uno nervioso, sobre todo si lo estaba empezando a hacer, y luego prendía la mecha sobre el golpeador. En seguida la mecha principiaba a arder, silbar y despedir un poco de humo, como el que se desprende de un cigarro que se ha dejado encendido. Luego se dividia la compañía en dos grupos y se iban a esconder en la trinchera trasversal más cercana, pues no les simpatiza la apariencia y el sonido de la mecha que está ardiendo. Luego que la mecha empieza a humear y silbar, debe uno despedirse de ella lo más pronto posible, asi es que Tommy la tira con todas sus fuerzas por arriba de la trinchera, se agacha cerca del parapeto y espera la explosión.

Con frecuencia cuando se arrojaban bombas, los alemanes recogían la "lata de jalea" antes de que hiciera explosión, y se la devolvían a Tommy con resultados desastrosos para él.

Después de que muchos soldados murieron de esta manera, se expidió una órden, que expresaba algo como lo siguiente:

"A todos los soldados del ejército inglés—después de encender la mecha y antes de tirar la bomba de 'lata de jalea,' deben contar uno, dos y tres."

Esto se hacía para que la mecha tuviera tiempo de consumirse, de modo que la bomba hiciera explosión, antes de que los alemanes pudiesen tirarla de vuelta.

Tommy leyó la órden—él lee todas las órdenes—, pero después de que encendió la mecha y empezó a humear, se olvidó de esa órden, y la bomba se lanzaba precipitadamente y pronto era devuelta, causando alguna molestia al que primero la había tirado.

Después se expidió otra orden para que se contara "cien, docientos, trecientos," pero a Tommy le pareció inútil, aunque la orden dijera que se contara hasta mil, pues él estaba resuelto a soltar muy pronto "la lata de jalea," ya que la experiencia le había demostrado que no podía depender de ella.

Cuando los jefes comprendieron que no podían cambiar el modo de ser de Tommy, resolvieron cambiar la clase de bomba, y asi lo hicieron, sustituyéndola con la de forma de cepillo, de forma de pelota de cricket, y al fin adoptando la bomba Mills, que es la reglamentaria del ejército inglés, y tiene la forma y tamaño de un gran limón. Fritz no parece tener miedo a esta clase de bomba; puede ser que asi la estima por el resultado de su explosión. Esta bomba Mills se fabrica de acero, cuyo exterior está subdividido en cuarenta y ocho cuadrados, los cuales se esparcen por una gran extensión cuando la bomba hace explosión, y mata o hiere a cualquier Fritz que tiene la des-

gracia de ser tocado por algunos de sus distintos fragmentos.

Aunque la bomba Mills es muy eficaz y destructora, los que las arrojan no le tienen miedo, porque saben que no causa explosión antes de soltarla.

Tiene un aparato mecánico con una palanca que entra en una abertura de la parte superior, y que se extiende hacia la mitad de su circunferencia y permanece en su lugar sujeta por una espiga en la parte inferior. En esta espiga hay una argolla pequeña de metal, que sirve para extraer la espiga cuando se va a arrojar.

Uno no debe arrojar una bomba como se tira una pelota de base ball, porque en una trinchera angosta podría uno pegar con la mano contra las paredes, puntales o parapetos, y entonces pronto desaparecería la bomba y en unos dos o tres minutos le sucedería lo mismo a Tommy.

Cuando se arroja la bomba se debe coger junto con la palanca en la mano derecha. Se adelanta el pié izquierdo con la rodilla tiesa, extendiéndolo como una distancia de uno y medio de su tamaño, mientras que se dobla la rodilla de la pierna derecha un poco hacia la derecha. Se extiende el brazo izquierdo a un ángulo de 45°, haciéndolo en la dirección que se debe arrojar la bomba. Es parecida la actitud que uno asume a la del jugador de golf, solamente que se extiende el brazo derecho hacia abajo. Entonces tira uno la bomba, haciendo sobre la cabeza lo mismo que se hace en cricket, tirándola bien alta en el aire, pues asi se

consigue que pueda acabar de arder la mecha al caer la bomba en la tierra, haciendo la explosión inmediatamente, y no dejando a los alemanes tiempo para correr evitando el peligro, o devolverla.

Luego que la bomba se separa de la mano de uno, la palanca es arrojada al aire por medio de un resorte y cae, sin causar daño sobre la tierra a unos cuantos piés en frente del que arroja tal bomba.

Al separarse la palanca, suelta un resorte fuerte que impulsa la aguja en el casquillo de percusión. Asi se prende la mecha, que va ardiendo y hace funcionar el detonador en que hay fulminato de mercurio, el cual causa la explosión de todo el amonal que contiene la bomba.

Como regla general el soldado británico no es perito en el arte de arrojar bombas; éste es un nuevo juego para él, y por lo tanto los canadenses y americanos, que han jugado base ball desde que salieron del kindergarten, se familiarizan fácilmente con ese arte de arrojar bombas, practicándolo con mucho éxito. A veces ve uno a un tirador inglés de seis piés de alto que permanece atónito y silencioso al contemplar a un pequeño canadense de cinco piés de alto tirar una bomba a varias yardas más de distancia que él. He leido muchos cuentos de la guerra referentes a arrojar bombas, en que se describian tiradores de base ball que podían dar ciertas curvas cuando arrojaban sus bombas, pero un individuo que pudiera hacer esto sería considerado más hábil que Christy Mathewson y está perdiendo su tiempo, pues

indudablemente ganaria gran renombre como tirador de bombas en la Gran Guerra.

Nos divertimos bastante durante el tiempo que permanecimos en esta escuela. En realidad consideramos este periodo como uno de asueto, y mucho sentimos saber por el ayudante que se habían expidido órdenes del cuartel general para nuestro viaje de regreso, y que se había distribuido el rancho para ese viaje que debía terminar cuando ingresaramos con nuestro cuerpo de ejército.

Luego que llegamos a nuestra sección nuestros compañeros nos recibieron con beneplácito, pero nos veían como animales raros, pues no comprendían como un individuo podía ser tan tonto que deseara ingresar en el Club del Suicidio. Principié a sentir que me hubiera hecho miembro de tal club, y empecé a apreciar mi vida doblemente.

Ahora que ya soy experto en el arte de arrojar bombas, estoy deseando que se arregle la paz, y que no se me exija prestar mis servicios en esa clase de profesión.

CAPÍTULO XIII

MI PRIMER BAÑO OFICIAL

POCO atrás de nuestro cuartel de descanso había un gran arroyo que tenía como diez piés de fondo y veinte de ancho, y todos los que eran miembros de nuestra compañía tenían la costumbre de aprovechar la oportunidad de nadar, y al mismo tiempo lavar bien sus propias personas y la ropa interior que llevaban encima. Se sentía bastante calor y estos baños eran un deleite para nosotros. Se véia nadar a los Tommies en el agua y después salir y sentarse en el sol para dedicarse a lo que hemos llamado una "caza de camisa," pues al principio tratamos de ahogar a los "cooties," pero parecía que a ellos también les gustaba el baño.

Por la mañana de un domingo todos los de la sección estaban en el arroyo muy alegres, cuando el sargento mayor se presentó delante de nosotros. Vino a la orilla del arroyo y gritó: "Salgan luego. Consigan su equipo y prepárense para la parada de baño. Apúrense amiguitos, pues sólo tienen quince minutos para prepararse." Por todo el arroyo se oyeron gritos de descontento, pero

luego todos salimos del agua. La disciplina es la disciplina.

Nos pusimos formados en fila en frente de nuestro cuartel con los rifles y bayonetas (no comprendo para qué necesita uno rifles y bayonetas cuando va a bañarse), la munición que requiere la ordenanza y nuestros sombreros de hojadelata. Cada soldado llevaba un jabón y una tohalla. Después de marchar unos ocho kilómetros por un camino polvoso, mientras que de vez en cuando oíamos el estrépito de una bomba que pasaba sobre nuestras cabezas, llegamos a un edificio bajo de madera que estaba a orillas de un arroyo. Sobre la puerta de este edificio se había fijado un rótulo que decia: "Baños divisionarios." En un cobertizo de madera que estaba detrás del edificio, se oía una bomba antigua que funcionaba con dificultad y con que se subía el agua.

Nos pusimos en línea en frente de los baños, todos llenos de sudor y dejamos nuestros rifles puestos en pabellón. Un sargento de la R. A. M. C., que llevaba una cinta amarilla alrededor del brazo izquierdo en que se leía en letras negras S. P. (Policía de Sanidad), nos dictó órdenes para que dejaramos nuestros equipos, desenvolvieramos nuestras polainas y aflojaramos los cordones de nuestras botas. Después principiando por la derecha de la línea, nos dividió en grupos de a quince soldados. A mi me tocó estar en el primer grupo.

Entramos en un cuarto pequeño en donde nos

dieron cinco minutos para desvestirnos, y después fuímos a la sala de baño. Allí había quince bañaderas (barriles cortados por en medio) medio llenas de agua. En cada bañadera había un pedazo de jabón para lavar ropa. El sargento nos informó que teníamos doce minutos exactos para terminar nuestros baños. Nos enjabonamos bien por todas partes, ayudándonos mútuamente a frotar las espaldas, y después con una manguera de jardín nos quitamos el jabón. El agua parecía hielo; sin embargo nos agradó.

De repente tocó una campana y quitaron el agua. Algunos de los más despaciosos estaban cubiertos de espuma de jabón, pero eso no le importó al sargento, quien los obligó a entrar en otro cuarto, y allí todos en fila, delante de una pequeña ventana, que parecía la taquilla de un teatro, recibimos ropa interior limpia y tohallas. De allí nos fuímos al cuarto en donde primeramente nos habíamos desvestido, permitiéndosenos diez minutos para arreglarnos debidamente.

Mi par de calzoncillos me llegaban hasta la barba y la camisa apenas cubría mi estómago, pero esa ropa era limpia, no tenía ningunos bichos y por lo tanto quedé satisfecho con ella.

Cuando terminó el plazo que se nos había dado, nos obligaron a salir y acabar de vestirnos en la yerba.

Luego que todos los de la compañía se bañaron, nos pusimos en marcha de regreso al cuartel. Esa marcha fué una de las más desagradables que

pueda imaginarse, y sólo se oían maldiciones y quejas por doquiera. Estabamos cubiertos de polvo blanco y llenos de sudor, y nuestra ropa interior nos estaba picando como un demonio.

Después de comer el guisado que nos habían guardado—y ya eran las cuatro de la tarde—regresamos al arroyo y nos bañamos nuevamente.

Si el "Santo José" hubiera oído las observaciones que haciamos acerca de los baños divisionarios y los rígidos reglamentos del ejército, creo se hubiera desmayado al considerar nuestra maldad. Pero debía calcular que Tommy es un ser humano, como cualquier otro.

Acabo de mencionar al "Santo José" o sea el capellán de manera irreverente, pero eso no se debe tomar en serio, pues entre ellos hubo muchos muy valientes.

Conocí muchos casos de hechos heróicos que se llevaron a efecto bajo las balas, y con el fin de salvar a los heridos, que con sus detalles podrían llenar muchos libros; sólo mencionaré los que hizo un capellán llamado el capitán Hall, en la brigada a nuestra izquierda, pues mucho me llamó la atención.

Los capellanes no se consideran ser combatientes. Los reconocen como hombres que no combaten y que no llevan armas. Cuando se verifica una carga o el asalto de una trinchera, al soldado le inspira valor el contacto de su rifle, revolver o bomba que él lleva. Tiene algo para protegerse,

algo con que puede herir el enemigo,—en otras palabras él puede dar tal por cual.

Pero el capellán no lleva nada, y está a merced de todo enemigo que encuentre, asi es que demuestra doble valentía cuando se va por arriba de la trinchera, bajo el fuego del enemigo, para traer a un herido. También es sabido que según los reglamentos del Rey no es necesario que un capellán tome parte en una carga, pero éste asi lo hizo, y fué tres veces bajo uno de los fuegos más nutridos que he visto, y cada vez volvía trayendo a un herido sobre las espaldas. Durante su tercer viaje recibió una bala en el brazo izquierdo, pero no dijo nada de eso al médico hasta muy tarde durante la noche, y se pasó todo el tiempo atendiendo a los heridos que estaban recostados en las camillas, esperando que las ambulancias los llevaran a los hospitales.

Los capellanes del ejército británico son gente valiente, esforzada y que bien merecen el gran respeto que Tommy les tiene.

CAPÍTULO XIV

PICOS Y PALAS

NO habia dormido yo largo tiempo cuando oí la voz melíflua del sargento que me decía: "La sección número 1 tiene que ir a hacer trabajos de excavación." Me sonreí con suma satisfacción, pues habiendo sido promovido de excavador a miembro del Club del Suicidio, quedaba exento de esas fatigas; pero no contaba yo con una cosa muy desagradable, y esto sucedió cuando el sargento mirándome muy de frente me dijo:

"Ustedes tiradores de bombas no deben considerarse que son aquí gente extraordinaria. Según las órdenes dadas, a pesar de lo que ha hecho tendrá que ayudar y cargar el pico y la pala, lo mismo que todos los demás de nosotros." Prorrumpí en fuertes quejas al tomar mi pala, pero lo único que conseguí fué perder parte de mi buen humor.

Nos reunimos a las ocho, en el exterior de nuestro cuartel y pareciamos una comparsa de máscaras. Yo estaba transformado en simple trabajador con pico y pala y como cien sacos vacios. Los demás compañeros que eran unos docientos, tam-

bién llevaban sus picos, palas, sacos, rifles y municiones.

Marchamos en columnas de cuatro en fondo, dirigiéndonos por el camino que iba por las trincheras. Varias veces nos tuvimos que formar de uno en fondo, para permitir que pasaran por delante de nosotros columnas de armones, artillería y carros con víveres.

Por supuesto que bajo estas circunstancia fuímos marchando muy despacio. Al llegar a la entrada de la trinchera de comunicación, vi mi reloj que tenía en la muñeca y noté que eran las once.

Antes de entrar en esta trinchera, se nos comunicó la órden de que "no se debe hablar ni fumar; vayan de uno en fondo, y el grupo de guardias irá primero." Este grupo consistía de treinta hombres armados de rifles, bayonetas, bombas y dos cañones de tiro rápido de Lewis. Debían protegernos y servir para repeler cualquier sorpresa o ataque, mientras que estuvieramos excavando en la "Tierra Inhabitable."

La trinchera de comunicación se extiende por casi media milla, es una excavación que serpentea y tiene ocho piés de fondo y tres de ancho.

De vez en cuando las granadas de los alemanes silbaban sobre nuestras cabezas y venían a hacer explosión cerca de nosotros. Entonces nos pegabamos contra las paredes, mientras que los fragmentos de las granadas pegaban contra la tierra arriba de nosotros.

Una vez Fritz empezó a tirarnos con un cañon

de tiro rápido, cuyas balas causaban gran estrépito por el aire y levantabán mucho polvo arriba de la trinchera, arrojando tierra y piedritas que caían sobre nuestros cascos de acero y sonaban como si fueran granizo.

Luego que llegamos a la trinchera de fuego, un oficial de los Ingenieros Reales nos dió instrucciones y nos sirvió de guía.

Debíamos escavar una trinchera delantera a unas docientas yardas de los alemanes (las trincheras en ese lugar estaban a distancia de trescientas yardas entre sí).

Se habían formado dos callejones serpentinos, de cinco piés de ancho, por en medio de nuestras cercas de alambre para que pasaran los excavadores. Con una cinta blanca se había marcado en la tierra, procediendo de esos callejones, el lugar en donde debiamos principiar a trabajar, y eso se había hecho para que no nos perdieramos en la obscuridad. También se había indicado la trinchera que se iba a construir por medio de una cinta blanca.

La guardia iba delante. Después de esperar un poco, dos exploradores volvieron a decirnos que los que iban a trabajar podían proceder y dar principio a sus tareas.

Fuimos avanzando, separados como a distancia de dos yardas y sin hacer ruido empezamos a cruzar la Tierra Inhabitable. Era tarea que lo ponía a uno nervioso, pues a cada minuto esperabamos que un cañon de tiro rápido empezara a

funcionar sobre nosotros. De vez en cuando se oía el silbido de las balas y algunas de ellas rebotaban con estrépito.

Luego que llegamos al diagrama que estaba trazado en la tierra, llevando nuestros rifles sobre los hombros, sin perder tiempo empezamos a trabajar. Excavamos tan silenciosamente como era posible, pero de repente se oía el ruido de un pico o una pala que pegaban contra una piedra y ésto nos ponía yertos y fríos, mientras que mumurando muy bajo blasfemabamos contra el pobre Tommy que había causado ese ruido.

Por intervalos se veía subir una bomba luminosa de las líneas alemanas, y entonces nos quedabamos quietos hasta que hubiera desaparecido su luz blanquecina.

Cuando ya tuvimos la trinchera profundizada a unos dos piés, nos consideramos más seguros, pues podria servirnos de escondite, por si nos descubrieran y tiraran sobre nosotros.

Habiamos estado excavando como una dos horas, cuando de repente pareció que se había abierto el infierno, pues hubo un estruendo terrible de detonaciones de rifles y cañones de tiro rápido.

Nos tiramos sobre nuestros estómagos en la trinchera medio abierta, y las balas caían por la tierra y estallaban en el aire. Entonces principiaron las granadas con una música muy poco del agrado de Tommy.

La guardia tuvo la peor parte del incidente,

pues como iban al descubierto, tenían que afrontar la situación con mayores dificultades.

Se corrió la órden a lo largo de la línea de que nos retiraramos a nuestras trincheras. No era necesario urgirnos eso, pues agarrando nuestros útiles y agachándonos, atravesamos corriendo la Tierra Inhabitable. Aunque la guardia empezó a correr después de nosotros, llegó a su destino mucho antes. Parecía que tenían alas, aunque nosotros corrimos con bastante rapidez.

Sin respiración y muy fatigados, nos arrojamos dentro de nuestra trinchera del frente de la línea. Me corté las manos al pasar por nuestros cercos de alambre, pero eso no me causó mucha impresión, pues estaba de viaje muy urgente.

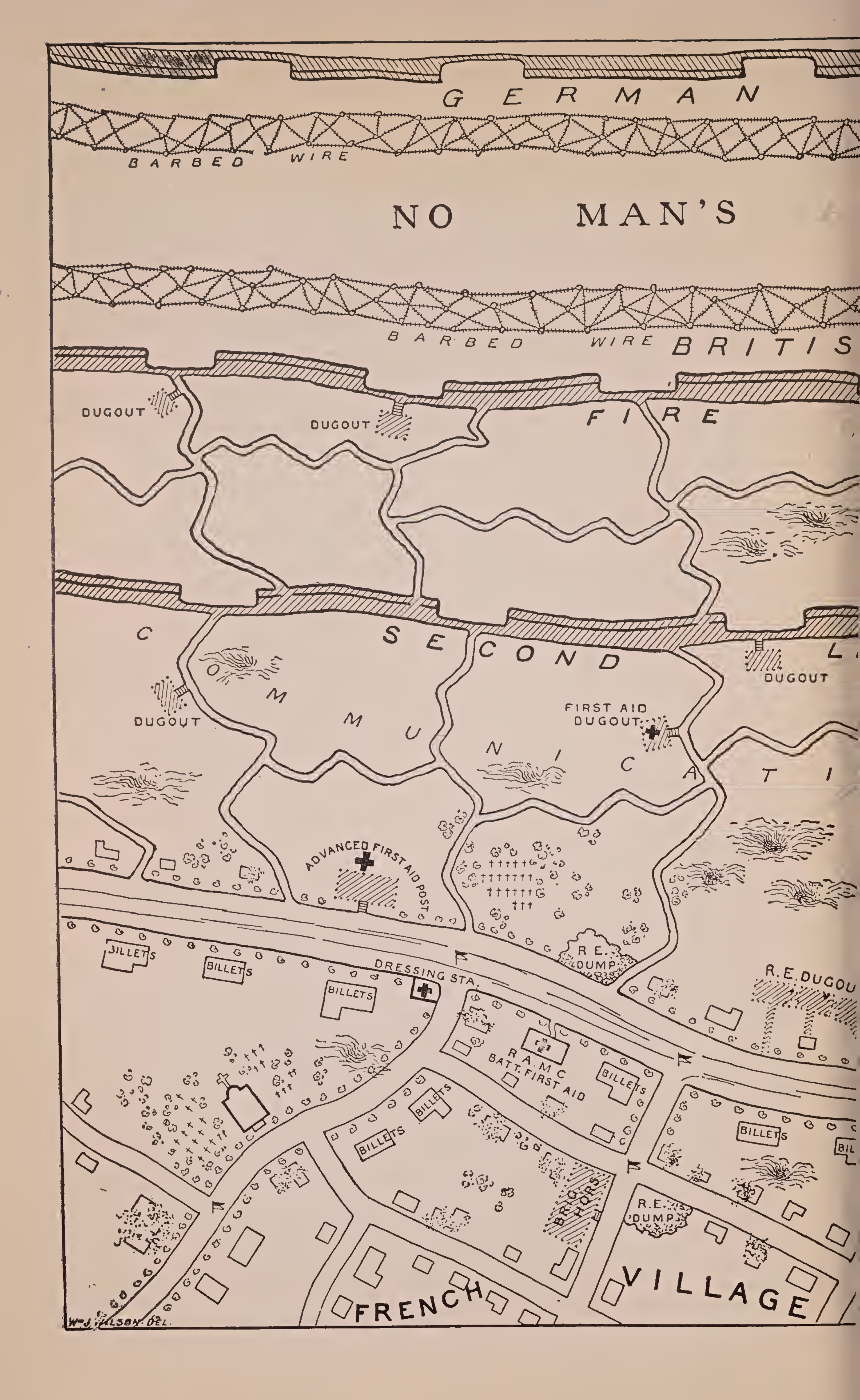
Cuando pasamos lista, se vió que habíamos perdido unos sesenta y tres hombres.

Nuestra artillería hizo fuego graneado contra la línea del frente de Fritz y sus trincheras de comunicación, y de repente cesó el fuego de sus rifles y de sus cañones de tiro rápido.

Al cesar este fuego, los camilleros salieron para buscar a los muertos y heridos. Al día siguiente supimos que veinte y uno de nuestros soldados habían muerto y treinta y siete habían resultado heridos. Habían desaparecido cinco soldados, los cuales sin duda en la obscuridad habían llegado hasta las líneas alemanas, en donde los habían matado o hecho prisioneros.

Ahora que hablo de camilleros y heridos, debo decir que la gente en general comprende muy




G E R M A N
BARBED WIRE
NO MAN'S
BARBED WIRE
BRITIS
DUGOUT
DUGOUT
F I R E
S E C O N D
L
DUGOUT
C O M M U N I C A T I
DUGOUT
FIRST AID DUGOUT
ADVANCED FIRST AID POST
R.E. DUMP
R.E. DUGOU
BILLETS
BILLETS
DRESSING STA.
BILLETS
R.A.M.C BATT. FIRST AID
BILLETS
BILLETS
BILLETS
BILLETS
R.E. DUMP
FRENCH
VILLAGE
Wm J. WILSON DEL.

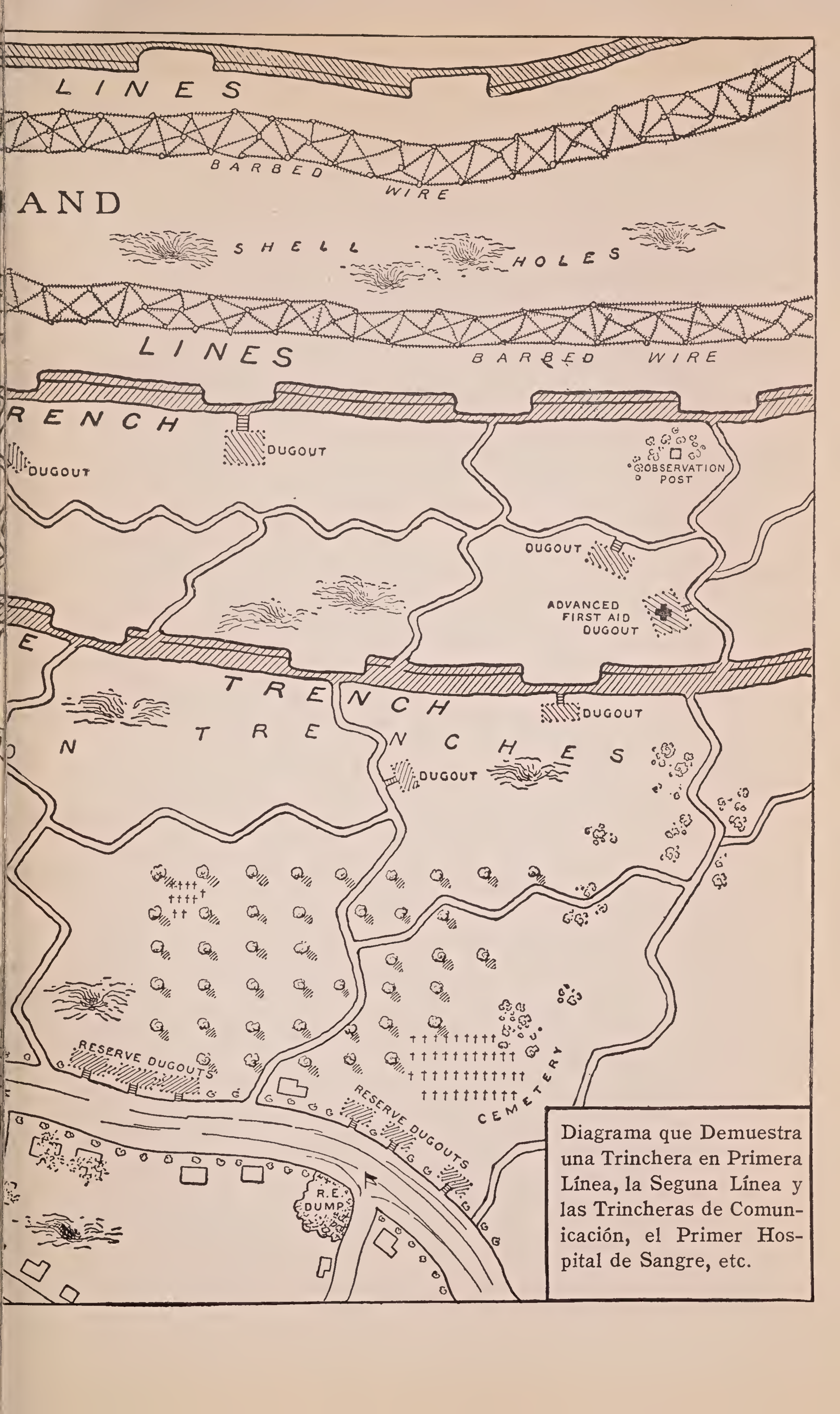


Diagrama que Demuestra una Trinchera en Primera Línea, la Seguna Línea y las Trincheras de Comunicación, el Primer Hospital de Sangre, etc.



poco cuanto cuesta el cuidar a los enfermos, y cual es el costo de la guerra. Se acostumbra uno a leer cifras de billones en los periódicos, y no se fija uno en lo que significan realmente esas cantidades.

Según un informe oficial publicado en los periódicos de Londres, se asegura que cuesta seis y siete mil libras (de $30,000 a $35,000), para matar o herir a un soldado. Se obtiene este resultado calculando el costo de la guerra hasta la fecha, y dividiéndolo por el número de muertos y heridos.

Puede ser que se considere inhumano y cruel, pero de todos modos es un hecho, que bajo el punto de vista militar es mejor que maten a un hombre que lo hieran. Si matan a un hombre, lo entierran y cesa la responsibilidad del gobierno, excepto que su familia recibe una pensión. Pero si un soldado resulta herido, tres hombres tienen que abandonar la línea de fuego; el herido y dos que lo carguen y lo lleven a retaguardia al lugar de su primera curación. Allí lo cura un médico , al cual probablemente lo ayudan dos hombres del R. A. M. C. Después se le coloca en una ambulancia, que tiene que ser manejada por dos o tres hombres. En el hospital de sangre del campamento, a donde generalmente se le suministran anastéticos, ya sea para limpiar sus heridas o para hacerle alguna operación, necesita los servicios de unas tres o cinco personas. Después de eso es indispensable emplear a más personas para llevarlo en otra ambulancia, y después al tren de ambulancia,

con un grupo de doctores, individuos del R. A. M. C., enfermeras de la Cruz Roja y los empleados que manejan el tren. Del tren se le lleva al hospital principal o a la estación para casos de accidentes, y en ese lugar tienen que estar ocupándose con él, un buen grupo de médicos, enfermeras, etc. Nuevamente hay otro viaje en ambulancia—esta vez para llevarlo al buque hospital. Cruza el Canal, llega a Blighty, o sea su país, y allí se necesitan más ambulancias, y puede ser un viaje de cinco horas en un tren de la Cruz Roja inglesa con cierto número de personas que trabajan en la Cruz Roja, y al fin llega al hospital. Como regla general permanece de dos a seis meses o más tiempo en ese hospital, y de allí lo envían a un asilo de convalecientes durante seis semanas.

Si debido a sus heridas ya no puede servir en el ejército activo, se le da de baja, recibe una pensión o se le envía a un asilo de inválidos por el resto de su vida,—y los gastos continúan todavía en aumento. Cuando uno toma en consideración todas las ambulancias, trenes y buques, sin contar los hombres empleados para ello, que se necesitan para transportar a un herido, y se fija en que ese costo pudiera usarse para víveres, municiones y refuerzos para las tropas que están en el frente, no debe estimarse extraño el que bajo el mero punto de vista militar, un hombre muerto a veces sea mejor que un hombre vivo (si está herido).

Poco depués de que el primer grupo que estaba excavando llegó al lugar indicado, nuestro general

resolvió, después de examinar cuidadosamente las trincheras de comunicación, que allí existia "*un punto ideal*," según se expresó, para colocar un cañon de tiro rápido. Entonces sacó su mapa, fijó un punto en él, y como de costumbre escribió "excávase aquí" y en la noche siguiente nosotros excavamos.

Nuestro grupo consistía de veinte personas, contándome a mi entre ellas, que con nuestros picos, palas y sacos vacios llegamos al "lugar ideal," y empezamos a excavar. Brillaba la luna, pero eso no nos importaba, pues estabamos a gran distancia de las líneas alemanas.

Habíamos excavado unos tres piés, cuando el compañero que estaba a mi lado después de dar un golpe muy fuerte con su pico soltó el mango, y se agarró la nariz con el dedo pulgar y el índice, y al mismo tiempo gritó: "Maldito sea, pero creo que me han dado gas; al menos me parece que estoy envenenado." Con rapidez miré a donde él estaba y al mismo tiempo busqué mi máscara contra el gas. Muy pronto supe lo que le había sucedido. Luego que pude oler también me tapé las narices, pues el olor era terrible. Los demás de nuestro grupo soltaron sus picos y palas y se fueron del otro lado de ese pico solitario. El oficial vino y preguntó porque se había suspendido el trabajo, y entonces nosotros tapándonos las narices apuntamos en la dirección de donde venía el olor. Se dirigió hacia el pico e inmediatamente se puso la mano sobre la

nariz, dió media vuelta y regresó. En estos momentos llegó nuestro capitán, y empezó a averiguar, y dijo al minuto de la averiguación que debiamos continuar nuestro trabajo de excavación, que no comprendía porque habíamos parado, que el olor era muy ligerò y que si fuera necesario podriamos poner nuestras máscaras contra el gas, mientras seguiàmos excavando. Dijo que habria continuado vigilando los trabajos, pero que tenía que presentar su informe inmediatamente al jefe de la brigada. ¡ Cómo hubieramos deseado nosotros ser capitanes y que también tuvieramos que informar al jefe de la brigada! Después de ponernos las máscaras contra el gas, seguimos trabajando en ese agùjero, y al fin descubrimos el cuerpo descompuesto de un alemán y que el pico le había atravesado el estómago. Uno de nuestros compañeros se desmayó: yo fuí el desmayado. Acto continuo un teniente puso término a los trabajos y envió informes al jefe de la brigada, recibiéndose entonces órdenes para que se llenara el agujero y después ya no trabajaramos más esa noche. Estas eran noticias agradables para todos nosotros, porque——

Al día siguiente el general cambió el punto en su mapa y se asignó otro lugar en que se debía trabajar por la noche siguiente.

El olor que despide un cadáver descompuesto, y que se desentierra, produce un efecto que difícilmente se puede describir. Al principio tiene uno nausea, sobre todo después de comer, y en seguida

tiene uno que vomitar. Esto es un alivio temporal, pero muy pronto empieza uno a sentirse muy débil y queda como si fuera trapo mojado. Se siente uno sumamente oprimido, y con el vivísimo deseo de evitar tal olor, salir al campo abierto y aspirar el aroma de las flores en Blighty. Le viene a uno una sensación aguda en la nariz y un piqueteo que le recuerda lo que le pasa cuando aspira gas carbonizado que sale de un radiador que está en el suelo, y quiere uno estornudar y no puede hacerlo. Esto es lo que me sucedió, teniendo además una sensación terrible y que me vino repetidas veces, al pensar que yo mismo, tarde o temprano, me encontraría en las mismas condiciones, y que pudiera ser que un golpe dado por algún Tommy que estaba escavando haría que me sacaran a la luz del sol.

Yo he experimentado este olor varias veces, pero nunca me acostumbré a él, y siempre me causaba una sensación enervante. Me hacía odiar la guerra y abrigar el pensamiento de que la civilización no debía tolerar tales cosas, y que pronto desaparecería la gloria y el brillo del conflicto dejando sólo la terrible realidad. Pero, después de abandonar ese lugar y de aspirar en los pulmones el aire puro y fresco, se olvida uno de todo, y quiere uno volver "a darles duro, muy duro."

CAPÍTULO XV

EN UNA AVANZADA

ERAN las seis de la mañana cuando llegamos a nuestro cuartel de descanso, y nos dejaron que durmieramos hasta el media día; esto es si se abstenía uno de almorzar. Permanecimos en nuestro cuartel de descanso diez y seis días, haciendo caminos, estando en ejercicio y con otras tareas, y después regresamos a la trinchera de la línea del frente.

No sucedió nada notable esa noche, pero a la tarde siguiente, descubrí que un tirador de bombas tenía que dedicarse a toda clase de tareas.

A eso de las cinco de esa tarde nuestro teniente bajó a la trinchera, y parándose delante de un grupo de nosotros en el escalón de fuego, muy sonriente, preguntó:

"¿Quienes pueden prestar sus servicios esta noche para la avanzada de observación? Necesito dos hombres."

Innecesario es decir que nadie demostró deseos de prestar ese servicio, porque no es eso muy agradable que digamos. Principié a sentirme molesto, porque sabía que pronto me tocaria mi

turno. Y asi fué, pues sonriéndose nuevamente dijo:

"Empey a ti y a Wheeler les toca, asi es que vengan a mi covacha a las seis para recibir las instrucciones correspondientes."

Acababa de irse y estaba cruzando una trinchera trasversal, cuando Fritz empezó a tirar con un cañon de tiro rápido, y las balas principiaron a destrozar los sacos de arena que estaban sobre su cabeza. Mucho me gustó verlo esconderse detrás del parapeto, pues él estaba haciendo lo que nosotros tendríamos que hacer.

Como siempre sucede en estos casos, principió a llover, y eso me hizo comprender que íbamos a pasar una noche muy desagradable. Yo no sé porqué, pero cada vez que voy al frente, llueve mucho: en realidad parece que el Dios de la lluvia siempre tiene que ajustar cuentas conmigo.

A las seis fuímos a recibir nuestras instrucciones, que eran muy sencillas y fáciles. Todo lo que teniamos que hacer era irnos a la Tierra Inhabitable, descansar sobre nuestros estómagos poniendo los oídos cerca del suelo y escuchar el ruido que pudieran hacer los zapadores o ingenieros alemanes, caso de que estuvieran construyendo un túnel bajo de la Tierra Inhabitable, a fin de colocar una mina debajo de nuestra trinchera.

Por supuesto que esas órdenes incluían la de evitar que las patrullas alemanas nos capturaran; lo que demuestra como en el Frente Occidental se dan consejos ociosos por orden superior.

Luego que obscureció, Wheeler y yo fuímos sigilosamente a nuestro puesto, que estaba a medio camino entre las líneas. Estaba lloviendo a cántaros, y la tierra era un mar de lodo pegajoso y que se adhería como si fuera cola.

Nos turnamos, poniendo nuestros oídos al suelo, y trataba yo durante veinte minutos de oir lo que pasaba, mientras que Wheeler quedaba de guardia para vigilar si venían las patrullas alemanas. Cada uno de los dos llevaba un reloj en la muñeca de la mano, y pueden ustedes creer que ninguno de los dos se quedaba en su tarea más de los veinte minutos. La lluvia nos empapaba lindamente y teníamos las orejas llenas de lodo.

Entre intervalos de varios minutos se oía el silbido de una bala encima de nosotros, o de alguna bomba que era arrojada por uno de los cañones de tiro rápido.

Al fin cesó el tiroteo, y entonces le dije muy bajo a Wheeler: "Vigile bien, compañero, pues creo que Fritz ha mandado una patrulla, y es por eso que los boches han dejado de tirar."

Ambos llevabamos rifle y bayoneta y tres bombas Mills, que sólo debiamos usar para defendernos.

Estaba con el oído al suelo, cuando de repente senti un ruido tenue pero repetido. Con voz baja, pero vibrante, le dije a Wheeler, "Creo que están haciendo una mina, escucha."

Se puso a escuchar, y con voz temblorosa me dijo al oído:

"Yank, creo que es una patrulla que viene hacia acá. Por Dios no hagas ningún ruido."

Me quedé como muerto e inmóvil como una estatua.

Casi sin respirar y fijando nuestras miradas para tratar de escudriñar la espesa obscuridad, esperamos. Con gusto hubiera dado mil libras esterlinas para estar sano y salvo en mi covacha.

Muy claramente oímos pasos y nuestros corazones estaban en un hilo. De repente se presentó un bulto obscuro delante de mi, que me pareció tan alto como el edificio de Woolworth. Podía oir la sangre que corría en borbotones por mis venas, y que parecia hacer tanto ruido como las Cataratas del Niágara.

En seguida varios bultos parecieron brotar de entre la obscuridad; eran siete por todos. Principié a hacer votos por que se fueran, y jamás en mi vida he hecho tantas veces votos de esa clase. Murmuraron algunas palabras en alemán, y después desaparecieron en la obscuridad. Y yo seguí haciendo votos por que se fueran.

De repente oímos un gran ruido, un golpe en el lodo y una exclamación "Donner und Blitzen." Uno de los boches se había caido en un agujero formado por las granadas. Ni mi compañero ni yo nos reimos. En esos momentos este incidente no nos pareció chistoso.

Después de unos veinte minutos de la desaparición de los alemanes, alguien por detrás me agarró el pié. Casi me desmayé de miedo. De repente

oí un agradable murmullo con acento inglés que decía:

"Oiga compañero, venimos a relevarlo."

Wheeler y yo regresamos a nuestra trinchera, y pareciamos más bien pollos empapados y nos sentiamos aun peor que ellos. Después de tomar un trago de aguardiente nos acostamos, y dormimos sobre el escalón de fuego sin cambiarnos nuestras ropa mojada.

Al día siguiente estaba tan tieso como un tizón y todos mis músculos me dolían de lo lindo, pero como todavía estaba en vida, nada de eso me importaba.

CAPÍTULO XVI

LA BATERÍA D 238

AL día siguiente de ésto recibí la grata noticia de que me quedaría en la covacha de los artilleros de tiro rápido, muy cerca de la avanzada primera de observación de la artillería. Esta covacha era muy amplia, muy seca y tenía verdaderos catres para dormir. Estos catres los habían hecho los R. E. que antes habían ocupado la covacha. Yo fuí el primero que entré, y desde luego hice un rótulo con mi nombre y número y lo suspendí al pié del catre que me pareció mas cómodo.

En las trincheras siempre el que llega primero tiene lo mejor, y esta táctica era observada por todos los compañeros.

Dos soldados del R. F. A. (Artillería Real de Campamento) de la avanzada de observación cercana tenían el privilegio de permanecer en esta covacha, cuando no estaban de servicio.

Uno de estos soldados el tirador de bomba Wilson, pues así se llamaba, pertenecía a la batería D 238; pareció simpatizar conmigo y yo con él.

A los dos días ya eramos amigos íntimos y entonces me contó como su batería al principio de la

guerra le hizo una buena jugada al Viejo Pimienta, la que le había dolido mucho.

Contaré su narrativa con las propias frases que el empleó, si bien las recuerdo:

"Yo vine con la primera fuerza expedicionaria, y como todos los demás creía que muy pronto le íbamos a dar una buena zurra al enemigo, y que regresariamos a tomar nuestra cena de Noche Buena en nuestras casitas. Pues bien hasta ahora yo ya he tomado dos cenas de Noche Buena en las trincheras, y si las cosas siguen como están, tomaré otras dos más; esto es si Fritz no me pega una buena y hace que me manden a Blighty. A veces yo quisiera salir herido, pues no es nada agradable estarse por estas tierras, y ya después de veinte y dos meses se cansa uno de la monotonía de esta vida.

"Ahora es mucho mejor que lo que era al principio; sin embargo tiene uno que confesar que esta trinchera no es del todo agradable. Pero ahora siquiera les echamos cinco balas por cada una de las suyas, así es que estamos ajustando cuentas, pero al principio todo era muy diferente, y entonces tenía usted que recibir sin poder contestar. En realidad nos devolvian veinte balas por cada una que les madabamos. Eso parecía gustarle a Fritz pero no a nosotros los ingleses, y por lo tanto nosotros pagabamos el pato. Un muerto seguía a otro muerto, y a veces toda una companía desaparecía, sobre todo cuando una granada caía en medio de nosotros. Se puso la

situación tan mala, que cuando uno escribía a su gente en su tierra ni les pedía que le mandaran cigarros, pues temía que no estuviera allí para recibirlos.

"Después de que se puso punto final al avance sobre París, principiamos la guerra de trincheras. Nuestro general agarró un mapa, hizo una línea con lapiz a través de él, y dijo: "Excaven aquí," después se fué a tomar su té, y Tommy llevando un pico y una pala, empezó a excavar, y desde entonces sigue excavando.

"Por supuesto que nosotros excavabamos estas trincheras de noche, pero a pesar de eso bien sentíamos el tiroteo de rifles y el cañoneo. En realidad los camilleros trabajaban aun más que los que excavaban las trincheras.

"Estas trincheras, que a mi a veces me parecen fosos o sepulturas, eran para mí una verdadera pesadilla. Sólo tenían cinco piés de profundidad y cuando uno trabajaba en ellas le dolían las espaldas de tanto agacharse. Es verdad que era peligroso estar parado, pues luego que la cabeza de uno aparecía por arriba, muy cerca brincaba una bala, tan cerca que a veces se le erizaban a uno los cabellos.

"Acostumbrabamos llenar sacos de arena y colocarlos arriba del parapeto para que fuera más alto, pero esto no servía de nada, pues Fritz empezaba a tirar duro y pronto los demenuzaba. Hasta me dolía el pescuezo tratando de evitar las balas y granadas.

"Se había excavado una trinchera provisional cerca del punto en que estaba situada mi batería, y a esta trinchera los compañeros le dieron el apodo de 'Foso del Suicidio,' y creeme yank, que éste fué el verdadero 'Foso del Suicidio,' y los demás han sido sólo imitación de él.

"Luego que un compañero entraba en esa trinchera, tenía igual probabilidad de salir de ella en una camilla. En una época un batallón escocés estaba allí de guardia, y cuando ellos supieron que se hacían apuestas a la par de que regresarian en camillas, tomaron todas las apuestas. Como verdaderos tontos varios soldados de la batería aceptaron ese ofrecimiento, y apostaron su dinerito. Los 'Jocks' o escoceses tuvieron muchos muertos, y parecía que los soldados de la batería iban a ganar muchas de las apuestas. Así es que cuando fué relevado el batallón, los jugadores se pusieron en filas. Varios 'Jocks' recibieron su dinero por haber salido sanas y salvos, pero los que se 'fueron al otro lado,' no estaban allí para efectuar sus pagos. Los artilleros no habían pensado en eso, así es que los escoseses tenían que ganar con toda seguridad, a pesar de lo que hubiera acontecido. Por lo tanto reciba este consejo; nunca haga apuestas con un escocés, pues está usted seguro de perderlas.

"En una parte de nuestra trinchera en que una trinchera de comunicación se juntaba con la línea del frente, un Tommy había colocado un poste de madera, con tres brazos, en uno de ellos dirigido

hacia las líneas alemanas, se leía 'A Berlin'; otro que apuntaba hacia la línea de comunicación, decia 'A Blighty,' mientras que el tercero decia 'Foso del Suicidio; aquí se cambia para las camillas.'

"Mas allá de este poste là trinchera pasaba por una antigua huerta; y en su orilla nuestra batería había construido una avanzada de observación. Los árboles impedían que la vieran desde los aeroplanos del enemigo y su techo estaba cubierto de yerba. No era tan cómoda como la nuestra, y no tenía andamios o refuerzos de concreto, sólo se veían las paredes y el techo hecho de sacos de tierra o arena. Desde allí se podían ver muy bien las líneas alemanas, pero esto hacia que no fuera verdaderamente segura esta avanzada. A veces se sentía el calorcito de las granadas que caían por doquiera y de las balas que destrozaban las hojas de los árboles. Muchas veces cuando fuí a relevar el vigilante en el teléfono tenía que arrastrarme sobre el estómago como gusano, para evitar que me pegaran un tiro.

"Era en realidad una avanzada de observación, y es para eso que solamente servía, para observar a todas horas del día, pues nunca se recibía orden para que nuestra batería hiciera uso de sus cañones. Debe comprenderse que en este lugar de la línea no debía tirarse ni una granada, según las instrucciones terminantes que se habían recibido, a menos que éstas las cambiara el jefe de la brigada. Yo le diré que si alguno hubiera desobedecido esa órden

nuestro general—que era el Viejo Pimienta—habría mandado que toda nuestra tropa fuera a comparecer ante una corte marcial. Nadie se atrevía a desobedecer al Viejo Pimienta en aquella época, porque no tenía el genio de un capellán, más bien podía figurarse uno que era un pirata. Si en cualquier época el diablo se sintiera estar muy solitario, y deseaba tener algún compañero adecuado, creo que el Viejo Pimienta merecía recibir esa distinción. Era más agradable encontrarse con los alemanes, que tener una entrevista con este verdadero volcán.

"Si una compañía o un batallón retrocedían unas cuantas yardas ante una fuerza superior de boches, el Viejo Pimienta mandaba llamar al jefe del cuerpo. En media hora ese jefe regresaba con la cara cenicienta, y en pocas horas los soldados que quedaban a su mando se veían nuevamente en el puesto que antes habían ocupado.

"Yo conozco a un oficial, que jamás juraba aunque le hubieran dado mil dólares por hacerlo, que después de estar cinco minutos con ese terrible viejo, regresaba y prorrumpía blasfemando de modo que habría avergonzado a los peores de su clase.

"Lo que le voy a contar es lo que hicimos dos de nosotros para darle una buena lección a ese maldito viejo, y para ganarle la delantera.

"Yo y mi compañero, un joven llamado Harry Cassell, tirador de bombas en la batería D 238, o sea cabo primero como lo llamarían en la infanteria,

íbamos a relevar a los telefonistas. Trabajabamos dos horas y descansabamos cuatro. Yo me quedaba de guardia en la avanzada de observación, mientras que él permanecía al otro extremo de la línea telefónica, en la estación de la covacha de la batería. Se suponía que enviabamos órdenes directas a la batería, para que tirara cuando se lo mandaba el oficial vigía que estaba en la avanzada. Pero se enviaban muy pocos mensajes, y sólo era en caso de un asalto verdadero que teníamos la oportunidad de ganarnos nuestros 'dos y seis' diarios. Porque debe usted saber que el Viejo Pimienta había expedido la órden de que no se tirara, sin que él diera órden expresa para hacerlo. Y con respecto al Viejo Pimienta las órdenes dadas eran órdenes en realidad y debían ser obedecidas.

"Los alemanes deben haber sabido algo respecto de esas órdenes, pues aun de día sus trasportes y tropas se presentaban y se veían como si estuvieran pasando revista. Esto ya empezó a molestarnos, puesto que diariamente veíamos delante de nosotros tan buenos blancos, sin poderles tirar ni siquiera una granada. Maldeciamos de todo corazón al Viejo Pimienta, a sus órdenes, al gobierno, a las autoridades en nuestro país y a todo el mundo en general. Pero a los boches no les importaban nuestras maldiciones y empezaron a descuidarse mucho. Caramba, si a veces hasta parecía que se mofaban de nosotros, pues al pasar por cierto camino, tiraban sus gorros al aire como para burlarse de nuestra debilidad.

"Cassell había sido telegrafista, antes de entrar al ejército cuando se declaró la guerra. En cuanto a mi puedo decir que conozco el sístema Morse, que aprendí hacia 1910 en la escuela de señales. Nosotros podíamos conversar como dos buenos compañeros, aunque hubiera un oficial en la avanzada de observación, y así es que usabamos el sistema de Morse. Para enviar un mensaje uno de nosotros tocaba en el transmisor con las uñas de los dedos, y el que estaba al otro extremo lo recibía por medio del receptor. De esta manera pasamos muchas horas conversando agradablemente sobre distintos asuntos.

"El oficial que estaba en la avanzada de observación se quedaba sentado durante varias horas con un anteojo de larga vista pegado a los ojos. Mirando por un agujero muy bien escondido, dirigía su vista hacia atrás de las trincheras alemanas, buscando el blanco para tirarle y encontrándolo muchas veces. Este oficial que era el capitán A——, tenía la costumbre de hablar alto consigo mismo. A veces expresaba su opinión, como lo haría cualquier solado raso cuando se enoja. Como en una época el capitán había estado en el Estado Mayor del Viejo Pimienta, sabía echar juramentos y maldecir en todos los tonos. En realidad ya se había acostumbrado a ese modo de proceder.

"Como a unas seis mil yardas de nosotros, detrás de las líneas alemanas, se veía muy claramente un camino desde nuestra avanzada. Du-

rante los últimos tres días, Fritz había traido mucha tropa por ese camino a la luz del sol, y nunca se les había cañoneado. Siempre que esto sucedía, el capitán se enfurecía y empezaba a echar maldicines contra el Viejo Pimienta, lo cual mucho nos agradaba.

"Cada batería tiene un diagrama en que se notan los puntos más prominentes en el paisaje, con las distancias de cada uno. Estos puntos se llaman blancos y están numerados. En el diagrama de nuestra batería este camino estaba designado como: 'Blanco diez y siete, Distancia 6000, tres grados, treinta minutos a la izquierda.' La batería D 238 consistía de cuatro cañones de a '4.5,' que tiraban una granada H. E. de a treinta y cinco libras. Como tu ya sabes H. E. quiere decir 'fuerte explosivo.' Yo no quiero pregonar lo bueno que era mi batería, pero habiamos dado tantas veces al blanco que teníamos una buena reputación en la división, y nuestros compañeros estaban deseosísimos de poder demostrar su habilidad ante los ojos de Fritz.

"En la tarde del cuarto día de que Fritz había estado burlándose de nosotros en el camino indicado, el capitán y yo mismo estabamos de guardia como de costumbre. Fritz estaba *strafeing* de nosotros de muy mala manera, como lo está haciendo ahora. Las granadas estaban saltando y rebotando por toda la huerta.

"Yo estaba conversando en clave con Cassell

al otro extremo por medio del teléfono. Esa conversación era algo parecida a lo siguiente:

"'Díme Cassell, como te gustaría estar en la cantina del King's Arms, allá donde sabes, teniendo una botella de cerveza delante de ti y a esa sirvienta rubia esperando para darte otro vaso de cerveza?'

"A Cassell le gustaba esa rubia. Su contestación comprendia varias maldiciones, y por lo tanto cambié de conversación.

"Después ésta se refería a la manera en que los boches arriesgaban las vidas en el camino designado en el diagrama como Blanco Diez y Siete. Lo que dijimos respecto de los boches creo que nunca hubiera sido permitido en el Reichstag, pero nuestro censor si lo hubiera dejado pasar fácilmente.

"Las granadas que estaban haciendo explosión causaban tanto ruido, que yo cesé de hablar y me puse a mirar al capitán. Parecia muy nervioso, sentado en un saco de arena, mirando por su anteojo. De vez en cuando refunfuñaba, y hacia alguna observación que yo no podía comprender debido al ruido, pero bien adivinaba lo que era. Fritz se estaba insolentado nuevamente en ese camino.

"Cassell me lo había dicho por medio de nuestra clave, pero en realidad yo hacia poco caso de lo que estaba pasando. Entonces me envió un O. S. y me puse a escuchar, porque esto significaba que me iba a comunicar algo de importancia. Por

lo tanto presté toda mi atención y entonces Cassell empezó a desbuchar.

"'Maldito perezoso; he estado tratando de que me oyeras desde hace quince minutos. ¿Qué sucede, te has dormido?' (Como si fuera posible que uno se durmiera con el ruido infernal que se oía.) 'No me contestes con una insolencia, pero oyeme.'

"'¿Que no quisieras hacerle una mala jugada a los boches y al Viejo Pimienta al mismo tiempo?'

"Le contesté que gustoso haría cualquier cosa contra los boches, pero le confesé que tenía un poco de miedo al sólo mencionar el nombre del Viejo Pimienta.

"Entonces replicó: 'Es una cosa tan fácil y simple que no es posible que ese maldito viejo nos descubra. De todos modos si somos descubiertos yo pagaré el pato.

"Bajo tales condiciones le dije que desarrollara su plan. Era tan atrevido y sencillo, que casi me dejó lelo. Esto es lo que él propuso:

"Si los boches usaban ese camino nuevamente, él mandaría por medio de la clave el blanco y la distancia. Yo ya le había dicho antes que nuestro capitán hablaba alto, como si estuviera dictando órdenes. Pues bién, si esto sucedía, yo debía mandar el mensaje a Cassell y él lo trasmitiría al jefe de la batería, como si procediera oficialmente por conducto de la avanzada de observación. Entonces la batería empezaría a hacer una des-

carga. Después si se trataba de averiguar algo, Cassell juraría que él había recibido la órden directamente. Tendrían que creerlo, porque era imposible que desde el lugar en que estaba en la covacha de la batería él pudiera saber cual era el camino por donde entonces iban los alemanes. Y también era imposible que él comunicara el blanco, la distancia y los grados. Bién se comprende que un diagrama de una batería no se pasa de mano en mano entre los compañeros, como un periódico que se recibe de Blighty. Después de interrogarlo a él, tendría que continuar la averiguación en la avanzada de observación, y el oficial que estaba allí podría decir con toda verdad que yo no había enviado el mensaje por el teléfono y que él no había expedido ninguna órden para que se hiciera la descarga. Así es que la averiguación no daria ningún resultado, a nosotros no nos pasaria nada, los boches recibirian una buena felpa y nosotros le dariamos una leccioncita al Viejo Pimienta. Magnífico me pareció el plan, y por lo tanto lo aprobé con mucho gusto, y así se lo dije a Cassell.

"Entonces me esperé, palpitando mi corazón y me puse a vigilar al capitán.

"Empezaba a ponerse nervioso y estaba moviéndo los piés y pegándole a los sacos de arena. Al fin volteándose hacia mi me dijo:

"'Wilson, este ejército es una verdadera maldición. ¿Para que tenemos artillería, si no hemos de hacer una descarga? La gente del gobierno

de nuestro país debía de ser colgada y es a causa de ellos que no tenemos granadas suficientes.'

"Le contesté: 'Si señor,' y empecé a enviar su opinión por medio del teléfono a Cassell, pero el capitán me interrumpió:

"'Deje esos dedos quietos. ¿Que sucede? ¿Se ha puesto nervioso? Cuando yo le hablo debe usted prestarme atención.'

"Se oprimió mi corazón y pensé que si él había comprendido mi manoteo, nuestro plan fracasaría por completo. Así es que dejé de tocar con los dedos y dije:

"'Dispénseme usted, pero es mala costumbre mía.

"'Y una costumbre bien tonta.' Me contestó y se volteó a ver por sus anteojos y comprendí que todo el peligro había pasado, pues él no sabía cual era el significado de mi manoteo.

"De repente, sin voltearse, exclamó:

"'Por Dios esto si que demuestra gran osadía. Parece imposible que ésto suceda. Hay están esos malditos boches yendo otra vez por ese camino, y ahora es toda una brigada con carros y todo lo demás. Que buen blanco hacen para nuestros '4.5,' pero ellos bien saben que no les vamos a tirar. ¡Maldito sea! es una verdadera vergüenza. Cómo desearía hacerles una decarga fuerte desde la D 238.'

"Estaba yo tan excitado que casi temblaba. Repetidas veces había estado mirando el diagrama de distancias del capitán, y ese camino y su

distancia estaban impresos firmemente en mi mente.

"Entonces dirigí un mensaje por la línea telefónica que decía: 'Batería D 238. Blanco Diez y Siete, Distancia Seis Mil, tres grados, treinta minutos, a la izquierda, Descarga, Fuego.' Cassell acusó recibo de mi mensaje, y con el receptor cerca del oído esperé y escuché. A los dos minutos se oyó por teléfono muy tenuamente la voz de nuestro jefe de batería dando la órden: 'Bateria D 238. Descarga. Fuego.'

"En seguida se sintió un estrépito en el receptor, pues los cuatro cañones hicieron una fuerte descarga, se oyeron silbidos por todas partes y las granadas se pusieron en movimiento.

"El capitán se levantó como si lo hubieran herido, y después de echar un gran juramento, dirigió sus anteojos en la dirección del camino de los alemanes. También me puse a mirar con suma atención aquel blanco. Se levantaron cuatro nubes de polvo dentre del medio de la columna alemana. Le habían pegado cuatro veces, lo cual era un nuevo triunfo para la batería D 238.

"Siguieron silbando las bombas sobre nuestras cabezas, y conté veinte y cuatro de ellas antes de que cesara el fuego. Cuando desapareció el humo y el polvo, se vió cuan terrible había sido la destrucción causada en ese camino. Se notaban armones y cañones destrozados, carros rotos y tropas que corrían en todas direcciones. El camino y sus orillas se veían con puntos grises,

que demostraba lo que habían causado nuestro cañones.

"El capitán se excitó tan sobremanera, que se cayó del saco de arena y se metió en el lodo hasta las rodillas, pero siempre viendo por el anteojo. Estaba murmurando algo, y pegándose en la pierna con la mano desocupada. Cada vez que se pegaba echaba una maldición, y enseguida lo oía decir:

"'Bueno, magnífico,—sorpendente, bien hecho; que bién le pegaron a todos.'

"Entonces se volteó y me gritó:

"'¿Wilson que te parece todo esto? ¿Que alguna vez has visto algo tan bien hecho? A mi me parece que lo han hecho muy bién.'

"A poco rato pareció como que se había sorprendido de repente, y dijo:

"'¿Pero quien demonios dió la órden para que tiraran? Sobre todo ya que el blanco y todo lo demás eran exactos. Yo sé que no la dí. Wilson, ¿que yo le dí órden para que la batería hiciera la descarga? ¿Por supuesto que no? ¿No es verdad?'

"Contesté muy enfáticamente. 'Por supuesto que usted no dió ninguna órden. Nada se comunicó de esta avanzada. De eso estoy muy seguro.'

"'Por supuesto que nada se comunicó de aquí.' Él replicó. Entonces se quedó muy cabizbajo y murmuró en voz alta:

"'Pero caramba lo que sucederá cuando el Viejo Pimienta sepa lo ocurrido; entonces si que alguien tendrá que pagar el pato.'

"En estos momentos llegó un mensaje por teléfono de Cassell, que decía:

"'El general saluda al capitán A——, y le manda que envíe inmediatamente al oficial y al telefonista al cuartel general de la brigada, pues ya van a relevarlos.'

"En voz baja me dijo: 'Ten mucho valor, Wilson, y por Dios ayúdame bien.' Le contesté, 'No tenga cuidado compañero,' pero yo estaba temblando como un azogado.

"Le dí el mensaje del general al capitán, y empezé a alistarme.

"Pronto llegaron a relevarnos y al retirarnos de la avanzada, el capitán me dijo:

"'Ahora si que va a haber una explosión, y una de las peores que hemos visto,' y así fué.

"Cuando llegamos a las troneras de los cañones, el jefe de la batería, el sargento mayor y Cassell nos estaban esperando. Nos juntamos con ellos y principió la marcha hacia el cuartel general de la brigada, que en realidad parecía una marcha fúnebre.

"Al llegar al cuartel general fué al jefe de la batería al que le tocó ser interrogado primeramente. Esto se hizo a puerta cerrada. Según se oían los gritos y refunfuños del Viejo Pimienta, más bien parecía que estaban en una jaula de leones a la hora de la distribución de la carne. Cassell después me describió la escena, y me dijo que era peor que el más fuerte bombardeo. A los dos minutos el oficial regresó. El sudor caía a borbo-

tones de su frente y su cara tenía el color de remolacha; no podía ni hablar, y al pasar cerca del capitán sólo indicó con su dedo pulgar lo que podía designarse como jaula de león y salió. Entonces el capitán entró, y parecía que nuevamente les estaban dando de comer a los leones. Quedóse el capitán como veinte minutos y salió. Yo no podía verle la cara, pero el modo como inclinaba la espalda me explicaba lo que había pasado. Parecía como pollo mojado.

"Se abrió la puerta del cuarto del general, y el Viejo Pimienta se presentó en el dintel de la puerta. Con gritos descompasados dijo:

"'Quien de ustedes es Cassell? ¿Porqué demonios no se presenta y me saluda como debía? Entre aquí.'

"Cassell empezó a hablar y decir 'Si señor!'

"Pero el Viejo Pimienta con voz de trueno gritó, 'Cállese.'

"Cassell regresó a los cinco minutos, no dijo nada, pero al pasar cerca de mi sacó la lengua y me giñó el ojo, e indicando la puerta cerrada se puso el dedo pulgar en la nariz, hizo una seña y salió.

"Entonces le tocó su turno al sargento mayor. Este no regresó por donde yo estaba. A juzgar por los rugidos del Viejo Pimienta, yo creo que se lo comió.

"Cuando la puerta se abrió y el general me hizo señas de que entrara, mis rodillas empezaron a tocar la canción popular *Home, Sweet Home*.

"Mi entrevista fué muy corta.

"El Viejo Pimienta me dirigió una mirada terrible al entrar, y entonces se destapó.

"'Por supuesto que tu no sabes nada de lo que ocurrió. Tu eres como los demás. Debías llevar una mamadera alrededor del pescuezo y un chupón entre los dientes. Considerándote como soldado, demonios me das asco. Como podemos ganar esta guerra, si Inglaterra manda gente como la que tenemos en esta brigada. Por supuesto que eso es imposible. Ahora bien dime que no sabes nada de lo que sucedió. Pronto: desembucha. No te quedes con la boca abierta como un pescado. Díme la verdad.'

"Tartamudeé: 'Yo no sé nada. Absolutamente nada.'

"'Eso bien se comprende,' gritó descompasadamente, 'pues bien lo demuestra tu cara de idiota. No hables más. Salte, aunque yo bien sé que eres un mentiroso de la peor ralea.'

"Saludé y salí del cuarto.

"Por la noche el capitán nos mandó llamar, y fuímos temblando y llenos de miedo a su covacha. Estaba sólo. Después de saludarlo, nos paramos y respectuosamente esperamos que nos hablara. Poco fué lo que nos dijo:

"'No vayan a creer ustedes que Morse inventó una lengua muerta. Yo la conozco desde hace muchos años. Ambos de ustedes deben dejar su costumbre nerviosa de estar tocando los transmisores; pues es ocupación peligrosa. Eso es todo lo que tengo que decir.'

"Saludamos, y ya estabamos saliendo de la puerta de la covacha, cuando el capitán nos llamó nuevamente y nos dijo:

"'¿Que fuman Goldflakes? Por supuesto. Pues bien hay dos cajas sobre mi mesa. Regresen a la batería, no chisten palabra. ¿Comprenden?'

"Nosotros comprendimos muy bien.

"Durante cinco semanas después de eso nuestra batería sólo tuvo trabajos extraordinarios. Nosotros estabamos muy satisfechos y también lo estaban nuestros compañeros. Valía la pena de haberle dado una leccioncita al Viejo Pimienta y también de haber molestado mucho a Fritz."

Cuando Wilson acabó su relato miré a mi alrededor y noté que se había llenado la covacha de gente. Habían entrado un capitán de artillería y dos oficiales, que se quedaron hasta el fin del cuento. Wilson escupió una gran cantidad de tabaco mascado, levantó la vista, vió al capitán y se quedó rojo como una amapola. El capitán se sonrió, se fué y entonces Wilson me dijo en voz baja:

"Caramba, compañero, yank, yo creo que ahora me van a dar la crucifixión. Ese capitán es el mismo que nos dió los Goldflakes en su covacha y yo aquí he estado dando detalles que debían ser reservados."

Pero a pesar de eso Wilson no sufrió ningún castigo.

Muy distinto de Wilson era otro individuo de nuestra brigada, llamado Scott, a quien llama-

bamos el "Viejo Scotty," a causa de su edad, pues tenía cincuenta y siete años, aunque parecía tener sólo cuarenta.

El "Viejo Scotty" había nacido en el noroeste y había formado parte de la Policía Montada del Noroeste. Era uno de esos que han peleado con los indios y había sido *cow puncher*. Era muy certero con su rifle y gustoso nos hacía comprender su habilidad. Cuidaba su rifle como si fuera niño de teta. Casi siempre cuando no tenía ninguna otra ocupación, se le veía limpiándolo o arreglándolo. Bien tenía que cuidarse el individuo que por equivocación tocaba ese rifle, pues pronto tenía que lamentar su error. Scott era tan sordo como una tapia, y nos hacía reir en las revistas, pues para cumplir con su obligación él dirigía la mirada cautelosamente al soldado que estaba a su lado, para comprender la voz de mando. No sé como el médico le dió su certificado; supongo que lo engañó de alguna manera. En esa época llevaba un gran sombrero, un albardón mexicano sobre los hombros, un lazo sobre el brazo y un pistolón colgando del cinto. Dejando todos estos adminículos en el suelo, se presentó ante el oficial que hacia el reclutamiento y gritó: "Yo vengo de América hacia el oeste de las Rocallosas y quiero formar parte de su maldito ejército. Yo no quiero a los alemanes y puedo matar a algunos de ellos. En Scotland Yard no quisieron recibirme; dijeron que era sordo y por supuesto que lo soy. A mi no me gusta formar parte de los que tienen que

excavar lodo, pero puesto que no hay lugar para mi en la caballería, creo que es mejor que entre en este regimiento y no me quede fuera del servicio; así es que alarguen sus papeles para que yo los firme." Dijo que tenía cuarenta años y asi pudo pasar. Yo estaba en la oficina, cuando él ingresó en el ejército.

Lo que más ambicionaba el Viejo Scotty era ser tirador o especie de guerrillero. El día que lo nombraron tirador de brigada, celebró ese nombramiento regalando cigarros a todos los de su compañía.

Como yo era americano, el Viejo Scotty simpatizó conmigo, y a veces me contaba algunos largos relatos sobre lo que había hecho en las llanuras, y todos los compañeros después de oir esos cuentos le pedían que contara otros más. Por supuesto que muchos de ellos eran imaginarios.

Este amigo mío no podía concordar con la disciplina, pero todos los oficiales lo querían, aunque era difícil hacerle que cumpliera con su deber, así es que cuando lo nombraron tirador, esos mismos oficiales se sintieron relevados de un peso desagradable.

Al Viejo Scotty se le permitía hacer lo que quería en la brigada. A veces sacaba su rancho de dos o tres días y desaparecía con su vaso, buscador de blanco y rifle, y ni lo volviamos a ver ni saber de él, hasta que de repente regresaba con dos o tres marcas más de las que antes tenía en el mango de su rifle. Cada vez que le pegaba a un alemán

hacia una nueva marca, y siempre demostraba gran orgullo cuando las enseñaba.

Pero después de algunos meses tuvo un ataque de reumatismo y lo enviaron a Blighty; y apenas puede uno imaginarse los juramentos que él echaba desde su camilla, pues el Viejo Scotty indudablemente sabía blasfemar, y algunas veces que lo hacía lo dejaba a uno lelo.

Es seguro que en estos momentos que escribo estas líneas está él "en algún lugar en Blighty," haciendo algún trabajo en un puente o en alguna fábrica de municiones con la "G. R." o Cuerpo de Defensa Nacional.

CAPÍTULO XVII

EN LA LÍNEA DEL FRENTE

DESPUÉS del té el teniente Stores de nuestra sección entró en la covacha y me informó que yo tenía que ingresar en una patrulla de reconocimiento y que debía llevar seis bombas Mills.

Esa noche a las 11.30 doce compañeros con nuestro teniente y mi persona nos fuimos por el frente, haciendo servicio de patrulla en la "Tierra Inhabitable."

Estuvimos caminando en la obscuridad por unas dos horas, tratando de bucar camorra y ver lo que estaban haciendo algunas de las patrullas de los boches.

A eso de las dos de la mañana íbamos caminando con mucho cuidado a unas treinta yardas frente al cerco de alambre de los alemanes, cuando de repente nos encontramos con una compañía de treinta boches. Entonces principió a tocar la orquesta bajo la batuta del director, y nosotros tuvimos que pagar la entrada.

Eso de combatir en la obscuridad con bayonetas no es cosa muy agradable. Los alemanes hicieron como que se retiraban, pero nuestro jefe

que no era novicio en el arte, no los siguió, sino dictó la órden de "abajo y péguense bien al suelo."

Bien oportuna fué esta orden, pues pronto una descarga de balas pasó sobre nuestras cabezas. Entonces en voz baja se nos dijo que nos dispersá ramos y nos fuéramos gateando hacia nuestras trincheras, cada soldado por su propia cuenta.

Podíamos ver el relámpageo de sus rifles en la obscuridad, pero las balas pasaban muy alto sobre nuestras cabezas.

Nos mataron a tres compañeros y uno salió herido en el brazo. Si no hubiera sido por la presencia de ánimo y previsión de nuestro jefe, no hay duda que hubieran acabado con toda nuestra patrulla.

Después de una espera de veinte minutos, salimos nuevamente y descubrimos que una compañía de tropa alemana estaba trabajando en sus cercas de alambres con púas. Regresamos a nuestras trincheras, sin ser vistos, dimos los informes correspondientes, y muy pronto empezaron a funcionar nuestros cañones de tiro rápido.

A la noche siguiente cuatro compañeros fueron enviados para ver y examinar si habían hecho callejones por entre las cercas; pues si esto fuera así indicaba que a la mañana siguiente atacarían a nuestras trincheras.

Por supuesto que yo tuve la mala suerte de ser uno de los cuatro que escogieron para esta desagradable tarea. Era lo mismo que si lo hubieran

enviado a uno a la agencia funeraria a escoger su propio ataud.

A las diez salimos llevando tres bombas, una bayoneta y un revolver. Después de llegar a la "Tierra Inhabitable," nos separamos. Andando a gatas por distancias de cuatro o cinco piés a la vez, evitaba las granadas que hacian explosión muy cerca de nuestras cabezas. Llegué al cerco alemán. Lo examiné pulgada por pulgada, casi sin respirar. Como yo los podía oir hablando en sus trincheras, mi corazón palpitaba de una manera terrible. Un movimiento mío en falso o el menor ruido, significaba que me descubrirían, y que por supuesto me matarían.

Después de hacer mis investigaciones en mi sector, regresé a gatas hacia mi trinchera. Ya estaba a mitad camino, cuando noté que me falataba mi revólver. Estaba tan obscuro como boca de lobo. Regresé para ver si lo podía encontrar, pues me parecía que hacia poco que lo había perdido, porque unos tres o cuatro minutos antes había tocado el mango en su funda. Estuve andando a gatas en varias direcciones y al fin lo encontré, y entonces empecé mi viaje de regreso en dirección de nuestras trincheras, según me parecía.

A poco llegué a un cerco de alambres con púas y ya iba a dar el santo y seña, cuando algo me impulsó a no darlo. Alargué la mano y toqué uno de los postes del cerco de alambre, y noté que era de hierro. Los ingleses emplean madera, y los

alemanes hierro. Cesó de latir mi corazón, pues equivocadamente había llegado hasta las líneas alemanas.

Traté de regresar muy despacio, pero mi uniforme se enganchó en los alambres e hizo un ruido al desgarrarse.

Inmediatamente se me marcó el alto, y yo me puse en pié y agachándome corrí precipitadamente hacia nuestras líneas. Los alemanes empezaron a tirarme y las balas llovían, a mi alrededor, cuando *pum* me encontré y topé con unos alambres y oí una voz que me marcaba el alto. Dí el santo y seña y gateando por el callejón en nuestro cerco, cortándome las manos y desgarrando el uniforme, llegué a caer en nuestra trinchera, ya sano y salvo. Sin embargo durante media hora tuve un ataque de nervios, hasta que un buen trago de ron me restableció a mi estado normal.

CAPÍTULO XVIII

FUNCIÓN BAJO EL FUEGO

TRES días después del incidente que acabo de referir, quedó relevada nuestra compañía de la línea del frente, y se nos envió a cuarteles de reserva, en donde permanecimos unas dos semanas, recibiendo allí mismo la grata noticia de que nuestra división regresaría a la línea, para quedarse en cuarteles de descanso. Deberiamos permanecer en estos cuarteles durante dos meses cuando menos, con el objeto de restaurar nuestra fuerza númerica, por medio de reclutas que debían llegar de Blighty.

Todos estabamos alegres y contentos cuando recibimos esta noticia; y por todos los cuarteles sólo se oían canciones y chiflidos. El día después que recibimos esta orden hicimos una marcha forzada, yendo como doce kilómetros por día, hasta que llegamos a la pequeña población de O'——.

Al cabo de tres días ya estabamos bien establecidos en ese lugar. En seguida nos pusimos a pasar el tiempo alegremente. Pasabamos revista de las ocho cuarenta y cinco de la mañana hasta el medio día, y después con excepción de algunos

momentos de guardia o trabajo de cuartel, podíamos disponer de nuestro tiempo. Las primeras cuatro o cinco tardes las dediqué a escribir mis cartas atrasadas, que por tanto tiempo había descuidado.

A Tommy le gusta entretenerse, y como yo soy yankee, me preguntaron qué podíamos hacer para pasar el tiempo. Les enseñé el juego de tirar herraduras, y esto los entretuvo mucho durante diez días. Entonces Tommy pidió a su compañero americano que ideara una nueva diversión, y aunque al principio no sabía qué idear, al fin dí en el clavo. ¿Porqué no podría yo escribir un sainete y convertir a Tommy en buen actor?

Una noche después de que se apagaron las luces, y cuando estaba prohibido el hablar, comuniqué mi plan a mis compañeros muy bajito. Inmediatamente aceptaron la idea de organizar una compañía teatral, y apenas podían esperar hasta la mañana siguiente para iniciar los arreglos conducentes.

A la tarde siguiente después de la revista, por poco me sofocan todos mis compañeros, pues cada uno de ellos quería tener un papel en el proyectado sainete. Cuando les dije que me tomaría cuando menos diez días de duro trabajo para preparar el argumento y diálogo, parecieron muy contrariados. Sin embargo empecé a trabajar en un escritorio que formé con latas de galletas en la esquina del cuartel, en donde puse un rótulo que

decía: "Compañía Teatral de Empey & Wallace." Luego que unos veinte de la sección hubiesen leido el rótulo, pidieron que se les nombrara mensajeros. Acepté las veinte solicitudes, y los mandé en comisión por todo la población francesa que estaba casi desierta. Fueron buscando por todos los tapancos de las casas la ropa vieja y cualesquiera otros objetos que pudieran servir para adornar el foro del proyectado teatro.

A eso de las cinco de esa tarde regresaron muy sucios y polvosos, pero cargados de una multitud de objetos de gran variedad, como rara vez se han visto. Yo creo que ellos supusieron que iba a establecer un almacén al por menor, juzgando por los diferentes artículos que trajeron después de su excursión.

Después de escribir constantemente unos ocho días terminé un sainete o comedia de dos actos que llamé la "Cantina del Palacio de Diamantes." De acuerdo con la indicación de uno de nuestros compañeros envié el original del programa a una casa impresora de Londres. Después de eso hice la distribución de los papeles, y se dió principio a los ensayos. Yo creo que David Belasco se hubiera arrancado el cabello al ver la clase de actores que formaban mi compañía. Además imagínese uno como se puede enseñar a un Tommy, con acento marcado inglés, que represente a un cargador del Bowery o a un negro del Sur.

Cerca de nuestro cuartel había un campo abierto. Desde luego principiamos a erigir un tablado en

uno de sus extremos, consiguiendo la madera para construirlo echando abajo una vieja choza de madera que estaba detrás del cuartel.

La primera escena se suponía que tenía lugar en una calle del Bowery de Nueva York, y la decoración del segundo acto era el interior de la cantina del Palacio de Diamantes, también en el Bowery.

En la pieza yo representaba el papel de Abe Switch, que era un labrador que venía de Pumpkinville Center, Tennessee, para visitar a Nueva York por primera vez.

En la primera escena Abe Switch se encuentra con el dueño de la Cantina del Palacio de Diamantes, negocio que iba a poner a su dueño en bancarrota.

Ese dueño se llamaba Tom Twisten, y su cantiñero era Fillem Up. Después de que Tom y Fillem Up hablaron con Abe, lo persuadieron a que comprara la cantina, alabándola en alto grado, y haciéndole apreciaciones exageradas de lo mucho que se ganaba en ella.

Mientras que estaban hablando, pasó un viejo judio llamado Ikey Cohenstein, y Abe lo contrató como cajero. Después de celebrar ese contrato encontraron a un viejo negro del sur, llamado Sambo, y por consejo de Ikey lo contrataron como mozo. Entonces los tres de brazo se fueron a tomar a su cargo el magnífico palacio, por el cual Abe acababa de pagar $6000. (Telón.)

En el segundo acto, al subir el telón se ve el interior de la cantina del Palacio de Diamantes, y

aquí empieza la primera sorpresa del público. La cantina parece más bien una pocilga, se ven dos méndigos borrachos en el suelo, y al cantinero con camisa sucia y sus mangas arremangadas está durmiendo recostado sobre el mostrador.

En esto entran Abe, Sambo y Ikey y empiezan las complicaciones.

Uno de los personajes en el segundo acto se llamaba Broadway Kate, y me costó un grandísimo trabajo enseñar a uno de los Tommies a que hablara y representara el papel de mujer.

Otro personaje era Alkali Ike de Arizona, que hacia el fin de la pieza rompe todo lo que hay en la cantina, tirando tiros con su revólver.

Tuvimos once ensayos de tres horas cada uno, antes de que considerara yo que podía darse la representación con éxito.

Todos los compañeros de la brigada estaban locos por ver la primera función, la que debía verificarse el viernes en la noche, para cuya ocasión había un entusiasmo indescriptible, cuando de repente se recibieron órdenes para que la brigada se pusiera en marcha a las dos de esa misma tarde. Echando maldiciones sin cuento al recibirse tal órden, tuvimos que cumplirla.

Esa noche llegamos a la pequeña población de S—— y allí también nos quedamos en cuarteles de descanso, en donde debíamos permanecer unas dos semanas. Desde luego nuestra compañía principió sus trabajos, y buscó en la población un lugar adecuado en donde pudieramos dar nuestra

función. Entonces tuvimos un desengaño desagradable.

Ya se había establecido en esa población una compañía rival nuestra, se llamaba the "Bow Bells," y anunciaban una pieza llamada *Blighty —¿que Esperanzas?* También estaba al llegar la compañía de conciertos de nuestra división.

La compañía teatral que ya estaba allí cobraba un franco por persona, y esa noche todos los de nuestra compañía fuímos juntos a ver la representación, la que en realidad era buena. Muy contrariado estaba yo cuando pensaba como podría superarla.

En una de las escenas aparecía una dama joven llamada Flossie. El soldado que desempeñaba este papel era muchacho de talento, y apareció como una señorita bonita y muy chic. Todos luego nos enamoramos de ella, hasta que dos días depués, mientras que íbamos marchando, pasamos al lado de Flossie que estaba con sus mangas arremangadas y el sudor cayéndole en borbotones, mientras que descargaba unas granadas de un carro motor.

Al pasar nuestra sección le grité: "Oigame Flossie. Blighty—¿que Esperanzas?" La contestatión de la señorita puso fin a mi cariño, pues me dijo:

"Váyase al infierno."

Esta replica dió lugar a que mis compañeros se rieran por un buen rato de mi, lo que me impulsó a resolver decididamente que presentaríamos

nuestra comedia en oposición a "*Blighty—¿Que Esperanzas?*"

Cuando regresamos al cuartel después de la marcha, Curley Wallace, mi socio empresario, vino corriendo a verme, y dijo que había encontrado un magnífico lugar para dar nuestra función.

Después de quitarme el equipo, y seguido de todos los compañeros, fuí a ver el edificio que él había escogido. Era un granero inmenso que tenía una plataforma en un extremo muy adecuada para nuestro foro. Desde luego los compañeros empezaron a trabajar con entusiasmo, y antes de la noche ya lo habían arreglado convenientemente. Al día siguiente que era domingo y después de ir a la iglesia, nos dedicamos a nuestro último ensayo, el cual salió perfectamente.

Preparé cuatro o cinco grandes rótulos anunciando que nuestra compañía daria una función esa nochc en el teatro del Rey Jorge V., en la esquina de la calle Ammo y la Terraza de Sacos de Arena, y que se cobraría medio franco por entrada, debiendo pagarse un franco por las dos primeras filas en plateas y dos francos en los palcos. Por entonces ya habíamos recibido los programas impresos de Londres, y además anuncié que la noche de la primera función se le daría un programa gratis a todos los que tuvieran boletos de a un franco o más precio.

Tuvimos una orquesta de siete músicos y siete instrumentos distintos. Esta orquesta era magnífica, sobre todo cuando no tocaba.

Se anunció que la representación principiaría a las seis P.M.

A las cinco quince P.M. ya había un gran gentío en frente de las puertas, y parecía que íbamos a tener una magnífica entrada. Había dos palcos que tenían cuatro asientos cada uno y que desde luego fueron vendidos. Entonces a Ikey Cohenstein se le ocurrió una brillante idea. Porqué no podíamos hacer uso de las vigas del techo, llamarlas palcos y cobrar dos francos por asiento en una de ellas. La única dificultad que había era como podrian los espectadores ir a esos palcos, pero a Ikey eso le pareció un mero detalle.

Consiguió largas cuerdas y las ató alrededor de cada una de las vigas, y después hizo nudos en las tales cuerdas, para que pudieran servir como escaleras.

Calculábamos que las vigas proporcionarían asientos para cuarenta individuos e hicimos boletos para ese número.

Cuando los que tenían los boletos para esos palcos columbraron las vigas, y se les dijo que tenían que subir por las escaleras de cuerdas, mostraron suma indignación, pero como ya habíamos recibido su dinero, les dijimos que si eso no les convenía podian escribir a los empresarios después de la función, y que se les devolvería su dinero; pero que en tal caso no se les permitiría ver la función de esa noche.

Después de refunfuñar un poco se conformaron, pero bajo la promesa de que en caso de que la

Programa de una Función Dada en el Frente Occidental.





The

KING GEORGE V. THEATRE

(Erected 1916)

Situated Corner of Sand Bag Terrace and Ammo Street.



Under Management of Empey and Wallace.

NOTE.—The Management warns all patrons of this Theatre that they will not be responsible for injuries received from the unauthorized entrance of stray shells, "whizz-bangs," or rifle bullets.

Programmes Printed by Everett.

Executive Staff.

A. G. Empey	*Producer and Playwright*
Jack Wallace	... *Manager*
Richard Turpin	... *Cashier*
George Parsons	... *Stage Manager*
Frederick Houghton	... *Property Man*
William Everett	*Electrician*
William Guilford	*Carpenter*
Sydney Impey	... *Booking Office*
John Foxcroft	*Head Usher*

NOTE.

The Management requests that patrons will remove their steel helmets.

In case of an attack, keep your seats, don't interrupt the performance

If you don't like the show, leave, don't put on your gas helmets.

Patrons will not bring live bombs into this theatre.

No one allowed past the barbed wire in front of the footlights as it is the actors' only protection. No firing at actors.

It is earnestly requested that any incivility or inattention towards patrons from the employees of this Theatre be reported at the Booking Office, so that the offender may be shot at sunrise (if he gets up in time).

Ladies Room in rear of first balcony. Matron in attendance.

Lounging and Smoking Room for gentlemen in the shell-proof cellar. Identification disc must be shown to prove you are a gentleman.

Gentlemen are requested not to swear aloud at actors, the show, playwright or orchestra. It is not their fault that they are rotten, they know it as well as you do.

No tins of Bully Beef or Maconochie Rations accepted at the Booking Office in payment for tickets.

Caste of Characters

(as they appear).

Tom Twistem (gang leader and wise guy, owner and proprietor of the Diamond Palace Saloon, out for the dough) ... JACK WALLACE

Fillem Up (bar tender of the Diamond Palace Saloon, an ex-burglar, a ticket-of-leave man) ... ... WILFRED ISOM

Sambo (a negro from Virginia, always broke and hungry, joined a minstrel show which went broke and left him stranded in New York) ... ... EDWARD FITZGERALD

Ikey Cohenstein (an East Side Jew, New York City, Dealer in Second-hand Clothes and a Moneylender) CHARLES HONNEY

Abe Switch (a Farmer, Postmaster, Constable, and owner of the only shop in Pumpkinville Center, Tennessee, U.S.A. First trip to New York City. Left his wife, Miranda, at home) A. G. EMPEY

Weary Willie (a bum, never works and always drunk) A. G. HALL

Sid Cocaine (a morphine fiend, a man of few words)
WILLIAM YERRELL

"Kid" Papes (a tough newsboy) ... CHARLES DALTON

"Broadway" Kate (Tom Twistem's lady friend, clever at getting the dough) ... ... MADAME ZARA

Sing Lee Sung (a Chinese Laundryman) WILLIAM YERRELL

Alkali Ike (a Texas Cowboy from the Bad Lands, Texas, expert revolver shot, quick on the draw and shoots from the hip)
A. G. HALL

Customers, Soldiers, etc.

Messrs. EMPEY and WALLACE

PRESENT

The Rip Roaring, Side Splitting, Farce Comedy

ENTITLED

The Diamond Palace Saloon

A TRAVESTY ON NEW YORK LIFE,

Acted by the All-Star Caste of the

167th BRIGADE MACHINE GUN COMPANY (Suicide Club),

Section No. 1.

Written, rehearsed and produced under fire during the European War, France, 1916.

Act I.

SCENE I. Street Scene on the Bowery, New York City.

TIME. Any old time.

NOTE. Five minutes interval to enable actors to get a drink.

Act II.

SCENE I. (*one scene is sufficient*) Interior of Diamond Palace Saloon, corner of 3rd Avenue and 12th Street, New York City.

TIME. Same day as Act I.

Musical Programme

— *Rendered by the Trench Orchestra.* —

I. A. M. ROTTEN ... Leader.

Overture ... ... "Hymn of Hate"

Selection ... ... "How we Love der Kaiser"

Intermezzo ... ... "Stick it into a Hun"

March ... ... "On to Berlin"

Selection ... ... "Poison Gas"

— GOD SAVE THE KING. —

FINIS.

función no sirviera tendrían el derecho de criticarla acerbamente.

La función tuvo el mayor éxito hasta que Alkali Ike apareció en la escena con su revólver cargado de cartuchos en blanco. Detrás de la cantina había un estante con una gran fila de botellas. Se suponía que Alkali Ike debía empezar a la izquierda de esta línea, y romper seis de las botellas tirándoles con su revólver. Detrás de estas botellas había un telón pintado que se suponía representaba la parte interior de la cantina, y a cada tiro de la pistola de Alkali, un individuo detrás de la decoración le pegaba a una de las botellas con el mango de su instrumento para excavar trincheras y la hacía añicos, para causar la impresión de que Alkali era buen tirador.

Sucedió que Alkali Ike empezó a tirar a la derecha de la línea de botellas en lugar de a la izquierda, y el pobre tonto que estaba detrás de la decoración empezó a romper las botellas a la izquierda. Entonces sí, aquí fué Troya entre los que estaban en los palcos. Pero fuera de este pequeño fracaso la función tuvo magnífico éxito, y resolvimos repetirla durante toda la semana.

Como estaban pasando por la población nuevas tropas constantemente, tuvimos que poner el rótulo de "Teatro lleno" durante las seis representaciones.

CAPÍTULO XIX

EN SU PROPIA TRINCHERA

POR supuesto siempre Tommy no puede estar dando funciones teatrales bajo las balas, pero mientras que está en cuartel de descanso tiene distintas maneras de divertirse. Mucho le gustan los juegos de azar, pero nunca hace fuertes apuestas. Como regla general en cada compañía se encuentra algún jugador de profesión, y éste es el que generalmente pone el capital para todos los juegos, y es la autoridad indisputable acerca de las reglas de tales juegos. Siempre que se suscita alguna disputa entre los Tommies sobre algún punto indeciso del juego, para saber si Houghton tiene el derecho de ganarle a Watkins sus seis peniques, eso lo resuelve esa autoridad tan bien reconocida y su fallo es decisivo.

Los dos juegos más populares son: "La Corona y el Ancla," y "Lotería." Lo que se necesita para jugar "La Corona y El Ancla" es un pedazo de lona de tres piés de largo por dos piés de ancho, que se divide en seis cuadrados iguales. En estos cuadrados están pintados un oro, una copa, una espada, un basto, una corona y una ancla, debien-

do cada cuadrado tener uno de ellos. Se emplean tres dados y cada dado está marcado al igual de la lona. El director del juego se sitúa en la esquina de algún cuarto del cuartel y empieza a gritar hasta que se reune un grupo considerable de Tommies, y acto continuo se da principio al juego.

Los Tommies colocan sus apuestas sobre los cuadrados, y como regla general apuestan más a la corona o al ancla. Entonces el director echa los dados y cobra y paga, según sea el caso. Si uno apuesta a la corona y sale una en los dados le dan el monto de su apuesta, si salen dos le dan a uno doble y si tres el triple. Si la corona no sale y uno ha apostado por ella, pierde, y así sucesivamente. El tanto por ciento del director es elevado si se juega en todos los cuadrados, pero si los jugadores están a favor de apostar en dos cuadrados, dígamos, es insegura su ventaja, pero como regla general él siempre gana.

También es muy popular el juego de "Lotería," para el cual se necesitan dos personas que lo dirijan. Consiste este juego en muchos cartones que contienen tres líneas de cuadrados con sus números, debiendo haber cinco números por cada línea, siendo estos números del uno al noventa, y debiendo tener cada cartón una combinación distinta.

Están abiertos los *estaminets* franceses en las poblaciones de once de la mañana a la una de tarde, según las órdenes militares.

Después de comer los Tommies, se reunen en

estos lugares para beber cerveza francesa a penique el vaso y jugar "Lotería."

Luego que hay bastante gente en el *estaminet*, los dueños del juego de "Lotería" empiezan a trabajar para conseguir una partida, lo que hacen vendiendo cartones a un franco cada uno. Si hay diez en la partida, los dueños del juego rebajan dos francos como pago de su trabajo, y el que gana recibe ocho francos.

Principia el juego, y cada jugador coloca su cartón delante de él en la mesa, pero antes corta unos fósforos en quince pedacitos.

Uno de los dueños del juego tiene una pequeña bolsa en que hay noventa cuadritos de cartón, en que están impresos los números del uno al noventa. Golpea la mesa y grita: "Tengan cuidado que ya principia el juego, compañeros con buena suerte." Entonces cesa el ruido, y todos atienden al juego.

El que tiene la bolsa en la mano saca un cuadrado numerado, y desde luego llama el número. El individuo que tiene el cartón con ese número especial cubre el correspondiente cuadrado con un pedazo de fósforo, y el que primero cubre los quince números de su cartón, grita "Lotería"; entonces el otro dueño va y coteja el cartón, llamando los números marcados en él al que tiene la bolsa de números. Según los va llamando el otro confronta, y al fin dice "Está bien." Si la confronta ha dado ese resultado, exclama: "Ganó la Lotería, pague al caballero de buena suerte y

véndale un cartón para la próxima partida." El "Caballero de buena suerte," generalmente compra un cartón, a menos que tenga un poco de sangre judía en sus venas.

El que llama los números tiene muchos apodos para ellos; por ejemplo "El ojo de Kelly" es el uno; "Las piernas" el once, "Clickety-Click" el sesenta y seis y el "Más Viejo" es el noventa.

Es juego de buena fé y bastante divertido. A veces tiene uno catorce números marcados en su cartón, y está esperando que llamen el décimo quinto. Con voz melosa dice uno: "Oye Watkins compañero, estoy en espera del 'Ojo de Kelly,'" y Watkins le contesta: "Pues búscalo con los dos tuyos, que yo no lo veo."

Hay otro que se llama el Pontón, que se juega con naipes y se parece a nuestro "Veinte y Uno."

También es muy popular un juego de naipes llamado "Brag," que se juega con las mismas cartas que el "Casino," y en ese juego el que da las cartas reparte tres a cada jugador. Se parece bastante a nuestro "Poker," excepto que no se emplean más que tres cartas, y que no se puede pedir más. Nunca se barajan, hasta que alguno enseña tres de la misma clase o un "prile," como se llama. El valor de las manos es: una carta de las más altas, un par, una secuencia, todas del mismo color o tres de la misma clase o sea "prile." Como regla general el límite es un penique, asi que es difícil ganarse una fortuna en este juego. El siguiente juego más popular es uno de naipes que

se llama "El Sueño"; está bien denominado, pues cada vez que yo lo jugaba me quedaba dormido.

La aristocracia de la compañía juega el Whist y el Solitario.

Cuando los jugadores se cansan de todos los demás, tratan de jugar "El Banquero y el Corredor."

Estuve durante una semana tratando de enseñar a los Tommies como se jugaba el Poker, pero después de ganarles treinta y cinco francos, me dijeron que no les gustaba mucho ese juego.

Los Tommies juegan pocos juegos de naipes; y pocos son los que conocen el Poker, Euchre, Seven Up, y Pinochle; aunque tienen un juego parecido a este último que llaman "Bezique Real," pero pocos saben jugarlo.

Casi siempre hay dos barajas en una sección, y al poco tiempo están tan sucias y estrujadas, que apenas puede uno distinguir el as de bastos del de espadas. Los dueños de ellas a veces tienen la amabilidad de prestarlas, después de repetidas súplicas.

Asi se ve que Tommy Atkins a veces sufre y a veces se divierte, y muy en contra de la opinión general se puede decir que los soldados del ejército británico viven contentos en las trincheras. Cuando fuí a la escuela en Virginia leía en un antiguo primer libro de lectura del viejo McGuffy, que según él opinaba un inglés era un conjunto de nuestros revolucionarios del '76 con uno de los modernos Sinn Feiners. Pero por mi parte puedo

decir que Tommy es uno de los mejores compañeros, y es un caballero a carta cabal. Nunca habla mal de sus oficiales. Si alguno de ellos comete algún craso error, Tommy paga la cuenta con su sangre, pero no critica en lo general al oficial, y sólo expresa su sentimiento por lo ocurrido. Sucede lo que sucedió con la Brigada Ligera en Balaclava como también con lo que acaeció en Gallipoli, Neuve Chapelle y Loos. Ahora recuerdo un pequeño incidente en que veinte de nosotros fuímos a asaltar una trinchera y sólo dos regresamos vivos, pero mejor me lo reservo para después.

He dicho que todos estabamos contentos; en verdad formabamos una familia unida, y como en toda familia tiene que haber sirvientes, también hay sirvientes en el ejército inglés; estos son los sirvientes u ordenanzas de los oficiales u O. S. como son designados. En una disputa que hubo en los periódicos ingleses, Winston Churchill dijo, según recuerdo, que en las tropas inglesas había cerca de doscientos mil sirvientes u ordenanzas de oficiales. Dijo que esto eliminaba a doscientos mil combatientes, valientes y disciplinados, de las líneas de fuego, y además decía que los oficiales al escoger a un soldado para que le sirviera de ordenanza, generalmente escogía a uno que era veterano y sumamente útil.

Pero según lo que yo observe, creo que un gran número de esos sirvientes u ordenanzas también van por arriba de las trincheras, aunque cuando

estén trabajando en las líneas rara vez excaven, vayan a revista o hagan ejercicio. Esta tarea es tan necesaria como el tomar parte en un asalto, por lo tanto creo que puede decirse que los trabajos hechos por estos doscientos mil hombres son iguales a los que harían cincuenta mil hombres dedicados a sus deberes militares de costumbre. En muchos casos los sirvientes de los oficiales tienen el rango de cabos, y ejercen los mismos deberes y la autoridad de un mayordomo, y llevan un galón que les da precedencia sobre los demás sirvientes.

Se cuentan muchas anécdotas chistosas respecto de los O. S.

Uno de nuestros mayores se apareció uno de esos días en el departamento de los sirvientes y empezó a echarles pestes, diciendo que a su caballo no le habían dado paja, y que él personalmente sabía que se había expedido la órden con ese fin. Increpó al cabo correspondiente, y éste le contestó: "Pues bien señor, puede ser que mandaron la paja, pero como no teníamos la suficiente para las camas de los sirvientes, puede ser también que utilizamos algo de lo que debía servir para su caballo."

Innecesario es decir que esa noche los sirvientes no tuvieron suficiente paja para poner en sus camas.

Por supuesto que lo que sucede no es la culpa especial de los oficiales, sino que es debido a las antiguas costumbres inglesas, y bien se sabe que es difícil que un inglés cambie sus costumbres en un día.

Pero como regla general el oficial inglés es un

buen compañero, y aun a veces sentado en el escalón de fuego oirá muy atentamente la opinión del soldado raso Jones sobre la manera como debía llevarse a efecto la guerra; esta guerra que poco a poco va desmoronando la muralla que separa a las clases sociales.

De ésto uno puede quedar convencido al ver al Rey Jorge estar entre sus soldados pasando revista bajo el fuego de las balas, o deteniéndose ante una pequeña cruz de madera en un campo destrozado por las granadas y derramando lágrimas al leer la inscripción en esa cruz; y poco después al verlo inclinarse sobre un herido en una camilla, tocándole la cabeza cariñosamente.

Todavía he visto cosas más sorprendentes que esa: he visto a una señora de la alta nobleza que estaba de enfermera en la Cruz Roja, ir y asistir a un soldado herido que puede ser había sido uno que anteriormente le entregaba el carbón y lo depositaba en su sótano, y ahora no le repugna encender su cigarro o aun lavarle el cuerpo sucio.

Tommy es un gran admirador del Rey Alberto de Bélgica, porque no es uno de esos que obliga a los soldados a combatir, sino que él se pone a su cabeza y combate con ellos. El no es de aquellos que sólo da la voz de mando para atacar a una trinchera, sino que él mismo, espada en mano, los ayuda a tomarla.

Muy interesante es notar los distintos caracteres de los soldados irlandeses, escoseses e ingleses. Los irlandeses y escoseses son muy impetuosos,

sobre todo durante una carga a la bayoneta, mientras que los ingleses, aunque algo más despaciosos, pelean con denuedo, son más metódicos, y pertinaces como un bulldog para retener una posición que hayan tomado. Piensan más despacio, y es por eso que nunca saben cuando los han derrotado.

Veinte minutos antes de que el Tommy inglés se vaya a pelear por arriba de la trinchera, estará sentado en el escalón de fuego examinando con cuidado el mecanismo de su rifle, para ver si puede funcionar y tirar con certeza. Después de ese examen queda satisfecho, y está listo para combatir a los boches.

Pero el irlandés o escosés se sientan en el escalón de fuego, con su rifle con bayoneta lista entre las rodillas y puede ser que la culata esté enterrada en el lodo. El gatillo no podrá funcionar debido al moho que se haya acumulado, pero con todo eso después de pulir bien su bayoneta está listo para entrar en discusión enérgica con Fritz.

Casi es innecesario mencionar a los soldados de las colonias (a los del Canadá, Australia y de la Nueva Zelandia), porque todo el mundo sabe lo que han hecho en pro de Inglaterra.

A los procedentes de Australia y Nueva Zelandia se les llama "Anzac," nombre que se ha formado con las primeras letras oficiales de su división (Australian and New Zealand Army Corps) "Cuerpo del Ejército de Australia y Nueva Zelandia."

Los Tommies dividen el ejército alemán en

tres clases, según sus facultades para combatir, y los colocan en el órden siguiente; prusianos, bávaros y sajones.

Cuando se combate con un regimiento prusiano tiene uno que tener sumo cuidado y escabullir el cuerpo en el parapeto, pues el tiroteo es constante y la lucha es terrible. Los bávaros son casi iguales, pero los sajones son más amables y aun a veces se conducen como caballeros y no son tan terribles como los demás; sin embargo no debe uno descuidarse de ellos por mucho tiempo.

En un punto de la línea las trincheras están como a una distancia de treinta y dos yardas una de otra. Parece esto cosa muy terrible, pero en realidad no lo es, porque ni un lado ni otro puede bombardear la trinchera del frente de la línea del enemigo, por temor de que las granadas caigan sobre sus propias trincheras, y por lo tanto se suprime el fuego de artillería.

En estas trincheras cuando los Tommies tenían de contrincantes a los prusianos y bávaros, el combate era rudo, pero cuando los sajones se entraban en la pelea no era cosa tan terrible, y aun a veces gritaban que ellos eran sajones y que no tirarían. Asi es que los soldados de ambos lados se sentaban en los parapetos y entablaban una conversación, que por regla general consistía en que los Tommies les decían que mucho querían al Kaiser, mientras que los sajones informaban a los Tommies, que el Rey Jorge era amigo íntimo de ellos y que deseaban que estuviera bien de salud.

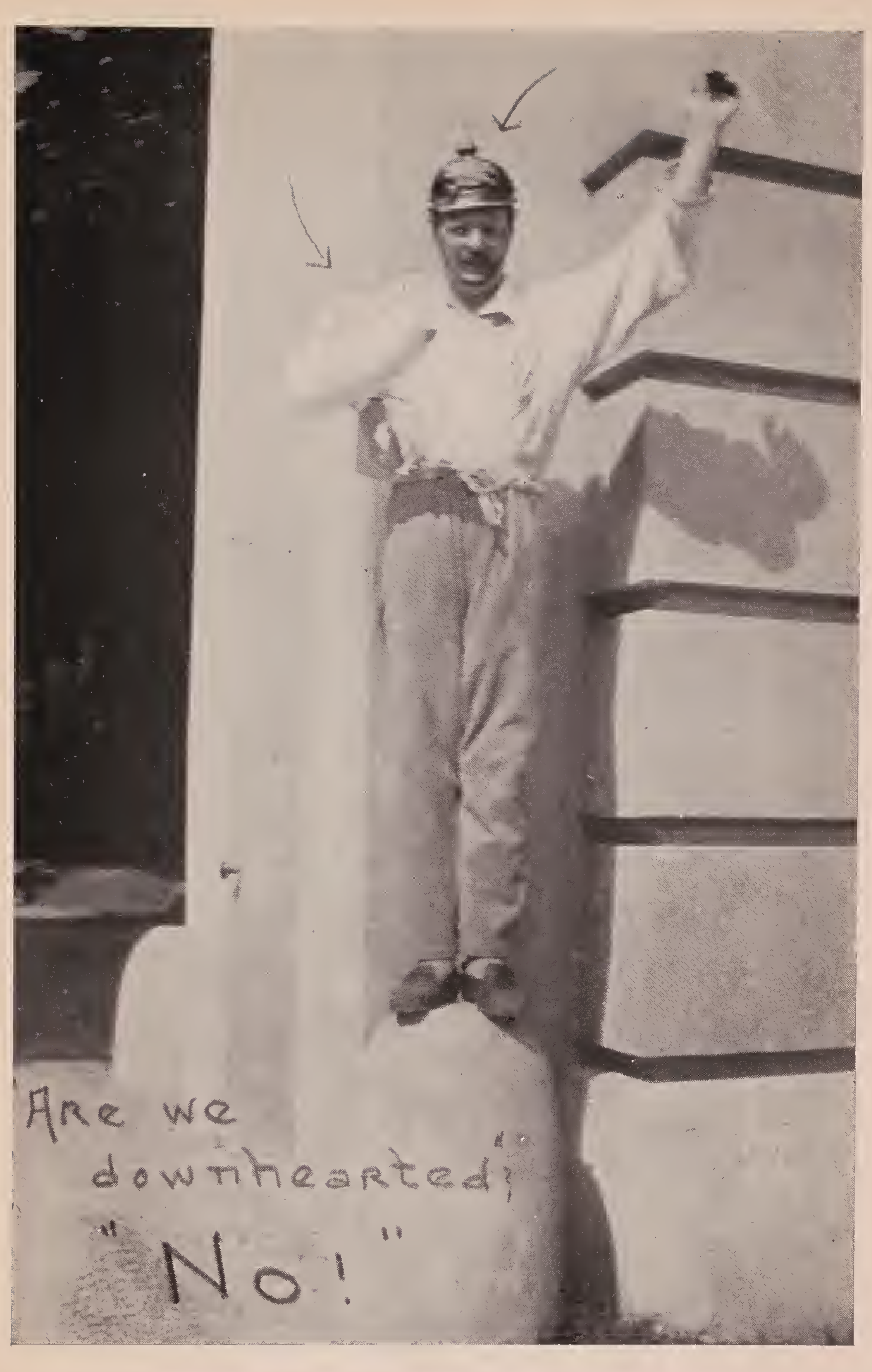
Luego que los sajones eran relevados por prusianos o bávaros, transmitían esta noticia y los Tommies luego se escabullian en sus trincheras y no sacaban fuera la cabeza.

Cuando era relevado un regimiento inglés por un irlandés, Tommy se lo anunciaba a los sajones, y luego se oía un diluvio de "Donner und Blitzen," y entonces le tocaba a Fritz escabullirse y tener el mayor cuidado para evitar un percance.

Como regla general cuando mandan a un irlandés a las trincheras, algo temprano por la mañana, luego coloca su rifle por arriba del parapeto dirigiéndole hacia la trinchera alemana, y empieza a verificar lo que se llama "su minuto de locura," lo que consiste en tirar quince veces consecutivas en un minuto. No apunta contra ninguno especialmente, sólo envía los tiros deseando que alguno de ellos le pegue en la nuca a algún pobre Fritz, que sin pensar en lo que le va a suceder está a unos centenares de yardas detrás de la línea. Y generalmente les pega el tiro, y es por eso que los boches odian a los irlandeses.

Los sajones, aunque mejores que los prusianos y bávaros, de repente demuestran tendencias traicioneras.

En un lugar de la línea en donde las trincheras están muy cerca unas de otras, se había fijado un poste en el suelo a media distancia de las dos líneas hostiles. De noche cuando le tocaba estar de guardia, Tommy gateando iba a este poste y colgaba algunos periódicos de Londres, mientras



No Parecemos muy Tristes ¿ No es Verdad ?



que dejaba a su lado algunas latas de carne prensada, cigarros, dulces y otras cosas de buen gusto que él había recibido de Blighty en los paquetes que con tanta ansia esperaba. Poco después Fritz iba y recogia esos regalos.

A la noche siguiente Tommy iba a ver lo que Fritz le había dejado como recuerdo. Generalmente su donativo consistía en un periódico de Berlín que decia que los alemanes estaban ganando la guerra, algunas salchichas, cigarros y de vez en cuando un poco de cerveza. Lo curioso era que Tommy nunca regresaba sin haberse bebido la cerveza. Una noche su jefe le olió la boca y después de eso ya Tommy no pudo volver a hacer de las suyas. Otra noche un jóven sargento inglés se acercó al poste y trató de quitar el periódico alemán que habían atado a él, y de repente hizo explosión y lo hirió horriblemente. Fritz había hecho esta terible treta y había herido a un enemigo de manera alevosa, lo que le servirá de marca negra contra de él en el libro de esta guerra. Después de eso se rompieron todas las relaciones diplomáticas.

Volviendo a hablar de Tommy diré que su modo de ser se puede comprender bien por las preguntas que hace. Él nunca pregunta: "¿ Quién va a ganar la guerra?" sino siempre "¿ Cuanto tiempo nos tomará para ganarla?"

CAPÍTULO XX

CONVERSACIONES CON FRITZ

ESTABAMOS nadando en plata debido a lo que habíamos ganado con nuestra empresa teatral, y ya casi nos habíamos olvidado de la guerra, cuando se recibieron órdenes para que nuestra brigada volviera a ocupar su sector de la línea.

El día que esas órdenes se recibieron, nuestro capitán reunió a la compañía y pidió voluntarios para ir a la escuela de Cañones de Tiro Rápido en St. Omer. Yo me ofrecí y fuí aceptado.

Eramos diez y seis de nuestra brigada los que nos fuímos a tomar lecciones en el tiro de cañón. Duró dos semanas este curso, y después de él nos juntamos con nuestro cuerpo y nos asignaron a la compañía de la brigada de Cañones de Tiro Rápido. Con sumo sentimiento me separé de mis buenos compañeros.

Empleabamos el cañón llamado Vickers, ligero, del .303.

Todavía yo era miembro del Club del Suicidio, asi es que puede decirse que me fuí de Guatemala a guatepeor. Me mandaron a la Sección 1, Cañón

no. 2, y por la primera vez estuve colocado en la trinchera de la línea del frente.

Durante el día nuestro cañón estaba desmontado sobre el escalón de fuego listo para hacerlo funcionar. Estabamos juntos con los artilleros de Lewis en la covacha, y cuando recibiamos las órdenes de "arriba," montabamos nuestro cañón sobre el parapeto y nos quedabamos de guardia junto de él hasta que venía la órden de "abajo" por la mañana, y entonces se desmontaba el cañón y se tenía listo en el escalón de fuego.

Estuvimos en esta tarea unos ocho días en la trinchera del frente de la línea, sin que nada especial acaeciera fuera del trabajo común y corriente de las trincheras. Durante la noche que íbamos a hacer la guardia, se organizó una partida para bombadear las líneas de los alemanes. Esta partida consistía de sesenta hombres de la compañía, seis tiradores de bomba, y cuatro cañones de tiro rápido de Lewis con sus artilleros correspondientes. Muy sorprendidos quedaron los boches con ese asalto, que tuvo el mayor éxito, pues regresamos trayendo a veinte y un prisioneros.

Esto debe haber enfurecido a los alemanes, porque empezaron a tirar fuertes descargas de granadas, balas y toda clase de proyectiles, los que caían en frente de nuestra línea como si fueran granizos.

Para vengarnos nosotros pudimos hacer dejado los prisioneros en la trinchera de fuego a cargo de la guardia, y dejar que Fritz al verificar su *strafeing*

los hubiera matado, pero Tommy no trata a sus prisioneros de esa manera.

Trajeron cinco de ellos a nuestra covacha y me los dejaron a mi cargo, a fin de que no les tocaran las balas de los alemanes.

A la luz de la vela se veían muy nerviosos y sus caras estaban muy pálidas, con excepción de uno de ellos que era un hombrón, que parecía estar muy tranquilo y quien desde luego mucho me simpatizó.

Saqué la botella de ron y les dí un traguito a cada uno, además de obsequiarles, con algunos cigarros de la marca conocida "Woodbine." Los demás prisioneros demostraron su gratitud con las miradas; pero el gigante me dijo en inglés: "Mil gracias, el ron es excelente y mucho me gusta. Mil gracias por todo."

Me dijo que se llamaba Carl Schmidt, que era del cuerpo 66 de la Infanteria Ligera de Baviera, que había vivido seis años en Nueva York (conocía la ciudad mejor que yo mismo), que había estado en Coney Island, y había asistido a muchos juegos de base ball. En verdad era muy afecto a ese juego, y sin embargo no le pude convencer que Hans Wagner no era el mejor jugador de base ball en el mundo.

De Nueva York se había ido a Londres, y allí estuvo de criado en el hotel Russell. Poco antes de la guerra regresó a Alemania para ver a sus padres, y cuando la guerra principió tuvo que ingresar en el ejército.

Me dijo que mucho sentía que Londres fuera

un montón de ruinas debido a los ataques de los Zepelines. No le pude convencer que ésto no era cierto, porque él me aseguró que había visto en un cinematógrafo de una ciudad alemana la catedral de San Pablo toda en ruinas.

Cambié de conversación, porque noté que estaba muy fijo en sus ideas. Queria tratar de averiguar por él como funcionaban los tiradores alemanes, que últimamente nos habían causado bastante daño.

Le sugerí esa conversación, pero luego se quedó sordo como una tapia. Después de algunos minutos, me dijo muy sencillamente:

"A los tiradores alemanes se les pagan premios por matar a los ingleses." Muy interesado le pregunté: "¿Y cuales son esos premios?"

Y me contestó: "Por matar o herir a un soldado raso inglés, el tirador recibe un marco. Por herir o matar a un oficial inglés recibe cinco marcos, pero si mata a un Gorro Rojo o general inglés es castigado el tirador, y permanece por veinte y un días atado a la rueda de un armón, como castigo por su descuido."

Entonces dejó de hablar, y esperó que yo cayera en el garlito.

Y caí, y le pregunté por qué castigaban a los tiradores que mataran a un general inglés. Sonriéndose me contestó:

"Usted bien comprende que si mataramos a todos los generales ingleses, no quedaría ninguno que pudiera cometer tan crasos errores."

Ya no le hice más preguntas, pues me pareció su conducta bien atrevida para ser la de un prisionero. Después de un poco de tiempo me giñó el y yo hice lo mismo; entonces la escolta vino a llevarse a los prisioneros a retaguardia. Le dí un apretón de manos, y le desée la mejor suerte y un viaje feliz a Blighty.

Me gustaba ese prisionero pues parecía hombre valiente, y eso lo demostraba la Cruz de Hierro que llevaba. Le aconsejé que no la enseñara, porque pudiera suceder que algún Tommy quisiera mandársela como recuerdo a su novia en Blighty.

Durante una noche obscura y lluviosa, mientras que estabamos de guardia, seguíamos haciendo observaciones por arriba de la trinchera desde el escalón de fuego de nuestra línea del frente. Y oímos un ruido muy próximo a nuestra cerca de alambre. El sentinela que estaba a mi lado marcó el alto y apuntó con su rifle. Le contestaron en alemán. Un capitán que estaba en la siguiente trinchera transversal se montó sobre el parapeto de costales de arena para averiguar lo que pasaba —lo que fué hecho con mucha valentía y con atrevimiento—y de repente se oyó el chiflido de una bala y cayó él dentro de la trinchera con un agujero en el estómago, muriendo pocos minutos después. Un cabo primero de la siguiente compañía se enfureció tanto al ver que habían matado al capitán, que tiró una bomba Mills en la dirección de donde provino el ruido, gritándonos al mismo tiempo "Bajen las cabezas compañeros."

Luego se oyó el estruendo causado por la dinamita, se vió una llamadara y todo quedó en silencio.

Inmediatamente después arrojamos al aire dos granadas y al estallar, por sus reflejos vimos dos bultos obscuros que estaban tirados en la tierra cerca de nuestro alambrado. Un sargento y cuatro camilleros salieron y pronto regresaron trayendo a dos cuerpos inertes. Ya dentro de la covacha, y contemplando por la luz temblorosa de tres velas, vimos que eran dos oficiales, uno un capitán y el otro un *unteroffizier*, que es un rango más alto que el de sargento primero, pero más bajo que el de teniente.

La explosión de la bomba casi había destrozado por completo la cara del capitán. Aunque respirando con dificultad, el unteroffizier todavía estaba en vida, y a los pocos minutos abrió los ojos y los parpadeó al sentir el reflejo de las velas.

Parecía que los dos se habían emborrachado, pues el olor del alcohol se sentía por toda la covacha. Me voltée muy contrariado, pues a mi me causa mucha vergüenza ver que se enborracha un hombre cuando está al frente del enemigo.

Uno de nuestros oficiales podía hablar alemán e hizo algunas preguntas al moribundo, el cual con voz apagada y con ronquidos frecuentes nos contó lo ocurrido.

Parece que había habido una reunión de oficiales en una de las covachas alemanas, en que se había bebido mucho, sobre todo mucha champaña. Con la mirada estúpida del borracho, nos dijo que

ellos tenían mucha champaña y que esa bebida no les costaba nada. A eso de las siete de la noche empezaron a hablar sobre la supuesta cobardía de los ingleses, y el capitán apostó a que él colgaría su gorro en el cerco inglés para demostrar como se mofaba de los sentinelas ingleses. Fué aceptada la apuesta, y a las ocho el capitán y él se fueron silenciosamente por la Tierra Inhabitable para dar cumplimiento a la apuesta.

Ya habían cruzado la mitad de la distancia, cuando la bebida produjo sus efectos y el capitán se cayó dormido. Después de dos horas de trabajo constante, el unteroffizier al fin logró despertar al capitán, le recordó su apuesta y le dijo que todos sus compañeros se reirían de él si no cumplía lo prometido, pero el capitán empezó a temblar e insistió en regresar a las líneas alemanas. Perdieron su dirección debido a la obscuridad y se acercaron a las trincheras inglesas, llegando hasta tocar el alambrado, cuando nuestro sentinela repentinamente les marcó el alto. Como estaban tan borrachos no comprendieron que el sentinela les hablaba en inglés, y el capitán se negó a regresar, pero al fin el unteroffizier convenció a su jefe que estaban en frente del alambrado inglés. Cuando al fin llegó a comprender esto, el capitán sacó su revólver y echando un juramento, tiró en la dirección de nuestra trinchera, y sin duda su bala mató a nuestro capitán.

Entonces fué que hizo explosión la bomba y como ya se sabe los hirió y causó la muerte del

capitán. Y sin dar más informes el unteroffizier falleció.

Registramos sus cuerpos buscando sus discos de identificación, pero ellos habían perdido todo en su empresa de locos.

A la tarde siguiente los enterramos en nuestro pequeño cementerio en un lugar separado del de las tumbas de los Tommies. Si alguna vez llegara usted a visitar ese cementerio, encontrará dos pequeñas cruces de madera, en la esquina del mismo cementerio y aparte de las demás tumbas, y leerá lo siguiente:

Capitán
Ejército Alemán
Murió—1916
Desconocido
R. I. P.

Unteroffizier
Ejército Alemán
Murió — 1916
Desconocido
R. I. P.

CAPÍTULO XXI

ALGUNAS COMPLICACIONES

POR la tarde siguiente fuimos relevados por la brigada—, y otra vez regresamos a nuestros cuarteles de descanso. Al llegar nos dieron veinte y cuatro horas para hecer un aseo general. Había terminado de limpiar mi uniforme, quitándole el lodo que tenía, cuando el sargento segundo me informó que mi nombre aparecía en la lista de los que habían recibido licencia, y que debía presentarme por la mañana siguiente para recibir mi licencia, órdenes de marcha y rancho.

Me volví medio loco, principié a correr de aquí allá haciendo mis bultos y llenándolos con recuerdos, como pedazos de granada, bombas, tapanarices, balas de rifle y un casco de guardia prusiano. En realidad antes de irme a acostar ya tenía todo listo, para presentarme a recibir mis órdenes a las nueve de la mañana siguiente.

Todos envidiaban mi buena suerte, y yo demostraba mi contento y le decía a mis compañeros que iba a entretenerme mucho, que iba a visitar muchos lugares, y que iba a beber mucha cerveza inglesa. Hasta exageraba yo las cosas, pues así



El Autor con un Casco Alemán que le Fué quitado al Enemigo.



todos lo hacen, y esta vez a mi me tocaba mi turno y yo quería pagarles con la misma moneda.

A las nueve me presenté ante el capitán, recibí mi órden de marcha y el pase correspondiente. Me preguntó que suma queria yo recibir como anticipo. Muy precipitadamente le dije: "Trescientos francos, señor," y él tan precipitadamente me entregó cien francos.

Entonces me presenté en el cuartel general de la brigada, cargando todos mis bultos que pesaban como una tonelada. Esperé con cuarenta otros más para que nos examinara el ayudante, quien nos hizo esperar como una hora, puede ser que porque estaba contrariado por no poder ir con nosotros.

El sargento primero nos entregó el rancho para dos días, en un pequeño saco de lona blanco, que atamos a nuestros cinturones.

Llegaron los carros y nos metimos en ellos, riéndonos, haciendo chistes y muy contentos. Tan contentos íbamos que creo que aun hubieramos abrigado algún cariño hacia los alemanes. Ya principiaba nuestro viaje para ir a gozar siete días en Blighty.

Duró nuestro viaje en los carros unas dos horas, y al terminarlo estabamos cubiertos de un polvo blanco y fino procedente del camino; pero lo cual no nos causó descontento, aunque casi nos sofocabamos.

En la estación del ferrocarril en F——, nos presentamos ante un oficial, que llevaba una cinta

blanca alrededor del brazo, en que se leían las letras R. T. O. (Oficial de los Transportes Reales). Para nosotros ese oficial nos parecía ser Santa Claus (San Nicolás).

Presentamos nuestras órdenes al sargento a cargo de la estación, quien después de examinarlas nos dijo: "Esténse en la plataforma y hagan lo que quieran, pero nó se vayan, pues es probable que el tren llegue en cinco minutos—o en cinco horas."

Llegó en cinco horas, comprendiendo unos once carros que parecían fosforeras sobre grandes ruedas y que eran llevadas por una pequeña locomotora muy averiada. Estas fosforeras eran carros para ganado, y en los lados de los cuales llevaban pintados los bien conocidos rótulos de "Hommes 40, Chevaux 8."

El R. T. O. nos metió a todos juntos en un sólo carro, lo que no nos preocupó de ninguna manera, pues nos parecía que estabamos en carros Pullman.

Pasamos dos días en ese tren, saltando, parándonos, yendo aprisa y algunas veces quedándonos en un lado del camino. En tres estaciones nos quedamos el tiempo suficiente para hacer té, pero no pudimos lavarnos, asi es que cuando llegamos a B——, en donde nos íbamos a embarcar para Blighty, ya estabamos tan negros como si fuéramos algerianos, y con nuestras caras sin afeitar, parecíamos más bien pordioseros. Pero apesar de todo y de estar cansados nos sentíamos muy contentos.

Ya habíamos arreglado nuestros bultos, pues estábamos listos para bajar de los carros, cuando un R. T. O. levantó la mano para que pararamos en donde estábamos y nos vino a ver. Esto es lo que él nos dijo:

"Compañeros, lo siento mucho, pero se han recibido órdenes que revocan todas las licencias que se dieron. Si ustedes hubieran llegado tres horas antes ya se habrían ido. Ahora tienen que permanecer en ese tren que los regresará. Se les entregará el rancho necesario para su viaje de regreso a sus estaciones respectivas. Son éstas muy malas noticias, yo comprendo," y después se fué.

Al principio hubo un silencio sepulcral. En seguida los compañeros todos empezaron a echar maldiciones, tirar sus rifles sobre el piso del carro, otros no decían nada y parecían estar estupefactos, mientras que a algunos les corrían las lágrimas. Todos estabamos sumamente contrariados.

Como maldeciamos al maquinista de ese tren, pues deciamos que había sido todo culpa de él (a lo menos así lo pensabamos), porque no se había apurado un poco y llegado a tiempo, para que nos hubiesemos ido antes de que llegara la malhadada órden. Asi es que por ahora nos quedabamos sin Blighty.

Ese viaje de regreso fué verdaderamente triste para todos, y casi ni puedo describirlo.

Cuando llegamos de regreso a nuestros cuarteles de descanso, nos encontramos con que nuestra

brigada estaba en las trincheras (otra sorpresa agradable), y que se tenía la intención de verificar un asalto.

Diez y siete de los cuarenta y uno no tendrán otra oportunidad de conseguir licencia; los mataron en el asalto. ¡ Nada más pensar que si aquel tren hubiera llegado a tiempo, esos diez y siete todavía estuvieran en vida!

Me da pena decir como mis compañeros me bromearon a mi regreso; sólo puedo decir que no escasearon tales bromas.

Nuestra compañía de cañones de tiro rápido ocupó su puesto en la línea a las siete de la noche, después de que regresé de mi supuesta licencia.

A las tres y treinta de la mañana siguiente verificamos tres asaltos y tomamos posesión de la primera y segunda trincheras alemanas. Los artilleros de cañones de tiro rápido tomaron parte en el cuarto asalto para consolidar la línea que se había tomado o "excavarla" como Tommy lo llama.

Cruzamos la Tierra Inhabitable sin sufrir ningunas pérdidas, llegamos a la trinchera alemana y montamos los cañones en los parapetos de la misma.

Jamás he visto una destrucción tal en toda mi vida—por doquiera se veían trozos de alambre con púas, agujeros hechos por las granadas, la trinchera destruida, los parapetos echados abajo e infinidad de cadáveres, en realidad esa trinchera estaba llena de tales cadáveres, los del

enemigo y de los nuestros. Era un verdadero camposanto. Algunos habían sido destrozados horriblemente por nuestras bombas, mientras que otros estaban enteramente enterrados en el lodo o sólo parte del cuerpo, debido a las explosiones de las granadas que echaron abajo las paredes de la trinchera. Ví a un alemán muerto que estaba recostado de espaldas y que tenía un rifle atravesado, cuya bayoneta había penetrado por entero hasta el puño en su pecho. A sus piés estaba un soldado inglés muerto, con su frente agujereada por una bala. Probablemente este Tommy debe haber muerto en los momentos en que le enterró la bayoneta al alemán.

Por doquiera se veían tirados rifles y uniformes, y de vez en cuando un casco de acero que salía de entre el lodo.

En un lugar que estaba cerca de la entrada de una trinchera de comunicación, se veía una camilla. Sobre esa camilla estaba un alemán recostado que tenía una venda blanca alrededor de la rodilla, y cerca de él estaba tirado uno de los camilleros, con su cruz roja en el brazo cubierta de lodo y su casco lleno de sangre y sesos. Cerca de él y sentado contra la pared de la trinchera con la cabeza inclinada hacia el pecho, se veía a otro camillero. Parecía estar en vida, pues su postura era tan natural, pero cuando me le acerqué pude verle un agujero, grande y sesgado, sobre las sienes. Indudablemente la misma bomba debe haber matado a los tres simultáneamente.

Estaban destruidas las covachas y con grietas por todas partes, las paredes caídas, y los soportes de madera en pedacitos, mientras que las entradas estaban llenas de escombros.

Después de que Tommy toma una trinchera, él tiene el sentimiento de saber que todavía le queda el trabajo duro, muy duro de retener posesión de ella, y asi sucedió en este caso.

La artillería alemana y sus cañones de tiro ráp'do nos habían metido bien la puntería, asi es que sólo arriesgando la vida podía uno presentarse fuera de la trinchera.

Uno no debe suponer que sólo los alemanes sufrieron fuertes pérdidas; nosotros también las tuvimos y tan numerosas que bien hubiera sido necesario una máquina calculadora para estimarlas con la debida rapidez.

Si alguno ha visto unas de esas dragas de vapor trabajando en el Canal de Panamá, no le pareceria trabajo tan fuerte como el que estaban haciendo los Tommies al excavar bajo el fuego de las balas, pues apenas se podía ver por entre las nubes de polvo que levantaban con sus palas.

Después de la pérdida de tres de nuestros seis compañeros, conseguimos colocar en buena posición al cañón de tiro rápido. Uno de los piés del trípode estaba colocado sobre el pecho, de un cadáver medio enterrado, y cuando tiraba el cañón parecía como que el cuerpo estuviera respirando, lo que era ocasionado por la vibración tan fuerte que tenía.

Como a unos tres o cuatro piés en el fondo de la trinchera, y como a tres piés del subsuelo, se veía que salía un pié de la tierra; sabíamos que era el de un alemán por tener una bota de cuero negro. Uno de los compañeros se servía de ese pié para colgar las cargas de municiones que necesitaba. El era individuo que sabía utilizar todo, aun cosas que ninguno se hubiera imaginado.

Los alemanes dieron tres asaltos, que nosotros rechazamos, pero con grandes pérdidas por nuestro lado. También ellos las tuvieron y en gran número, debido al fuego de nuestros cañones de tiro rápido. Por doquiera se veían los muertos y los heridos.

La mañana siguiente fué un poco más tranquila, pero no lo suficiente para poder enterrar a los muertos.

Durante seis días nosotros vivimos, comimos y dormimos en esa trinchera, junto con los cuerpos de los muertos sin enterrar. ¡ Cuan horrible era contemplar sus caras cuando se hinchaban y perdían su color natural! ¡ Cuan terrible era el hedor que despedían!

Pero lo que más me puso nervioso fué ver el pié que salía fuera de la tierra. De noche y a la luz de la luna parecía que trataba de moverse. La impresión que esto me causó fué tal que varias veces fuí y lo agarré con las manos, para ver si se movía.

Le conté esto al compañero que lo había usado como sombrerera un poco antes de tratar de dormitar, pues como había un poco de quietud creí

poder descansar algo, pues bien lo necesitaba. Cuando desperté el pié había desaparecido. Lo había cortado con una sierra que estaba allí a mano, y después había cubierto con lodo lo que sobraba de la pierna.

Durante los siguientes dos o tres días y antes de que nos relevaran, parecía que me hacia falta ese pié, y me imaginaba como si había perdido de repente a un compañero.

Creo que lo más desagradable que era en todo esto era el ver las ratas de noche y a veces de día, correr y hasta jugar por entre los cadáveres.

Cerca de nuestro cañón y casi en frente del parapeto se veía el cadáver de un teniente alemán, cuya cabeza y brazos estaban colgando fuera de la trinchera. El compañero que había cortado el pié aquel, se sentaba y conversaba en monólogo con ese oficial, tratando de demostrar que Alemania había hecho mal en iniciar la guerra. Durante tal monólogo nunca le oí decir nada que estuviera mal dicho, nada que hubiera podido molestar al oficial si hubiese estado en vida. Discutía con toda justicia, y sin tratar de obtener la victoria del muerto por medio de argumentos inadecuados.

A los que están en la vida ordinaria ésto les debe parecer horrible, pero a nosotros que estabamos combatiendo y que nos habíamos acostumbrado a ver cosas tan terribles, eso no nos causaba mucha impresión. Al pasar por una carnicería a nadie le causa impresión ver un pavo muerto

NOTHING is to be written on this side except the date and signature of the sender. Sentences not required may be erased. If anything else is added the post card will be destroyed.

I am quite well.

I have been admitted into hospital

sick } *and am going on well.*
wounded } *and hope to be discharged soon.*

I am being sent down to the base.

I have received your { *letter dated* ______
{ *telegram* „ ______
{ *parcel* „ ______

Letter follows at first opportunity.

I have received no letter from you
{ *lately.*
{ *for a long time.*

Signature only. }

Date ______

[Postage must be prepaid on any letter or post card addressed to the sender of this card.]

(93509) Wt. W3197-293 1,125m. 5/16 J. J. K. & Co., Ltd.

Tarjeta Postal que se Expide una Vez por Semana a los Tommies.



colgado de un gancho; pues bién en Francia un cadáver se contempla de igual manera.

Pero a pesar de todo, muy contentos nos pusimos cuando terminaron nuestros seis días.

Nuestra compañía de cañón de tiro rápido tuvo diez y siete muertos y treinta y un heridos en ese pequeño encuentro para "enderezar la línea," mientras que otras compañías tuvieron pérdidas más numerosas.

Después de ese asalto permanecimos seis días en cuarteles de reserva, y al séptimo fuimos nuevamente a nuestros cuarteles de descanso.

CAPITULO XXII

CASTIGOS Y DESCARGAS DE CAÑONES DE TIRO RÁPIDO

POCO después de mi llegada en Francia, y en realidad desde que ingresé en el ejército, me convencí que la disciplina del ejército británico era muy estricta. Tiene uno que tener mucho cuidado para cumplir bien con las obligaciones que impone el gobierno.

Hay como siete millones de modos de quebrantar el reglamento del Rey; y a veces para cumplir uno se tiene que quebrantar otro.

El peor castigo es ser fusilado o "colocarlo contra la pared," como Tommy lo llama.

Este castigo es por deserción, cobardía, levantamiento, dar informes al enemigo, destruir o echar a perder maliciosamente las municiones, robo, estupro, despojo de los muertos, pegar a un superior, etc.

Después de eso viene el castigo de sesenta y cuatro días en la trinchera de la línea del frente, sin ser relevado. Durante todo ese tiempo tiene uno que tomar parte en todos los asaltos, ingresar en los grupos que trabajan en la Tierra Inhabitable

y hacer cualquier otra tarea peligrosa que se presente. Si logra uno escapar con la vida durante esos sesenta y cuatro días, es que tiene uno muy buena suerte.

Este castigo se da cuando existe alguna duda acerca de la criminalidad de un individuo que hubiese cometido un delito que se castiga con la muerte.

En seguida viene el famoso castigo de campamento, número 1. Tommy le ha dado el apodo de "crucifixión," que implica el que se ponga a un individuo en cruz sobre la rueda de un armón dos horas por día durante veinte y un días, y en ese tiempo sólo le dan agua, carne prensada y galletas para su rancho. Lo "crucifican" a uno por cometer faltas leves con frecuencia.

En seguida existe el castigo de campamento no. 2.

Este consiste en que lo encierren en la "detención," sin cobertores, dándole agua, carne prensada y galletas como rancho, y obligándole a hacer todos los trabajos desagradables que pueda haber. Esto dura durante veinte y cuatro horas, o veinte días, según la gravedad del delito cometido.

En seguida viene la revista de faltistas, que consiste en pasar revista, durante dos horas con equipo completo. A Tommy no le gusta esto, porque es trabajo muy fuerte. A veces llena su mochila con paja para que pese menos, y a veces se descubre su supercheria. Cuando esto sucede tiene que permanecer durante veinte y un días

contemplando a los demás, sujeto a la rueda de un armón.

Después hay el "C. B." que quiere decir encierro en el cuartel, y esto consiste en quedarse en el cuartel de veinte y cuatro horas a siete días. Además tiene uno que de vez en cuando pasar revista de faltista y desempeñar todas las tareas desagradables en el cuartel.

El sargento primero lleva lo que se llama un Registro de Delitos. Cuando un soldado comete algún delito se le apunta, esto es se asienta su nombre, número y delito en el Registro de Delitos. Al día siguiente a las nueve A.M., va a la sección de órdenes y comparece ante el capitán, quien lo castiga con C. B. o lo envía ante el O. C. (Oficial que manda el Batallón). El capitán de la compañía sólo puede dictar un C. B.

Con frecuencia los Tommies han tenido que agradecer al Rey por haber dictado esta disposición en su reglamento.

Para que consiga uno el título de "buen soldado," Tommy tiene que no figurar en el Registro de Delitos, y eso se puede decir que es cosa bien difícil.

Yo figuré en él varias veces, casi siempre por lo que llamaban mi "osadía yankee."

Durante nuestra permanencia de dos semanas en los cuarteles de descanso, nuestro capitán nos dió algunas lecciones con respecto al ejercicio de los cañones de tiro rápido, discutió con nosotros algunas teorías y nos dió a conocer algo sobre su mecanismo.

Después de que terminaban las revistas, nuestros compañeros se juntaban y trataban de discutir algunas teorías de su propia cuenta con referencia a la manera de manejar los cañones. Estas discuciones no tenían nada que ver con el progreso de la guerra, pues se referían más bien a la colocación de algunos obstáculos en el cañón para que los demás compañeros trataren de determinar en donde existía tal obstáculo y hacer funcionar el cañón, lo que nos entretenía por algún tiempo.

Uno de los compañeros que servía conmigo en nuestro cañón, decía que él podía tocar una pieza de música mientras que estuviera tirando el cañón, y eso lo demostró un día cuando estabamos tirando al blanco. Fué esto tan de nuestro agrado, que todos resolvimos dedicarnos a ese arte musical.

Después de practicar constantemente logré ser buen perito con referencia a la canción "*All conductors have big feet*" (Todos los conductores tienen piés grandes).

Cuando ya me había perfeccionado en esta pieza musical, terminaron nuestras dos semanas de descanso, y otra vez nos fuímos a la línea de fuego y nos situamos en el sector en frente del bosque G——.

Las trincheras alemanas que estaban en este lugar circundaban un cerro, en cuya parte superior había un bosque tupido, que estaba erizado con cañones de tiro rápido, los que dominaban muy bien nuestras líneas transversales, asi como las

calles de una pequeña población, en que teníamos nuestros cuarteles de reserva.

Había un cañón que especialmente nos molestaba sobremanera, pues tiraba con certeza sobre la entrada principal de nuestra covacha, y todas las noches hacia la hora en que se repartía el rancho, sus balas llegaban muy cerca y levantaban el polvo del camino; y hubo más de un Tommy que emprendió su viaje hacia el Occidente o a Blighty, por pasar en frente de la dirección en que venían sus balas.

Este cañón nos ponía sumamente nerviosos, y parecía que Fritz lo comprendía, pues ni por una sóla hora dejaba de hacerlo funcionar sobre nosotros. Corría peligro nuestra reputación de buenos artilleros; asi es que tratamos de descubrir el lugar en que este cañón estaba situado para desmontarlo, pero por más que haciamos no podíamos lograrlo y Fritz continuaba haciendo de las suyas. Diariamente nos molestaba más y más y hacia todo lo posible por enfurecernos, y en realidad se consideraba invencible.

Al fin uno de nuestros compañeros tuvo una magnífica idea, que todos aprobamos con entusiasmo y resolvimos ponerla en práctica.

Este era su plan:

Cuando yo debiera hacer fuego con nuestro cañón, tocaría mi pieza musical, e indudablemente Fritz trataría de imitarla, como si fuera para mofarse de nosotros, y entonces este artillero y dos más de nuestros compañeros tratarían por

medio del sonido, de determinar en donde estaban Fritz y su cañón. Después de determinar el local, colocarían dos cañones de tiro rápido en unos árboles, en un pequeño bosque cercano hacia la izquierda de nuestro cementerio, y mientras que Fritz estaba en medio de su lección, le harían una buena descarga y esperarían su resultado. Según nuestros cálculos este plan no podía realizarse antes de una semana.

Si Fritz no caía en la red, no nos sería posible determinar el punto en donde estaba colocado este cañón especial, y éste es el que queriamos localizar, porque todos se parecían y su sonido era siempre el lento pup-pup-pup.

Estaba nuestra reputación de por medio y pendiente de un hilo. Teníamos que soportar las bromas y los chistes de los demás compañeros del batallón, debido a que no podíamos poner punto final a los tiros de Fritz. Aun para nuestro batallón ese cañón alemán era una verdadera pesadilla.

Al día siguiente Fritz empezó a tirar como de costumbre. Dejé que continuara haciéndolo por algún tiempo, y después yo repliqué con mi "pup-pup-pup-pup-pup-pup-pup." Continué haciéndolo hasta acabar con dos repuestos de municiones. Fritz había dejado de tirar, sin duda para ponerse a escuchar, y entonces principió de nuevo; y como lo habíamos supuesto, cayó en la red, y su cañón principió a imitar al mío, pero al principio lo hizo como mal aficionado. Entonces nuevamente

comencé varios versos de la pieza y luego paraba, y entonces él trataba de imitar lo que yo tocaba. Sabía imitar bien y parecía estar bromeando, pues sus balas pasaban muy alto sobre nuestras cabezas y parecía que sólo tiraba al aire. Ya casi me simpatizaba el tal cañón.

Nuestro duo continuó durante cinco días. Fritz era buen discípulo y aprendía rápidamente; en realidad ya superaba a su maestro, lo que principiaba a causarme envidia. Cuando terminó de aprender la tonada, nuevamente principió a hacer descargas sobre el camino, causándonos tantas pérdidas como anteriormente, pero al hacer ésto firmó su propia sentencia de muerte, y mi amistad se convirtió en odio, pues cada vez que tocaba esa pieza musical bien nos causaba estragos.

Los compañeros del batallón continuaban mofándose de nosotros, pues ellos no comprendían ni sabían nuestro plan.

El que lo ideó y otros dos artilleros ya habían logrado localizar el punto en que estaba Fritz. Colocaron sus dos cañones y también a mi me dieron la puntería, y fijamos el desenlace del drama para la siguiente tarde.

Nuestros tres cañones, dirigidos a distintas elevaciones, tenían arregladas sus punterías de tal manera que empezarían a descargar simultáneamente y sus balas caerían sobre Fritz de repente como si fueran una verdadera granizada.

A eso de las tres de la tarde del día siguiente, Fritz principió con su tonada de pup-pup-pup.

Por medio de un pito dí un fuerte silbido, y ésta era la señal convenida; principiamos nuestras descargas y de repente el cañón de Fritz paró de tocar en medio de la pieza. Habíamos acabado con su carrera musical, y nuestro plan había tenido un éxito brillante. Después de hacer dos descargas más para digamos darle el tiro de gracia, desmontamos nuestros cañones con rapidez y nos fuímos a esconder en la covacha, pues bien sabíamos lo que iba a acontecer. No tuvimos que esperar mucho tiempo, pues vinieron tres fuertes descargas desde luego de la artillería de Fritz, lo cual confirmaba nuestra idea de que habían terminado las proezas de aquel cañón de tiro rápido y que con su música se había ido a otra parte.

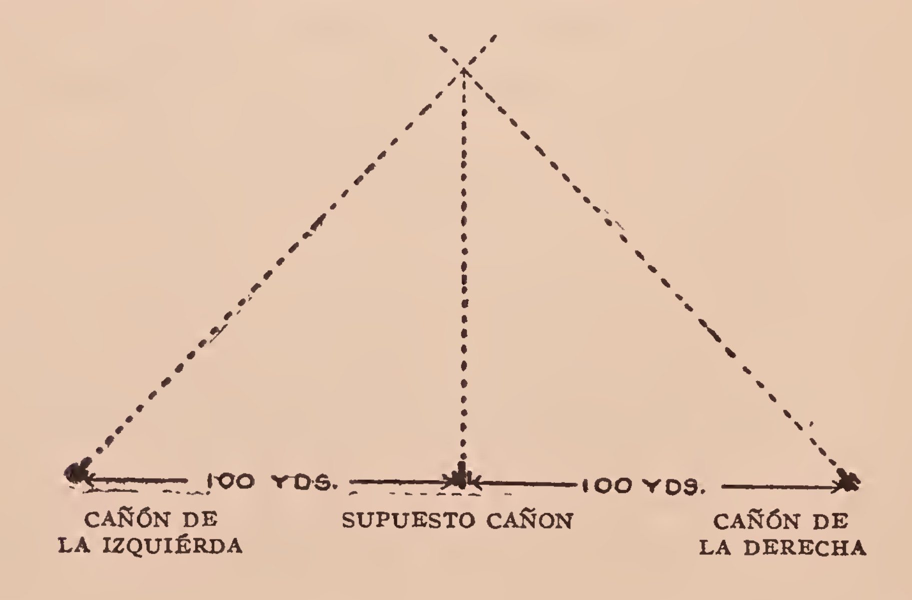
Ya ese consabido cañón no volvió a molestarnos. Adquirimos gran reputación en el batallón, nuestro capitán nos felicitó y dijò que habíamos hecho una buena proeza, y por lo tanto nos pusimos sumamente orgullosos por lo que habíamos hecho.

Hay distintas maneras en que Tommy trata de ocultar el lugar en donde coloca su cañón de tiro rápido y para obtener su puntería. Daré cuenta de los métodos más usuales que emplea con ese objeto.

De noche cuando él coloca su cañón sobre el borde de su trinchera, y quiere acertar la puntería hacia la trinchera de Fritz, adopta el sistema que él denomina "sacar las chispas." Consiste ésto en tirar varias veces con su cañón hasta que las

balas le pegan al cerco de alambre de los alemanes. Bien comprende él cuando ha cortado el alambre, porque cuando una bala pega contra un alambre despide una chispa azul eléctrica. Los cañones de tiro rápido causan muchos destrozos en los cercos de alambre, y es por eso que de noche tienen que salir algunas patrullas cuando todo está quieto para hacer las reparaciones correspondientes.

Para ocultar la llamarada de su cañón cuando tira de noche, Tommy emplea lo que llama un protector del resplandor. Este consiste en una especie de tubo de chimenea que cubre la cubierta del cañón, e impide que se noten las chispas por los lados de derecha e izquierda, pero no por el frente. Tommy que siempre tiene buena inventiva, ha adoptado este plan. Como unos tres piés o menos en frente del cañón fija dos postes en la tierra, que están a unos cinco piés de distancia entre si. Coloca una cortina hecha de sacos vacíos descosidos y puesta entre los dos postes. Humedece esta cortina con agua y tira a través de ella. Como



el agua impide que arda la cortina eso da por resultado que oculte al enemigo la llamarada del cañón que está tirando.

El sonido es uno de los indicios más valiosos para localizar un cañón, pero Tommy ha logrado vencer este obstáculo, colocando dos cañones de tiro rápido a una distancia de cien a ciento cincuenta yardas entre sí, para que el cañón de la derecha cubra con sus tiros el sector del cañón de la izquierda y el cañón que está a la izquierda cubra el de la derecha. De esa manera los fuegos se cruzan y se hacen simultáneamente. Siguiendo este plan parece como que sólo un cañón está tirando, y eso da la impresión a los alemanes de que están tirando de un lugar que se encuentra a media distancia entre los cañones que en realidad están haciendo las descargas, y por lo tanto echa sus granada sobre ese punto especial. Los artilleros de los cañones de tiro rápido se rien a carcajadas y dicen: "Fritz tiene buen sentido común, pero esta vez no lo demuestra."

Pero los compañeros de nuestra línea que están en el lugar a donde llegan las granadas maldicen a Fritz por su ignorancia, y hacen algunas observaciones a los demás a lo largo de nuestra línea en que indican que nuestros artilleros son muy vivos, pero que no les gusta tomar lo que ellos mismos recetan.

CAPÍTULO XXIII

ATAQUES CON GAS Y ESPÍAS

TRES días después de que desmontamos el cañón de Fritz, los alemanes nos atacaron con gas, pero esto no nos causó gran sorpresa, pues ya habíamos notado que el viento venía en nuestra dirección, procedente de las trincheras alemanas y soplando con la velocidad de unas cinco millas por hora.

Ya se había corrido la voz por toda la trinchera de que pronto seríamos atacados con gas.

Estaba situado un compañero en el periscopio la tarde a que me refiero, y yo estaba sentado en el escalón de fuego limpiando mi rifle, cuando me gritó:

"Veo una especie de nube amarillenta y verdosa que está avanzando a lo largo del suelo cerca de nuestro frente, ya viene——"

Pero no esperé recibir informes más detallados, sino que agarré mi bayoneta que estaba cerca del rifle, y dí el alarma pegando contra una granada rota y vacía que estaba colgada cerca del periscopio. Inmediatemante sonaron y se dieron repetidas señales a lo largo de la trinchera, lo que le

indicaba a Tommy que debía ponerse su respirador o máscara contra el humo, como él lo llama.

El gas anda con suma rapidez, asi es que no debe uno perder el tiempo. Como regla general sólo le quedan a uno diez y ocho o veinte segundos para ajustarse su máscara contra el gas.

Esta máscara contra el gas se hace de paño, que está empapado de ciertas sustancias químicas; tiene dos aperturas, u ojos de vidrio, por los cuales uno puede ver, y dentro de ella hay un tubo cubierto de goma, que llega hasta la boca. Uno respira por la nariz, y el gas, al pasar por la máscara de paño, queda neutralizado por medio de las sustancias químicas. Se arroja fuera el aire nocivo por medio del tubo en la boca, siendo construido este tubo de modo que impida que se respire el aire o gas de afuera. Nuestras máscaras pueden servir contra el gas más fuerte durante cinco horas. Cada Tommy lleva dos de ellas suspendidas sobre los hombros, en un saco de tela impermeable. Debe llevar este saco a toda hora, aun cuando esté durmiendo. Para cambiar una máscara defectuosa saca uno una nueva, retiene su respiración, se quita la antigua y coloca la nueva sobre la cabeza, metiendo los extremos sueltos bajo el cuello de su saco.

Durante algunos momentos hubo un ruido infernal en nuestra trinchera. Los Tommies estaban arreglando sus máscaras, los tiradores de bombas corrían en distintas direcciones y los soldados que estaban en las covachas salían con

las bayonetas listas para defender el escalón de fuego.

Empezaron a llegar muchos refuerzos de las trincheras de comunicación, y los que atendían a nuestro cañón lo empezaron a alistar sobre el parapeto y sacaron más municiones de la covacha.

El gas alemán es más pesado que el aire, y por lo tanto llena las trincheras y las covachas, en donde a veces permanece oculto durante dos o tres días, hasta que el aire se purifica por medio de riegos abundantes de sustancias químicas.

Teníamos que trabajar con suma rapidez, pues Fritz, como regla general, a continuación de su ataque con gas, verifica un asalto de infantería.

Un compañero de mi compañía que estaba a mi derecha se puso la máscara muy despacio; de repente cayó como plomo en el suelo, agarrándose la garganta, y después de unas pocas contorsiones nerviosas, se fué hacia el Occidente (murió). Horrible fué la escena de su muerte, y más horrible el pensar que no podíamos hacer nada por él. En una de las esquinas de una trinchera transversal se veía a un perrito todo enlodado y que era muy mimado por la compañía; estaba muerto, y tapándose la nariz con las patitas.

Son los animales los que sufren más debido al gas; los caballos, las mulas, los bueyes, los perros, los gatos y las ratas, pues no tienen máscaras que les sirvan de protección. A Tommy poco le importa lo que le sobrevenga a las ratas durante un ataque con gas.

Se sabe que a veces el gas ha recorrido hasta quince millas de distancia detrás de las líneas con funestos resultados.

Las máscaras contra el gas, o contra el humo, según algunos las llaman, son de todos modos algo que huele muy mal, y cuando las usa uno algún tiempo le vienen fuertes dolores de cabeza.

Nuestros cañones con balas de diez y ocho libras estaban haciendo sus descargas sobre la Tierra Inhabitable, pues nuestra artillería estaba tratando de poner término a las nubes de gas.

En el escalón de fuego se veían muchos soldados agachados, con las bayonetas listas y las bombas muy cercanas para contrarrestar el asalto que se esperaba.

Nuestra artillería había seguido con un fuego graneado intenso sobre las líneas alemanas, con el objeto de poner fin a su asalto e impedir que les llegaran refuerzos.

Dirigí la puntería de mi cañón de tiro rápido sobre la trinchera alemana y bien notaba que sus balas pegaban con frecuencia sobre el parapeto.

De repente los vimos venir hacia nosotros con sus bayonetas centellando. Traían unas máscaras para respirar, que tenían una gran proyección en la parte delantera que les daba la apariencia de monstruos horribles y horripilantes.

Entonces principió la nutrida descarga de nuestros rifles y cañones de tiro rápido a lo largo de nuestra trinchera, y se veían nuestras granadas hacer explosión sobre sus cabezas. Caían muchos

de ellos en montones, pero luego nuevos combatientes aparecían para reemplazar a los que habían caído, y parecía que nada podía contrarrestar su empuje. Al fin los alemanes llegaron hasta nuestro cerco de alambre, que ya antes habían destruido por medio de su metralla; y entonces fué un duelo de bombas de mano, y aquello parecía un infierno más bien que otra cosa.

De repente me pareció que se me partía la cabeza, debido a un fuerte golpe en los oídos. Sentí que se me iba la cabeza, que la garganta se secaba y que tenía un fuerte peso sobre los pulmones, lo que me indicaba que mi máscara había sufrido algún desperfecto. Entregué mi fusil al no. 2 y cambié de máscara.

Me pareció entonces que la trinchera se enroscaba como una serpiente y que los sacos de arena estaban flotando por el aire. El ruido que oía era terrible; caí desfallecido sobre el escalón de fuego, en seguida me pareció que me piqueteaban con agujas, y al fin todo quedó en la obscuridad.

Desperté cuando uno de mis compañeros me quitó la máscara contra el humo, y aspiré con delicia el aire puro que me penetraba por los pulmones.

En estos momentos fuertes ráfagas de viento hicieron que desapareciera el gas.

Me dijeron que había estado yo sin sentido durante tres horas, y que creían que había muerto.

Había sido rechazado el asalto, después de una

refriega terrible. Dos veces los alemanes habían llegado y penetrado en nuestra trinchera, y dos veces habían sido rechazados por nuestras tropas. La trinchera se veía llena de muertos de ambos lados. Por medio de un periscopio conté diez y ocho alemanes muertos en nuestro cerco, constituyendo con sus horribles máscaras un espectáculo bien horroroso.

Examiné mi primer máscara contra el gas y noté que una bala le había penetrado por el lado izquierdo y así me había rozado la oreja, permitiendo que por el agujero que se hizo en la tela pudiera penetrar el gas.

De los seis de nosotros que manejaban el cañón, dos resultaron muertos y dos heridos.

Esa noche enterramos a todos los muertos, con excepción de los que estaban en la Tierra Inhabitable. Con la muerte desaparecen las distinciones, asi es que se trata de igual manera al amigo que al enemigo.

Después de que el viento hubo hecho que desapareciera el gas, los R. A. M. C. principiaron a trabajar con sus regaderas químicas, arrojando las sustancias necesarias en las covachas y en las partes bajas de las trincheras para disipar el humo del gas alemán, que pudiera todavía estar oculto en ellas.

Dos días después del ataque con gas, me enviaron al Cuartel General de la División, debido a que se había expedido una órden para que los capitanes de las distintas compañías enviaran a

alguno que ellos considerasen aptos para sufrir un examen en el Departamento de Señales de la División.

Antes de salir para cumplir esta comisión, me fuí a la trinchera del frente de la línea para despedirme de mis compañeros, y con mucho orgullo les decía que había recibido una magnífica comisión para prestar mis servicios detrás de las líneas y que mucho sentia que no pudiera permanecer en la línea del frente para seguir discutiendo. sobre la guerra con Fritz. Todos envidiaban mi buena fortuna, pero de buena manera, y al salirme de la trinchera para ir a retaguardia, todos me gritaban:

"Que tengas buena fortuna yank, compañero, no te olvides de mandar unos cuantos cigarros a tus viejos compañeros."

Después de prometer que cumpliría esa promesa, me fuí.

Me presenté en el Cuartel General con diez y seis compañeros más y fuí aprobado después del examen correspondiente. Fueron escogidos cuatro de los diez y seis que se presentaron.

Muy complacido quedé con lo ocurrido, pues creía que iba a tener una tarea muy fácil y agradable en donde me enviaran.

A la mañana siguiente los cuatro nos presentamos en el Cuartel General de la División para recibir nuestras instrucciones. A dos de los compañeros los enviaron a unas poblaciones grandes a retaguardia de las líneas, para desempeñar tareas

bien fáciles. Cuando nos tocó a nosotros nuestro turno, el oficial nos dijo que éramos muy buenos soldados y que habíamos hecho un brillante exámen.

Parecíame que mi sombrero de hojadelata era demasiado chico para la cabeza, y noté que el otro individuo llamado Atwell se había puesto muy orondo.

Continuó hablando el oficial: "Creo que puedo emplear a ustedes dos con gran provecho en la línea del frente. Aquí les entrego sus órdenes e instrucciones y también el pase que les confiere plena autorización como M.P. especiales para desempeñar tareas de suma importancia. Preséntense en la línea del frente, de acuerdo con las instrucciones que han recibido. Lo que tienen que hacer es muy arriesgado, y les deseo la mejor suerte en su desempeño."

Mi corazón se quedó en un hilo y la cara de Atwell era digna de contemplarse. Hicimos nuestros saludos de ordenanza y nos fuímos.

Eso de desearnos "la mejor suerte" parecia ser de mal agüero; si nos hubiera dicho "espero que ambos morirán pronto y sin ningún sufrimiento," puede ser que hubiera sido una observación más adecuada.

Cuando leímos nuestras instrucciones, comprendimos que nuestra tarea era una sumamente peligrosa y delicada.

Lo que Atwell dijo no puede ponerse en letras de molde, pero yo aprobé de todas veras lo que él

opinaba acerca de la guerra, acerca del ejército y acerca del Cuartel General de la División.

Pasado un poco de tiempo nos animamos algo. Habíamos sido nombrados en comisión para descubrir espías, y así lo indicaban nuestras instrucciones y órdenes.

Lo primero que hicimos fué presentarnos en el *estaminet* francés más cercano y beber unos cuantos vasos de agua lodosa, que ellos llaman cerveza. Después de beber la cerveza, salimos del *estaminet* y paramos a una ambulancia vacía.

Después de enseñar al chauffeur nuestros pases, nos metimos en el carro y él nos llevó hacia el lugar de la línea en donde nos debíamos presentar. La ambulancia era un Ford y bien merecía su reputación, pues no puedo comprender como los heridos podían sobrevivir después de viajar en él. Era peor que ir en una cureña de cañón sobre un camino pedregoso.

El chauffeur de la ambulancia era un cabo de la R. A. M. C., y era de los nerviosos, ésto es de los que no les gusta estar bajo el fuego de las balas.

Yo iba sentado a su lado, mientras que Atwell estaba dentro de la ambulancia, con las piernas colgando en la testera.

Al pasar por una población que había sido destruida por las bombas, un policía militar de a caballo nos paró e informó al chauffeur que debía tener mucho cuidado cuando saliera por el camino abierto, por ser eso bien peligroso, puesto que recientemente los alemanes habían adquirido la

costumbre de ametrallarlo. El cabo preguntó al policía si no había otro camino que pudiera tomar, y recibió el informe de que no había ningún otro. Entonces se puso muy nervioso y quería regresar, pero nosotros insistimos en que debía seguir hasta su destino, y le explicamos que quedaría muy mal con su jefe si regresaba sin recibir órdenes para ello, y que nosotros queríamos ir en carro y no a pié.

Al conversar con él supimos que hacia poco que había venido de Inglaterra como recluta, que nunca había estado bajo las balas, y que por eso se había puesto nervioso. Lo convencimos de que en realidad había poco peligro, y al fin pareció quedar satisfecho con nuestras explicaciones.

Pero al entrar en el camino abierto nosotros no teníamos mucha confianza y temimos que nos sucediera algún percance. De ambos lados había existido una hilera de árboles, pero en la actualidad todo lo que quedaba de ellos eran unos troncos destrozados y maltrechos. Por los campos a ambos lados del camino se veían agujeros hechos por las granadas, y aun en el mismo camino vimos algunos de ellos. Habíamos caminado como una media milla, cuando de repente vimos pasar una granada haciendo estrépito por el aire, yendo a caer y haciendo explosión en un campo que estaba a unas trescientas yardas a nuestra derecha. Hubo otra en seguida, y ésta cayó en la orilla del camino hacia unas cuatrocientas yardas en frente de nosotros.

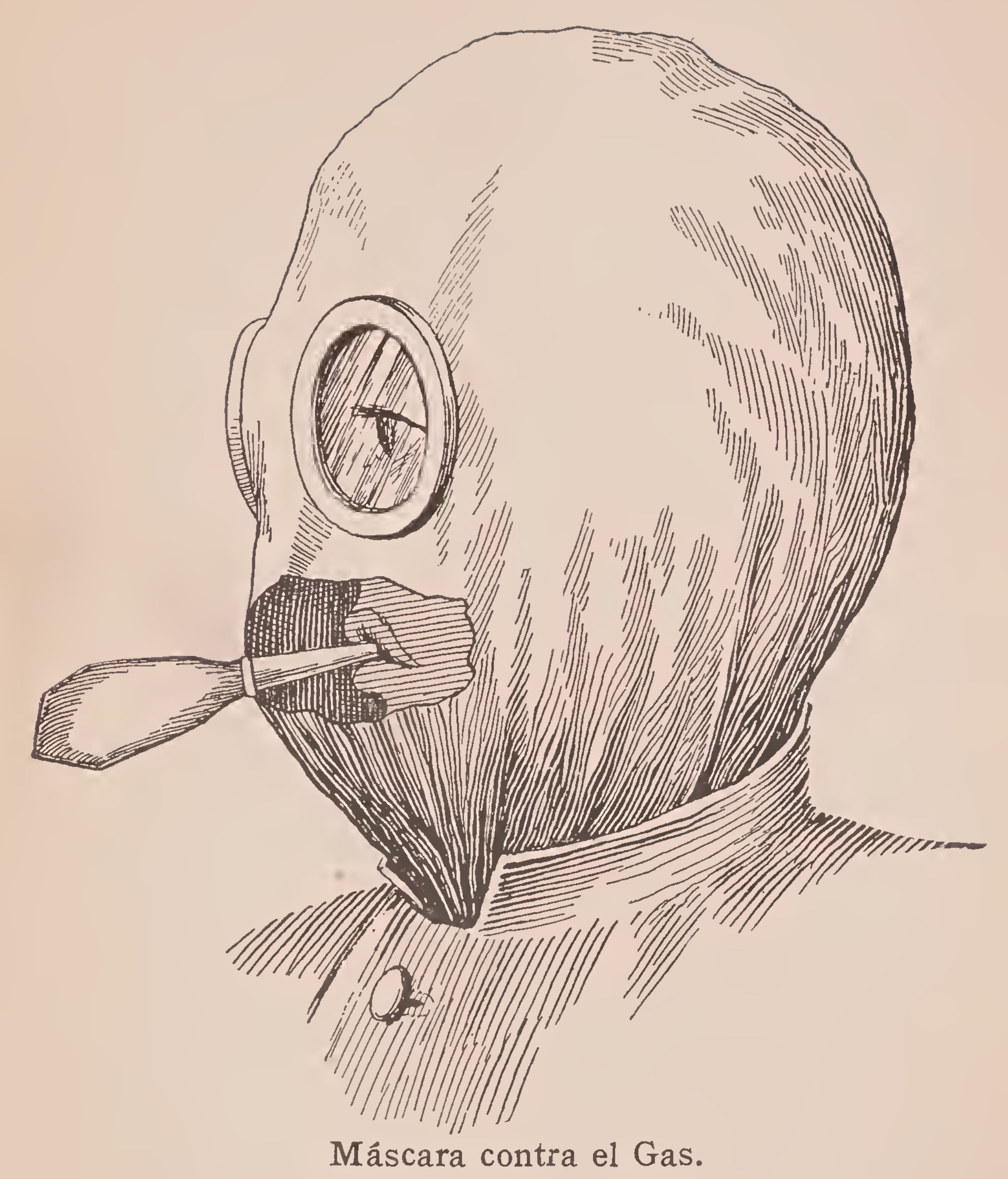
Le dije al chauffeur que soltara el freno dando mayor velocidad, pues ya debíamos estar muy cerca de los alemanes. Yo bien comprendí la situación, y supuse que la batería nos estaba tomando puntería, y que por lo tanto mientras más pronto salieramos de la línea del fuego mejor sería para nosotros. El chauffeur estaba temblando como una hoja, y a cada momento yo creía que nos iba a desbarrancar en la zanja. En realidad yo prefería el peligro de las balas alemanas.

Atwell estaba agarrándose con todas sus fuerzas de unas correas en la testera, y con voz muy alta entonaba los versos aquellos de:

"Les ganamos en el Marne,
Les ganamos en el Aisne,
Los arrojamos al infierno en Neuve Chapelle,
Y aqúi haremos igual cosa."

En esos momentos nos atoramos en un pequeño agujero hecho por las granadas y casi nos volcamos. Al oir un grito fuertísimo que provenía de retaguardia, eché la mirada en esa dirección y ví a Atwell sentado en medio del camino y amenazándonos con el puño cerrado. Se veía su equipo, que se había quitado al entrar en la ambulancia todo esparcido en la tierra y su rifle estaba en la zanja.

Le grité al chauffeur que parara, y como estaba tan nervioso aplicó el freno, y con eso casi nos echó de cabeza fuera del carro. Pero también, debido a eso salvamos nuestras vidas, porque a los pocos



Máscara contra el Gas.



momentos hubo un ruido terrible y una llamarada vivísima. Todo lo que recuerdo es que yo estaba volando por el aire y pensando si podría caer en algún lugar blando. Y en seguida toda la luz desapareció.

Cuando reviví, Atwell estaba frontándome la cabeza con agua que sacaba de su botella. Del otro lado del camino se veía al cabo sentado y que estaba frotando un chichón que tenía en la frente; ésto lo hacia con la mano izquierda, mientras que su derecha estaba vendada y llena de sangre. Estaba lamentándose en voz alta. Yo me sentía con un fuerte dolor de cabeza, y el cutis del lado izquierdo de la cara estaba lleno de piedritas y me salía sangre de la nariz.

En cuanto a la ambulancia se había volcado en la zanja y se veía llena de agujeros causados por los fragmentos de la granada. Una de sus ruedas delanteras estaba dando vueltas muy despacio, asi es que no debo haber estado sin sentido por largo tiempo.

Si Mr. Ford hubiese visto ese carro, se hubiera convencido más de su teoria de "La paz de cualquier modo," e indudablemente hubiera alistado otro buque de la paz.

Seguía el fuego graneado y las balas se oían por arriba de nuestras cabezas, pero la puntería se había desviado y las granadas estaban cayendo en un pequeño bosque a eso de media milla de donde estabamos.

Atwell fué el primero que habló: "Mucho deseara

que ese oficial no nos hubiera vaticinado 'la mejor suerte.' " Entonces empezó a echar juramentos, lo que promovió mi risa, a pesar de que parecía que se me estaba partiendo la cabeza.

Levantándome poco a poco, me tenté por todo el cuerpo, para ver si no me habían roto algunos huesos. Pero fuera de algunas cuantas rozaduras y rasguños, nada me había sucedido. El cabo seguía lamentándose, pero eso más debido al miedo que a los dolores. Sólo le había penetrado un pedazo pequeño de granada por el antebrazo derecho. Atwell y yo mismo, haciendo uso de nuestros útiles de cirujía, le vendamos el brazo e impedimos que sangrara más, y después recogimos nuestro equipo.

Comprendimos que estabamos en un lugar peligroso y que en cualquier momento alguna granada podía caer sobre el camino y acabar con nosotros. Como la población de donde habíamos salido no estaba a gran distancia, le dijimos al cabo que mejor sería que regresara para que le curaran el brazo, y que también informara a la policía militar acerca de la destrucción de la ambulancia. Podía caminar bien, asi es que se dirigió hacia la población, mientras que Atwell y yo continuamos por nuestro derrotero a pié.

Llegamos a nuestro destino sin ningún otro incidente, y nos presentamos en el Cuartel General de la Brigada, para que nos designaran alojamiento y nos dieran nuestro rancho.

Dormimos esa noche en la covacha del sargento

primero del batallón, y a la mañana siguiente fuí al hospital auxiliar de sangre, para que me quitaran las piedritas que tenía pegadas a la cara.

Según las instrucciones que recibimos del Cuartel General de la División debíamos tratar de arrestar espías, vigilar las trincheras, examinar los cadáveres de los alemanes, hacer reconocimientos en la Tierra Inhabitable, tomar parte en los asaltos de trincheras e impedir que fueran robados los cadáveres insepultos.

Tenía un pase que me permitía ir en donde yo quisiera y a cualquiera hora por el sector de la línea, que estaba en poder de nuestra división. También me daba autorización para marcar el alto y examinar las ambulancias, automóviles, carretones y aun a los oficiales y soldados siempre que se tuvieran vehementes sospechas de ellos, y asi se considerase que eso era necesario. Se nos permitió a Atwell y a mi que trabajaramos juntos o por separado, según nos pareciera más conveniente, y optamos por trabajar juntos.

Atwell era buen compañero y de muy buen trato. Arrostraba cualquier peligro, pero no inútilmente. Era número uno en eso de echar juramentos. Podía muy bien haber figurado entre los mejores en un regimiento de caballería. Aunque había nacido en Inglaterra, había permanecido varios años en Nueva York. Tenía seis piés de alto y era tan fuerte como un toro, y como yo sólo tengo cinco piés cinco pulgadas de

estatura, cuando nos juntabamos nos parecíamos a "Mutt y Jeff," de Bud Fischer.

Nos alojamos en una amplia covacha de los Ingenieros Reales, y desde luego convinimos en nuestros planes para lo futuro. Esta covacha estaba al extremo de un extenso cementerio, y varias veces a nuestro regreso de noche nos caímos en las tumbas de ingleses, franceses y alemanes. Atwell cuando sucedía eso, nunca profería en juramentos, aunque en cualquier otro momento que hubiera dado el menor traspié habria echado maldiciones de lo lindo.

Una sección de nuestras trincheras estaba a cargo de los Rifleros Reales de Irlanda. Durante varios días circuló insistentemente el rumor de que había un espía alemán entre nosotros, y que ese espía llevaba el uniforme de oficial del Estado Mayor británico. Se relataban varios cuentos acerca de un oficial que tenía una cinta roja sobre el gorro, y que se paseaba por la línea del frente y por las trincheras de comunicación, haciendo preguntas sospechosas sobre el lugar en donde estaban las baterías, los puntos en que estaban situados los cañones de tiro rápido y los morteros. Luego que caía alguna granada en la batería, sobre un cañón de tiro rápido o aun cerca de una covacha, todo eso se atribuía al espía.

Circuló ese rumor con tanta insistencia que se expidió una órden a todas las tropas, para que arrestaran desde luego a cualquiera que pareciera ser tal espía.

Atwell y yo estabamos muy alertas y constantemente visitabamos las trincheras por la noche y aun de día, pero no lograbamos pescar al espía.

Un día, mientras que estabamos en una trinchera de comunicación, nos horrorizamos al ver a nuestro general de brigada, el Viejo Pimienta, que venía detenido por un soldado raso muy alto, que pertenecía a los Rifleros Reales de Irlanda. Caminaba el general delante del soldado, que le seguia con la bayoneta lista y en ristre.

Como de ordenanza saludamos al general al pasar cerca de nosotros. El irlandés se sonreía de muy buena gana, y apenas podíamos creer lo que veíamos, pues el general estaba arrestado. Después de adelantarse a una distancia de unos pocos piés, se volteó el general, y le dijo con voz enojada a Atwell:

"Dígale a este maldito loco quien soy yo. Me ha arrestado creyendo que soy espía."

Quedó atónito Atwell, pero el sentinela interrumpió al general y dijo:

"No meta su cuchara a donde no debe, ahorita usted Mr. Fritz tendrá que regresar al Cuartel General y si vuelve a abrir esa boca, verá como le doy un buen golpe con la culata de mi rifle."

Dificilmente podría describir la terrible mirada que le dió el general, quien estaba ciego de enojo, pero sin proferir una sola palabra.

Atwell trató de colocarse en frente del sentinela, para explicarle que realmente era el general a quien había arrestado, pero el sentinela le amenazó

con la bayoneta e indudablemente lo hubiese herido, si hubiera insistido. Asi es que Atwell se separó y ya no chistó nada. Yo casi estaba próximo a prorrumpir en carcajadas, y por poco esto sucede, y si eso hubiera acaecido no creo que podría haberse considerado que obraba de manera diplomática al burlarme de mi general, aunque estuviera en ese aprieto.

Llegaron el sentinela y su prisionero al Cuartel General de la Brigada, dando esa llegada un resultado muy desastrozo para el sentinela.

Lo más chistoso del caso es que el general había sido el que personalmente había expedido la órden para arrestar al espía. Tenía él la costumbre de pasar por las trincheras haciendo una visita de inspección, y sin que lo acompañara ninguno de su Estado Mayor. El irlandés que acababa de llegar al regimiento, nunca había visto al general, asi es que cuando lo encontró en la trinchera de comunicación, lo arrestó desde luego. Débese notar que los generales llevan una cinta roja alrededor del gorro. Al día siguiente vimos que el irlandés estaba atado a la rueda de un armón, y así principiaba a sufrir el castigo de veinte y un días, o sea el castigo no. 1 del campamento. Jamás he visto una cara más tristona que la que tenía el pobre irlandés.

Durante varios días Atwell y yo tratamos de no ir al Cuartel General de la Brigada, pues no deseabamos toparnos con el general.

El espía nunca fué capturado.

CAPÍTULO XXIV

INCIDENTE INTERESANTE

POCOS días después recibí órdenes para que me presentara en el Cuartel General de la División, que estaba a treinta kilómetros a retaguardia de la línea. Me presenté ante el A. P. M. (Ayudante del Capitán Preboste). Me dijo que me presentara en el cuartel no. 78, para que me asignaran alojamiento y me dieran el rancho.

Eran como eso de las ocho de la noche, estaba muy cansado y a poco me dormí sobre la paja del cuartel. Por fuera se notaba que era una noche muy desagradable, fría y algo lluviosa.

Como a eso de las dos de la mañana, alguien me despertó, tocándome en el hombro. Al abrir los ojos ví que un sargento primero del regimiento estaba cerca de mí, y que llevaba una linterna encendida en la mano derecha. Iba yo a preguntarle lo que había sucedido, cuando colocando el dedo sobre los labios para imponerme silencio, murmuró:

"¿Consigue tu equipo y sin hacer ruido, sigueme?"

Muy misterioso me pareció todo esto, pero obedecí sus órdenes.

Ya fuera del cuartel, le pregunté lo que queria decir todo eso, pero sólo me dijo:

"No hagas preguntas: es contra las órdenes dictadas. Yo mismo no sé lo que ha pasado."

Seguía lloviendo a cántaros.

Caminamos como unos quince minutos a lo largo de un camino lodoso, y al fin nos paramos a la entrada de lo que debe haber sido un antiguo granero. Parecía yo oir en la obscuridad algunos cerdos gruniendo, como por haber sido molestados. En frente de la puerta estaba un oficial envuelto en su impermeable. El R. S. M. se le acercó, le dijo algo al oído y en seguida se fué. Este oficial me llamó, me preguntó mi nombre, número y regimiento, todo a la vez y bajo la luz de una linterna que él llevaba, hizo sus apuntes en un pequeño libro que tenía.

Cuando terminó de escribir, dijo en voz baja:

"¿Vete a ese lugar y espera nuevas órdenes, pero nada de hablar, comprendes?"

Entré en el granero y me senté en el suelo en la obscuridad. No podía ver a nadie, pero podía oir a algunos hombres que se movían y respiraban. Todos ellos parecían nerviosos e impacientes. A mi me sucedía lo mismo. Mientras que yo estaba esperando, entraron tres hombres más. Después el oficial metió la cabeza por la puerta y dió la órden siguiente:

"Fórmense fuera del cuartel en simple fila."

Nos formamos y quedamos esperando órdenes y él las dió:

"Compañía, atención. Número."

Éramos doce.

"Vuelta a la derecha, vuelta a la izquierda, marchen," y así fuímos marchando. Continuaba la lluvia y yo estaba mojado hasta la médula de los huesos y casi tiritando de frío.

Encabezados por el oficial debemos haber marchado como una hora, metiéndonos por el lodo y a veces cayéndonos en algún agujero hecho por las granadas, cuando de repente el oficial dió vuelta a la izquierda, y nos encontramos en una especie de patio circundado de paredes. Ya había cesado la lluvia, y empezaba a amanecer.

Frente a nosotros había cuatro pabellones de rifles, formando cada tres de ellos un pabellón.

El oficial nos ordenó que prestaramos atención y nos dijo que tomaramos las armas. Cada uno tomó un rifle. Después diciendo: "Descansen, armas," con voz nerviosa y temblorosa, continuó:

"Compañeros: estaís aquí para dar cumplimiento a un deber solemne. Os han escogido como el grupo que debe fusilar a un soldado que ha sido declarado culpable de un gran delito contra su Rey y patria, que ha sido juzgado debida y legalmente y que fué sentenciado a ser fusilado a las tres veinte y ocho A.M. de este día. Esta sentencia ha sido aprobada por la autoridad competente en apelación, y debe cumplirse. Es el deber de ustedes darle cumplimiento."

"Allí están doce rifles, uno de los cuales contiene un cartucho en blanco y los otros once contienen

cartuchos con bala. Se le exige a cada uno de ustedes que cumpla con su deber y tire para matar. Ustedes recibirán las órdenes directamente de mi. ¡Compañía, atención!"

Presentamos armas y entonces se fué. Me sentía como desfallecido y mis rodillas temblaban.

Después de estar parados por lo que me parecía una semana, aunque en realidad no fué más de cinco minutos, oímos unos murmullos detrás de nosotros y pasos sobre las baldosas del patio.

Nuestro oficial se presentó nuevamente, y en voz baja, pero firme, dió la órden: "Media vuelta."

Dimos la vuelta y bajo la luz medio amortiguada del amanecer y a una distancia de varias yardas en frente de nosotros, distinguí una pared de ladrillo. Parado contra esta pared se veía un bulto negro que llevaba un cuadrado blanco sobre el pecho. Se suponía que ese cuadrado debería ser nuestro blanco. Pero hacia la derecha del bulto noté que había otro lugar blanco en la pared y resolví apuntar en esa dirección.

"Listos! Apunten! Fuego!"

Cayó el bulto negro en el suelo. Mi bala había ido a pegar contra el punto blanco en la pared, pues noté que algunas astillas se desprendían de ella. Algún otro de los compañeros había recibido el rifle que contenia el cartucho en blanco, pero yo estaba satisfecho, pues la sangre de un Tommy no había teñido mis manos.

"Atención. Descansen armas."

Se volvieron a formar los pabellones y entonces

nos dieron la órden "En marcha hacia la derecha," y asi dejamos el lugar en que se había verificado la ejecución.

Ya estaba amaneciendo, y después de marchar como unos cinco minutos, nos despacharon dándonos el oficial en jefe las siguientes instrucciones.

"Vuélvanse por separado a sus compañías respectivas, y acuérdense que no deben hablar sobre este asunto; si no fuera asi, el culpable tendrá que ser castigado."

No necesitabamos que nos urgieran el regreso a nuestros cuarteles. Debo decir que no conocía a ninguno de los que formaron la compañía que ejecutó la sentencia, y aun el oficial me era desconocido.

Los amigos y parientes de la víctima en Blighty nunca sabrán que fué ejecutado, ellos creerán que murió combatiendo por su Rey y por su patria.

En la lista de los heridos y muertos que se suministra al público su nombre aparecerá como "muerto accidentalmente" o simplemento "muerto."

El día después de la ejecución recibí órdenes de presentarme nuevamente en la línea del fuego, y de no chistar palabra.

Diariamente hay fusilamientos, y éstos son unos de los incidentes que más repugnan y en realidad son los más tristes. Muchos creen que el Departamento de la Guerra Británico se compone de reglamentos muy estrictos que se hacen cumplir con toda rigidez, pero al mismo tiempo debe decirse que comprende sentimientos de benevo-

lencia, y una de las pruebas de ésto es la manera con que se ocultan los fusilamientos y se dan informes de ellos a los parientes del pobre desgraciado. Nunca saben la verdad de lo ocurrido y siempre aparecen en los boletines entre los "muertos accidentalmente."

Durante los últimos años he leido varias veces en las revistas algunos cuentos de hombres cobardes, que en un asalto se han convertido en héroes. A mi ésto siempre me parecía cosa ridícula. Creía que ésto lo hacian los escritores para contar algo que llamara la atención, pues yo decía "los hombres no se conducen de esta manera," pero después que estuve en Francia tuve conocimiento de algunos casos en que los cobardes se habían convertido en hombres valientes. Presentaré un caso, de que tuve conocimiento, inquiriendo del capitán de la compañía, de los sentinelas que vigilaron al protagonista del cuento, como también por mis propias observaciones. Al principio no supe todo lo que había ocurrido, pero después de estar averiguando los incidentes y los hechos durante toda una semana se esbozó en mi mente con la misma claridad que las montañas de mi patria al oeste durante un día de sol de primavera. Todo me causó tanta impresión, que lo apunté durante mi permanencia en el cuartel de descanso en distintos pedazos de papel. Debo asegurar que todos los incidentes son enteramente verídicos y que también describo exactamente lo que pensaba y sentía ese individuo, pues yo ahora bien

lo comprendo, después de haber tomado parte en los combates en Francia.

Lo llamaremos Albert Lloyd. Ese no era su nombre, pero tampoco nos importa saberlo.

Albert Lloyd era lo que todos denominan un verdadero cobarde.

En Londres lo llamaba faltista.

Ya hacia diez y ocho meses que su patria había tomado parte en la guerra y todavía no se había puesto el uniforme.

No tenía ningún pretexto para no ingresar en el ejército, pues estaba sólo en el mundo, había sido educado en un asilo de huérfanos y nadie dependía de él para su manutención. No tenía ningún buen empleo que pudiera perder, ni tampoco tenía novia cuyos labios le dijeran que se fuera, mientras que sus ojos le suplicaban que se quedara.

Cada vez que veía a un sargento que estaba reclutando, desaparecía detrás de cualquier esquina, abrigando el mayor miedo en el corazón. Al pasar en frente de los grandes anuncios para reclutamiento, a su ida y regreso de la oficina en que estaba empleado, siempre se bajaba el gorro y veía a otro lado para evitar ese amenazante dedo que le apuntaba y le decia "Tu Rey y tu país te necesitan," o los ojos penetrantes de Kitchener que le hacían arder su mente y le ocasionaban gran terror.

Después tuvieron lugar los ataques de los Zeppelines, y mientras que se verificaban él se escondía

en una esquina del sótano de su casa de huéspedes, casi llorando como un perrito faldero y pidiendo la protección de Dios.

Aun el ama de la casa lo detestaba, aunque tenía que confesar que pagaba su cuenta con regularidad.

Rara vez leía los periódicos, pero durante una mañana memorable el ama de la casa colocó el periódico en su lugar, antes de que fuera a almorzar. Al sentarse leyó el título en grandes letras, "La ley sobre servicio obligatorio fué aprobada," y casi se desmayó.

Pidiendo que lo excusaran, subió precipitadamente a su cuarto, horrorizado y acozado por un miedo cerval.

Como había economizado algunas libras esterlinas, resolvió no salir de su casa, y aparentar que estaba enfermo; asi es que se quedó en su cuarto y el ama le llevaba allá sus alimentos.

Cada vez que alguien tocaba la puerta, se ponía a temblar, porque creía que era un policía que lo iba a llevar por la fuerza al ejército.

Al fin una mañana sus temores se convirtieron en realidad, y ante de él se presentó un policía con el fatídico documento. Lo agarró en la mano leyó que se ordenaba a Albert Lloyd que se presentara a la oficina para reclutamiento más cercana para ser examinado. Se presentó luego, pues estaba temeroso de desobedecer.

El médico examinó con agrado a Lloyd, por ser hombre bien formado, de seis piés de alto y que

parecía adecuado para ser buen soldado, pero tuvo que examinarle el corazón dos veces, antes de declarar que podía ingresar en el ejército, pues latía con suma rapidez.

De la oficina de reclutas Lloyd fué llevado con muchos otros, bajo las órdenes de un sargento, hasta el depósito del ejército en Aldershot, en donde le dieron su uniforme de khaki y el resto de su equipo. En apariencia era un soldado de buen porte, pero se le notaba alguna inclinación de los hombros y una mirada vaga en los ojos.

Durante los ejercicios militares luego se comprendió el carácter de ese individuo, y a Lloyd se le designó como "nervioso." En el ejército inglés "nervioso" significa cobarde.

El recluta de menor estatura en el cuartel lo contemplaba con desprecio, y así se lo desmostraban todos de mil maneras.

Lloyd era un buen soldado, aprendía fácilmente, obedecía con prontitud todas las órdenes dadas, y nunca se quejaba de las mayores fatigas, pues tenía miedo de hacerlo. Vivía con un miedo constante de los oficiales y de los subalternos que lo mandaban, y éstos lo despreciaban.

Una mañana como tres meses después de haber ingresado en el ejército, la compañía de Lloyd pasó revista y se leyeron los nombres de los que habían sido escogidos para ir a combatir en Francia. Cuando llamaron su nombre, no dió dos pasos de frente ante las filas y como los demás contestó alegremente "Aquí estoy." El en reali-

dad se desmayó y lo llevaron al cuartel entre las risotadas de los compañeros.

Esa noche él no pudo dormir y la pasó en continuo sobresalto. Lloraba y murmuraba en su catre, porque reflexionaba que al día siguiente tendría que embarcarse para Francia, y por todas partes vería su muerte y que probablemente lo matarian. Al cruzar el Canal y mientras que estaba en el vapor, hubiera deseado echarse al agua para escaparse, pero tenía miedo de ahogarse.

Al llegar a Francia él y los demás fueron metidos en carros para ganado, en cuyos lados aparecían las grandes letras blancas: "Chevaux 8, Hommes 40." Después de hacer un viaje muy molesto por las vías francesas mal niveladas, llegaron a Ruán en donde iban a hacer ejercicios.

En ese lugar les dieron instrucciones en la guerra de trincheras, y a la mañana del octavo día pasaron revista a las diez, y después que eso se verificó ante el general H——, se les hizo presentarse ante el Cuartel General para recibir sus máscaras contra el gas y su equipo de trincheras.

A eso de la cuatro de la tarde los metieron nuevamente en carros para ganado, y esta vez su viaje duró dos días. Desembarcaron en la población de Frévent, y principiaron a oir un ruido sordo bastante lejano. A Lloyd le temblaban las rodillas y preguntó al sargento que era el ruido que oía, y casi se desmayó cuando el sargento le contestó con voz algo molesta:

"Oh, esos son los cañones que están tirando

por nuestra línea. Ya en unos dos días estaremos en donde están. No te apures, compañero, muy pronto verás más de lo que desearas ver antes de volver a Blighty; ésto es si tienes la buena suerte de volver a ese lugar. Ahora bien ayúdamos a descargar estos carros y deja de temblar tanto. Caramba creo que tienes miedo." Y esto último lo dijo con una mirada despreciativa.

Se pusieron en marcha, caminaron diez kilómetros, muy bien cargados hasta una pequeña población casi en ruinas, y por entonces el estallido de los cañones se oía con más claridad y más fuerte.

La población estaba llena de soldados que salieron a ver a los nuevos reclutas, a esos que pronto serian sus compañeros en las trincheras, porque a la mañana siguiente tendrían que ocupar su lugar en la línea y quedarse de guardia en algún sector de las trincheras.

Pasaron revista los reclutas en frente del Cuartel General del batallón, y fueron distribuidos entra las distinas compañías.

A Lloyd le tocó ser el único recluta que ingresó en la compañía "D." Puede ser que el oficial que había tenido los reclutas a su cargo tuvo algo que hacer en esta distribución, porque llamando a Lloyd a un lado le dijo:

"Lloyd, vas a ingresar a una nueva compañía. Nadie te conoce, asi es que puedes principiar, digamos asi tu carrera. Por Dios ten un poco de ánimo, háste hombre. Yo creo que tienes

bastantes cualidades, asi es que te deseo la mejor suerte y me despido de ti."

Al día siguiente el batallón tomó el puesto que le asignaron en las trincheras. Sucedió que fué día bastante quieto, y la artillería colocada detrás de las líneas casi no tiraba; sólo había de repente alguna granada que se dirigía hacia los alemanes, para que supieran que nuestros artilleros no se habían dormido.

La compañía fué pasando, en la obscuridad y uno en fondo, por la trinchera de comunicación hacia la línea del frente. Nadie notó cuan pálida y contraida estaba la cara de Lloyd.

Después de que relevaron a la compañía en las trincheras, Lloyd, con dos de la antigua compañía, quedó de guardia en una de las trincheras transversales. No había habido ni un sólo tiro procedente de las líneas alemanes, ni nadie notó que él estaba muy encogido en el escalón de fuego.

Durante el primer día de guardia no necesita un nuevo recluta estar parado con la cabeza fuera, observando por arriba de la trinchera. Sólo tiene que permanecer sentado, mientras que el más antiguo vigila al enemigo.

De repente a eso de las diez le pareció que el infierno se había destapado, y se quedó temblando y arrinconado contra el parapeto. Principiaron a hacer explosión las bombas en las meras trincheras, según él se imaginaba, cuando en realidad estaban cayendo a unas cien yardas a retaguardia de ellos, en las segundas líneas.

Uno de los soldados antiguos que estaba de guardia, se volteó hacia su compañero, y le dijo:

"Ya empieza Fritz con sus malditos morteros de sus trincheras. Ya debía nuestra artillería pegarles una buena y acabar con algunos de ellos. Pero caramba a donde demonios se fué ese nuevo recluta. Hay está su rifle recostado contra el parapeto; debe haberse fugado. Oye Dick sigue vigilando mientras que informo al sargento de lo ocurrido; yo no sé si ese tonto comprende que bien lo pueden fusilar por haber abandonado su puesto."

Lloyd se había ido. Luego que empezó la descarga de los morteros, se posesionó de él un terror pánico tal que le impulsaba a correr, a evitar esa terrible conmoción, a tratar de ponerse en salvo. Asi es que sigilosamente pasó por la trinchera transversal, llegó a una de comunicación, y entonces corriendo con todas sus fuerzas y sin reparar por donde iba se metía en distintas trincheras, cayéndose en agujeros llenos de lodo y a veces brincando sobre todos los obstáculos que encontraba a su paso a lo largo de las trincheras.

Sin saber por donde iba, y con los brazos extendidos y a veces cubriéndose la cara, salió de las trincheras y llegó a la población, o a lo que había sido una población, antes de que la artillería alemana la hubiese destruido.

Aunque tenía un miedo terrible, también parecía tener cierta viveza que le aconsejaba que tratara de evitar a todos los sentinelas, porque si algunos

de ellos lo vieran lo llevarían nuevamente a esa terrible escena de destrucción en la línea del frente, y puede ser que saliera herido o muerto. Sólo el pensar eso lo hacía temblar, y las gotas del sudor frío le rodaban por las mejillas. En la obscuridad y hacia la izquierda pudo distinguir algo que parecían ser árboles. Asi es que gateando y agachándose y parándose según estallaban las bombas, al fin llegó a un huerto antiguo y se acurrucó cerca del tronco de un manzano, que había sido casi destruido por las palas.

Allí permaneció toda la noche, escuchando el estampido de los cañones, y rogando, siempre rogando, que pudiera salvar su miserable vida.

Ya al amanecer, principió a notar algunos bultos obscuros que se veían colocados en la tierra cerca de él. La curiosidad venció sus temores y agachándose se acercó a uno de esos objetos, y allí por la luz temprana de la mañana leyó sobre una pequeña cruz de madera:

"Soldado H. S. Wheaton, No. 1670, Primer Regimiento R. F. de Londres. Muerto en Acción, Abril 25, 1916. R. I. P." (Que Descanse en Paz).

Entonces bien comprendió él que toda esa noche había estado escondido en un cementerio, y ese pensamiento lo medio enloqueció, y guiado por un vehemente deseo de no permanecer más en ese lugar, con toda prisa corrió, cayendo sobre pequeñas cruces de madera, tirando algunas y destrozando otras bajo sus piés.

Huyendo, llegó a una antigua covacha francesa

que estaba medio destruida y medio llena de agua suicia y lodosa.

Como una zorra perseguida por los galgos, se metió en ese agujero, y se tiró sobre unos sacos vacios todos húmedos y lodosos. Después, quedó sin conocimiento.

Al día siguiente se despertó de su letargo, oyendo algunas voces algo lejos de sus oídos. Al abrir los ojos notó que estaban un cabo y dos soldados con sus bayonetas listas a la entrada de la covacha.

Entonces el cabo le dirigió la palabra:

"Levántante, maldito cobardón. ¡ Que lástima que hayas ingresado a la compañía 'D' pues has echado a perder su buena reputación! Pero no tengas cuidado, ya te pondrán contra la pared, y asi acabarán con tu cobardía. Agárrenlo compañeros, llévenselo y si trata de evadirse metánle la bayoneta y maten a este mandria. ¿ Anda, levántate pronto; ya estabamos cansados de buscarte?"

Lloyd temblando y debilitado por su largo ayuno se medio levantó, ayudado por un soldado de cada lado.

Lo llevaron a la presencia del capitán, pero sólo podían conseguir que dijera constantemente:

"¡ Por Dios, señor, no me fusile, no me fusile!"

El capitán demostrando su profundo desprecio, lo envió bajo escolta al Cuartel General de la División para que fuera juzgado por corte marcial, acusado de haber desertado durante la refriega.

En Francia los desertores son fusilados.

Mientras que lo juzgaban, Lloyd parecía casi

atontado, y no podía decir nada para defenderse. Solamente de vez en cuando exclamaba: "¡Que no me fusilen! ¡Que no me fusilen!"

Le impusieron la siguiente sentencia: "Será fusilado a las tres y treinta y ocho de la mañana del 18 de Mayo de 1916." Esto quería decir que sólo le quedaba un día de vida.

No parecía comprender lo terrible de su sentencia, pues su mente estaba como paralizada. Después no recordaba nada sobre el viaje que hizo bien vigilado en un motor blindado con sacos de arena, hasta el cuerpo de guardia en la población, y como lo echaron sobre el suelo y lo dejaron allí con un sentinela con su bayoneta y que se paseaba a lo largo de la entrada.

Le dejaron carne prensada y galletas muy cerca de él para que pudiera cenar.

El sentinela al ver que nada comía, entró, y tocándole sobre el hombro le dijo con voz bondadosa.:

"No te desanimes compañero, come un poquíto que eso te hará bien. No pierdas esperanza, que mañana te perdonarán. Yo sé bien como se hacen estas cosas. Lo que quieren es infundirte miedo; eso es todo. Vuelvo a suplicarte que comas algo. Verás que después de comer recobrarás las fuerzas."

El sentinela tan bondadoso sabía muy bien que no decía la verdad al referirse al perdón, porque bien sabía que sólo un milagro hubiera podido salvar la vida del pobre compañero.

Lloyd escuchó con atención lo que decía su sentinela, y lo creyó; asi es que consideró sus palabras como un rayo de esperanza, y principió a comer, o más bien a devorar los alimentos que tenía a su lado.

Pasada una hora, el capellán vino a verlo, pero Lloyd dijo que no lo necesitaba. No le hacia falta un capellán; pues estaba seguro de que lo iban a perdonar.

La artillería que estaba a retaguardia de la línea empezó de repente a hacer fuertísimas descargas, y principió un terrible bombardeo contra las líneas del enemigo. Era pavoroso el estruendo de los cañonazos. Lloyd volvió a tener miedo, grandísimo miedo, y se echó de rodillas en el suelo, cubriéndose la cara con las manos.

El sentinela, al notar como se hallaba se le acercó y trató de darle valor, diciéndole:

"No debes preocuparte por esos cañones, compañero; no te harán ningún mal, pues son los nuestros. Estamos enviando a los boches algunas píldoras como las que ellos nos echan. Nuestros compañeros al amanecer irán y tomarán sus trincheras, y entonces les haremos probar nuestros aceros fríos, al mismo tiempo que coman sus salchichas y beban su cerveza. Quédate quieto hasta que te perdonen. Tengo que irme, compañero, pues ya casi es hora de que me releven y no quiero que me vean hablando contigo. Así es que hasta la vista compañero, y mucho valor."

Al terminar esas palabras, el sentinela siguió

paseándose en frente de la puerta, y a eso de diez minutos fué relevado, y un soldado de la compañía "D" tomó su lugar.

El sentinela miró dentro del calabozo y notando que Lloyd parecía muy acobardado, le dirigió la palabra, despreciativamente:

"En lugar de estar lloriqueando en esa esquina, debías estar rezando. Son únicamente los malos reclutas como tu que echan a perder nuestra buena reputación. Hemos estado aquí ya casi diez y ocho meses, y tu eres el único entre nosotros que ha desertado. Todo el batallón se está riendo de nosotros y mofándose de la compañía 'D.' Maldito seas; pero es seguro que ya no lo harás otra vez, pues a la mañanita acabarán contigo."

Después de escuchar estas frases, Lloyd, con voz temblorosa preguntó: "¿Como, que me van a fusilar? El otro sentinela me dijo que me perdonarían. Por Dios no me digas que me van a fusilar," y su voz cesó casi en medio de su llanto.

"Por supuesto que te van a fusilar. El otro sentinela nada más se estaba burlando de ti. Asi siempre lo hace el viejo Smith. Siempre trata de decir cosas agradables a los compañeros. Tu tienes la misma probabilidad de que te perdonen que yo tengo de ser coronel de mi batallón."

Cuando en la mente de Lloyd desapareció toda esperanza de que lo perdonaran, pareció que se había calmado su terror, y poniéndose de rodillas y levantando los brazos hacia el cielo, imploró al Todopoderoso y de todo corazón rogó.

"Oh Dios, tu que eres tan bueno y bondadoso, dame el valor suficiente para morir como todo hombre debe morir. Líbrame de la muerte de un cobarde. Dame la oportunidad de morir como mis compañeros en la batalla, de morir combatiendo por mi patria. Esto es todo lo que te pido."

De repente se tranquilizó su espiritu, como nunca lo había estado, y ya no se acurrucó cobardemente, pero muy tranquilo esperó el amanecer, ya estando listo para sufrir la pena de muerte. Las granadas seguían cayendo todos alrededor del calabozo, y él no parecía hacer aprecio de ellas.

Mientras que estaba esperando oyó la voz del sentinela que estaba cantando en voz baja. Cantaba el coro de la canción popular de las trincheras:

"Quiero volver a mi casita, quiero volver a mi casita,
Yo ya no quiero quedarme para nada en las trincheras,
En donde abundan las salchichas y los ruidos de las balas,
Lléveme al otro lado de los mares, en donde no me pueden pescar los alemanes,
Por Dios yo no quiero morir,
Yo quiero regresar a mi casita."

Lloyd escuchó esas palabras con intenso interés, y pensaba en la clase de hogar o país adonde iría cuando tuviera que irse al otro mundo; pues en realidad ese sería el único hogar verdadero que él habría tenido.

De repente se oyó un gran estruendo por el aire,

un estrépito formidable y vió una llamarada que casi lo cegaba, y las paredes de sacos de arena cayeron esparcidas por todo el calabozo, y después de eso todo permaneció en la obscuridad.

Cuando Lloyd recobró los sentidos, vió que estaba tirado sobre el lado derecho, y frente de él se veíá lo que había sido la entrada de su calabozo y que ahora sólo era un montón de sacos rotos y hechos trizas. Le parecía que iba a reventar su cabeza. Poco a poco se incorporó sobre el codo y vió que por el Oriente despuntaba la aurora. ¿Pero que era ese bulto maltrecho que estaba un poco más allá entre los sacos de arena? Yendo a gatas poco a poco notó que era el cadáver del sentinela; se cercioró de eso con sólo una mirada, pues el cuerpo estaba sin cabeza. Los deseos del sentinela se habían cumplido. Él ya se había "ido a su hogar." Al fin se había libertado de los tiros de los cañones y de los *allemands*.

Repentinamente Lloyd comprendió que él ya era libre; que él era libre para ir por arriba a combatir con su compañía, para morir como todo inglés patriota, peleando por su Rey y por su patria. Un gran contento y un sentimiento de felicidad parecieron infiltrarse en él. Cuidadosamente pasó sobre el cadáver del sentinela, y corriendo con suma velocidad por la calle arruinada de la población, y entre las granadas que hacian explosión, sin hacer caso de ellas, y pasando por entre destacamentos de soldados que también se dirigían hacia la trinchera para pasar por arriba

de ella y combatir, llegó a una trinchera de comunicación. No podía atraversarla, pues estaba llena de soldados que reían, maldecían y vitoreaban. Escaló la trinchera y corrió nuevamente con rapidez por encima de ella, sin resguardarse de las balas de los cañones de tiro rápido y de las granadas, y sin hacer caso de los gritos de los oficiales que le decían que regresara a la trinchera. Él estaba resuelto a juntarse con su compañía que debía estar en la línea del frente. Él iba a *combatir* con ellos. Él, el cobarde despreciado, había recobrado su valor.

Mientras que estaba haciendo su correría, y saltando sobre las trincheras llenas de soldados, oyó unos gritos y vivas a lo largo de toda la línea del frente, y esto hizo decaer su ánimo, pues bien comprendió que había llegado demasiado tarde, porque su compañía ya había salido a combatir. A pesar de eso siguió corriendo violentamente; él los alcazaría, él moriría al lado de ellos.

Mientras tanto su compañía ya había entrado en la refriega, y con las demás compañías ya había tomado la primera y la segunda trincheras alemanas y estaba dirigiéndose a asaltar la tercera. La compañía "D" con su capitán a la cabeza, con el mismo que había mandado a Lloyd para ser juzgado en el Cuartel General de la División acusado de ser desertor, se había adelantado con valentía, hasta que se encontraban muy en frente del resto de las fuerzas que atacaban. Arrojando bombas de trinchera en trinchera, y llevando a

efecto cargas de bayoneta, llegaron a una trinchera alemana de comunicación que terminaba en un callejón sin salida, y entonces el capitán que seguía a la cabeza de sus soldados, comprendió que habían caído en una trampa. Ellos no se iban a retirar, porque la compañía "D" nunca se había retirado, y ellos eran parte de esa compañía "D." Enteramente en frente de ellos había centenares de alemanes que estaban listos para arrojarles bombas y cargar contra ellos a la bayoneta. Pudiera ser que lograran defenderse si les llegaran bombas y municiones de retaguardia, pues ya las que tenían se habían agotado, y los soldados comprendieron que sólo tenían la alternativa de vender caras sus vidas o huir vergozosamente. Pero la compañía "D" nunca había huido y no podía faltar a esa tradición, a ese valiente modo de proceder.

Los alemanes tendrían que avanzar cruzando un espacio abierto de trescientos á cuatrocientas yardas, antes de llegar al punto en que pudieran arrojar sus bombas ventajosamente, y al llegar allí ya su victoria estaba asegurada.

Volteándose hacia su compañía, el capitán les gritó:

"Compañeros, sólo nos queda la muerte como último recurso. Ya no nos quedan municiones ni bombas, y los boches ya casi nos tienen en su poder. Con sus bombas nos acabarán y no podremos defendernos a la bayoneta. Asi es que tenemos que atacarlos, y aunque hay treinta de ellos

contra cada uno de nosotros, debemos cumplir con nuestro deber, y morir con valor, como siempre lo han hecho los que pertenecen a la Compañía 'D.' Cuando dé la voz de mando, síganme y fuerte con ellos; al infierno con ellos. ¡Oh, si sólo tuvieramos un cañón de tiro rápido, muy distinto sería el cuento! Acabariamos con ellos. Hay vienen; a matarlos, compañeros."

Acababa de decir estas palabras, cuando se oyó el bienvenido "pup-pup-pup" de un cañón de tiro rápido procedente de retaguardia, y la línea más avanzada de los alemanes que atacaba, de repente quedó desecha. Parecía que retrocedían, pero nuevamente avanzaron, y nuevamente la segunda línea quedó disuelta, pues el cañón de tiro rápido, estaba acabando con casi todos ellos. Por tercera vez atacaron, y por tercera vez los cañonazos los dispersaron, matando infinidad de ellos. Tiraron sus rifles y bombas y se retiraron corriendo precipitadamente hacia su trinchera, oyendo los vivas de la compañía "D." Nuevamente reformaron sus filas para atacar por cuarta vez, cuando se oyeron estrepitosas exclamaciones de alegría a retaguardia de la compañía "D." Habían llegado las municiones, y con ellas un batallón escocés de refuerzo, salvándolos asi de una muerta segura. El artillero desconocido había cumplido con su deber en los momentos más críticos.

Con los refuerzos que habían llegado, ya era muy fácil tomar la tercera línea de los alemanes.

Después de que terminó el asalto, el capitán y

tres de sus subalternos se dirigieron hacia el lugar de donde el cañón de tiro rápido había desempeñado su mortífera labor. Deseaba demostrar su agradecimiento al artillero en nombre de la compañía "D" por sus hechos gloriosos. Llegaron al cañón y contemplaron un espectáculo terrible y conmovedor.

Lloyd había llegado a la trinchera del frente de la línea, después de que su compañía había salido de ella. Vió que una nueva compañía estaba subiendo las escaleras de las trincheras; eran los refuerzos que iban a ayudar a sus compañeros; eran escoceses que con sus trajes típicos de distintos colores y sus rodillas descubiertas ofrecían un esplendido aspecto guerrero.

Lloyd saltó a través de la trinchera y en seguida siguió por la Tierra Inhabitable o "que no es de nadie," sin hacer caso de la lluvia de balas, saltando sobre bultos obscuros tirados por tierra, algunos de los cuales permanecían inertes, mientras que otros lo llamaban al pasar cerca de ellos.

Llegó a la línea alemana del frente pero la encontró desierta, pues sólo vió montones de muertos y heridos, que demostraba lo que había hecho *su* compañía, su valiente compañía "D." Brincando trincheras y casi sin aliento, Lloyd podía ver un poco delante de él a *su* compañía que estaba metida en una trinchera de comunicación sin salida, y que tenía en frente de ella a un gran tropel de alemanes listos para atacarla. ¿Porqué la compañía "D" no les tiraba? ¿Porqué per-

manecían tan tranquilos? ¿Que es lo que esperaban? Entonces él comprendió—se habían agotado las municiones.

Mirando hacia la derecha ¿que es lo que contempló? Un cañón de tiro rápido. ¿Y porqué no tiraba ese cañón y los salvaba? El obligaría a los artilleros a que cumplieran con su deber. Se precipitó hacia el cañón, y entonces comprendió porqué no tiraba. Esparcidos cerca de él estaban seis bultos sin movimiento, eran los artilleros que habían tratado de hacer funcionar el cañón, pero que los alemanes con sus tiros certeros habían resuelto que ya no volvería a hacer fuego.

Lloyd se precipitó y corrió hacia el cañón, y agarrando los soportes transversales lo apuntó contra los alemanes. Hizo presión con el dedo pulgar, pero sólo se oía un sonido hueco, pues el cañón no estaba cargado. Entonces él comprendió cuan inútiles serían sus esfuerzos, pues no sabía como se cargaba un cañón. ¿Oh, porqué no había él aprendido el método de cargar cañones en Inglaterra? Le habían ofrecido enseñarle, pero avergozado ahora recordaba que había tenido miedo, y aun miedo del mero apodo de los artilleros, pues los llamaban miembros del "Club del Suicidio." Ahora a causa de ese miedo, su compañía quedaría destruida, tendrían que morir todos los compañeros de la Compañía "D," porque él, Albert Lloyd, se había amedrentado de un apodo. Avergonzado se puso a llorar. De todos modos él moriría con ellos. Al levantarse casi se

cayó sobre el cuerpo de uno de los artilleros que parecía estar quejándose. Esto le dió un rayo de esperanza, y pensó que este compañero le diría como pobria cargar el cañón. Agachándose movió suavemente el cuerpo y el soldado abrió los ojos. Al ver a Lloyd, los cerró nuevamente y con voz apagada dijo:

"Vete, mandria y cobarde, déjame sólo. No quiero que un cobarde esté a mi lado."

Al oir esas palabras parecía que herían a Lloyd con un cuchillo, pero de todos modos como estaba desesperado, sacó el revólver de la funda que tenía el moribundo al cinto, y poniéndole el cañón cerca de la cabeza del soldado, contestó:

"Si soy Lloyd, el cobarde de la compañía 'D,' pero con la ayuda de Dios si ahora no me dices como debo cargar ese cañón, te partiré el alma con esta bala."

De repente una sonrisa de satisfección se dibujó en la cara del moribundo, y murmuró en voz baja:

"Buen compañero, yo sabía que no avergonzarías a tu compañía——"

Lloyd le interrumpó. "Por Dios si quieres salvar esa compañía que tanto amas, dime como debo cargar este maldito cañón."

Como si estuviera recitando una clase en la escuela, el soldado replicó en voz débil y turbada: "Mete el extremo de la correa en esa cuña, y con la mano izquierda tira de la correa del frente hacia la izquierda. Da vuelta a la manigueta sobre el cilindro, suéltalo y repite ese movimiento. Ya

entonces el cañón está cargado. Para tirar levanta la llave autómatica de seguridad y oprime la pieza con el dedo pulgar, y entonces el cañón principiará a descargar. Si para de tirar, trata de ver como está la manigueta——"

Pero Lloyd no esperó oir más. Con el corazón lleno de júbilo, tomó una de las correas de la caja de municiones que estaba cerca del cañón, y cumplió con las instrucciones del moribundo. Entonces oprimió el gatillo con su dedo pulgar y como resultado se oyó el estrépito de la descarga, pues el cañón ya estaba funcionando.

Dirigiendo la puntería hacia los alemanes, lleno de júbilo gritó al ver que la fila de enfrente caía bajo las balas.

Cambiando de puntería, y siempre dirigiéndolo hacia los alemanes vió que se retiraban, corriendo para meterse en sus trincheras, dejando tirados en el campo sus muertos y heridos. Él había salvado a su compañía, él Lloyd, el cobarde, había cumplido con su deber. Soltando el gatillo con el dedo pulgar miró al reloj que llevaba en la muñeca. Todavía él estaba en vida, a pesar de que las manecillas marcaban las "3:38" que era la hora designada por el tribunal para su fusilamiento.

"Ping!"—se oyó el chiflido de una bala cruzando el aire y Lloyd cayó de cabeza sobre el cañón. Unas cuantas gotas de sangre se esparcían sobre sus mejillas y en la frente se veía un agujero negro.

Se había cumplido debidamente la sentencia del tribunal.

El capitán levantó lentamente el cadáver que estaba sobre el cañón, y al quitarle la sangre de su cara pálida, reconoció a Lloyd, al cobarde de la compañía "D." Reverentemente cubrió la cara con su pañuelo, y volteándose hacia sus subaternos con voz sumamente conmovida, les dijo:

"Compañeros éste es Lloyd el desertor. Se ha redimido; ha muerto como todo un héroe. Murió para que pudieran vivir sus compañeros."

Esa tarde hubo una procesión fúnebre que se dirigió hacia el cementerio y al frente iba una camilla llevada por dos sargentos, y sobre esa camilla estaba colocada la bandera nacional. Detrás de la camilla iban el capitán y cuarenta y tres soldados, todos los que quedaban de la compañía "D."

Llegados al cementerio, se pararon en frente de una fosa abierta. Por doquiera se veían cruces de madera, rotas y despedazadas sobre la tierra. Un antiguo y canoso sargento al notar esos destrozos, exclamó en voz baja: "¡Maldito sea el cobarde que destruyó esas cruces! si sólo yo pudiera con estas manos sujetarle por el pescuezo, su viaje al Occidente sería bien corto."

El cadáver tendido sobre la camilla parecía moverse, o puede bien haber sido que el viento agitaba los pliegues de la bandera nacional.

CAPÍTULO XXV

PREPARATIVOS PARA EL GRAN ASALTO

DESPUÉS de reunirme con Atwell en seguida del fusilamiento, bien difícil fué para mi guardarme el secreto. Creo que perdí cuando menos unas diez libras en mi ansiedad de hacer eso.

A las siete de la noche debía principiar nuestra tarea de vigilar todas las trincheras de comunicación y de la línea del frente, tomar nota de todo lo que ocurriera de extraordinario y arrestar a cualquiera que según nuestro parecer, estuviera obrando de manera sospechosa. Dormíamos durante el día.

Había gran actividad detrás de las líneas, y se estaban recibiendo grandes cantidades de municiones y víveres, y extensas columnas de tropas estaban pasando en distintas direcciones. Estabamos preparándonos para el gran movimiento de ataque, que debía ser el precursor de la batalla del Somme o sea del "Gran Asalto."

Grandioso era el espectáculo de la interminable corriente de soldados, víveres, municiones y cañones que llegaban a las líneas inglesas y en realidad difícil sería describirlo; sólo presencián-

dolo como yo lo presencié, podria uno apreciar su magnitud.

Interminable era la constante llegada de víveres y pertrechos en nuestra parte de la línea. Más bien parecía eso una enorme serpiente que iba aproximándose, sin que nunca hubiera una interrupción o dificultad, demostrando asi la eficacia y el buen sistema del "pequeño y mediocre ejército" de la Gran Bretaña de cinco millones de hombres.

Los inmensos cañones de a quince pulgadas iban avanzando poco a poco, tirados por poderosa maquinaria de vapor. En seguida se veía una larga fila de baterías de a cuatro y cinco, siendo llevado cada cañón por seis caballos, y después un par de morteros de nueve por dos que eran conducidos por inmensa maquinaria de lento movimiento.

Cuando una de estas máquinas inmensas pasaba a mi lado llevando el gigantesco monstruo mortifero, me llenaba de orgullo, y eso se notaba en mi cara, pues podía ver bien en la plancha del rótulo las palabras "Made in U. S. A." (Hecho en los Estados Unidos de América), y a veces pensaba que si yo tuviera que llevar un rótulo también debía de consistir en "Made in U. S. A." Después pensaba yo cuan limitada y exigua sería esa voluminosa corriente, si todos sus componentes hechos en los Estados Unidos fueren eliminados.

A continuación venían centenares de armones y carros "G. S." conducidos por mulas gordas y bien cuidadas, que llevaban en ancas hombres también fuertes y bien acondicionados, y siempre

sonrientes, a pesar del polvo y del sudor que les cubría las caras, y del polvo de esos caminos franceses tan bién construidos.

No hay duda que los vigías alemanes en sus aeroplanos deben haber llevado informes desconsoladores a los jefes de sus respectivas divisiones, pues contemplarían esa corriente que iba poco a poco pero aumentando diariamente y con un paso igual y bien mesurado. No iban más despacio ni más aprisa, pero siempre seguían avanzando, siempre avanzando.

Tres semanas antes del Gran Asalto del primero de Julio—pues así se ha designado a la batalla del Somme—se excavaron duplicados exactos de las trincheras alemanas, como a unos treinta kilómetros detrás de nuestras líneas. Los planos de las trincheras fueron dibujados de conformidad con las fotografías hechas desde unos aeroplanos y que había sometido el Cuerpo Real de Aeroplanos. Esas imitaciones de las trincheras eran enteramente exactas, y en ellas se veían las covachas, los fosos, los cercos de alambre y los puntos peligrosos.

A los batallones que debían formar la primera línea de ataque se les tuvo durante tres días estudiando estas trincheras, haciendo simulacros de asaltos y maniobras nocturnas. A cada hombre se le exigía que hiciera un mapa de las trincheras, y se familiarizara con los nombres y la localidad de los puntos que su batallón debía atacar.

En el ejército americano los oficiales subalternos

tienen que estudiar el dibujo de mapas y el delinamiento de caminos, y durante los seis años que presté mis servicios en la caballería de los Estados Unidos, tuve bastante experiencia en esta clase de tarea, y por lo tanto me fué bastante fácil hacer los mapas correspondientes de esas trincheras. Cada soldado tenía que presentar su mapa al jefe de la compañía para su aprobación, y yo tuve la buena suerte de que se escogiera el mío por ser suficientemente exacto para que sirviera al verificarse el asalto.

No se permite que se saquen de Francia ningunas fotografías ni mapas, pero en el caso actual me parecían ser recuerdos tan valiosos de la Gran Guerra, que pude escamotearlos. En la actualidad no son de importancia con respecto a las líneas inglesas, pues me es grato decir que esas ya se han adelantado más allá de ese punto. Por lo tanto puede hacerse su reproducción en este libro, sin quebrantar ningún reglamento ni prescripción del ejército británico.

El asalto o ataque fué ensayado y vuelto a ensayar a tal grado, que maldecíamos al individuo que había ideado tal plan.

Se designaron las trincheras según un sistema que facilitaba a Tommy el encontrar cualquier punto de las líneas alemanes, aunque fuera en la obscuridad.

Estas trincheras de imitación, o modelos de trincheras, estaban bien vigiladas para evitar que fueran descubiertas, por numerosos aeroplanos de

los Aliados que constantemente hacían círculos en el aire alrededor de ellas. No se permitía que ningún aeroplano alemán se aproximara a una distancia que facilitara sus observaciones. Se estableció una area vedada y no se permitia a ninguno del ramo civil que penetrara dentro de tres millas de ella, asi es que estabamos seguros de que le íbamos a causar una gran sorpresa a Fritz.

Cuando tomamos la línea del frente tuvimos una sorpresa desagradable. Los alemanes colocaron rótulos sobre el borde de sus trincheras en que estaban escritos los nombres que le habíamos dado a sus mismas trincheras. Los rótulos eran "Fair," "Fact," "Fate," y "Fancy" y así sucesivamente, según los nombres en clave de nuestro mapa. Y para mofarse más de nosotros subieron otros rótulos en que se leía: "¿ Cuando van a venir ustedes?" o "Vengan; estamos listos para recibir a ustedes, estúpidos ingleses."

Todavía es un misterio para mi saber como tuvieron el conocimiento de todo eso. No hubo ningunos ataques, no obtuvieron ningunos prisioneros, asi es que debe haber sido trabajo de algunos espías dentro de nuestras líneas.

Tres o cuatro días antes del Gran Asalto tratamos de poner un poco nervioso a Fritz, verificando asaltos simulados, y esto nos dió buenos resultados como lo demuestran los partes oficiales del primero de Julio.

Aunque estabamos constantemente bombardeando sus líneas día y noche, varias veces logramos

engañar a los alemanes. Esto lo conseguiamos haciendo un fuerte bombardeo contra sus líneas, y después de un fuego graneado muy constante, tapabamos puede decirse con humo blanco toda la Tierra Inhabitable, de modo que era imposible ver nuestras trincheras, y entonces arrojabamos nuestras descargas nutridas como si iba a verificarse un asalto verdadero. Nuestros soldados prorrumpían en gritos y vivas a lo largo de nuestras trincheras, y Fritz creyendo que lo íbamos a atacar, empezaba a descargar sus cañones de tiro rápido, rifles y morteros.

Después de tres o cuatro de estos ataques simulados, creo que su nerviosidad debe haber sido extrema.

Por la mañana del 24 de Junio de 1916 a eso de las nueve y cuarenta principió nuestro fuego de artillería, y entonces se desencadenó el infierno. El estruendo era terrible y sólo se oía un constante boom-boom-boom.

De noche el cielo se ponía enteramente rojizo. Nuestro bombardeo había durado unas dos horas, cuando Fritz principió a contestar. Aunque nosotros enviabamos diez bombas para cada una de ellos, nuestras pérdidas eran muy fuertes. Se veía una corriente continua de camillas que salían de las trincheras de comunicación y los entierros eran cosas muy frecuentes.

El estruendo de los cañones que se oía en las covachas era inaguantable. Tenía uno la misma sensación que tiene estando en el ferrocarril sub-

terráneo al penetrar por el tubo bajo del río yendo a Brooklyn—como una presión en los tambores de los oídos y como que tiembla constantemente la tierra por donde pasa uno.

Los caminos que estaban detras de las trincheras eran muy peligrosos, porque la metralla de los boches constantemente caía a su rededor. Tratabamos de eludir estos lugares peligrosos y cruzabamos por el campo abierto.

La destrucción que acaecía en las líneas alemanas era horrible y verdaderamente yo les tenía compasión, pues comprendía que la mortandad de ellos era verdaderamente terrible.

Con frecuencia oíamos desde nuestras trincheras de la línea del frente los chiflidos agudos procedentes de las trincheras alemanas. Estos chiflidos eran para llamar a los camilleros, y significaban que habían resultado muertos y heridos algunos alemanes que peleaban por su patria.

Fué bien difícil para Atwell y para mi llevar a efecto nuestra tarea de vigilar las distintas trincheras por las noches, pero después de un poco de tiempo nos acostumbramos a ese trabajo.

Mis antiguos compañeros, los de la compañía del cañón de tiro rápido, habían sido colocados en amplias covachas que estaban a unas cuatrocientas yardas detrás de nuestras trincheras de la línea del frente—pues estaban de reserva. Con frecuencia me quedaba en su covacha, y conversaba con mis antiguos compañeros, aunque tratabamos de estar alegres, debo decir como que presentiamos

algún desastre. Cada uno de los compañeros estaba pensando si después de que le hubieran dado la despedida de "Por arriba y con la mejor suerte" quedaría él vivo o permanecería tirado "En algún lugar de Francia." La sección no. 3 de la compañía del cañón de tiro rápido había establecido su cuartel en una casa medio arruinada, cuyas paredes estaban medio destrozadas por las balas y granadas. Los cocineros de la compañía alistaban la comida en este lugar. A la quinta noche del bombardeo, una bomba alemana de a ocho pulgadas pegó directamente en el cuartel y mató a diez soldados que estaban durmiendo en el sótano que se suponía estaba a prueba de bomba. Al día siguiente fueron enterrados y yo concurrí a sus funerales.

CAPÍTULO XXVI

HAY CALMA (?) EN EL FRENTE OCCIDENTAL

POR casualidad, estando en el Cuartel General de la Brigada oí una conversación entre nuestro G. O. C. (Jefe al mando de la fuerzas) y el jefe de la división. Por esta conversación supe que íbamos a bombadear las líneas alemanas durante ocho días, y que el primero de Julio el "Gran Asalto" principaría.

A los pocos días se expidieron las órdenes correspondientes, y todo el mundo tuvo conocimiento de lo que iba a suceder.

Durante la tarde del octavo día de nuestro *strafeing*, Atwell y yo estabamos sentados en la trinchera de la línea del frente fumando cigarros, y preparando nuestros informes sobre la inspección que habíamos hecho en las trincheras durante la noche anterior, que teníamos que presentar al día siguiente en el Cuartel General, cuando circuló una órden por toda la trinchera de que el Viejo Pimienta queria que veinte de nosotros nos presentaramos como voluntarios para formar un destacamento que verificara un asalto sobre una trinchera esa misma noche, y para coger a algunos

prisioneros alemanes con el objeto de que nos dieran informes. Inmediatamente dije que yo aceptaría tal comisión, y después de darle un apretón de manos a Atwell, me retiré a retaguardia para dar mi nombre al oficial que iba a estar al mando de los que verificarían el asalto.

Por mi mala fortuna, fuí aceptado.

A las nueve y cuarenta de esa noche nos presentamos en la covacha del Cuartel General de la Brigada para recibir instrucciones del Viejo Pimienta.

Después de llegar a esa covacha formamos un semicírculo a su alrededor, y él nos dirigió la palabra de la siguiente manera:

"Todo lo que quiero es que ustedes se dirijan esta noche hacia las líneas alemanas, les caigan de sorpresa, les quiten unos dos prisioneros y regresen inmediatamente. Nuestra artillería ha bombardeado esa sección de la línea durante dos días, y yo personalmente creo que esa parte de la trinchera alemana no tiene defensores, asi es que traten de conseguir unos dos prisioneros y regresen lo más pronto que les sea posible."

El sargento que estaba a mi derecha, en voz baja murmuró a mi oído:

"Dime, yank, como vamos a conseguir unos dos prisioneros si este viejo tonto cree 'personalmente que esa parte de la trinchera no tiene defensores'—ésto lo veo de color obscuro, ¿ no te parece compañerito? "

Sentí como si tuviera una depresión en el estó-

mago, y me parecía que mi sombrero de hojadelata pesaba como una tonelada y que además ya mi entusiasmo estaba decayendo por completo. El Viejo Pimienta debe haber comprendido que el sargento había dicho algo, porque se volteó en su dirección y con voz de trueno le preguntó:

"¿Que dijiste?"

El sargento aterrorizado y temblándole las rodillas, se cuadró muy tieso y contestó:

"Nada, señor."

Entonces el Viejo Pimienta dijo:

"Pues bién la próxima vez no lo digas en voz tan alta."

Continuó hablando el Viejo Pimienta:

"En esta sección de las trincheras alemanas hay dos o tres cañones de tiro rápido, a los que no ha podido pegar nuestra artillería durante los dos o tres últimos días. Estos cañones dominan el sector en donde dos de nuestras trincheras de comunicación se juntan con la línea del frente, y como la brigada va mañana por la mañana a hacer el asalto por arriba, quiero que me cojan prisioneros a dos o tres de los artilleros que manejan esos cañones, y por medio de ellos podré obtener informes importantes acerca del local exacto en que están los tales cañones, de modo que nuestra artillería podrá destruirlos antes que se verifique el asalto, asi se impedirá que perdamos mucha gente al hacer uso de esas trincheras de comunicación para que pasen por ellas los refuerzos que nos envian."

Estas son las instrucciones que nos dió:

"Quítense sus discos de identificación, quítense de los uniformes todos los números, galones, etc., dejen sus papeles con sus capitanes respectivos, porque yo no quiero que los boches sepan cuales son los regimientos que están combatiéndolos, pues esto les daría informes de importancia acerca del asalto que se verificará mañana, y por lo tanto no quiero que a ninguno de ustedes los pesquen en vida. Lo que deseo es conseguir dos prisioneros, y si los consigó tengo la manera segura de obligarles a darnos todos los informes necesarios con respecto a esos cañones. Pueden escoger dos clases de armas—pueden llevar sus 'persuadidores,' o sus cuchillos de defensa, y cada uno de ustedes llevará además cuatro bombas Mills, que sólo deberán emplear para el caso de una emergencia."

El "persuadidor" es el apodo que Tommy da a una varilla que llevan los tiradores de bombas. Tiene como dos piés de largo, es muy delgada por un extremo y muy gruesa por el otro; y este extremo grueso está lleno de clavos puntiagudos de acero, y por el centro de la varilla hay una barra de plomo de nueve pulgadas, para igualar su peso y poder balancearla. Luego que consigue uno un prisionero, todo lo que tiene uno que hacer es presentarle esa varilla, y pueden creerme que a pesar del patriotismo del prisionero por *Deutschland über Alles*, éste se desvanece y con aparente gusto obedece las órdenes del que lo ha

cogido prisionero. Pero caso de que el prisionero se insubordine y se niegue a seguir a uno, simplemente lo "persuade," quitándole primero su casco de hojadelata y después,—pues bién se comprende que el peso del plomo en el "persuadidor" queda plenamente demostrado, y Tommy tiene que buscar a otro prisionero.

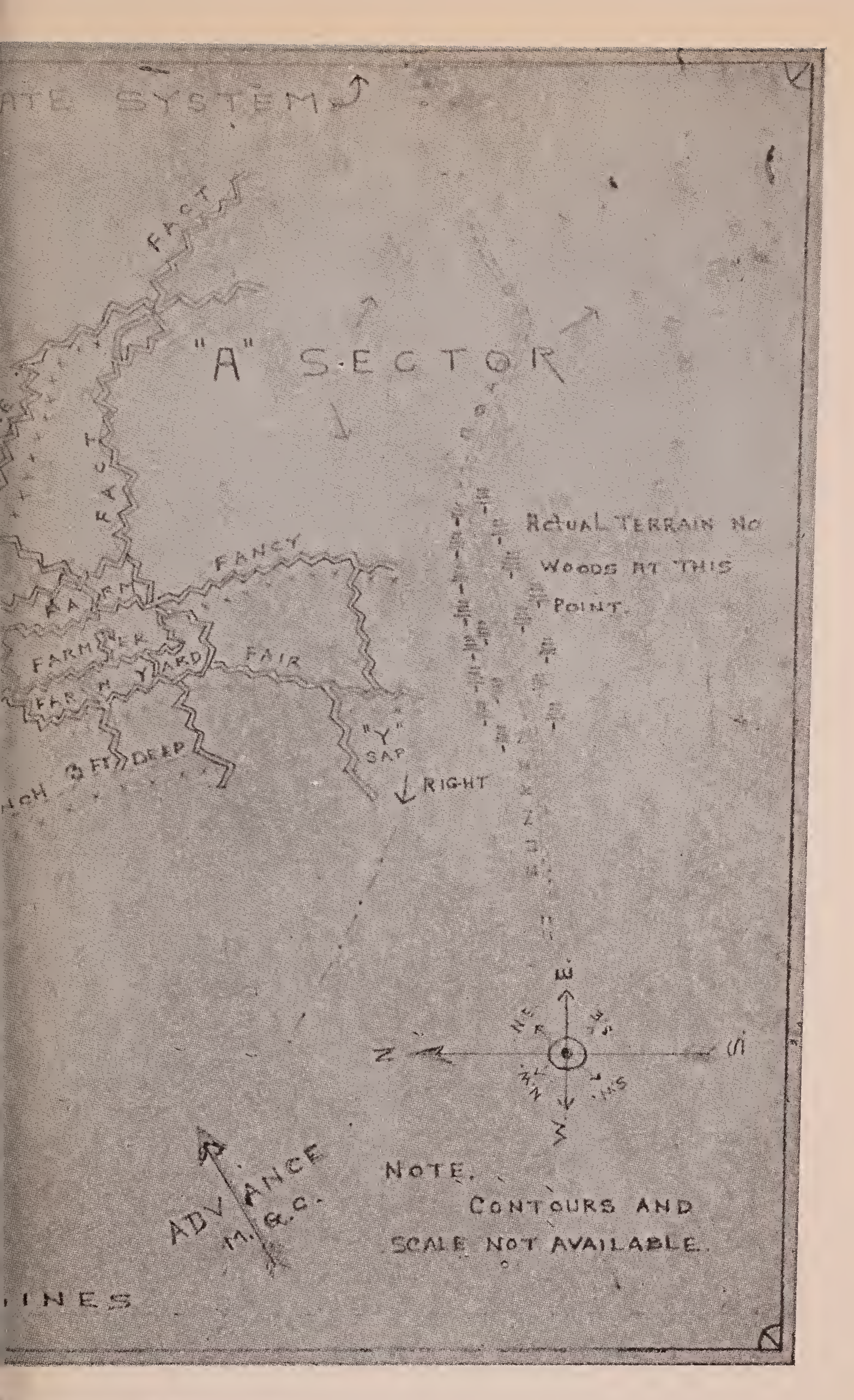
La navaja de puño es una especie de puñal, cuya hoja tiene como ocho pulgadas de largo, y su mango está protegido por una cubierta de acero. Esta cubierta está llena de picos de acero también. De noche en una trinchera, que tiene sólo tres o cuatro piés de ancho, se convierte en una arma muy manuable. Con sólo un golpe en la cara se le rompe la mandíbula a un individuo, y después usando la navaja uno puede acabar con él antes de que caiga redondo.

También llevamos unos "auxiliares," los que se pueden llamar "vente conmigo." Estos consisten en varios alambres con púas como de tres piés de largo que están atados por un extremo; en el otro llevan las púas cortadas y por lo tanto Tommy puede meter el puño en un lazo que se forma y de esa manera tener bien firme los alambres. Si el prisionero demuestra querer entrar en dibujos o discusiones, lo único que se tiene que hacer es sujetarle el cogote con el lazo grande y aunque Tommy desee regresar a su trinchera andando, trotando o a galope, Fritz estará de completo acuerdo en seguir a Tommy al mismo paso con la misma velocidad.

Nos mandaron tiznar las caras y las manos. Se hace eso por la siguiente razón: de noche los ingleses y alemanes emplean lo que llaman bombas de estrellas, o sea una especie de cohetes. Las tiran por medio de una gran pistola de veinte pulgadas de largo, que se coloca sobre el parapeto de sacos de arena de la trinchera y que se descarga en el aire. Estas bombas de estrellas llegan hasta la altura de unos sesenta piés y a una distancia de cincuenta a setenta y cinco yardas. Cuando caen sobre la tierra hacen explosión y arrojan una fuerte luz de calcio que ilumina todo el subsuelo en un círculo, cuyo radio es de unas diez a quince yardas. También tienen una bomba de estrellas con paracaidas, la cual al llegar a una elevación de unos sesenta piés hace explosión. Se desenvuelve en un paracaidas y va flotando muy despacio hasta la tierra e iluminando un gran círculo en la Tierra Inhabitable o sea "tierra que no es de nadie." El nombre oficial de la bomba de estrella es "Mucha luz." Se emplean las "muchas luces" para impedir que se verifiquen ataques de sorpresas contra las trincheras por las noches. Si una de esas bombas de estrellas cae en frente de uno, o entre uno y las líneas alemanas, está uno seguro de no ser descubierto, porque el enemigo no puede ver a causa de la brillante luz que surje, pero si cae detrás de uno y, como Tommy lo expresa "se mete uno en la zona de la bomba de estrellas," entonces la danza principia, y uno tiene que echarse a tierra sobre el estómago y permanecer



Mapa de las Trincheras Alen



Hebuterne, Francia, 1916.



inerme enteramente hasta que se acaba la luz que despide la bomba, y ésto se verifica en unos cuarenta ò setenta segundos. Si uno no tiene tiempo de echarse sobre la tierra debe permanecer enteramente quieto, en cualquier posición que esté cuando hizo explosión la luz; es muy prudente que ni respire uno, pues Fritz tiene ojo muy observador y lo descubre todo y en casi todos los casos, cuando una bomba de estrellas empieza a arder a retaguardia de Tommy, ya puede ajustar sus cuentas con el enemigo.

Se tizna uno las caras y manos para que la luz de las bombas de estrellas no se refleje en las caras blancas. Cuando se va al asalto de una trinchera es casi seguro que la cara de uno tiene que ponerse blanca o pálida. El que crea que esto no es cierto, debe hacer el ensayo una sola vez.

Hay otro motivo para que se tiznara uno la cara y las manos, y era que cuando se mete uno en una trinchera alemana de noche "cara blanca" queria decir alemanes, y "cara negra" queria decir ingleses. Suponiendo que al llegar a una trinchera transversal viera una cara blanca que se enfrentara con uno; entonces elevando una oración y deseándole a Fritz "la mejor suerte" desde luego debe uno presentarle su "persuadidor" o su navaja de puño.

Poco tiempo después llagamos a la trinchera de comunicación que se llama calle de Whiskey, que iba a la trinchera de fuego, en donde debíamos pasar por arriba y atacar por el frente.

A retaguardia de nosotros iban cuatro camilleros y un cabo del R. A. M. C. que llevaban un saco con medicinas, vendajes y cosas parecidas. Lo que servía como un triste recordatorio de que nuestra expedición no iba a ser exactamente una gira campestre. Por allá se cambia el, orden de las cosas. En tiempo de paz los médicos generalmente van primero, siguiéndolos los enterradores y después el agente de seguros, pero en nuestro caso, los enterradores iban en primer lugar, y a continuación los médicos, sin que estuvieran presentes los agentes de seguros.

El que estuvieran presentes los que pertenecen al R. A. M. C. no parecía causar molestia a los que iban a verificar el asalto, puesto que se oían con frecuencia observaciones jocosas, en voz baja, y a lo largo de la columna que estaba moviéndose, acerca de quien sería el que primeramente ocupara una de esas camillas. Estas observaciones casi siempre daban lugar a que se expresara el deseo de que si uno tuviera que ocupar una camilla, su herida fuera tal que lo obligara a irse a Blighty.

Indudablemente los camilleros estaban deseando de que cuando tuvieran que llevar a alguno a retaguardia, fuera uno pequeño y de poco peso. Puede ser que me miraban al hacer estos votos, porque me entró una sensación desagradable como si preveía lo que pudiera suceder. El caso es que sus votos se vieron cumplidos.

Al pasar por esta trinchera a cada sesenta yardas de distancia o cosa parecida pasabamos cerca de

un sentinela solitario, el cual en voz baja nos deseaba "la mejor suerte, compañeros." Le dabamos las gracias muy quedito, pero esa frase fatídica parecía ser de mal agüero.

Sin ningún incidente nuestra compañía de enmascarados llegó al Foso del Suicidio en la trinchera del frente de la línea.

Antes de esto una compañía de los Ingenieros Reales había cortado un callejón para que pasaramos por entre el cerco de alambre y llegaramos a la Tierra Inhabitable. Yendo paso a paso por este callejón, nuestro destacamento de veinte soldados nos formamos en una línea, estando separados uno de otro a una yarda de distancia. Habíamos arreglado una clave de señales por medio de toquidos para guiar nuestros movimientos en la Tierra Inhabitable, porque por distintas razones es algo peligroso el tener conversaciones animadas a unas cuantas yardas en frente de las líneas de Fritz. El oficial se había situado al extremo derecho de la línea, y yo estaba en el extremo izquierdo. Corrían dos golpes o toquidos dados de la derecha a lo largo de la línea, hasta que yo los distinguía y entonces enviaba uno sólo. El oficial al oir este golpe comprendía que la órden que él había dado había llegado a conocimiento de todos los que formaban la línea, y que todo el grupo ya estaba listo para obedecer la señal de los dos toquidos. Esos dos toquidos significaban que debíamos ir gateando muy despacio—y créanme que lo haciamos bien despacio—por unas

cinco yardas, y que entonces descansaríamos y esperaríamos nuevas instrucciones. El significado de tres toquidos, cuando se llegaba a un punto cercano de la trinchera alemana, era que se asaltara la trinchera, tratara uno de matar a cuantos pudiera, consiguiera unos dos prisioneros y regresara a nuestras líneas con la mayor velocidad que las piernas le permitieran. Cuatro toquidos significaba "Te he metido en un lugar de donde no me es posible sacarte, y por lo tanto puedes hacer lo que más te convenga."

Luego que a Tommy se le mete en un berenjenal en el Frente Occidental, como regla general se le dice que "puede hacer lo que más le convenga," lo que significa "sálvate si puedes." A Tommy mucho le agrada, "hacer lo que más le convenga," detrás de las líneas, pero no durante el asalto de una trinchera.

Las bombas de estrellas que procedían de las líneas alemanas, estaban cayendo en frente de nosotros, y por lo tanto no corríamos ningún peligro. Como veinte minutos después entramos en la zona de las bombas de estrellas. Una de ellas que venía de las líneas alemanas cayó a unas cinco yardas a mi derecha y detrás de mi; nos echamos por tierra y tratamos de evitar aun respirar hasta que se apagó. El humo que despedía iba corriendo por el suelo y llegó hasta la mitad de nuestra línea. Uno de nuestros compañeros estornudó, pues el humo le había entrado en la nariz. Nos quedamos muy quietos pegados a la

tierra, maldiciendo al infractor en voz muy baja, y esperando la descarga que generalmente viene en seguida de cualquier ruido que oyen los alemanes en la Tierra Inhabitable; pero nada sucedió. Oímos dos toquidos y nos adelantamos gateando muy despacio por una distancia de cinco yardas; pues sin duda el oficial estaba en la creencia de lo que había dicho el Viejo Pimienta: "Creo verdaderamente que esa parte de la trinchera está sin ser defendida." Obrando con sumo cuidado y quedándonos muy quietos cuando las bombas caían detrás de nosotros, llegamos al cerco de alambre de los alemanes sin ningún percance. Entonces principiamos a divertirnos. Yo abrigada algún temor de lo que pudiera ocurrir, porque es cosa muy difícil hacer un camino por entre el cerco de alambre cuando a unos treinta piés en frente está la línea de los boches escudriñando la Tierra Inhabitable con sus rifles listos sobre el parapeto, y tratando de ver y oir cualquier cosa que pase en esa misma Tierra Inhabitable; pues de noche Fritz nunca sabe cuando le pueda llegar alguna bomba con su número y nombre que le toque y que haya sido dirigida hacia su trinchera. El soldado que estaba a la derecha, uno que estaba en el centro y yo que estaba al extremo de la izquierda llevabamos cortadores de alambre. Están insulados por medio de goma, sin ser hecho ésto porque se crea que los alambres alemanes están cargados de electricidad, pero para impedir que esos cortadores peguen contra los postes del cerco

de alambre que son de hierro, y que por lo tanto pudieran hacer algún ruido, que sirviera de aviso a los vigilantes en la trinchera enemiga de que algún intruso se había presentado. No hay más que una manera de cortar un alambre con púas sin hacer ruido, y Tommy después de una experiencia que mucho le ha costado ya es perito en tal operación. Uno agarra el alambre como a dos pulgadas del poste con la mano derecha y corta entre el poste y la mano.

Si uno corta el alambre de manera inadecuada, se oye un sonido fuerte que durante la noche se asemeja al tañer de una cuerda de "banjo." Puede oirse ese ruido a distancia de unas cincuenta o setenta y cinco yardas, pero a Tommy le parece que ese ruido puede llegar hasta Berlín.

Ya habíamos cortado un callejón hasta la mitad de la distancia por entre el cerco, cuando hacia el centro de la línea, se oyó el ruido de un alambre que había sido mal cortado. Nos echamos al suelo, maldiciendo en voz baja, temblando como azogados, con las rodillas rasguñadas por los hilos de los alambres que se habían cortado y sus púas, esperando que nos marcaran el alto y en seguida la correspondiente descarga. Nada ocurrió. Yo me supongo que el soldado que cortó mal el alambre con púas era el mismo que había estornudado una hora antes; creo que los votos que hicimos por su porvenir no le trairán buena suerte durante todo el año.

Según yo opino el oficial al oir el ruido del alambre roto debió haber dado la señal de los

cuatro toquidos, que significaba "sálvese quien pueda y regresen a sus trincheras lo más pronto que les sea posible," pero nuevamente debe haber confiado en los que había dicho en la covacha el Viejo Pimienta: "Yo creo en realidad que esa parte de la trinchera alemana no está defendida." De todos modos nos descuidamos un poco, pero no tanto que cantaramos himnos patrióticos ni hicieramos ruidos innecesarios.

Durante los intervalos en que caían las bombas alemanas, seguiamos nosotros cortando los alambres del cerco, hasta que al fin terminamos nuestra tarea con respecto al alambrado alemán. Ya por entonces estabamos a unos diez piés de las trincheras alemanas. Si nos llegaran a descubrir, estariamos como ratones es un una ratonera, pues ya nuestra retirada estaba cortada, a menos que pudieramos regresar por el callejón que habíamos hecho en el cerco de alambres. Con el alma en un hilo esperamos la orden de los tres toquidos, para iniciar el asalto contra la trinchera alemana. Ya había corrido la orden de los tres toquidos como hasta la mitad de la línea, cuando de repente tiraron los alemanes de diez a veinte bombas de estrellas que cayeron a lo largo del cerco de alambre detrás de nosotros, y que convirtieron la obscuridad en luz brillante, apareciendo nuestras sombras destacadas en el resplandor que hacían los estallidos de esas bombas. Por medio de esa luz brillante pudimos contemplar el siguiente cuadro poco halagüeño.

A lo largo de la trinchera alemana, y a intervalos de a tres piés de distancia se había colocado un alto guardia prusiano apuntando con el rifle, y entonces comprendimos porque no nos habían marcado el alto cuando nuestro compañero estornudó y cortamos de manera inadecuada el cerco de alambre. Como a unos tres piés en frente de la trinchera ellos habían erigido un cerco de alambres de púas, y bien comprendían que las probabilidades que teníamos de salvarnos las vidas era como una en mil. No podíamos tomar la trinchera por asalto, debido a esta nueva línea de defensa. Repentinamente se oyó en frente de mi la voz de "alto," dada en inglés con suma claridad, y entonces aconteció una de las escenas más interesantes que he presenciado en el Frente Occidental.

Del medio de nuestra línea un Tommy contestó la voz de alto diciendo "Váyanse al infierno"; debe haber sido el soldado que estornudó o el que había cortado de mal manera el alambre con púas. Quería demostrar a Fritz que sabía morir como buen soldado. Entonces vino la descarga. Empezaron a tirar sus cañones de tiro rápido y varias bombas cayeron detrás de nosotros. El boche que estaba en frente de mi me estaba mirando fijamente y apuntándome. Puede ser que este maldito habria sido considerado bien parecido en otras circunstancias, pero cuando lo ví en frente de mi y apuntándome con su rifle, me pareció el demonio más horrible que me hubiera imaginado.

De repente noté una llamarada delante de mi,

oí el estallido de su rifle—y me pareció que me habían despedazado la cabeza. Una bala me había penetrado por el cachete izquierdo a una pulgada debajo del ojo y había desecho los huesos de la mejilla. Puse la mano sobre la cara y caí repentinamente revolcándome en el suelo y levantando los piés al aire. Creí que me estaba muriendo, pero debo decir, que mi vida pasada no se me presentó en esos momentos, ni la recordé como nos lo cuentan en las novelas.

Estaba corriéndome la sangre por todo el uniforme y sufría yo indeciblemente. Cuando recobré mis sentidos, pensé, "Amigo Empey, tu eres de Jersey City y debes de regresar a ese lugar lo más pronto que te sea posible."

Se seguía oyendo el estrépito de las balas por encima de nuestras cabezas. Gateando pude retirarme unos cuanto piés del cerco alemán de alambres, y muy agachado y sirviéndome del alambre como guía, fuí recorriendo la línea buscando el callejón que habíamos cortado en ese cerco. Antes de llegar a ese callejón topé con un bulto flexible, que parecía como si fuera un saco de avena colgado del alambre. Por medio de la luz mortigua que había, pude ver unas manos tiznadas y comprendí que era el cadáver de uno de mis compañeros. Con la mano toqué su cabeza y noté que se la había volado una bomba. Penetraron mis dedos en el agujero y al retirar la mano ví que estaba llena de sangre y sesos, y loco de espanto y terror corrí a lo largo del alambre hasta

que llegué a nuestro callejón. Ya había dado la vuelta por este callejón, cuando algo dentro de mi mismo parecía decirme: "Voltéate." Así lo hice, y una bala me hirió en el hombro izquierdo. No me dolió mucho la herida, pues sólo parecía como que alguien me hubiera dado un guantón en la espalda y que mi lado izquierdo hubiese quedado entumecido. Colgaba mi brazo al lado como si fuera un trapo, y caí redondo sentado en el suelo. Pero ya no me quedaba el menor miedo, sólo maldecía y quería vengarme de lo que me había sucedido en las trincheras alemanas. Con la mano derecha busqué en mi saco el paquete con las vendas para hacer mi primera curación. Al tentar mi saco toqué una de las bombas que yo llevaba; agarrándola con fuerza saqué con los dientes el espiguete y sin ver lo que hacía la tiré hacia la trinchera alemana. Sin duda alguna estaba yo medio loco, puesto que como estaba sólo a diez piés de la trinchera corría el riego de ser hecho pedazos. Era seguro que si la bomba no caía en la trinchera, haría explosión en el aire y yo habria quedado hecho añicos con mi propia bomba.

Al contemplar la llamarada que hizo, y diré que afortunadamente cayó en la trinchera alemana, noté que un "boche" alto levantaba las manos y se caía para atrás botando el rifle al aire; y otro cayó sobre los sacos de arena—en seguida sobrevino una obscuridad completa.

Comprendiendo que había obrado con suma

temeridad, nuevamente me puse a temblar. Me levanté lentamente, y después corrí con todas mis fuerzas por entre el alambrado, cayéndome sobre las púas y los alambres cortados, rompiendo mi uniforme y hiriéndome en los brazos y manos. Casi al llegar nuevamente a la Tierra Inhabitable, me pareció que la misma voz me volvió a decir "Voltéate." Así lo hice, cuando "pum" una nueva bala me hirió, esta vez en el hombro izquierdo como una media pulgada más abajo de la otra herida. Esto fué lo último que me sucedió, antes de quedarme enteramente desmayado.

Cuando desperté de mi letargo, estaba acurrucado en un agujero en la Tierra Inhabitable. Era agujero formado por la explosión de una bomba y de unos tres piés de profundidad, así es que quedaba la cabeza a unas pocas pulgadas debajo del nivel del suelo. Nunca he comprendido como pude llegar a este agujero. Seguían las balas y granadas alemanas cruzando en todas direcciones por la Tierra Inhabitable y caían en la orilla del agujero en que me encontraba, esparciendo arena sobre todo mi cuerpo. Por las alturas notaba la explosión de las granadas, y oía caer sus fragmentos sobre la tierra. Nuevamente me desmayé y cuando volví a mis sentidos, no se oía ningún ruido y reinaba la más profunda obscuridad en la Tierra Inhabitable. Estaba lleno de sangre y parte del cachete herido estaba colgando sobre mi boca, y la sangre que caía casi me ahogaba. Trataba de soplar y por medio de esos soplidos

hacer que subiera esa parte del cachete, pero no lo podía mover. Entonces con una mano busqué mi saco de medicinas y traté de vendarme la cara, para impedir que saliera más la sangre. Tenia un grandísimo temor de desangrarme y empezaba a sentirme sumamente débil. Cualquiera que me hubiera visto tratando de vendarme con una mano, se hubiese reido de mis inútiles esfuerzos. Terribles eran los dolores que tenía en el hombro herido y ya empezaba a sentir nausea en el estómago. Dejé de tratar de vendar la heridia y por tercera vez me desmayé.

Cuando recobré la razón, parecía que se había desencadenado un infierno. Se oía un terrible bombardeo, yo desde luego comprendí que estaba en un lugar sumamente peligroso. Entonces de repente cesó nuestro cañoneo, Ese silencio oprimia mi corazón, pero no duró mucho tiempo, porque Fritz renovó su bombardeo y sus descargas de rifle y de cañones de tiro rápido. Entonces oí los vivas de mis compañeros a lo largo de toda la línea y saltando por arriba de la trinchera cargaron sobre el enemigo. La primera "ola" se componía de "Jocks" (escoceses). Magnífico era su aspecto con sus trajes típicos flotando en el aire, con las rodillas desnudas y sus brillantes bayonetas. Al pasar esa primera ola cerca del agujero en que yo estaba, uno de esos "Jocks" que era casi un gigante de unos seis piés y dos pulgadas de alto saltó sobre mi. Quedaron a mi derecha e izquierda varios de esos soldados heridos o muertos

en la tierra. De repente vino el segundo asalto, también hecho por los "Jocks." Un joven escocés al llegar cerca de mi agujero saltó al aire y tiró el rifle que llevaba en las manos y cayó a unos seis piés en frente de mi metiendo la bayoneta en la tierra y quedando la culata como si estuviera vibrando, lo que me causó suma impresión.

Todavía me parece ver vibrar la culata de ese rifle. El escocés había dado una vuelta completa en el aire, cayó después en la tierra donde dió también dos vueltas, y cada vez trataba de agarrarse de la tierra y al fin permaneció quieto casi sentado a unos cuatro piés de donde yo estaba. Lo llamé y le pregunté: "¿Que estás mal herido, 'Jock?'" Pero no contestó. Había muerto. Luego percibí una mancha roja que estaba sobre su saco encima del corazón. La sangre corría por sus rodillas desnudas, presentando un aspecto horrible. Llevaba al lado derecho una botella de agua. Estaba loco por beber un poco de agua y traté de tomarla, pero me fué enteramente imposible arrimarme a él aunque estaba sólo a cuatro piés de distancia. Nuevamente me desmayé, y cuando desperté estaba ya en el hospital provisional de nuestras avanzadas. Le pregunté al médico si habíamos tomado la trinchera. "Tomamos la trinchera y también el bosque que está atrás," él contestó. "Y todos ustedes se condujeron con mucha valentía; pero amiguito eso fué hace unas treinta y seis horas. Usted permaneció en aquel agujero de la Tierra Inhabitable durante

un día y medio. Ni comprendo como quedó usted vivo." También me dijo que de los veinte que iban conmigo en el asalto diez y siete habían muerto. El oficial murió de sus heridas al regresar gateando a nuestra trinchera y yo fuí gravemente herido, pero un compañero regresó sin un rasguño y también sin traer prisioneros. Indudablemente este compañerito era el que había estornudado y el que cortó mal el alambre.

En la comunicación oficial referente a nuestro asalto de la trinchera, éste se describía de la siguiente manera:

"Hay calma en el Frente Occidental, excepto en la vecindad del bosque Gommecourt, en que un destacamento de nuestros soldados asaltó y penetró en las líneas alemanas."

Innecesario es decir que no pudimos usar nuestros "persuadidores" ni los cuchillos consabidos, porque no pudimos regresar trayendo prisioneros, y hasta que yo pase a mejor vida he de recordar las palabras del Viejo Pimienta: "Yo creo realmente que esa parte de la trinchera alemana no está defendida," cuando oiga yo a algún individuo asegurar algo sumamente inverosimil.

CAPÍTULO XXVII

BLIGHTY

EN el hospital provisional en que se hizo mi primer curación me inocularon con el suero para impedir que me viniera el tétano, y después me enviaron en una ambulancia al hospital provisional que había a retaguardia. Para llegar a ese hospital teníamos que pasar a lo largo de un camino de cinco millas de extensión. Este camino recibía las descargas de bombas, que de cuando en cuando iluminaban el cielo y causaban grandísimo estruendo, a tal grado que hasta el camino parecía estar temblando. No haciamos caso de eso, e indudablemente algunos de nosotros hubiéramos estado satisfechos si una bomba hubiera puesto punto final a sus sufrimientos. En realidad a mi no me importaba lo que podía suceder; lo único que sé es que era un continuo jaleo de golpes, ruidos, explosiones y trepidaciones.

Varias veces el conductor se volteaba y nos decía: "Tengan valor compañeros, pronto llegaremos." Esos conductores de ambulancia eran muy buenos compañeros y ya muchos de ellos han pasado a mejor vida.

Poco a poco nos retiramos de la zona de fuego y llegamos en frente de una inmensa covacha. Los camilleros me bajaron por varios escalones y me colocaron sobre una mesa blanca en un cuarto muy bien alumbrado.

Un sargento del Cuerpo Médico del Ejército Real me quitó las vendas y cortó el saco. Entonces el médico, con sus mangas arremangadas, tomó todo a su cargo. Me giñó el ojo y yo le giñé el mio, y entonces me dijo: "¿ Como te sientes, un poco maltrecho? "

Contesté: "Me siento bien, pero daría una libra esterlina por un vaso de cerveza." Le dijo algo en voz baja al sargento, quien salió del cuarto, y creánmelo pero muy pronto regresó con un vaso de cerveza. Apenas podía abrir la boca como la cuarta parte de una pulgada, y sin embargo me bebí todo gota por gota. Eso hizo que me imaginara que estaba en Blighty, lo que es lo mismo para un Tommy que estar en el cielo.

El médico le dijo algo a un ordenanza, y la única palabra que pude oir era "cloroformo", y después me colocaron algún aparato sobre la nariz y la boca y a poco fuí trasportado al país de los sueños.

Cuando abrí los ojos estaba yo recostado en una camilla en un edificio bajo de madera. Por todas partes yo veía hileras de Tommies en camillas, algunos sin conocimiento y otros con cigarros en las bocas.

Casi todo conversaban sobre Blighty; casi

todos tenían una sonrisa en los labios, excepto aquellos cuyos labios maltrechos no les permitían sonreirse. En lugar de sonreirme, giñaba yo el ojo derecho, pues el otro estaba vendado.

Entraban y salían camilleros que sacaban a los Tommies, y por fuera se oía el ruido de los automoviles que estaban esperando.

Me metieron en un Ford con tres otros compañeros y emprendimos un viaje de unas diez y ocho millas. El que esté herido debe evitar ir en un Ford; debe insistir en ir andando, pues es mucho mejor.

Yo estaba colocado en una camilla en el fondo de la ambulancia, y el compañero que estaba a mi derecha estaba herido horriblemente.

Encima de mi había un soldado de los Rifleros Reales de Irlanda y en frente de él estaba un escocés.

Habíamos viajado unas tres millas, cuando oí el estertor de la muerte en la garganta del compañero que estaba en frente. Ya había pasado a mejor vida. Yo creo que en esos momentos envidiaba su suerte.

El soldado de los Rifleros Reales de Irlanda tenía el pié izquierdo magullado horriblemente, y con el movimiento de la ambulancia sobre el camino pedrogoso, las vendas que sujetaban el pié se aflogaron, y éste empezó a chorrear sangre. La sangre corría por el lado de la camilla y empezó a gotear. Yo estaba recostado sobre la espalda y en un estado tan débil que no me podia mover.

asi es que principió a gotear esa sangre cayendo sobre mi ojo derecho que no estaba vendado. Cerré el ojo y pronto ya no podía abrir el párpado, pues la sangre se había cuajado y lo había cerrado como si estuviera pegado con goma.

Conducía la ambulancia una muchacha inglesa con uniforme de khaki, y a su lado iba sentado un cabo del R. A. M. C. Estaban conversando mucho sobre Blighty, y eso me puso sumamente nervioso. A poco el irlandés que estaba en la camilla encima de la mia, notó que la venda que le ataba el pié se había aflojado, y esto debe haberle dolido mucho, pues empezó a gritar en voz alta:

"Si no paran este condenado carretón funerario y me arreglan esta maldita venda en el pié, me voy a bajar e iré caminando."

La muchacha que estaba sentada en el pescante se volteó y con voz bondadosa preguntó: "¿Dígame amigo, que está usted muy mal herido?"

El irlandés al oir esta pregunta se indignó en alto grado, y gritó: "¿Con qué quiere saber si estoy mal herido? Bonita pregunta; no si yo no estoy herido, si soló me pegó un canario con su pata."

Inmediatamente la ambulancia paró, y el cabo fué y arregló la venda y también me lavó el ojo derecho. Yo estaba tan débil que ni tuve fuerzas para darle las gracias, pero lo que hizo fué un gran consuelo para mi. Después debo haber quedado sin conocimiento, porque cuando desperté la

ambulancia estaba parada y estaban sacando mi camilla.

Era de noche, y por doquier se veían las luces de distintas linternas y varios camilleros que corrían en diferentes direcciones. Después me llevaron a un tren-hospital.

El interior de este tren me pareció casi como si fuera el cielo, pues estaba enteramente de blanco y allí vimos a nuestras primereas enfermeras de la Cruz Roja. Nosotros creíamos que eran ángeles, y en realidad lo son.

Los catres tenían colchones blandos y sábanas blancas y limpias.

Estaba sentada junto a mi una enfermera de la Cruz Roja, que permaneció a mi lado durante todo el viaje que duró unas tres horas. Me tenía la mano entre la suya, y creí que yo le había causado una impresión agradable, asi es que traté de contarle como había sido herido, pero ella poniendo el dedo a los labios me dijo: "Si ya lo sé, pero usted no debe hablar por ahora, trate de dormir, pues eso le hará provecho y es lo que ha ordenado el médico." Después supe que lo que ella estaba haciendo era tomándome el pulso a intervalos cortos, pues estaba yo muy débil debido a la pérdida de sangre y todos creían que yo me iba a morir, pero no me morí.

Del tren fuímos conducidos en ambulancias por un corto trayecto hasta el buque hospital *Panamá*. Este era otro palacio con más ángeles. No recuerdo nada de lo que aconteció al cruzar el Canal.

Cuando abrí los ojos me llevaban en una camilla por entre hileras de gente algunas de las cuales vitoreaban, otras tremolaban banderas y otras lloraban. Las banderas eran inglesas; yo estaba en Southampton. Blighty al fin. Mi camilla estaba llena de flores, cigarros y chocolates. Las lágrimas me empezaron a correr por la mejilla y brotaban de mi buen ojo. ¡Decir que estaba yo llorando como un chiquillo! ¡Quién lo hubiera creido!

Después fuímos en otro tren-hospital, haciendo un viaje de cinco horas hasta Paignton; en seguida otro viaje en ambulancia y al fin fuí llevado al salon Munsey del Hospital de Guerra de las Mujeres Americanas, y me colocaron en una verdadera cama. Esta cama era demasiado buena para mi, me puso tan nervioso que me quedé sin sentido.

Cuando desperté estaba una bonita enfermera de la Cruz Roja agachada sobre mi lavándome la frente con agua fría. Cuando salió de la sala, el ordenanza colocó un biombo alrededor de mi cama y me dió un baño que bien necesitaba y pajamas limpias. Entonces quitaron el biombo y me dieron un plato de sopa hirviendo, que me pareció magnífica.

Antes de acabar la sopa, regresó la enfermera y me preguntó mi nombre y número, asentó estos datos en un librito y me preguntó: "¿De donde viene usted?" Y yo le contesté: "De la gran cuidad que está detrás de la Estatua de la Libertad," y al oir eso se puso a dar brincos, palmoteó

y llamando a las otras tres enfermeras que estaban en la sala, les dijo:

"Vengan aquí compañeras—al fin tenemos aquí a un verdadero yankee muy vivo." Todas se acercaron y me empezaron a hacer muchas preguntas hasta la llegada del médico. Cuando supo que yo era americano, casi me estrujó la mano al darme un apretón amistoso. Todos eran americanos y se mostraban muy alegres de verme.

El médico cuidadosamente me quitó las vendas, y después de examinar las heridas, me dijo que tendrían que llevarme inmediatamente a la sala de operaciones. Esto para mi era lo mismo que la carabina de Ambrosio.

Pocos minutos después, cuatro ordenanzas, que me parecían como enterradores vestidos de blanco, trajeron una camilla cerca de mi cama, me colocaron en ella y me llevaron a través de un patio hasta el salón de operaciones, o "cinematógrafo," como lo llama Tommy. Yo no recuerdo como me dieron el anastético.

Cuando recobré los sentidos, estaba nuevamente en cama en la sala Munsey. Una de las enfermeras había colocado sobre la cabecera de la cama una gran bandera americana, y me había puesto en la mano una chica, todo lo cual me llenó de contento, pues así volví a ver la bandera de las "barras y estrellas."

En aquel momento yo estaba pensando cuando llegaría la época en que los compañeros en las trincheras verían el emblema de "la tierra del

hombre libre y el hogar de los valientes," junto a ellos y combatiendo a su lado en esta gran guerra de la civilización.

Mis heridas me causaban agudos dolores, y a veces de noche soñaba que miles de formas vestidas de khaki pasaban cerca de mi cama, y cada una de ellas se agachaba y murmuraba cerca de mis oídos: "La mejor suerte, compañero."

Eso me hacía sudar abundantemente, despertaba gritando y la enfermera que estaba de guardia en la noche se aproximaba a la cama y me tomaba la mano. Después de eso se volvió una costumbre en mi el despertar con frecuencia, hasta que trasladaron esa enfermera a otra sala.

Después de unas tres semanas, debido al gran cuidado y atenciones que recibí, pude sentarme y empezar a mirar a mi alrededor. Nuestra sala comprendía unos setenta y cinco enfermos, el noventa por ciento de los cuales tenían que sufrir operaciones de cirujía. A la cabecera de cada cama había un diagrama de temperatura y una nota con el diagnosis del caso. Sobre esta lista se veían las letras "G. S. W." o "S. W.," lo primero significaba herida de fusil y lo segundo herida de bomba. Predominaban las "S. W.," sobre todo entre los soldados de la Artillería Real de Campamento y de los Ingenieros Reales.

Estaban representados como cuarenta distintos regimientos, y surgían muchas discusiones sobre el valor y pericia de cada regimiento. Notable era la rivalidad que existía entre ellos. Empezaba a

discutir un "Jock" con un irlandés, y entonces algún súbdito británico con acento típico inglés se metía en la discusión, abogando en pro de un regimiento de Londres. A poco uno de Gales y otro de un regimiento de Yorkshire y puede ser que un canadense, también tomaban parte en la conversación y entonces la discusión se ponía sumamente animada y vehemente. Los enfermos que estaban en sus camas principiaban a disgustarse, y a gritar que arreglaran sus disputas fuera de la sala y entonces prorrumpían todos en gritos, hasta que la matrona entraba y con sólo un movimiento de su mano derrotaba a esos valientes guerreros, y de repente el silencio volvía a imperar.

El miércoles y el domingo de cada semana eran los días en que se recibían visitas, y los enfermos las esperaban con ansiedad, porque muchas veces recibían paquetes con frutas, dulces o cigarros. Cuando un enfermo tenía a uno que lo visitaba con frecuencia, generalmente guardaba un buen repuesto de tales regalos. Casi todos demostraban alguna envidia con respecto a esas visitas, y cuando ellas salían se suscitaban acaloradas discusiones. Cuando un enfermo es llevado a una casa de convalecientes, como regla general, suplica a sus visitas de costumbre que vean al compañero de la cama siguiente.

Muchos de los que los visitan llevan álbums de autógrafos, y molestan mucho a Tommy pidiéndole que escriba en ellos informes sobre sus heridas.

Varios Tommies tratan de evitar esta tarea molesta, diciéndole al visitante que no pueden escribir, pero con esto no se vence la insistencia del dueño del álbum, porque él o ella, generalmente ella, ofrece escribirle lo que desea, y Tommy se ve obligado a decir lo que hubiere pasado.

Las preguntas que los visitantes hacen a Tommy podrían formar una colección de chistes adecuados a los militares.

Una señora ya de edad, con mirada bondadosa, se acercó a la cama de uno y con voz cariñosa le dijo: "Pobre muchacho, con qué te hirieron esos terribles alemanes. Por supuesto debes tener muy fuertes dolores. ¿Con que fué una bala que te hirió? Pues bien dime, lo que quisiera saber es: ¿qué duele más al entrar que al salir?"

Generalmente Tommy contesta que no formó su opinión sobre eso, cuando recibió el balazo.

Una señorita bien parecida y joven acercándose a mi cama, me preguntó: "¿Que es lo que le hiró en la cara?"

Cortesmente, pero algo cansado le contesté: "Una bala de rifle."

Con mucho desdén se fué a la siguiente cama, pero antes exclamó: "Oh, con qué sólo fué una bala, yo creí que hubiera sido una bomba." Lo que no comprendo es porqué queria hacer la distinción entre la herida de una bala y la de una bomba. Para mí no había gran diferencia.

El Hospital de Guerra de las Mujeres Americanas era un verdadero cielo para los heridos. Se

les permitian todos los previlegios imaginables, con tal de que concordaran con los reglamentos y la disciplina militar. Lo único que si era muy difícil, era conseguir pases para los enfermos, pues parecía casi necesario una ley del Parlamento para conseguirlos. Tommy ponía en juego muchas tretas para poder salir del hospital, pero el jefe que era un antiguo oficial de la guerra boera las comprendía todas, y era indispensable fraguar una nueva para conseguir que firmara el documento deseado.

Luego que obscurecía, había muchos enfermos que trepaban la pared y se iban a hacer lo que les conviniera, a pesar de los muchos rótulos que podían ver en que se leía "No es lugar para los enfermos." Como regla general las enfermeras hacían como que estaban con otras ocupaciones cuando se verificaban algunos de estos viajes nocturnos. Espero que este informe no les causará ninguna molestia, pero no puedo impedir el realizar el deseo de que sepa el jefe que alguna que otra vez le ganamos la delantera.

Una tarde recibí una carta, por medios ocultos, de una visita del sexo feminino, en que me invitaba a concurir a una reunión que se iba a verificar en su casa esa misma noche. Le contesté que podía esperarme, que me reuniria con ella en un lugar del camino muy conocido de todos los enfermos, y de algunos que los visitaban como "del otro lado de la pared." Le dije que estaria allí a las siete y media en punto.

A eso de las siete y cuarto saqué mi sobretodo y gorro muy sigilosamente fuera del edificio, y lo escondí en unos arbustos. Le dije a la enfermera que ira íntima amiga mia, que iba a dar una vuelta por el jardín. Me giñó el ojo y comprendí que por ese lado yo no tenía anda que temer.

Después de salir del edificio, me metí por entre los arbustos y me acerqué a la pared. Estaba tan obscuro como boca de lobo y al acercarme a un arbusto, repentinamente dí un paso en el aire y caí a una gran distancia en el suelo, dándome un fuerte golpe y viendo estrellas. Cuando me pude levantar, me estaba doliendo mucho el hombro herido y me encontraba recargado contra una pared circular de ladrillos, muy húmeda por cierto, y a alguna distancia de la cual se podía oir el goteo del agua. En la obscuridad me había caído en un antiguo pozo. ¿ Pero porqué no estaba mojado? Según lo que era natural debí haberme ahogado. Puede ser que eso me sucedió y que no lo comprendí bien. Poco a poco principiaron a desaparecer mis dolores, y entonces noté que estaba yo tirado en un borde del pozo un poco abajo de su apertura y que con el menor movimiento yo me hubiera caído al fondo.

Encendí un fósforo y por su luz mortecina noté que estaba metido en un agujero circular de unos doce piés de fondo casi todo lleno de agua. Las gotas que caían provenían de una tubería que estaba a mi derecha.

A causa del hombro herido no me era posible

subirme por la tubería; y no podía pedir auxilio, porque el que viniera a socorrerme tendría que preguntarme como había sucedido el accidente, y por supuesto que eso daría por resultado que el jefe tuviera que castigarme. Asi es que lo único que tuve que hacer fué esperar, deseando que alguno de los que habían salido a divertirse regresaran y yo les pudiera dar la señal acostumbrada de "siss-s-s-s," que lo haría venir a auxiliarme.

Yo oía el reloj de la población dar cada media hora, y a cada campanazo yo profería en una maldición contra el individuo que había hecho ese pozo infernal.

Pasadas dos horas, oí a dos personas que estaban hablando en voz baja, reconocí al cabo Cook, que era uno de los más veteranos paseadores de noche. Oyó mi "siss-s-s-s," y se acercó a la orilla del agujero. Le expliqué lo que me había sucedido y después de dirigirme algunas observaciones algo impertinentes, que por entonces no causaron mi resentimiento, me ayudó a salir del atolladero.

Al llegar a la sala nos quitamos los zapatos y entramos sigilosamente. Estaba sentado en la cama a obscuras, y principiaba a desvestirme, cuando el compañero que estaba cerca de mi, Phillips se llamaba, me dijo en voz baja: "Ten cuidado yank, aquí viene la matrona."

Inmediatamente me cubrí con la sobrecama y pretendí estar dormido. La matrona se quedó hablando unos instantes con la enfermera nocturna y caí dormido.

Cuando desperté a la mañana siguiente la enfermera de noche que era una americana, estaba inclinada hacia mi y por lo pronto contemplé una cosa muy desagradable. El cobertor de la cama y las sábanas estaban llenas de lodo y cieno verdoso. Era muy bondadosa, y luego se apuró y me trajo ropa y sábanas limpias, de modo que nadie pudo descubrir lo ocurrido, pero por su cuenta ella me dió un buen regaño, aunque no informó de ninguna manera sobre lo que había sucedido. Uno de los canadenses que estaba en esa sala la llamaba "la buena y bondadosa compañerita."

Al día siguiente tuve que explicar con grandísima dificultad a la amiga que me visitaba, porqué no la había encontrado en el lugar y a la hora convenidos.

Y durante una semana, cada vez que pasaba por donde estaba cierto enfermo, él exclamaba: "El gozo se fué al pozo, yank; no es verdad, al mero pozo."

El cirujano de nuestra sala era americano y se había educado en la Universidad de Harvard; se llamaba Frost y tenía el apodo de "Jack Frost." Todos lo queriamos mucho, y si un Tommy tenía que ser operado, no le importaba nada si Jack Frost era él que debía manejar la cuchilla; le tenían suma confianza y lo querían como si fuera un verdadero compañero y amigo.

Un sábado por la mañana el jefe y algunos de los altos funcionarios estaban visitando nuestra sala, cuando uno de los enfermos que había sido herido en la cabeza por un fragmento de granada,

Dear Mother *Date* July 1917.

I am in the British Ambulance Train in England on my way to Hospital at Paignton Devon

I have returned *sick / wounded* left shoulder, left face (machine gun)

I will let you know my address when I reach Hospital. I hope you are all well. I am doing well

Yours loving Son

No. 5203 *Rank* Pt *Name* Gray

1/ London *Regt.*

Tarjeta que Emplean las Enfermeras de la Cruz Roja para Notificar a las Familias de los Heridos



cayó al suelo en convulsiones. Luego lo curaron y entonces buscaron a un ordenanza para que llevara al enfermo a su cama, que estaba al otro extremo de la sala. No se podía encontrar al ordenanza en ninguna parte—en eso se parecía a nuestra policía que nunca se encuentra cuando uno la necesita, No sabían qué hacer para colocar a Palmer en su cama. El Dr. Frost se puso bastante nervioso, cuando de repente con un "maldito sea" en voz baja y otros adjetivos algo fuertes, se agachó y levantó al enfermo como si fuera un niño, y cuidado que no era una pluma, y con su peso atravesó la sala, lo puso en la cama y lo desvistió. Todos los enfermos demostraron de palabra como alababan su modo de proceder. El Dr. Frost se puso muy colorado, y luego que acabó de desvestir a Palmer se fué precipitadamente de la sala.

Ya casi se había curado la herida que tenía yo en la cara, pero era horrible mi aspecto, pues el cachete izquierdo estaba todo estrujado, el ojo virado y la boca tenia una dirección de norte a noroeste. Muy acongojado me sentía y ya me parecía que por el resto de la vida nadie querria estar a mi lado o acercarseme, a causa de mi horrible herida.

El Dr. Frost arregló que yo fuera al hospital militar de Cambridge en Aldershot, para ver si por medio de una operación especial se conseguia que mi cicatriz mejorara de aspecto.

Llegué al hospital y allí tuve una sorpresa desa-

gradable, pues los alimentos que daban eran malos y la disciplina sumamente estricta. No se le permitia a ningún enfermo que se sentara en la cama, y no podía fumar más que en ciertas horas dadas. El médico especialista simplemente me vió la cara y la herida y no hizo más. Pedí que se me permitiera regresar a Paignton, y ofrecí pagar el costo de mi viaje de regreso. Se aceptó mi ofrecimiento, y después de una ausencia de dos semanas ingresé nuevamente en la sala Munsey, muy decaido en esperanzas.

Al día siguiente de mi regreso, el Dr. Frost se acercó a mi cama y me dijo: "Pues bien Empey si quieres que yo haga el experimento veré como arreglo esa cicatriz; lo haré pero tu correrás un grave peligro."

A eso le contesté: "Pues doctor, Steve Brodie arriesgó su vida, él era de Nueva York y yo soy del mismo lugar."

A los dos días después, los que yo llamo enterradores me llevaron a la sala de operaciones o de "cinematógrafo," pues asi la llamamos porque allí se ven caras tan chistosas bajo la influencia del éter, y se llevó a efecto la operación. Tuvo un magnífico resultado y fué un truinfo del arte cirúrgico. De aquí en adelante ese médico siempre merecerá mi eterno agradecimiento.

Con frecuencia algún pobre soldado ha sido llevado a la sala en estado moribundo, debido a la pérdida de sangre y agotamiento que le ha ocasionado su largo viaje desde las trincheras.



Después de un Encuentro en las Trincheras.

Después de examinarlo, el médico dice que la única cosa que puede salvarlo es una transfusión de sangre. ¿ De donde se sacará esa sangre? No tiene que esperar mucho, para que le contesten esa pregunta, pues varios Tommies desde luego ofrecen su sangre para favorecer a su compañero. Se aceptan tres o cuatro, se hace un experimento con la sangre, y al día siguiente la transfusión se verifica, y poco después hay un nuevo semblante pálido que permanece en la sala.

Siempre que se necesita algún hueso para una operación quirúrgica especial, se encuentran compañeros que lo ofrecen voluntariemente—aun una pierna si fuera necesario—para impedir que otro compañero quede cojo por toda la vida. Ha habido más de un soldado que ha seguido en vida corriendo por sus venas la sangre de otro soldado, o con una costilla o una canilla que no son de su propio cuerpo: lo curioso es que a veces ni sabe quien le ha hecho ese favor.

Sorprendente es notar como todos quieren sacrificarse.

En realidad debe decirse que con todo el sufrimiento que ha causado esta guerra, ha traido muchos bienes a Inglaterra—ha convertido sus hijos en hombres nobles y buenos; ha fundido todas las clases en un conjunto glorioso.

Y no puedo menos que decir que los médicos, las hermanas de Caridad y las enfermeras en los hospitales ingleses son verdaderos ángeles de esta tierra. Les tengo el mayor cariño y nunca podré

recompensarles por el cuidado y por la bondad con que me trataron. Por el resto de mi vida la Crúz Roja será para mi el símbolo de la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Después de permanecer cuatro meses en el hospital me pesenté ante una junta examinadora, y me dieron de baja del servicio de Su Majestad Británica por "no ser apto físicamente para prestar más servicios en la guerra."

A poco de ser dado de baja, me embarqué en el vapor americano *New York*, y después de un viaje tempestuoso a través del Atlántico, en un día memorable y bajo la neblina de un temprano amanecer, contemplé la Estatua de la Libertad a lo lejos de la proa del buque, y entonces pensé entre mi mismo que si alguna otra vez yo iría "por arriba con la mejor suerte y echándolos al infierno."

Y aun entonces, aunque parezca extraño, me embargaba un verdadero sentimiento, al pensar que ya no estaba al lado de mis compañeros en las trincheras. La guerra no es un té de sociedad, pero cuando se combate por una causa noble como es la nuestra, el lodo, las ratas, los "cooties," las bombas, las heridas y aun la misma muerte no pesan lo suficiente para amortiguar el sentimiento de satisfacción que tiene el hombre que cumple con su deber por la patria.

Hay una cosa que me enseñó la experiencia, y que puede servir de ayuda a los compañeros que tengan que ir a la guerra, y es esto, que uno piensa



Un Grupo de Heridos en la Sala Munsey, del Hospital de Sangre de las Mujeres Americanas, los Cuales no Parecen Estar Descontentos.



que lo que va a acaecer es peor que lo que es en realidad. En la vida cívica todo hombre teme al que está sobre él, y a veces no comprende como puede desempeñar debidamente su cometido. Pero cuando se presenta la ocasión y tiene que cumplir con ese deber, muy pronto se sorprende al notar como desempeña tal deber más fácilmente de lo que él creía poder hacer. Y lo mismo sucede "allá del otro lado."

Adquiere valor para sobreponerse a los sufrimientos; se interesa sumamente en las tareas que desempeña; encuentra solaz en las diversiones y el espiritu de compañerismo que hay en las trincheras y al fin concibe esa clase de felicidad que proviene del cumplimiento del deber.



"VOCABULARIO DE TOMMY EN LAS TRINCHERAS"

En éste que yo llamo vocabulario he tratado de anotar la mayor parte de los dichos y frases que acostumbra usar Tommy Atkins, o sea el soldado inglés, como mil veces diariamente cuando está combatiendo en Francia. Los he coleccionado pues estuve con él en las trincheras y en los cuarteles y después en los hospitales en Inglaterra, en donde ví a muchos soldados de diferentes y distintos países del mundo.

Por supuesto que las definiciones no tienen carácter oficial. Tommy no es un ente sentimental, asi es que algunas de sus definiciones no son del todo corteses, pero como no es cínico no trata de molestar a sus jefes. Puede decirse que las emplea en tono de broma, y con el objeto de pasar el tiempo agradablemente.

FRASES, DICHOS, EXPRESIONES FAMILIARES, ETC.

A

"Abajo." Orden que se da para retirarse de las trincheras al amanecer, y con que Tommy termina su guardia de noche. Es muy del agrado de Tommy.

A. D. M. S. Ayudante del director del servicio médico. Yo jamás lo he visto, pero se supone que ayuda al director para

determinar cuando Tommy ya queda inhábil para el servicio de las trincheras.

Aero Torpedo. Clase de bomba de mortero, que según sus inventores tiene que poner fin a las comidas de salchichas y cerveza de Fritz, aunque él esté comiendo en una covacha a treinta piés de profundidad. A veces bien merece su reputación.

Agujero hecho por bomba. Es uno que lo hace una bomba cuando se verifica su explosión; es lugar preferido por Tommy para descansar durante los bombardeos o cuando hay fuego graneado.

Alambrado con púas. Cerco que se construye con postes que sostienen alambres con púas, delante de las trincheras. Se crée que este obstáculo impide a los alemanes que se vayan a alojar en nuestras covachas. También sirven para que el enemigo se divierta tratando de destruirlos.

Alambre. Véase alambrado con púas, pero no debe uno irse "por arriba de la trinchera" para verlo, porque eso es algo peligroso.

Alarma. La señal que se da en las trincheras para anunciar que el enemigo va a atacar, y que a veces es falsa. Se emplea generalmente para poner fin a las ideas que tenga Tommy de que pronto va a volver a su país.

Alto. Se marca el alto por un sentinela cuando ve un bulto que se mueve en la obscuridad, siempre con la esperanza de que este bulto conteste "amigo."

Allemand. Palabra francesa que significa "alemán." Tommy la emplea, porque cree que es una especie de juramento.

Allumettes. Palabra francesa que significa lo que venden a Tommy con el nombre de fósforos, y cuyo humo a veces ha llegado a envenenar a todos los miembros de una compañía.

"Ammo." Munición de rifle, que sirve para darle más peso que cargar a Tommy. Lleva ciento veinte cartuchos como regla general, excepto cuando la esconde debajo de la paja en su cuartel al ir a hacer una marcha forzada. En las trincheras lo emplea arrojándolo en la dirección de Berlín.

Ammo, Depósito de. Lugar en donde se almacenan las municiones. Es sumamente útil para hacer que el enemigo malgaste sus bombas tratando de pegarle.

Ammonal. Fuerte explosivo que se emplea en las bombas Mills.

Los alemanes mejor que Tommy pueden describir sus efectos.

A. O. C. Cuerpo de alimentos del ejército. Departamento que destribuye los víveres a las tropas. A veces considera ser su deber principal el devolver el rancho, porque en las instrucciones respectivas se olvidaron de colocar una coma en su lugar.

"Après la Guerre." Después de la Guerra. Sinónimo de Cielo para Tommy.

Armón. Una fosforera sobre dos ruedas que sirve para que trabajen las mulas del ejército; también sirve para llevar el equipaje de los oficiales.

"Arriba." Orden para subir al escalón de fuego que se da al anochecer.

Asalto de trinchera. Varios soldados son enviados "por arriba de la trinchera," para que den un apretón de manos a los alemanes y si es posible los persuadan a que se constituyan prisioneros de ellos. A veces los asaltantes son ellos mismos asaltados y Fritz rehusa darles el apretón de manos y se conduce poco cortesmente.

Atrás de la línea. Cualquier lugar detrás de la línea de fuego, a donde no puedan llegar las balas del enemigo.

Avanzada de observación. Lugar en la línea del frente en donde se situa un oficial para observar la puntería de nuestros cañones. Continúa haciendo sus observaciones hasta que una bomba alemana lo observa a él, y entonces lo sustituye un nuevo oficial y también se escoje un nuevo local para esa avanzada.

Ayudante. El término con que se designa al oficial que ayuda al Coronel a no hacer nada. Va a caballo y se le ve siempre montado en toda revista.

B

Bantames. Soldados que son de menos estatura que la reglamentaria de cinco piés tres pulgadas. Se ha constituido una organización por separado que se llama el batallón Bantam, y aunque son chicos de cuerpo, ellos creen que pueden derrotar a todo el ejército alemán.

Barricada. Obstáculo de sacos de arena que impide el paso del enemigo en nuestras trincheras. Uno las erije y él muy

pronto las echa abajo, asi es que a veces son de poca utilidad.

Bayoneta. Una especie de cuchillo que se ajusta al extremo del rifle. El gobierno lo da para que pinche a los alemanes y Tommy lo emplea para hacer tostadas de pan.

"Big Willie." El Alto Guillermo. Apodo que Tommy le da a su amigo íntimo el Kaiser.

Birinbán. Instrumento con que al tocarlo Tommy se venga de los compañeros que no le simpatizan. Algunos están en la creencia de que éste es un instrumento de música.

Bivouac. Palabra que Tommy aplica a una especie de tienda de campaña hecha con lienzos impermeables.

Blastina. Un explosivo fuerte que fomenta la Kultur en las líneas alemanas.

Blighty. Palabra de la India Oriental que significa "del otro lado del mar." Tommy la ha adoptado como sinónimo de patria, hogar. Trata de distintos modos de llegar a Blighty, pero las altas autoridades no lo ayudan en esa tarea, y por lo tanto generalmente no consigue su deseo.

B. M. G. C. Compañía de la Brigada de Cañones de Tiro Rápido, compuesta de artilleros de cañones Vickers. Ellos colocan sus paquetes en un armón o carro pequeño durante las marchas, y eso hace que Tommy los envidie sobremanera.

Boches. Los amigos de Tommy—los alemanes.

Bomba. Invención infernal que está llena de altos explosivos y que uno debe tirar contra los alemanes. Tiene el mal gusto de hacer explosión antes de que uno la suelte.

Bomba. Un aparato inútil para desaguar las trincheras. Digo inútil, porque las trincheras no se dejan desaguar.

Bombas, Almacén de. Lugar en donde se guardan las bombas que se fabriquen, de modo que no pueda localizarlo el enemigo. En realidad Tommy a veces tampoco puede hacerlo.

Botas de Goma. Las usa Tommy en las trincheras, pero a veces no le sirven, porque el agua le llega hasta el cogote.

Botella para agua. Botella de metal que sirve para llevar agua "cuando no se emplea para llevar ron, cerveza o vino."

B. S. M. Sargento Mayor del Batallón. El oficial más bajo o inferior del batallón, y que causa pavor constante a Tommy cuando se olvida de limpiar sus botones o dar betún a sus zapatos.

Budín de trinchera. Una magnífica mezcolanza de pedazos de galletas, leche condensada, jalea y lodo y ligeramente sazonada con humo. Tommy la prepara, la cocina y la come. Al día siguiente le dan las calenturas de las trincheras.

Burro. Asi se designan a las mulas del ejército. Es animal que Tommy respeta y con el cual nunca se intima.

C

Cabo Primero. Aunque sólo tiene un grado más alto que un soldado raso, cree que la guerra debiera llevarse a efecto de acuerdo con sus ideas.

Camilla. Aparato en que se colocan y llevan a los muertos y heridos. La única vez que Tommy puede ir en coche es cuando lo llevan en una camilla; pero como regla general no le gusta este método de transporte.

Camillero. El amigo que lleva Tommy al hospital y a otros lugares.

"Camino peligroso; haga uso de la trinchera." Rótulo que con frecuencia se ve en los caminos detrás de la línea de fuego. Sirve para que sepan los soldados que están a la vista de Fritz. Tommy nunca cree que el rótulo dice la verdad, y prosigue por el camino vedado. Poco después él tiene que decirle, a la enfermera de la Cruz Roja que después de todo el rótulo decía la verdad.

Cañón Lewis. Un cañón de tiro rápido riflado y que se emplea mucho en las trincheras.

Cañón Vickers. Un cañón de tiro rápido mejorado por un individuo llamado Vickers. Sus intenciones fueron muy buenas, pero sus mejoras, según Tommy, no valen un comino.

Cantina. Un receptáculo de hojadelata que se le da a Tommy, el cual él se olvida de lavar después de la comida y le sirve para el té que pide a sus compañeros.

"Carbonera." Término cariñoso que Tommy emplea respecto de una bomba alemana que emite un humo negro, y que da lugar a que se erizen los cabellos de Tommy cuando cae muy cerca de él.

Castigo del Campamento no. 1. Nombre oficial del castigo que consiste en poner a un soldado en cruz en la rueda de un armón por dos horas diarias durante veinte y un días. Entonces su rancho consiste de carne prensada y galletas.

Tommy denomina a este castigo "Crucifixión," sobre todo cuando lo ha tenido que sufrir.

Cena. La cuarta comida de Tommy, que generalmente se le da antes de que se apaguen las luces y que consiste de lo que queda del rancho del día. Hay muchos Tommies que no cenan, y es con sobrada razón.

Cigarros. Tommy los llama "fags," y es cosa que siempre está pidiendo.

" Cinco Nueve." Bomba alemana de a cincuenta y nueve pulgadas de diámetro. A Tommy no le gustan mucho, pero son como las aceitunas que después de algún tiempo se acostumbra uno a ellas.

Club del Sucidio. Apodo que se da a los tiradores de bomba y a los artilleros de cañón de tiro rápido. Este apodo es muy adecuado.

C. of E. Iglesia de Inglaterra o Anglicana. Estas letras están estampadas en el disco de identificación de Tommy y en tal virtud tiene que ir a la revista de ejercicios religiosos, que quiera o no quiera ir al cielo.

Cocinero. Un soldado que recibe órdenes para echar a perder el rancho de Tommy. Generalmente lo escogen para desempeñar ese cargo, por haber sido herrero en su vida cívica.

" Cole." Apodo que Tommy dá a un penique; le sirve para comprar un vaso de cerveza francesa.

Columna ligera o volante. Una columna de tropas, que en lugar de volar, camina despacio de un punto de la línea a otro, Cuando se le necesita, nunca llega al lugar deseado.

Communiqué. Informe oficial que los distintos gobiernos beligerantes publican diariamente para chotear al público. A Tommy no lo chotean.

Compañero. Término cariñoso que Tommy emplea con respecto a los demás soldados, cuando quiere pedirles prestado algo o desea que le hagan algún favor.

Compañero casero. Pequeño bulto con agujas, hilo, cintas para zapatos y botones. Cuando Tommy pierde un botón de sus pantalones, en lugar de hacer uso de su "compañero casero," apela a un clavo que esté a la mano.

" Compray." Palabra afrancesada de Tommy, en lugar de comprennez (comprendes); es palabra que se usa con mucha frecuencia en las trincheras.

"Contra la pared." Las palabras con que Tommy denomina un fusilamiento.

Convalecencia. Las seis semanas de descanso que le conceden a un Tommy, cuando está herido. Durante ese tiempo el goberno está pensando en el lugar en donde debe mandar a Tommy para que lo hieran por segunda vez.

"Cooties." (Piojos blancos). Habitantes poco gratos de la camisa de Tommy.

Cortadores de alambres. Instrumentos hechos para cortar alambre, pero que Tommy usa para clavar.

Cortina de fuego. Palabras que se aplica al fuego graneado que se tira sobre las trincheras de comunicación del enemigo para impedir que vengan refuerzos de soldados y víveres, y también para sostener el ataque de nuestras fuerzas. Pero a veces sucede que llegan soldados y víveres a pesar de todo eso.

Covacha. Un agujero hondo en las trincheras excavado por el Cuerpo Real de Ingenieros y que se supone está a prueba de bomba; lo cual es cierto mientras que no le pega una bomba. Las ratas y Tommy la consideran una excelente morada para pescar las reumas.

Covacha de elefante. Una covacha ámplia, segura y que está sostenida por soportes de acero.

Crater. Un gran agujero circular en la tierra, causado por la explosión de una mina. Según los Communiqués oficiales Tommy siempre toma posesión de un crater debido a su gran arrojo, pero a veces los alemanes le toman la delantera.

Cruz de madera. La que se coloca en la tumba de un Tommy, y que consiste de dos pedazos de madera puestos en forma de cruz.

Cruz Militar. Distinción honrosa que se les da a los oficiales por su valentía. En cuanto a Tommy él insiste en que se debía decidir quien es el más valiente por la suerte de los dados y que el que ganare debía llevarse la medalla.

Cruz Victoria. Es una medalla de bronce que Tommy merece y recibe cuando ha demostrado mucho descuido con su vida.

C. S. M. Sargento Primero de la Compañía, cuyo principal deber consiste en llevar una corona en el brazo, un par de cintas de la guerra boera sobre el pecho y asentar el nombre y el número de Tommy en la lista de delitos.

Cuartel. A veces es un granero, otras una caballeriza, y aun otras más una casa particular. La mayor parte de los cuarteles tienen muchas entradas; una para Tommy y las demás para la lluvia, las ratas, el viento y las bombas.

Cuartel de descanso. Pequeñas casas, o en lo general graneros, en donde Tommy descansa, cuando se retira de la línea de fuego.

Cuerpo de camellos. Apodo que Tommy da a la infantería, porque parecen como camellos con cargas pesadas, y porque probablemente se están ocho días y más sin beber nada—esto es, ninguna bebida fuerte.

Ch

Char. Un líquido negro y ponzoñoso que Tommy cree que es té.

"Chevaux-de-Frise." Cercos de alambres con púas para impedir el paso de la caballería.

D

D. A. C. Columna de Municiones de la División. Una colección de hombres, caballos y armones con municiones y pertrechos para la línea, que no deja dormir a Tommy cuando está en el cuartel, debido al ruido infernal que hace. Son como los buhos—trabajan siempre de noche.

D. C. M. Medalla por conducta distinguida. Una pieza de metal que recibe un soldado por ser bobo.

D. C. P. E. Compañía de conciertos de la división. Un grupo de llamados artistas que molestan a Tommy, demostrándole su talento a razón de medio franco por cabeza.

"Der uffs." "Deux œufs." Pronunciación francesa de Tommy de las palabras *dos huevos*.

Descanso. Periodo de tiempo que se le concede a Tommy cuando se le releva de estar en las trincheras. Emplea ese "descanso" arreglando los caminos, excavando trincheras y haciendo muchas otras cosas útiles detrás de la línea de fuego.

Destacamento para excavaciones. Son los que mandan a excavar trincheras, fosos o tumbas. A Tommy no le importa qué clase de excavación tiene que hacer, lo que no le gusta es la tarea de excavar.

Detonador. Un aparato en una bomba que contiene fulminato de mercurio, que cuando lo enciende una mecha, produce una explosión.

Diez y ocho libras, canón de a. Cañón que tira balas que pesan diez y ocho libras y que sirven para destruir los cercos de alambres de los alemanes. Cuando así lo verifica Tommy alaba mucho este cañón.

"Doce en uno." Quiere decir que doce soldados tienen que repartirse un sólo pan. Con ese motivo se suscitan acaloradas discusiones.

D. S. O. Orden por distinguidos servicios. Otra pieza de metal que se ofrece a los oficiales que son valientes.

Dud. Una bomba o granada alemana que no ha hecho explosión, debido a una mecha defectuosa. Tommy que le gusta coleccionar recuerdos, hace colecciones de estos "Duds." A veces trata de desatornillar la tapa y estando de prisa emplea un martillo con ese objeto—y entonces la imprenta tiene que emplear más tinta para llenar la lista de muertos y heridos.

"Du pan." La palabra que Tommy usa en su dialecto francés y que significa pan.

E

Emplacement. Local rodeado de tierra o sacos de arena de donde se verifica el tiro de un cañón. Se supone que el enemigo no lo puede ver, pero esto no es muy cierto, pues en un par de días generalmente logran destruirlo por completo.

"En algún lugar de Francia." Algún punto en Francia en donde Tommy tiene que vivir en el lodo, cazando "cooties" y evitando balas y bombas. Es su residencia oficial.

"En frente." El pasar por arriba y colocarse en frente de la primera trinchera en la Tierra Inhabitable.

"En reserva." Las tropas que ocupan posiciones, cuarteles o covachas inmediatamente a retaguardia de la línea del frente, las cuales deben ayudar a la línea de fuego en caso de un nuevo ataque.

Escalas o escaleras. Pequeñas escaleras de madera que Tommy emplea para subir la trinchera del frente cuando va "por arriba" a tomar parte en el combate. Cuando Tommy ve que traen estas escaleras en la trinchera, se sienta y escribe su testamento en su librito de cuentas.

Escalón de fuego. Un borde sobre la trinchera del frente que le permite a Tommy descargar su fusil por arriba de la trinchera. Durante los días lluviosos tiene uno que ser acróbata para poder quedar parado en él, pues es sumamente resbaloso.

Escolta. Una guardia de soldados que lleva a los prisioneros a distintos lugares. Tommy a veces desempeña el papel de escolta y a veces el de prisoniero.

Espía. Una persona sospechosa de quien nadie tiene sospechas hasta que lo cojen. Entonces todos dicen que sabían que era espía, pero que no tuvieron la oportunidad de delatarlo ante las autoridades competentes.

Estaminet. Cantina francesa en que el agua lodosa se llama y se vende como si fuera cerveza.

F

Ferrocarril ligero. Dos rieles estrechos de hierro por donde se llevan plataformas llenas de municiones y pertrechos. Estos ferrocarriles sirven de gran diversión para Tommy cuando tiene que cargar, descargar y empujar los carros.

Fokker. Clase de aeroplano alemán, que según los boches es el más rápido del mundo. Tommy cree que eso es cierto, porque nuestros aeroplanos nunca los alcanzan.

Fritz. Nombre con que Tommy designa a un alemán. Tommy quiere a los alemanes como si fueran veneno.

Fuego líquido. Otra prueba convincente de la Kultur alemana. Según ellos ese invento diabólico debiera destruir brigadas enteras, pero a pesar de ello Tommy ha resulto seguir en vida.

"Fuegos artificiales." Un bombardeo de noche.

Fumigador. Una invención infernal en un hospital que sirve para cocinar el uniforme de Fritz y se lo devuelve encogido de manera notable.

Fusilamiento. Lo verifican doce soldados con el que ha sido sentenciado a muerte por una corte marcial. Sin comentarios por parte de Tommy.

G

Galletas. Una mezcolanza de harina y agua que se cocina hasta que esté muy dura. Se deben haber empleado anteriormente

para construcción de edificios, pero se supone que Tommy tiene que comerlas. Tommy no es un cobarde, pero les tiene miedo. Las galletas sirven muy bien para combustible y no producen humo.

Gas. Humo venenoso que los alemanes arrojan sobre nuestras trincheras. Cuando el viento es favorable lo descargan en el aire por medio de grandes cilindros y el aire se lo lleva hacia nuestras líneas. Parece como una gran nube amarillenta y verdosa que va por el suelo. Se da la alarma y Tommy inmediatamente se pone su máscara contra el gas y se burla de los boches.

"Gaseado." Un soldado que aspira mucho gas venenoso de los alemanes, o las sempiternas conversaciones de algún compañero fastidioso.

Globo de Observación. Un globo cautivo detrás de las líneas que observa al enemigo. Como al enemigo no le importa que lo observe, no hace caso del tal globo. A veces da mucho trabajo par recogerlo de noche, lo cual es muy del agrado de Tommy.

"Globo salchicha." Así llama Tommy a los que se emplean para observar al enemigo.

G. M. P. Policía Militar de la Guarnición. Los soldados que son enviados como patrulla para vigilar los caminos y dirigir el tráfico detrás de las líneas. Tommy los odia de buena gana.

G. O. C. General en Jefe. Tommy nunca le oye dar la voz de mando, pero siempre tiene la oportunidad de leer muchas órdenes firmadas G. O. C.

"Gippo." Una especie de sopa que le dan a Tommy.

Goma. Sirve para hacer las botas que Tommy usa en las trincheras húmedas. Estas botas le sirven para que sus piés estén secos, y asi sucede cuando por casualidad consigue un par de ellas.

"Gorro Rojo." Apodo que Tommy da a un jefe del Estado Mayor, porque lleva una cinta roja alrededor de su gorro.

Granada. Una invención de la artillería que a veces hace que Tommy desee que él hubiese nacido en un país neutral.

"Granada de mano." Término genérico para una bomba que se tira con la mano. Tommy tiene algún recelo de toda clase de bombas, pues una larga experiencia le ha desmos-

trado que se debe uno cuidar de ellas, aun después de que le hayan quitado el detonador.

G. S. W. Herida de fusil. Cuando Tommy resulta herido, no le importa si ha sido por una bala de fusil, o sea un G. S. W. o por una coz de mula, con tal de que lo manden de regreso a Blighty.

Guisado. Una mezcolanza del cocinero que contiene carne prensada, agua, unos pedacitos de carne fresca, una papa y otras cosas. A veces le cae un poco de sal accidentalmente. Se supone que Tommy debe comer esta mezcolanza—y a veces asi lo hace—¡ pobre de él!

H

"Hacer lo que se le antoja." Frase famosa que significa que a Tommy se le permite hacer lo que quiera. Como regla general un oficial le deja a Tommy "hacer lo que se le antoja," cuando lo coloca en una situación difícil y no sabe como puede sacarlo de ella.

"Haversack." Un saco de lona que forma parte del equipo de Tommy y que lo lleva al lado izquierdo. Antes servía para llevar su rancho de emergencia y algunas otras cosas. En la actualidad lo llena de tabaco, pipas, migajas de pan, cartas y una gran cantidad de recuerdos inservibles.

"Honroza distinción." Así se distingue a la que aparece junto con el nombre de Tommy en la lista de muertos, heridos, etc. Es sólo del agrado de Tommy cuando indica que fué levemento herido.

Huno. Otra palabra que sirve de apodo a un alemán, y que como regla general lo emplean los corresponsales de periódicos.

I

Identificación. Se verifica la de los soldados por medio de un disco que llevan colgado del cuello. De un lado de ese disco están estampados el nombre, el rango, el número y le nombre del regimiento y del otro lado su religión. Si en cualquier momento Tommy está en duda acerca de su identificación, sólo tiene que mirar ese disco para satisfacer sus dudas.

Indispuesto. Asi cree Tommy estarlo a veces, aunque el médico le dice que no padece ninguna enfermedad.

Intérprete. Trabajo muy remunerativo que se le da a un soldado que cree que puede hablar dos idiomas. El pregunta a los prisioneros cual es el color de los ojos de sus abuelos y porqué ingresaron en el ejército. ¿Imaginense que chiste tiene el preguntar a un alemán el porqué ingresó en el ejército?

"Inválido." Soldado que es enviado de regreso a Inglaterra a causa de alguna enfermedad.

J

"Jack Johnson." Una bomba alemana de a diez y siete pulgadas. Probablemente he han llamado Jack Johnson, porque los alemanes creían que podían pegarle a todo el mundo con ella.

Jalea. Una composición horrible de fruta y azucar con que Tommy unta su pan. Siempre tiene el mismo gusto, aunque lleve el rótulo de fresas, frambuesas o peras.

"Jock." Apodo que se le da a un escocés.

K

"Khaki." El uniforme usual de Tommy.

Kilómetro. Cinco octavos de una milla; pero como regla general diez kilómetros significan una marcha de quince millas.

"Kip." Apodo que Tommy le da al sueño; también llama Kip a su cama. Casi siempre cuando está de guardia Tommy desea vehemente su Kip.

Kitchener, Ejército de. El ejército de voluntarios formado por Lord Kitchener, que se comprometieron a pelear mientras que durara la guerra, y que a veces era llamado el nuevo ejército.

L

"Lata de aceite." Asi llama Tommy a las bombas de los morteros de las trincheras alemanas.

Lata de jalea. Una clase de granada de mano que al principio de la guerra Tommy tenía la costumbre de fabricar con

latas de jalea, ammonal y lodo. El fabricante con frecuencia recibía una pequeña cruz de madera para demostrar que había muerto por su Rey y patria.

Lee Enfield. Nombre del rifle que usa el ejército británico. Su calibre es de .303 y lleva diez tiros. Cuando queda sucio tiene la mala costumbre de dar lugar a que el nombre de Tommy aparezca en la lista de delitos.

Libro de pagos. Un librito en que se apuntan las cantidades que recibe Tommy. Hacia el fin de este libro se deja un espacio para su testamento, con lo cual recuerda Tommy que pudiera ser que lo mataran. ¡Como si fuera necesario tal recuerdito!

Línea del frente. La que está más cerca del enemigo. Este no es lugar adecuado para los pacifistas.

Lista de delitos. Documento inútil en que se enumeran las faltas que Tommy ha cometido.

"Little Willie." El pequeño Guillermo. Apodo que Tommy da al Príncipe Heredero de la Corona, aunque no existe ningún lazo de intimidad entre ellos.

Lodo. Una substancia café muy pegajosa que se encuentra en las trincheras después de copiosas lluvias. Es muy amiga de Tommy, y se le pega como goma, aunque a veces él le demuestra poco cariño, maldiciéndola de buena gana.

Lyddite. Material sumamente explosivo que se emplea en las bombas. Tiene la mala costumbre de arrojar pedazos de la anatomía humana por todo el paisaje.

Ll

Llamarada. La que despide una pistola cuando tira de noche un cohete, que ilumina el terreno en frente de una trinchera.

M

Maconochie. Alimento compuesto de carne, verduras y agua enjabonada que está metido en una lata. Mr. Maconochie, el químico que inventó este revoltijo, parece que va a cometer "hari-kari," o suicidarse, antes de que los compañeros regresen del Frente, y tendrá razón en hacerlo.

Maniobras. Evoluciones innecesarias de tropas, ideadas por alguna autoridad superior para demostrar a Tommy cuan

valientes son sus oficiales y como las batallas *deberían* ganarse. El enemigo nunca presencia estas maniobras, para ver si están bien hechas.

Máscara contra el gas. La que usa Tommy para que los alemanes no lo manden al otro mundo con el gas venenoso que le envían desde sus trincheras.

Maxím. Tipo de cañón de tiro rápido que ha sido suplantado por el Vickers, a fin de que Tommy se olvide de lo que había aprendido con respecto a un Maxim.

Mayor. Oficial de un batallón que lleva una corona en su uniforme, que manda a dos compañías y que vive en una covacha.

Mecha. Parte de una bomba o granada que arde en un tiempo dado y sirve para prender el detonador.

Medalla Militar. Una baratija que se le da a Tommy por hacer algo que no es un acto de valentía, ni tampoco un hecho de cobardía. Cuando se le da, se pone a pensar porqué se lo dieron.

" Mejor Suerte, La." La frase fatídica de las trincheras. Cada vez que Tommy va "por arriba," al asalto, sus camaradas le desean "la mejor suerte," lo que quiere decir que si queda en vida, regresará con un brazo o una pierna de menos.

" Mercy Kamerad." Lo que Fritz dice cuando se cansa de pelear y quiere rendirse. Recientemente esta frase ha sido muy popular para él y ha reemplazado al Himno del Odio.

Metralla. Una bomba de mortero alemán, que se llena de clavos y pedazos de hierro. A Tommy no le causa mucha impresión este recuerdo del afecto de los alemanes hacia su persona, y emplea los clavos que contiene para colgar su equipo en las covachas.

M. G. Artillero de cañón de tiro rápido. Un individuo el cual, como el policia americano, nunca se encuentra en donde se le necesita.

M. G. C. Cuerpo de cañones de tiro rápido. Colección de artilleros de cañones de tiro rápido que creen que ellos van a decidir la guerra, y que ya la demás artillería es innecesaria.

" Mills." El nombre de una bomba inventada por Mills. La única bomba en que Tommy tiene confianza, y aun a veces desconfia de ella.

Mina. Un túnel subterráneo que ha sido excavado por los zapa-

dores del Cuerpo Real de Ingenieros. Este túnel pone en comunicación nuestra trinchera con el enemigo, y al extremo de ella están almacenadas una gran cantidad de substancias explosivas que deben causar su efecto en un momento dado. Uno de los deberes de Tommy es ir "por arriba," y ocupar el crater que la explosión haya hecho.

Minnenwerfer. Una bomba de mortero que tiran los alemanes de sus trincheras y que no hace ningún ruido al cruzar por el aire. Fué inventada por el Professor Kultur. Tommy nunca sabe cuando se acerca, hasta que le da el golpe, y después ya no se preocupa de nada. Tommy les da el apodo de "Minnies."

"Minuto loco." Quince tiros de un rifle dados en sesenta segundos. Es una locura el tratar de hacerlo, pero lo hacen.

M. O. Oficial Médico. Un médico que tiene a su cargo el decir a Tommy que no está enfermo.

Mortero de Trinchera. Mortero que parece un tubo de estufa, que echa bombas sobre las trincheras alemanas. A Tommy no le gustan estos morteros, porque cuando los colocan cerca de él en las trincheras, sabe muy bien que a los pocos minutos alguna bomba alemana con su nombre y número estará tocando a la puerta de su casa.

M. P. Policía Militar. Esos son soldados con quien uno no debe discutir nada.

M. T. Transporte mecánico. cuyos miembros son ex-chauffeurs de taxis; por eso es que el rancho de Tommy desaparece cuando lo lleva el M. T.

Mufti. Palabra con que Tommy designa el traje de los del estado civil, y que es traje muy de su agrado actualmente.

"M. y D." Lo que el doctor anota en la lista de los enfermos, cuando cree que Tommy pretende estar enfermo. Lo que quiere decir medicina y deber.

N

"Nap." Juego de naipes en que el que se quede sin dormirse gana la partida. Si todos los que juegan toman su "nap" (siesta), las apuestas se regalan al Fondo de Soldados Heridos.

"Napoo-Fini." Palabra en el francés de Tommy que quiere decir acabado, terminado o desaparecido.

Navaja. La que usa Tommy generalmente pesa una tonelada y no corta. Tiene la ventaja de que en una de sus extremidades tiene un abridor de latas, que nunca las puede abrir.

N. C. C. Cuerpo de los que no combaten. Individuos que han entrado en el ejército bajo la condición de que sólo pelearán por conseguir sus raciones. Estos no tiene ni Rey ni pais.

N. C. O. Oficial subalterno; individuo que casi es odiado tanto como los alemanes.

Neutral. Tommy dice que esta palabra significa uno que no quiere pelear.

"No. 9." Una píldora que el médico le da a uno cuando tiene callos, irritación de la cara o cualquiera otra enfermedad. Si no tiene ninguna a la mano le da a uno un No. 6 y un No. 3, o un No. 5 y un No. 4, con tal de que sumen 9.

"No se permite la entrada." Ese rótulo es suficiente para que Tommy trate de entrar en el lugar en que está colocado.

Número de regimiento. Todo soldado tiene un número, aunque no haya estado en la cárcel. Tommy nunca se olvida de su número, sobre todo cuando lo ve en las órdenes en que conceden licencias.

O

O. C. Oficial que manda una compañía o un destacamento.

Occidente. Irse al Occidente es lo mismo que haber muerto, ya sea en batalla o por enfermedad.

Oficial de Ordenanza. Un oficial que durante la semana va preguntado si alguien tiene una queja que formular, y comunica el nombre del soldado que se queje al sargento de ordenanza, para que le dé tareas más onerosas.

Ola. Asi Tommy llama a un destacamento que va "por arriba" para cargar contra el enemigo. Las olas están numeradas según el turno en que les toca ir "por arriba"; por ejemplo, "ola primera," "ola segunda," etc. A Tommy le gustaría más ir con la "ola décima."

Oxo. Cubos de carne prensada que una mamá cariñosa envía a Tommy, proque según los anuncios son enteramente fabricados en Inglaterra.

P

Pala. Un instrumento, hermano del pico. En Francia la "pala" vale más que la espada.

Papa. El nombre con que Tommy designa a la legumbre solitaria que encuentra en su guisado. Casi no se comprende como ella se encuentra en tan mala compañía.

"Parados." Las paredes de atrás de una trinchera, que los alemanes continuamente llenan de pedazos de bombas y balas de rifles. A Tommy no le importa si Fritz se dedica a esa diversión.

Parapeto. La parte alta de la trinchera que Tommy está constantemente construyendo y que los alemanes están tan constantemente destruyendo.

Parientes. Hay algunos oficiales que molestan a los soldados dos o tres veces al mes, preguntándoles para apuntarlos los nombres de sus parientes, pues creen que su abuela se ha convertido en tío.

Patrulla. Unos cuantos soldados que son enviados a la Tierra Inhabitable, por la noche y que regresan sin traer ningún informe. En cuando a esto, siempre tienen el mejor éxito.

Pelota de Cricket. Así se denomina una bomba que tiene la forma y el tamaño de una pelota de cricket. Tommy no la emplea para tal juego.

Periscopio. Un instrumento que sirve en las trincheras para observar. Luego que uno ha mirado por él,.también mira "por arriba," y entonces ve lo que no es de su agrado.

Pico. Un instrumento puntiagudo que parece una ancla y que a Tommy le suministran para que trabaje duro.

Pistola detonadora. Pistola grande que parece fusil. Cuando uno más la necesita se acuerda que la dejó en la covacha.

"Poilu." Palabra francesa que se aplica a los soldados rasos franceses. Tommy la usa a veces pero simpre la pronuncia de manera distinta, así es que no se comprende a lo que él se refiere.

"Pontoon." Un juego de naipes que se parece al llamado "Veinte y Uno" en los Estados Unidos. El que da las cartas es el único que gana en este juego.

"Por Allá." Palabra que significa "En Francia." Los pacifistas hacen reparos cuando se les quiere enviar "por allá."

"Por Arriba." Famosa frase de las trincheras. En general es la órden que se da para asaltar las trincheras alemanas. Casí siempre van acompañadas de las fatídicas frases "con la mejor suerte y échenlos al infierno."

Q

"Quid." Palabra con que designa Tommy a la libra esterlina, o sean veinte chelines ($4.80 poco más o menos). No es muy amiga de Tommy, pues rara vez se le ven juntos.

Q. M. Sargento. Sargento del cuartel Maestre. Un subalterno que lleva tres galones y una corona y que tiene a su cargo los víveres de la compañía. En la vida cívica se cree fué un politicastro o un ladrón.

R

Rancho. Las distintas clases de alimentos que el gobierno le da a Tommy, que muchas veces no tienen buen sabor, aunque le hacen creer que él come bien, mientras que los alemanes están muriéndose de hambre.

Ratas. Los principales habitantes de las trincheras y de las covechas. Son muy útiles para comerse los cinturones y las correas, y para dar sus paseos nocturnos sobre las caras de los Tommies. La rata inglesa se asemeja a un "bull dog," mientras que la rata alemana, debido a la "Kultur" se parece a un "dachshund."

Recluta. Un individuo que trató de esperar hasta que terminara la guerra para presentarse como voluntario, pero a quien el gobierno obligó a cumplir con sus deberes militares. A Tommy le gusta meterle miedo, contándole distintos accidentes y malos pasos que no le han acaecido.

Recuerdo. Palabra que usan los muchachos franceses, pero que la pronuncian "Souvenir," y que indica que Tommy debe darles un centavo, galletas o una lata de jalea.

R. E. Ingenieros Reales.

Refuerzos. Destacamentos de soldados que vienen de Inglaterra y que creen que la guerra terminará a la semana después de que ellos lleguen a las trincheras.

Respirador. Una máscara de paño, que tiene substancias químicas y dos vidrios para los ojos, y que Tommy pone sobre la cabeza para protegerle contra el gas venenoso. Acompaña

a Tommy por todas partes, aun mientras que él está durmiendo.

Revistas. Las hay de distintas clases; a Tommy le agradan algunas y otras nó. Entre las que le desagradan hay la que tiene que hacer con su mochila bien cargada, cuando lo castigan por alguna falta leve.

R. P. Policía del Regimiento. Soldados que tienen órdenes del Jefe de un batallón para molestar a Tommy e impedirle que haga lo que más le guste.

"Ricco." Palabra que se aplica a una bala "ricochet." Hace un ruido muy conocido. Tommy tiene la costumbre de bajar la cabeza cuando se le acerca una "ricco."

"R. I. P." Es en latín "Requiescat in pace," y se ponen estas letras en las pequeñas cruces de madera que marcan las tumbas de los soldados. Significan "Descanse en paz," pero Tommy dice que más bien quieren decir "Descanse en pedazos," sobre todo si el individuo que está debajo de la cruz ha sido enviado al Occidente por una bomba o una granada.

R. C. Católico Romano. Una de las ventajas de ser católico romano es que uno no está obligado a concurrir a las revistas de ejercicios religiosos.

Ron. Nectar de los dioses que se le da a Tommy muy temprano por la mañana.

"Rooty." Apodo que Tommy da al pan.

S

"Sacar chispas." Al cortar las balas el alambrado enemigo por las noches le saca chispas, y de esa manera los artilleros localizan la posición de las trincheras.

Sacos de Arena. Los emplea Tommy para reforzar parapetos y para construir su blanda cama.

Salvo. Una descarga que hace una batería de cuatro cañones simultáneamente.

"Santo José." El nombre familiar, pero no en tono burlón, que Tommy da al capellán del batallón. En realidad lo admira mucho, pues aunque no combate, a veces expone la vida para salvar a un herido.

Sector de fuego. Espacio de terreno que se supone puede ser dominado por un cañón de tiro rápido.

"Setenta y cinco." Buen cañón francés de campaña que puede tirar treinta bombas por minuto. Como este cañón supera al que denominan "Jack Johnson," debía llamarse "Jess Willard."

"Shrapnel." Bomba que hace explosión en el aire y distribuye pequeños fragmentos de metal por una area bastante extensa. Se usa para ver que resistencia tienen los cascos de acero.

Sobre verde. Se da a los Tommies una vez por semana. Sólo se debe usar para asuntos particulares y dar noticias suyas a sus parientes, según certificado que debe firmar.

"Sombreros Altos en la Patria." Nombre con que Tommy designa al Parlamento cuando le niegan su solicitud de licencia o no le dan jalea con su rancho.

"Strafeing." La diversión que más le gusta a Tommy—tirar bombas a los alemanes. Esta palabra es tomada del diccionario de "Fritz."

S. W. Herida de bomba. Esas son las iniciales que el médico marca en su diagrama del hospital, cuando le ha cortado a uno la pierna.

T

"Taube." Clase de aeroplano alemán cuyo principal objeto es subir a la mayor altitud posible. A veces pierde su derrotero, vuela por encima de las líneas inglesas y entonces ya deja de volar.

Té. Droga de color obscuro que Tommy tiene que recibir a ciertas horas del día. Se asegura que se han suspendido algunas batallas para que Tommy pudiera tomar su té, o "char," como se llama comunmente.

Teléfono. Un pequeño instrumento a que está pegado un alambre. Un observador del ramo de artillería dice algo en voz baja en este instrumento, y luego una de nuestras baterías detrás de la línea principia a tirar bombas que caen sobre nuestras trincheras del frente. Esto continúa hasta que el observador exclama: "es muy baja la puntería," y entonces las bombas principian a caer en las líneas alemanas.

Territorial. Soldado que puede clasificarse al igual de la guardia nacional americana. Antes de la guerra los llamaban

"soldados de las noches del sábado," pero después han demostrado que son buenos soldados de todas las noches.

Tierra Inhabitable. El espacio que existe entre las trincheras hostiles, que se llama "No Man's Land," o sea "Tierra Inhabitable," o "Tierra que no es de nadie." En realidad a nadie lo pertenece, y nadie quisiera poseerla. En Francia ninguna persona la aceptaría, ni como regalo.

Tiro rápido. Asi debe verificarse "por arriba," y de noche, que haya o no haya luna llena.

T. N. T. Un alto explosivo que el cuerpo de la artillería del ejército ha prescrito para "Fritz," pero éste preferiría una pildora No. 9.

"Tommy Atkins." El nombre que en Inglatera se da al soldado inglés, aunque se llame Willie Jones.

Tonita. El explosivo que contiene una granada de rifle. En apariencia cree uno que era una bola de algodón que no causaba daño, pero después que hace explosión desaparece él que la estaba mirando.

"Toots Sweet." Pronunciación de Tommy, de las palabras francesas "Tout de Suite," ésto es "apúrese." Tommy las usa generalmente en un *estaminet*, cuando sólo tiene dos minutos para beber su cerveza.

Transporte. Una colección de mulas, armones y cocheros, cuyos deberes consisten en suministrar a los soldados en las trincheras su rancho y pertrechos. A veces una bomba cae cerca de ellos y entonces Tommy no recibe ni rancho ni pertrechos.

"Trenchiritis" o "Trincheritis." Enfermedad que le da a Tommy en las trincheras, sobre todo cuando recibe una carta de un amigo en Blighty que está haciendo una fortuna trabajando en una fábrica de municiones.

Trinchera. Una zanja llena de agua, ratas y soldados. Mientras que está en Francia Tommy usa esas trincheras como su casa particular. De vez en cuando saca la cabeza "por arriba" para ver el paisaje circumvecino. Cuando tiene buena suerte puede contar a sus compañeros lo que él viera.

Trinchera de fuego. La primera al frente de la línea. Sinónimo del infierno.

Turpenita. Una bomba química qué fué inventada por un corresponsal de periódico que dijo que sus efectos eran mortí-

feros. Se suponía que acabaría con compañías y baterías completas, pero eso nunca se ha llegado a realizar.

V

V. C. Cruz de Victoria. Es una medalla de bronce que la gana Tommy cuando descuida mucho su vida.

Vela. Un trozo de mecha rodeada de cera o sebo que se emplea para alumbrar. Se distribuye una vela para cada seis soldados.

Vicker. Inventor del cañón de tiro rápido que lleva su nombre. Tommy no cree que haya hecho mejoras en los anteriores cañones.

Viejo, El. El capitán de la compañía, que así lo llaman, por tener más de veinte y ocho años de edad.

Vin Blanc. Vino blanco francés hecho de vinagre, y en que se olvidaron poner tinta roja.

Vin Rouge. Vino rojo francés hecho de vinagre y tinta roja. A Tommy le cuesta bien caro.

W

"Whizz Bang." Una bomba chica alemana que pasa por el aire y estalla dando un "bang." En este caso se puede decir que son más el ruido que las nueces.

"Wipers." Asi Tommy llama a Ypres, y a veces lo llama "Yeps." Es un lugar de la línea a donde Tommy prefiere no ir. En "Wipers" se siente mucho calor aun en invierno.

Woodbine. Cigarro hecho de papel y heno viejo, que es muy del agrado de Tommy.

Z

Zapador. Un individuo que escava minas. Cree que es más que un soldado raso, cuando en realidad trabaja debajo de él.

Zeppelin. Un globo lleno de gas inventado por un conde. Es el globo dirigible que emplean los alemanes para matar niños de pecho y tirar bombas en el campo abierto. Nunca los ve uno pasar sobre las trincheras, pues les es más fácil bombardear a la gente indefensa en las ciudades.







